

# LAS CENIZAS DEL CIELO

Una novela de la serie IRA DEI  
**M. GAMBIN**



LAS CENIZAS DEL CIELO

Mariano Gambin



© El Autor.

© Oristán y Gociano, S.L.

Oristán ediciones.

[www.marianogambin.com](http://www.marianogambin.com)

Primera edición: octubre de 2019

Cubierta: Enrique Negrín.

[www.instagram.com/eraiser\\_art](https://www.instagram.com/eraiser_art).

ISBN: 9788412097535

Depósito legal: TF 914–2019

Los personajes y situaciones de esta novela son ficticios,  
cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Queda prohibida, sin la autorización expresa y por escrito  
de la Editorial, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la  
reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio  
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento  
informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante  
alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en Grafiexpress.

*A mi tía Josefina*

La Haya, 1963.

El vigilante del museo quedó convenientemente atado y amordazado. La aplicación de una mezcla de un paño con cloroformo y un golpe duro en la sien había sido más que suficiente para dejarlo inconsciente. Las dos figuras vestidas de negro se movieron con agilidad dentro del recinto. Lo conocían perfectamente y no tuvieron necesidad de encender ninguna linterna, les bastaba con la penumbrosa luz que entraba, proveniente de las farolas de la Korte Vijverberg, por las ventanas del antiguo palacio, ahora reconvertido en un pequeño museo.

Los lunes el recinto estaba cerrado al público, y en la madrugada al martes solo se quedaba un vigilante en el edificio.

No hacía falta más.

Nunca había pasado nada.

Hasta aquella noche.

Los dos hombres llegaron a una de las salas en la que el espacio se dedicaba a un solo autor, justo la que buscaban.

–Cualquiera de estas tres valen lo que se quiera pedir por ellas –dijo el primero al contemplar el tesoro que se abría ante sus ojos.

–Olvídate –respondió el otro y señaló a una de ellas–. Esta es la que buscamos. Hagamos el cambio.

De una mochila grande sacaron un cuadro con un marco idéntico al que estaban contemplando. Descolgaron el de la pared y colocaron en su lugar el que habían traído.

–Es increíble –se admiró el primero–. La copia es perfecta. Tardarán en darse cuenta del robo.

–Tu amigo es un maestro, no cabe duda. Ha sido una buena idea pedirle dos copias. Una para que se quede aquí, y la otra...

–Y la otra para quien tú sabes.

–Espero que tu plan no nos traiga problemas.

–¿Problemas? ¿Qué problemas puede crear? Nadie se va a enterar.

El que hablaba metió el cuadro sustraído en la mochila y los dos hombres, en silencio, recorrieron de vuelta el camino que habían hecho a la ida y salieron del museo por una puerta trasera, la del personal.

Una vez en la calle, en la tranquilidad fría de una noche dominical de finales de otoño de la vieja ciudad holandesa, solo una pálida luna menguante fue testigo de cómo la pareja de hombres se perdió sin dejar rastro en la oscuridad de la noche.

La Laguna, 1964.

Un sol metálico, en su cénit, aplastaba toda sombra posible sobre el asfalto de la calle de San Agustín, sin que ninguna pudiera buscar refugio debajo de los vehículos aparcados junto a las aceras tórridas, rezumantes de invisibles hilos de vapor, sufriendo resignadas el paso del mediodía.

La tarde de junio, con sus días largos recién estrenados, hacía su entrada con pesadez somnolienta sobre los tejados de la ciudad, justo cuando esta se tomaba un breve descanso en su vida cotidiana.

No había nadie en la calle, y por eso nadie vio nada.

Pero pudo haber sido de otra manera, y que algún testigo hubiera visto entrar en la iglesia a una pareja que se deslizó junto al recinto vallado del patio delantero del Instituto y que se perdió, cruzando la puerta lateral, en el oscuro interior.

Una atmósfera de oscuridad y recogimiento recibió a los recién llegados. La mujer y el hombre dejaron a su derecha la capilla de la Candelaria, ignorando su imagen, colocada entre una Milagrosa y una Virgen del Carmen; igual caso dedicaron a la lápida en la pared que recordaba que allí descansaban los restos del historiador Núñez de la Peña, fallecido en 1712. Su interés se destinó a cruzar las naves de la epístola y la central para terminar en la del evangelio, la contigua al antiguo convento de los agustinos. Pasaron por delante del retablo del Cristo de la cañita, un Ecce Homo que, sobre una base de plata repujada, mantenía firme la caña en su mano.

Y entonces lo vieron, al fondo, a media luz.

La mujer se acercó unos pasos más, pero se mantuvo a distancia, como si no se atreviera a avanzar.

Un hombre se encontraba junto a una lápida en el suelo que, extraída de su encaje, permanecía a un lado. Su sombra impedía ver lo que miraba, debajo de él.

La mujer se acercó por detrás y contempló lo que estaba haciendo. De súbito, recogió la barra de hierro con la que el hombre había levantado la losa y se acercó al sepulcro abierto.

Al cabo de unos minutos, la pareja salió de la iglesia presurosa. No se detuvieron a mirar atrás cuando giraron a su derecha, por la calle El Remojo.

Y poco después, comenzó a oler a quemado. En un inicio era apenas perceptible, un aroma lejano a leña, como si a alguien se le hubiera pasado la hora de la comida y quisiera remediar la tardanza con prisas.

En unos instantes se abrió paso un olor de barnices en proceso de evaporación. Finas volutas de humo blanquecino comenzaron a reptar por debajo de las juntas de la puerta principal de la iglesia.

La iglesia estalló en llamas y la ciudad se despertó.

La Laguna, en la actualidad.

Cristóbal Negrín era el monaguillo de la catedral, al menos el de las misas de las siete de la tarde, las que impartía don Rosendo, el cura titular del templo.

Cristóbal era un hombre maduro de unos cincuenta y pico años, alto, reseco y eternamente serio, al que la vocación religiosa le había llevado por el camino del servicio más humilde en los oficios, como monaguillo perenne, en el que se había sentido a gusto durante mucho, mucho tiempo.

Los que frecuentaban las misas de aquella hora, la última de la tarde, lo conocían perfectamente; Cristóbal llevaba incontables años ejerciendo de ayudante del cura. Para muchos feligreses era el monaguillo de la catedral, y lo seguiría siendo, como decía él, «mientras Dios me dé salud».

Hombre austero y de poco gasto, trabajaba como contable en una empresa de empaquetado de frutas, y vivía con su anciana madre en una casa terrera de la calle Viana, una de las pocas que no tenían verodes en el tejado. Nunca se le había conocido relación alguna, cuestión que había dejado de ser la comidilla del vecindario hace ya muchos años. Su permanencia en el cargo de monaguillo de la catedral parecía explicarlo todo. La Laguna también era una ciudad de beatos.

Cristóbal se mantuvo concentrado durante toda la misa de aquella tarde, pendiente de que a don Rosendo no le faltase nada. Se sabía la liturgia de memoria y, como si leyera una partitura imaginaria, conocía a la perfección el instante preciso en que debía tocar la campanilla que advertía a la comunidad de la solemnidad de algunos momentos de la celebración eucarística.

Luego, al final de la ceremonia, como el sacristán no se quedaba a la última misa, Cristóbal se encargaba de recoger los paños, el misal y los evangelios, de desconectar el micrófono, apagar las luces del altar y echar un último vistazo a todo el recinto por si acaso hubiera quedado algo fuera de sitio.

Y aquella tarde advirtió una anomalía.

El templo se había vaciado, como siempre, una vez que el sacerdote permitió la marcha en paz de su rebaño, colofón de la misa. Las treinta personas que esa tarde de miércoles, fría y húmeda, de un febrero más que lluvioso, se habían congregado en la catedral, se desperdigaron en grupos de dos o tres, camino de la puerta, mientras intercambiaban saludos, noticias y despedidas.

Todas menos una.

Una mujer, de unos setenta y muchos, pequeña y enjuta, vestida de negro, permanecía sentada en su banco, inmóvil, con la cabeza gacha, como si estuviera inmersa en profundos pensamientos de los que no pudiera escapar.

Cristóbal pensó que estaría rezando. De vez en cuando, alguno de los asistentes se demoraba unos minutos en sus conversaciones personales con el Altísimo.

Cuando volvió de la sacristía, tras haber dejado a buen recaudo los libros utilizados durante la misa, observó que la mujer se mantenía en la misma posición. No se había movido un ápice.

Terminó de apagar las luces del presbiterio, aunque mantuvo las de las naves. Algo intrigado por la falta de movimiento de la mujer, resolvió acercarse a ella. Anduvo con paso resuelto por el espacio abierto entre las bancadas y llegó a su altura. Esta no se inmutó ante la proximidad del monaguillo.

Cristóbal se inclinó sobre ella.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en un tono cercano, no pretendía asustarla.

La mujer no realizó el menor movimiento. «¿Estaría dormida?», se preguntó.

En un arrebato de decisión, algo impropio en él, se atrevió a tocar el hombro de la señora y a agitarla suavemente.

—Es hora de irse —le dijo, algo molesto por verse obligado a ponerle la mano encima.

El leve empujón movió el cuerpo consumido de la mujer y este comenzó a inclinarse a un lado, sin control. Cristóbal comprendió que se iba al suelo.

—¡Madre de Dios! —exclamó mientras trataba de aferrarla por los hombros. La espalda de la mujer se deslizó en el banco sin la esperada oposición de sus piernas y el cuerpo terminó cayendo delante, sobre la madera del reclinatorio. Cristóbal, estupefacto, logró que el aterrizaje fuera suave y la cabeza no se estrellara contra el pavimento. Pero el ángulo de lasitud del cuello, sin fuerza alguna, le indicó que su propietaria había perdido el conocimiento.

El monaguillo se colocó mejor y con un golpe de riñones, logró elevar verticalmente el torso de la señora. Pudo observar a una distancia muy corta unas pupilas petrificadas que miraban sin ver más allá de él.

Trató de encontrarle el pulso y no lo logró. Miró a las facciones desmayadas de la mujer y comprendió que aquel era un asunto que se le escapaba de las manos. Trató de dejar el cuerpo de la mujer correctamente apoyado en el banco y se planteó muy seriamente que necesitaba ayuda.

Si no se equivocaba, estaba muerta. Comprobó la estabilidad del cuerpo de la mujer por última vez, se santiguó dos veces y salió corriendo en busca de don Rosendo. Él sabría qué hacer.



En una mañana de cielo gris que amenazaba lluvia, Marta corregía en su despacho, sito en el edificio departamental de Guajara de la Universidad de La Laguna, el penúltimo de los exámenes de la asignatura Método Arqueológico del cuatrimestre de los alumnos de tercero. Aquel año el nivel había subido notablemente. Parecía que los chicos, y los no tan chicos, llegaban más curtidos a sus manos. En cursos anteriores había sido un desastre alarmante. Contenta por el cambio a mejor, se dispuso a encarar una letra endiablada que hubiera hecho las delicias de algún paleógrafo del siglo XVII.

El timbre del teléfono la sacó de su concentración.

–¿Diga?

–¿Profesora Herrero?, soy Emeteria Afonso.

Marta reconoció la voz profunda, casi masculina, de la jefa de prensa del alcalde de La Laguna, con quien trabajó en la excavación de la Casa Lercaro.

–Buenos días, señorita Afonso –respondió. Aquella mujer exigía que se la llamara señorita, para que no hubiera dudas acerca de su involuntaria soltería, y para hacer notar que estaba en el mercado. «Nunca se sabe a quién se puede conocer», se decía–. Me alegra escuchar su voz.

–Pues más se va a alegrar cuando le suelte la noticia. Ya ha salido la sentencia del Tribunal Supremo.

Marta enarcó ambas cejas de la sorpresa.

–¿En el tema de la iglesia de San Agustín?

–Exacto–. La mujer dejó pasar un segundo para dar suspense al anuncio. –Es favorable al Ayuntamiento.

–¡Es una extraordinaria noticia!

–Los jueces nos dan la razón en todo. Bueno, en casi todo, pero son detalles que ya le explicaré. Al desestimar el recurso de la Asociación *Pax Mortuis*, podremos retomar el proyecto de rehabilitación de la iglesia de inmediato.

–Y con ello el de la excavación arqueológica previa del templo.

–Así es, a eso se debe mi llamada. –La jefa de prensa no pudo esconder un rastro de disgusto en su entonación. Para ella, la presencia de los arqueólogos no haría más que retrasar el comienzo de la restauración de las ruinas de la iglesia, abandonada a su suerte tras el incendio de 1964. Y era muy importante que las obras estuvieran terminadas al año siguiente, antes de las elecciones. El alcalde Perdomo debía apuntarse un buen tanto cortando la cinta de la inauguración justo antes de los comicios. Emeteria no se fiaba de esos profesores de universidad armados de palas y pinceles a quienes los plazos de obra no parecía preocuparles lo más mínimo–. La intención del alcalde es comenzar lo antes posible. ¿Cuánto tiempo necesita para iniciar los trabajos?

A Marta le sorprendió la prisa de la mujer. Ya había ultimado los preparativos hacía año y medio cuando la interposición del recurso judicial lo paralizó todo. Tendría que comprobar si sus ayudantes estaban disponibles.

–Me imagino que en un par de semanas.

–¿Un par de semanas? –la voz de Emeteria sonó horrorizada–. Necesitamos que empiece en un par de días. El alcalde ha convocado una rueda de prensa para mañana, a la que está usted citada, dicho sea de paso.

–Me encantan los cambios de velocidad –respondió Marta con sorna, aunque no estaba segura de que su interlocutora hubiera captado la ironía.

–Mejor así, veo que nos entendemos.

Marta comprobó que no la había captado. Tomó aire para cargarse de paciencia y mesura antes de replicar. Sabía que era inútil discutir con aquella mujer.

–Hablaré del asunto con el alcalde y cerraremos la fecha.

–Perfecto. A las once de la mañana en el salón de plenos. Tráigase un *powerpoint* con los planos, que esos detalles le encantan a la prensa.

Marta pasó por alto el tono de *orden* y *mando* de la jefa de prensa. En público le hubiera parado los pies, pero en aquel momento lo que deseaba era colgar el teléfono y acabar con sus exámenes.

–De acuerdo. Estaré allí unos minutos antes.

–Quince minutos antes. No se retrase. Buenos días.

A Marta no le dio tiempo a despedirse de Emeteria. Había colgado al otro lado.

La arqueóloga intentó concentrarse de nuevo en el examen, pero los recuerdos asaltaban su mente. La iglesia de San Agustín, adosada al convento de la misma orden, había sido un lugar de referencia de la sociedad lagunera desde su fundación en el siglo XVI. A mediados del XIX el monasterio se convirtió en el Instituto de Canarias, centro por donde tuvieron que pasar todos los bachilleres de Archipiélago, aunque la iglesia siguió funcionando como tal. Una tarde de junio de 1964 se declaró un voraz incendio que acabó con el templo y con todo su contenido. Solo se salvaron las paredes y un par de imágenes que algunos temerarios lograron salvar poniendo en riesgo sus vidas.

Desde aquel año la iglesia quedó abandonada, esperando a que llegaran buenos tiempos en que se emprendiera su reconstrucción. Pero no llegaron. El triste recuerdo de aquella tragedia convivió con el desarrollo lagunero hasta finales de la segunda década del siglo actual, en que se emprendió el proyecto de su rehabilitación, no ya como iglesia, sino como centro cívico cultural para la ciudadanía. Y antes de rehabilitar, algunas mentes pensantes se acordaron de que existía un patrimonio arqueológico en el subsuelo que se podría recuperar. Y la llamaron a ella para dirigir los trabajos, detalle que le encantó, no lo podía negar. Pero las dilaciones habían provocado que ya casi se hubiera olvidado del asunto.

Una extraña asociación, con un objeto social algo difuso, «proporcionar paz a los difuntos», se había opuesto de una manera extraordinariamente tenaz al proyecto de rehabilitación, interponiendo todo tipo de recursos contra el plan y llegando a los tribunales en primera y segunda instancia, e incluso acudiendo a Madrid. Por mucho que ella se había interesado en la cuestión, nadie sabía, o estaba dispuesto a decirlo, quién había sufragado los costes judiciales del proceso, que debían haber sido sustanciosos, sobre todo cuando habían perdido en todas las instancias. Los miembros de la asociación, unos vecinos anodinos a los que, con toda seguridad, alguien había untado para iniciar la oposición, no daban el perfil de gente con recursos para llegar hasta donde habían llegado. Algo extraño revoloteaba en torno a esa asociación. Pero habían perdido, y ahora tocaba retomar la excavación arqueológica previa a la rehabilitación. Era una tarea sencilla, un registro arqueológico de las criptas y tumbas del subsuelo y la supervisión de su reconstrucción.

Sería un trabajo fácil, casi aburrido. Estaba segura.

Al contrario que en Guajara, donde se encontraba la facultad de Historia, en Santa Cruz brillaba un sol espléndido. La luz entraba diáfana por los ventanales de la casa de Adela Cambreleng, apenas atenuada por la débil resistencia de unos visillos eternamente corridos.

Adela, una septuagenaria bajita y vivaz que se sentía en su sexta juventud, se asomó a la ventana para comprobar, como siempre, la inexistencia de nubes, el ritmo del tráfico de la calle Numancia esquina a 25 de Julio, y si estaban trabajando sus vecinos de la Alianza Francesa, al otro lado de la calle. El sonido de los pájaros del parque García Sanabria era tan habitual que ya casi no lo escuchaba, y menos cuando ponía la radio con las tertulias políticas y sociales, sus preferidas, que se sobreponían al bucólico entorno natural.

Adela miró su reloj, le quedaba una hora para tomar el aperitivo con sus amigas del Bridge en la cafetería del Casino y todavía no había pensado qué ponerse. Se había enfrascado de tal manera en reorganizar los papeles de su difunto marido, el profesor Eduardo Montes, que el tiempo se le había pasado en un abrir y cerrar de ojos.

La documentación se conservaba en una serie de archivadores que ocupaban por completo uno de los armarios principales de la casa. Llevaba años de viudez debatiéndose sobre si aquel armario podía servir para algo más útil como, por ejemplo, albergar su extenso guardarropa de verano, que ya no le cabía en el cuarto de invitados. Hasta aquel momento no se había atrevido, por respeto a la memoria de Eduardo, a cambiar de lugar ni una sola de las carpetas, pero su carácter moderno e innovador le indujo a pensar que ya era el momento de adecuar los espacios a los hábitos de vida, frase que anotó cuando la escuchó en un programa de televisión.

Tras colocar todos sus vestidos, chaquetas, camisolas, camisetas y camisillas en la cama del cuarto de invitados, comprobó satisfecha que en aquel espacio ahora vacío podrían caber los papeles académicos. Dudó sobre si sería demasiado trabajo cargar con todas aquella carpetas, pero pudo más su afán de renovación espacial de su vestuario estival. Al cabo de dos horas de ir y venir –muchos viajes con poco peso, como se había impuesto–, Adela vio culminado el trabajo. Se encontraba algo cansada, pero satisfecha. Solo quedaban en el fondo del armario que estaba vaciando un par de libros. Comprobó con agrado que uno de ellos era un ejemplar de la tesis doctoral de su sobrino adoptivo, Luis Ariosto. Algo sobre fiscalidad en Canarias en algún siglo pasado, un tema horrorosamente aburrido para alguien tan interesante como él. Adela abrió el libro por pura curiosidad y, del capítulo 35, *El régimen de puertos francos*, cayó un sobre al suelo.

Adela se acordó de San Alfonso María de Ligorio, santo reconocido por la Iglesia como intercesor contra la artritis, cuando se agachó a recogerlo. Siempre que su artrosis de columna hacía su molesta aparición, Adela mentaba al santo rechinando los dientes. Dejó los libros en la estantería y examinó el sobre. Una carta enviada por su esposo Eduardo a Amparo, la madre de Luis. «La curiosidad ante todo» era su lema. No es algo que reconociera en público, entre otras cosas porque no hacía falta, ya que era del dominio de sus allegados, pero le encantaba curiosear en todo lo que podía o le dejaban, que era lo mismo, aunque no fuera igual.

La señora decidió pasar a la sala de estar y descansar un poco al tiempo que indagaba en el sobre y su contenido. ¿Qué tendría que decirle Eduardo a Amparito? El sobre no ofrecía más interés que la frase rotulada a pluma de su anverso: *De don Eduardo Montes a doña Amparo*. Eso significaba que alguien la había entregado en mano a la destinataria, pero no Eduardo. No era nada extraño en los años sesenta, cuando todavía se pasaban notas de ese estilo por escrito. Con la difusión del teléfono esa costumbre dejó de utilizarse poco a poco.

Adela comprobó que el sobre estaba abierto y que dentro dormía una cuartilla solitaria. La sacó

y reconoció la letra de Eduardo, su profesor de Derecho en la universidad y con posterioridad su esposo, que no cambió en toda su vida. «Seguro que Amparo metió la carta en la tesis de Luis y ambas acabaron en mi casa», pensó.

Buscó las gafas de cerca y se las colocó antes de comenzar a leer:

Querida Amparo:

Ayer por la tarde recibí una visita algo extraña. Un señor italiano, un tal Campari, como el vermouth, aunque no sé si tiene relación con dicha bebida, se presentó en casa y pidió verme. A pesar de lo intempestivo de la situación, llegar sin anunciarse, accedí a recibirle. Por lo visto, alguien le había hablado de uno de los óleos de Manuel Martín González, el famoso paisajista, que yo tenía en casa, uno titulado *Ocaso en Anaga*, y venía a comprármelo. Dijo que era un gran aficionado al pintor y que estaba creando una colección notable. Estaba dispuesto a pagar cualquier suma que yo le pidiera por el cuadro. Como ya habrás supuesto, se trata del cuadro que Adela te regaló por tu último cumpleaños y que colgaste en el salón de la planta baja de tu casa.

Por supuesto, consideré que ese detalle no era de la incumbencia del visitante, y le dije que lo había vendido a un tercero, un amigo del extranjero. Su insistencia por la pintura me escamó bastante.

Esto no tendría mayor importancia si no fuera porque este mediodía, al volver de la universidad, comprobé que Adela no había llegado todavía de sus clases de corte y confección, siempre está haciendo algo. Y menos mal, porque me di cuenta de que alguien había entrado en casa. No te asustes, porque no pasó nada, al menos que yo haya notado. Comprobé todo lo que tenemos de valor en casa y no faltaba nada. Lo único notable es que alguien había descolgado todos los cuadros de la casa y los había dejado en el suelo. Nada más, y nada menos. Los coloqué todos en su sitio antes de que llegara Adela para no preocuparla. Y no te lo diría si no hubiera existido ese interés tan desusado del señor Campari por el cuadro, por lo que sospecho de él. En unos minutos me acercaré a la comisaría para hablar con el comisario Arencibia para notificarle de modo discreto esta incómoda situación.

Te lo digo para que estés atenta por si aparece el señor del vermouth husmeando en torno a tu casa. Yo no le he dado ninguna pista, pero nunca se sabe.

Sin más, recibe un beso de tu amigo Eduardo. Otro para Luisito.

La carta no tenía fecha, pero Adela se acordaba de aquel cumpleaños. Fue el año en que mataron a Kennedy, a comienzos de los sesenta, año arriba, año abajo. Y era capaz de visualizar sin problemas la pintura, una casa canaria con el macizo de Anaga al fondo, en un atardecer. Sabía que se mantenía en el mismo lugar en que la habían colocado en la casa de Amparo y, a su muerte, Luisito no la había tocado. Disfrutaba de un lugar preeminente en el salón azul, como gustaba llamarlo su amiga.

Adela metió la carta en el sobre y este en el libro, cogió los otros tomos y los colocó en el nuevo armario. A la vuelta, se sintió tentada de comentarlo con Luis y, como siempre que tocaba a su puerta una tentación, sucumbió a ella. Entró en el salón, descolgó el teléfono y marcó el número fijo de la casa de su sobrino. Respondieron al cuarto timbrado.

–Residencia del señor Ariosto, dígame –la voz del ama de llaves, una mujer mayor, resonó al otro lado de la línea telefónica.

–Buenos días, Fidela, ¿está disponible Luisito?

–Está escuchando música, doña Adela –la asistente la había reconocido de inmediato.

–¿Ópera?

–Sí, señora. Nunca me acostumbraré.

–¿Verdi o Wagner?

–Suenan a italiano.

–Entonces está de buen humor, ¿me lo pasas, por favor?

–Un momento, señora.

Adela imaginó a la oronda mujer vestida de uniforme azul celeste dirigirse a la sala de música de la mansión familiar que Ariosto poseía muy cerca, en el barrio de los Hoteles de Santa Cruz, a un tiro de piedra de la plaza de los Patos, y anunciarle su llamada. La música de fondo cesó y en un instante el propietario de la casa tomó el teléfono.

–¡Adela! ¡Buenos días! Si me llamas a esta hora es que tienes alguna noticia interesante.

–Espero no haberte interrumpido.

–Solo estaba escuchando por décima vez *I Capuleti e i Montecchi*, de Bellini. Tiene unas arias espléndidas. Pero no te preocupes, estoy encantado de atenderte.

Adela pensó que su sobrino no cambiaría nunca. Con esos modales tan exquisitos, tal vez algo pasados de moda para muchas, aunque no para ella. Ni para otras, por lo que tenía entendido.

–¿Te suena de algo el apellido Campari, como el vermouth?

–Me suena la bebida, y no es un vermouth, sino una mezcla espirituosa de muchas hierbas, dicen que más de ochenta. Su receta de fabricación es un secreto, y no les gusta a sus seguidores que la confundan con la otra bebida, más difundida, basada en vino blanco.

–Vale. Pero, ¿y el apellido?

–Creo recordar que Gaspare Campari inventó la bebida en Milán a finales del siglo XIX.

Adela estaba a punto de arrepentirse de haber tocado un tema en el que Ariosto era especialista. A veces era insufrible.

–¿Y ningún otro Campari?

–Pues que recuerde ahora, no. Lo siento. ¿Era importante?

–Creo que no. Pero si me invitas a tomar el aperitivo, te llevaré una sorpresa que te va a intrigar. –Adela decidió que sus amigas del Bridge podían pasar sin ella aquel día.

–¿Intrigarme? Sabes cómo tocar mi fibra sensible, querida. Siempre estás invitada a mi casa. ¿Quieres algo especial para tomar?

–Sorpréndeme.

–Lo intentaré, aunque sorprenderte a ti es ardua tarea al alcance de pocos.

Ariosto colgó y aprovechó que la asistenta pasaba cerca para dirigirse a ella.

–Estimada Fidela, ¿sabe usted si queda Campari en casa?

–Ya tenemos la identificación de la mujer, y el informe de la autopsia.

Como siempre, el subinspector Ramos se había asomado a la puerta del despacho del inspector Galán y le había lanzado la noticia desde cierta distancia. Enarbolaba varios papeles en la mano.

–Déjamelos –pidió el inspector.

En cuatro pasos, Ramos, un policía veterano cercano a la jubilación, ancho de hombros y no muy alto, con el pelo prematuramente encanecido, llegó a la mesa de su jefe y le entregó los folios. Galán, uno de esos nuevos agentes de la ley con carreras universitarias a sus espaldas, que se mantenía atlético a pesar de sus cuarenta y tantos años, comenzó a leerlos.

–¡Vaya! No es muerte natural.

Ramos se sentó enfrente de Galán sin previa invitación, había confianza entre ellos.

–No. Una sobredosis de *Alzaprolan*, un tranquilizante del que es peligroso abusar. Debí tomarlo un par de horas antes y se quedó pajarito durante la misa.

–La mujer, según cuenta el monaguillo, estaba tan tranquila en su banco. Nada de violencia. ¿Suicidio?

–Normalmente, la gente no va a misa a suicidarse, aunque no pondría la mano en el fuego al respecto.

–Ese medicamento no es muy común, Ramos. Hay que buscar dónde se puede conseguir.

Galán miró el segundo informe.

–Doña Nieves Fumero, viuda, vecina de La Laguna, calle de la Retama, 88. ¡Hay que ver cómo somos de competentes! Estoy abrumado.

–Llevaba el DNI encima –confesó Ramos–. Morales se ha acercado al domicilio y no abre nadie. En esa acera todo son casas unifamiliares de dos pisos. Tal vez vivía sola. No nos hemos podido poner en contacto con ningún familiar todavía.

–Pues hay que preguntar al vecindario. Ramos, encárgate tú, que tienes mejor mano para eso. Ya sabes lo que hay que preguntar. Este caso puede ser o muy simple o muy complicado.

–La verdad es que no se nos había muerto nadie en la catedral hasta hoy. Si te parece, voy ahora. ¿Algo más?

–Que me cuentes lo que averigües.

Ramos se levantó y salió del despacho. Bajó las escaleras y salió al patio trasero de la comisaría, lleno de coches y palmeras. Pensó por un momento en que un compañero lo acercase en un coche patrulla pero, viendo el desorden de automóviles que se cerraban el paso unos a otros, optó por dar un paseo. En La Laguna raramente se tardaba más de quince minutos en llegar de un lado a otro de la ciudad.

El cielo estaba encapotado, pero no amenazaba lluvia. Se subió la cremallera de la chaqueta de cuero y saludó al salir al agente de guardia que custodiaba la entrada. Enfiló por la calle del Agua, incómoda por sus aceras estrechas y, al llegar al Ayuntamiento, giró por la Carrera. Sorteó un grupo de turistas mañaneros que se arremolinaban delante de la Casa de los Capitanes, cargada de Historia, y giró a su izquierda por Tabares de Cala hasta llegar a la avenida de la Trinidad, que ofrecía su perpetuo tráfico denso y lento. Dobló la esquina de la calle del Juego y en pocos minutos llegó al barrio de San Honorato. Tomó por la pequeña calle de la Violeta y llegó a la de la Retama. Le encantaban los nombres de las calles de aquella zona: el Clavel, el Jazmín, el Laurel, el Brezo, los Rosales. «Tuvieron que ponerles nombre a todas el mismo día», se dijo Ramos.

El subinspector echó un vistazo a la acera derecha. Todas las casas eran del mismo estilo,

planta baja y alta, dos huecos arriba y abajo, y todos sus propietarios se habían puesto de acuerdo en no repetir los colores de las fachadas. A Ramos le recordó un tablero de parchís. A la izquierda se levantaba un edificio corrido de pisos relativamente nuevo. Le gustaba más la otra acera, lo antiguo. Él era así.

Anduvo por la calle hasta llegar al número que constaba en el DNI de la difunta. Todas las ventanas cerradas, como suponía. Tocó el timbre. Nadie respondió. Volvió a tocar. La puerta de la vivienda de al lado se abrió y una mujer de unos sesenta años asomó la cabeza.

–¿Busca a alguien? –preguntó al policía.

Ramos se acercó.

–Buenos días. ¿Este es el domicilio de doña Nieves Fumero?

–Sí. Y me extraña que no haya abierto, aunque nunca sale antes del mediodía.

–¿La conoce usted bien?

–Pues de hace unos cuantos años. ¿Y quién la busca?

–Soy el subinspector Ramos, de la Policía Nacional.

La mujer abrió los ojos de la sorpresa.

–¿Ha pasado algo?

Ramos dudó en decirle la verdad a aquella mujer. Era evidente que no se había enterado de nada.

–¿Ha notado algo extraño en el vecindario últimamente?

–Ha pasado algo –sentenció la mujer–. Es la clase de preguntas que hacen en las series cuando ha pasado algo malo.

Ramos se maldijo por ser tan poco original.

–¿Podría responderme? ¿Algo inusual?

–En esta calle nunca pasa nada inusual. Es un barrio tranquilo, de gente trabajadora, sin drogas ni nada por el estilo.

–¿Y en la casa de doña Nieves?

La mujer cruzó los brazos, haciendo memoria.

–Anoche estuvo moviendo algún mueble, pero nada más.

–¿Anoche? –Ramos sintió que tampoco ahora iba a engañar a la mujer, que lo miraba inquisitiva.

–¿Qué pasó anoche? Si no me lo dice, no le contesto. Y no intente coaccionarme, que los polis de la tele siempre lo hacen con las mujeres indefensas.

Ramos hizo un gesto de abatimiento. Con aquella mujer iba a ser difícil lidiar.

–Doña Nieves falleció ayer por la tarde –dijo el policía–. Mientras estaba en misa en la catedral.

La mujer abrió los ojos y la boca. Y le costó varios segundos cerrarlos.

–No me lo puedo creer. ¡Qué desgracia!

–Señora, anoche doña Nieves no pudo hacer esos ruidos. Tuvo que ser otra persona. ¿Sabe quién podría ser? ¿Vivía con alguien?

–Una hija viene de vez en cuando, los fines de semana. Y los martes y jueves viene Belkis a limpiar.

Ramos se preguntó si sus vecinos estarían tan al corriente de sus costumbres.

–Pues me temo que la policía tiene que investigar ese detalle. Necesitaremos entrar en la casa.

–¿Quiere entrar en la casa, inspector? Yo tengo una copia de la llave, pero, ¿no necesita una orden judicial? En las películas se hace así.

Ramos miró al techo, desolado.

–No la necesitaría si existiera una vecina encantadora que quisiera colaborar con las fuerzas del orden.

La mujer lo miró de arriba abajo.

–¿Encantadora? ¿Con las fuerzas del orden? Suena bien.

Ramos asintió, esbozando la mejor de sus sonrisas.

–Vale –resolvió, convencida–. Espere, que voy a buscarla.

La mujer desapareció dentro de su casa. Ramos pensó que era su día de suerte. Se evitaba un montón de gestiones administrativas de un plumazo.

La vecina salió de su vivienda, cerró la puerta y le exhibió al policía un manojito de llaves.

–Nievititas me las dejó por si le pasaba algo. –El recuerdo del nombre ensombreció su rostro–. La pobre.

Ramos invitó con un gesto a la mujer y esta metió la llave en la cerradura. Debía de tener cierta familiaridad con ellas, ya que no dudó un momento en elegir la correcta. La puerta se abrió y ambos entraron. Tras un recibidor, un pasillo dividía la vivienda en dos zonas. A la izquierda un salón y a la derecha la cocina. Los dormitorios debían de estar en el piso superior. El mobiliario aparecía limpio, aunque algo anticuado. Todo estaba en su sitio, salvo varios detalles muy concretos.

–¿Qué les ha pasado a los cuadros? –exclamó la mujer.

Ramos se acercó al sofá y observó que todos los cuadros de la sala habían sido descolgados y los lienzos habían sido arrancados de los marcos, que se encontraban tirados en el suelo.

–Tal vez a alguien no le gustara el estilo de ese tipo de pinturas –aventuró el subinspector.

–Su marido fue pintor. En su tiempo se le consideró de los buenos. Todos estos cuadros eran suyos.

Ramos sintió que había metido la pata de nuevo.

–Miremos arriba –invitó.

El policía y la vecina subieron al piso superior. Dos dormitorios y un baño ocupaban el espacio. Ramos dirigió su mirada a las paredes.

–¡Aquí también! –la vecina estaba espantada– ¡Todos los cuadros rotos!

–Y los armarios abiertos y desplazados. Da la impresión de que alguien estaba buscando algo muy concreto. No toque nada.

–Claro, tienen que venir los de la Científica, por las huellas y esas cosas.

–Así es, como en las pelis. Voy a llamarlos ahora mismo.

–Oiga, inspector. Hay algo que me llama la atención.

Ramos ya había sacado su móvil del bolsillo de la chaqueta.

–¿El qué?

–Falta un cuadro, el que había encima del cabecero de la cama.

–¿Está segura?

–Segurísima. Uno de un paisaje. Creo que era el único que no lo había pintado el esposo de Nieves. ¡Qué casualidad! ¡Esto es todo un misterio!, ¿verdad, inspector? Puede contar con toda mi colaboración. ¿Le doy mi número? Podríamos quedar. ¿Qué le parece?

Ante la mirada claramente seductora de la mujer, Ramos desterró de su mente la idea de que aquel era su día de suerte.





El alcalde Perdomo se dio cuenta de que había llegado a la rueda de prensa antes de tiempo. Y es que a veces la ansiedad lo traicionaba. Todavía no estaban sentados los periodistas y las unidades móviles de televisión no habían enchufado todos los cables.

Las que sí estaban allí eran la profesora Herrero, una mujer que exhibía una silueta de saltadora de pértiga, de ojos verdes y pelo castaño claro, cuyo notorio atractivo contrastaba con el perfil aguileño y cuerpo magro y consumido de su jefa de prensa, Emeteria Afonso, mucho menos agraciado.

Perdomo saludó con la cabeza a cuantos se cruzaron con él hasta que llegó a la mesa presidencial, donde le esperaban de pie ambas mujeres.

–Buenos días, profesora. –El alcalde ya había visto a Emeteria varias veces por la mañana, por lo que no se consideró obligado a volver a saludarla.

–Buenos días, alcalde. –respondió Marta, que le dio los dos besos de rigor–. Le veo animado.

Perdomo sacó de su repertorio la sonrisa franca, de anuncio de dentífrico.

–Es que hoy es un gran día. La de años que nuestra querida iglesia de San Agustín ha estado cerrada y por fin vamos a recuperarla para la ciudad.

–En eso estoy de acuerdo con usted –replicó la arqueóloga.

El alcalde a Marta se dirigió a Emeteria.

–¿Cuándo empezamos?

La jefa de prensa echó un vistazo a la sala. Los preparativos de los periodistas estaban concluyendo y muchos ya se habían sentado en las butacas del salón de plenos del Ayuntamiento de La Laguna.

Perdomo, Marta y Emeteria se sentaron. El alcalde comprobó que el micrófono funcionaba dando un par de golpes con el dedo. Satisfecho, se echó atrás para hacerle un comentario en voz baja a la profesora.

–Hoy tendremos todas las autorizaciones para comenzar las obras.

–¡Qué eficacia! No sé si habrá batido algún récord mundial de velocidad.

Perdomo sonrió.

–Llevábamos tiempo pendiente de esto. Todas las administraciones han colaborado desde el inicio. Si no llega a ser por el proceso ante el Tribunal Supremo, ya habríamos acabado.

–Ha sido todo tan rápido que no he podido leer la sentencia –contestó Marta–. ¿Desestimaron todos los argumentos de la asociación que interpuso los recursos?

La sonrisa de Perdomo se redujo a la mitad.

–Se puede decir que sí. Solo unos detalles de escaso calado.

Marta se percató de que era la segunda vez que le hablaban de esos detalles. Se propuso leer la sentencia en cuanto llegara a su despacho.

–Ya podemos empezar –terció Emeteria.

El alcalde volvió a sonreír, signo inequívoco de que iba a comenzar a hablar. Se hizo el silencio en la sala.

–Buenos días. Quiero agradecer la presencia de los medios de comunicación en una jornada tan especial para el ayuntamiento de La Laguna como es esta. Hoy es un gran día. La de años que nuestra querida iglesia de San Agustín ha estado cerrada y por fin vamos a recuperarla para la ciudad.

Marta miró con curiosidad a Perdomo. Era la misma frase que le había dedicado minutos antes. Dedujo que el alcalde se aprendía los discursos de memoria.

–En el día de ayer se notificó a las partes litigantes la sentencia definitiva del Tribunal Supremo. Afortunadamente, ya no existen trabas jurídicas para llevar a cabo el proyecto de rehabilitación de la iglesia de San Agustín. Es voluntad, tanto de este ayuntamiento como de las demás corporaciones insulares, proceder de modo inmediato al comienzo de las obras. El pueblo lagunero, y por extensión el canario, ha estado demasiado tiempo privado de uno de sus tesoros más importantes.

Perdomo hizo una pausa y miró a los ojos, o eso pareció, a todos los asistentes antes de proseguir. Le salía a la perfección esa técnica.

–Con estas palabras deseaba manifestarles mi satisfacción como alcalde como en el de toda la Corporación. Pero para entrar en detalles técnicos sobre los primeros pasos a dar, nadie mejor que la doctora Marta Herrero, profesora de la Universidad de La Laguna, quien llevará la dirección de la intervención arqueológica. Le cedo la palabra.

Marta se acercó al micrófono.

–Buenos días. El trabajo de mi equipo consistirá en un estudio arqueológico del suelo y subsuelo de la iglesia con carácter previo a la rehabilitación del edificio, cuyos criterios técnicos corresponden a otros profesionales. En lo que me compete, recordemos que la iglesia original se levantó a comienzos del siglo XVI. Se sabe que ya hay menciones de ella partir de 1504, y hay documentos de que la obra se había empezado en 1506 y que en 1509 todavía no había terminado. La iglesia pasó por varias reformas a lo largo del tiempo, y hubo un momento, dado que amenazaba ruina, en que se decidió tirarla y reedificarla por completo. El templo fue derribado entre 1771 y 1774 y se volvió a levantar en los años siguientes, hasta que se terminó y bendijo el Domingo de Resurrección de 11 de abril de 1784. Esta fue la iglesia que se incendió en 1964.

Marta esperó un instante a que los periodistas terminaran de tomar nota. Tal vez eran demasiados datos. Cuando comprobó que los periodistas levantaban la vista, prosiguió.

–Como todos saben, en los siglos pasados las familias de relevancia social gustaban de levantar capillas en las iglesias a su costa, donde se enterraba a sus miembros. Esta costumbre perduró hasta finales del siglo XVIII y nuestra iglesia no fue una excepción a la regla. Sabemos que, entre otras, se encuentran enterradas en ella las familias de Jorge Grimón, de Pedro Lobo, de don Fernando de Nava. Familias ilustres del pasado lagunero cuyas sepulturas, tras un serio registro arqueológico, nos proporcionarán nuevos datos sobre la Historia de nuestros antepasados.

El alcalde tocó el brazo de Marta, interrumpiéndola.

–Permítame un segundo –le dijo. Marta lo miró extrañada. Perdomo se acercó el micrófono.

–Respecto a este último punto citado por la profesora, hay que decir que la sentencia del Supremo prevé que la excavación arqueológica se realizará en los panteones de aquellas familias que no se opongan expresamente a la inhumación de los restos.

Marta miró estupefacta al alcalde. «¿Qué estaba diciendo?»

–Eran los detalles de que le hablé –le comentó Perdomo en voz baja, apartándose del micrófono. Volvió a dirigirse al aparato.

–Los interesados disponen de veinticuatro horas para oponerse al estudio arqueológico. Espero que nadie lo haga para conseguir una visión completa de nuestra Historia.

Marta sabía que eso no iba a ser así. La asociación que había recurrido judicialmente estaba compuesta por varias familias de rancio apellido, entre las que seguro que se contaban algunas que tenían capilla y sepulcro en aquella iglesia. Sintió una punzada de desilusión, pero se rehízo. Al menos, el trabajo que se iba a hacer, incompleto por culpa de la disposición, se haría de un modo riguroso y científico. Ya se lo había avisado a Perdomo: nada de fantasías.

El alcalde terminó su intervención.

–El subsuelo de La Laguna está plagado de sorpresas. ¿Quién sabe? Igual nos encontramos con un tesoro enterrado. ¿No es así, profesora?

Marta no se esperaba la pregunta.

–Lo de las sorpresas, es cierto –repuso, incómoda–. Lo del tesoro, no entra en nuestras previsiones.

–Usted es especialista en hallar tesoros. Seguro que nos encuentra uno. ¿Alguien lo duda?

Marta elevó los ojos al techo y se le escapó un suspiro de resignación.

–A la de tres. Uno, dos...

El sargento Ulloa, como siempre, se adelantó a la orden de su jefe el teniente Silvestre y dio una patada a la puerta. La cerradura no pudo resistir el embate y el mecanismo crujió antes de partirse. Sus otros cinco compañeros, especialistas del Grupo de Reserva y Seguridad de la Guardia Civil, que esperaban en el pasillo de la planta segunda del edificio, entraron en tropel en la vivienda.

–¡Guardia Civil! –gritaron– ¡Todos al suelo!

Ulloa, al unirse al grito, no pareció recordar que en tiempos pasados un país entero se acongojó al escuchar esa orden. Eran otros tiempos. Ya nadie se acordaba de aquello. El sargento entró el último, rifle de asalto en ristre. La vivienda era modesta, la puerta daba directamente a un saloncito apenas amueblado y dos habitaciones más se perfilaban a su izquierda. Sus colegas habían desaparecido en ellas y dejado de gritar, lo cual era buena señal. Cuando se asomó a la primera puerta, vio que, tumbado en el suelo, un joven era esposado sin miramientos. Pasó al segundo cuarto y otros tres números habían sacado de la cama a un hombre mal encarado, con evidentes ganas de seguir durmiendo, y lo habían reducido contra una pared.

No era de extrañar su rostro somnoliento, eran las cuatro de la madrugada. La falta de preguntas por parte del detenido sobre la causa de aquella intrusión decía mucho. Aquellos tipos habían pasado por aquello con anterioridad. Se notaba en su mutismo displicente.

–Quedan detenidos por robo y receptación –informó el teniente.

Llevaron a los ocupantes del piso al salón y les hicieron sentarse en el sofá. La tranquilidad exterior no se había visto alterada por la irrupción de los guardias civiles. Aquel barrio de Los Realejos, un pueblo del norte de la isla, era tranquilo, y la gente iba a lo suyo.

–Registro –indicó el jefe de los guardias civiles.

Los miembros del comando policial se dedicaron a buscar los objetos cuya pista les había llevado allí. No tardaron mucho. Dentro de los armarios de los dormitorios encontraron el botín que esperaban: cajas repletas de móviles de última generación, relojes, algunas joyas, cinco televisores ultraplano, un par de pistolas con sus correspondientes cajas de munición y cuatro fardos pequeños sospechosos que contenían una sustancia blanquecina más sospechosa aún.

–No hacen ascos a nada –comentó el mando–. Foto.

Uno de los guardias fotografió con un móvil el contenido del armario.

–Saquemos esto de aquí y hagamos inventario.

En el armario del otro cuarto encontraron géneros similares. Los agentes sacaron las cajas y las fueron depositando en el suelo. Al extraer la última, el sargento soltó una imprecación.

–¡La hostia!

El teniente se asomó a su espalda.

–¿Qué ocurre?

–Fíjese lo que he encontrado aquí.

El capitán no pudo reprimir su asombro. Ante él aparecía, con ese aire de tranquila indiferencia tan suyo, una talla religiosa de medio metro de alto.

–Lo último que me esperaba. Una santa con un florero y un cetro en la mano.

El sargento se rascó la nuca.

–Tiene toda la pinta de ser robada.

–Tráfico de obras de arte a añadir al rosario de delitos. Estos tipos son unos angelitos.

–Qué católico ha sonado eso, mi teniente. Está hecho un literato.

–Ulloa, sabes por dónde te puedes meter el comentario. Saca la imagen con cuidado y pide que traigan algo para embalarla. No quiero que los periodistas le saquen fotos antes de que conozcamos su procedencia.

El sargento se quedó mirando fijamente la estatua.

–¿Qué le pasa, sargento? ¿Se ha quedado traspuesto? ¿Está oyendo mensajes celestiales?

–Esta escultura me suena mucho, mi teniente. Juraría haberla visto con anterioridad.

–Pues hágalo constar en el informe. Ahora, terminemos con esto.

El sargento obedeció maquinalmente y se dispuso a levantar acta e inventario de todo lo encontrado en el piso. Pero no pudo evitar que su cabeza comenzara a dar vueltas al enigma de la talla. ¿Dónde la había visto antes? Porque estaba seguro de haberla visto. Pero era un recuerdo lejano. Muy lejano.

–¿Quiere que le traiga más casos?

La voz del agente Saavedra sacó a Sandra de su intensa concentración.

–Todavía me queda por revisar uno de los cartapacios que me trajo antes, el de 1962. Gracias de todos modos.

Sandra Clavijo, redactora de *El Heraldito Tinerfeño* a los veintitantos años, había desarrollado una carrera fulgurante ascendiendo rápidamente por sus excelentes crónicas de sucesos, en algunos de los cuales fue la protagonista involuntaria. Moderna, inquieta y curiosa, escondía detrás de una fachada de chica convencional de su edad –pelo largo moreno, con predilección por las camisetas y zapatillas de deporte–, una profesional inquisitiva y eficaz.

–No todos los días viene alguien a interesarse por estos papeles viejos.

Sandra sonrió levemente, intentando que el policía se diera cuenta de que la estaba interrumpiendo. Saavedra no se dio por enterado y prosiguió.

–Normalmente no se enseñan a nadie, salvo a los oficiales, pero como usted venía recomendada por el comisario Blázquez, pues aquí estoy a su servicio.

–Gracias, agente. Los casos sin resolver que me ha traído son de los años cincuenta y de comienzos de los sesenta. Ha llovido mucho desde entonces. Las pistas se han enfriado mucho.

–Sí, señorita. Y además, en aquel tiempo las investigaciones no se hacían de modo científico, como ahora. La policía sacaba adelante los casos con una mezcla de intuición policial o rompiéndole la cara a alguien si consideraban que guardaba alguna información.

–Entiendo –Sandra comprendió que tendría que esperar a que el policía dijera todo lo que quería decir–. Eran otros tiempos.

–Ahora todo es más refinado, pero no por eso somos más eficientes. Creo, sinceramente, que con el sistema bofetada se averiguaba más que ahora. Pero eso ya no se lleva. Al menos oficialmente.

–Prefiero el actual, si no le importa que se lo diga.

El policía rio.

–¡Claro! ¡Por supuesto! Solo era un comentario de un poli hecho a la antigua a un paso de la jubilación.

–Me gustaría que me trajera los casos de los dos siguientes años, por favor.

El policía sonrió, feliz de ser útil a la periodista.

–1963 y 1964. Yo era un niño por entonces. La vida me parecía muy tranquila, aunque luego, al ver los expedientes que se conservan aquí, comprobé que existía delincuencia. No demasiada, pero daba trabajo a la policía.

–Me imagino –dijo Sandra, intentando que Saavedra lo dejara ahí.

Lo consiguió, el policía dio media vuelta y se dirigió al fondo del archivo de la Policía Nacional en la Comisaría de Tres de Mayo, en Santa Cruz. La periodista se encontraba redactando una serie de artículos sobre casos sin resolver en el siglo XX. Le había costado trabajo convencer al comisario jefe, un tipo con tendencia al enojo con el que había colaborado en algunos casos recientes. Pero al fin, había logrado que el policía gruñón se ablandara y le permitiera echar un vistazo a las carpetas que acaparaban polvo en el archivo policial. Pero solo hasta 1990, los casos más recientes todavía podían ser sensibles para las víctimas, no había pasado tanto tiempo. Sandra protestó, pero se avino a aprovechar lo que se le ofrecía. No todos los periodistas tenían tanta suerte.

Las tres tardes que había acudido a la comisaría arrojaban un resultado más fructífero de lo que

había supuesto. Bastantes asesinatos se mantenían impunes, sin nadie a quién acusar de cometerlos. Las pesquisas policiales del momento no dieron frutos y algunos crímenes quedaron sin resolución. Le llamó la atención que delitos leves como hurtos y robos apenas aparecían en las carpetas. Se debería a que todos habían sido resueltos. «Sistema bofetada», pensó. Parecía que cuanto menos grave era un delito, mayores posibilidades tenían los autores de escapar de la policía.

La periodista terminó de tomar nota del asesinato de una anciana en un barrio de la capital, en el que todos sus herederos parecían ser culpables por igual, pero a quienes no se pudo imputar nada, y guardó los informes y diligencias policiales en su carpeta correspondiente. Saavedra llegó con más papeles.

–Aquí tiene hasta diciembre de 1964. –Depositó sobre la mesa un par de archivadores delgados.

–¿Sólo eso en dos años? –preguntó Sandra, incrédula.

–Pues sí. O se resolvieron todos los casos gracias a la eficacia de las fuerzas del orden, o es que la gente se portó bien esos años.

–Seguro que ambas cosas –concedió la periodista.

El policía recordó que era la hora del café y se ofreció a traerle otro a Sandra, que lo aceptó, a ver si así tardaba algo más en volver. Sandra sacó las carpetillas de los archivadores y comenzó a tomar nota. En diez minutos recorrió el año 1963. Un año aburrido para sus intereses. Comenzó con el siguiente. Al llegar a junio, aparecieron un par de casos muy similares que le llamaron la atención.

Dos respetables vecinos de La Laguna, Juan Bethencourt y Maurizio Saqueti, habían desaparecido la misma mañana, la del día 2, y no se les volvió a ver más. Sandra tomó nota. Que desapareciera una persona de vez en cuando solía ocurrir. Pero dos a la vez, no. Las carpetas eran diferentes para cada caso, pero eso no quería decir que las desapariciones no pudieran estar relacionadas. Buscó en las diligencias policiales algún elemento de coincidencia. No constaba que los desaparecidos se conocieran, aunque por entonces en La Laguna era difícil no conocerse, aunque fuera de vista. Se trataba de dos hombres, uno de cuarenta y dos años y el otro de cincuenta y siete. Uno de ellos cobrador de seguros y el otro carpintero. Ambos salieron de sus casas por la mañana y nunca volvieron. Nadie los volvió a ver. Así de simple.

«Una casualidad llamativa», pensó Sandra. ¿Habría ocurrido algo especial aquel día? La periodista sacó el móvil de su bolso y entró en Internet. Buscó la hemeroteca de uno de los periódicos existentes en aquellos años y solicitó la entrada al día 2 de junio de 1964. No encontró nada especial. Las clásicas noticias insulsas de una sociedad somnolienta que se miraba a sí misma, con alguna noticia de la Península, de algo que hubiera aprobado o inaugurado el Caudillo, y con el relato imprescindible de las hazañas futbolísticas de Luis Suárez, Marcelino o Chus Pereda.

Sandra se sintió frustrada de que la prensa no le arrojara ninguna luz y fue pasando las páginas.

Llegó al final del diario de ese día y estaba ya por dejarlo. Sin embargo la velocidad del dedo sobre la pantalla del teléfono al pasar las páginas era mayor de la deseable y la imagen se detuvo en la portada del diario del día siguiente, el 3 de junio:

«Pavoroso incendio en la iglesia de San Agustín».

Interesada, Sandra fue pasando páginas en las que se describía el acontecimiento que acabó con el templo, crónicas que venían acompañadas de fotografías de pésima calidad:

«La ciudad de San Cristóbal de La Laguna vivió ayer una jornada de intensísima ansiedad al producirse un pavoroso incendio en la histórica iglesia de San Agustín, situada en la calle del



mismo nombre, que fue totalmente pasto de las llamas. No se conoce aún la causa exacta que provocó el fuego, que parece comenzó en el coro de la iglesia, extendiéndose seguidamente a la techumbre del templo, fabricada de tea, lo que explica la rápida propagación del fuego. Toda la iglesia quedó envuelta en llamas en unos minutos, alcanzando las mismas al Instituto de Enseñanza Media y al Hospital de Nuestra Señora de los Dolores. El fuego fue detectado sobre las cuatro de la tarde y, gracias a la rápida intervención de los bomberos de Santa Cruz, La Laguna y de la Refinería, se evitó una gran catástrofe».

Sandra tomó las notas correspondientes e hizo varias capturas de pantalla en su móvil. Más tarde lo releería con calma. Le resultaba llamativo que uno de los acontecimientos más importantes de la vida lagunera hubiera ocurrido el mismo día de la desaparición de los dos hombres. Pero no le veía conexión. Se terminó el café que le había traído el agente Saavedra, guardó sus cosas en el bolso y se dispuso a marcharse de la comisaría. Mientras salía por la puerta de la calle Orellana, Sandra no paraba de darle vueltas al mismo tema. «¿Qué les pasó a aquellos hombres?».

–¿Cómo se te ocurre enviar a Sebastián con el coche a recogerme? Si de mi casa hasta aquí son apenas un par de calles.

En la puerta de su casa, Ariosto invitó a Adela a entrar.

–Lo cortés no quita lo valiente, querida. Y tal vez te viera alguna de tus amigas. Así les das algo para cuchichear.

Adela entró, encantada.

–Qué tonto eres, Luisito.

Ariosto dio las gracias a su chófer con un ademán y cerró la puerta.

–Pasemos al salón azul, he preparado nuestro pequeño ágape allí.

Adela estaba familiarizada con la mansión de Ariosto, heredada de sus padres, de cuando ellos se encontraban con vida. Era muy amiga, al igual que su hermana Enriqueta, de Amparito, la madre de Ariosto. Desde que eran unas crías en las monjas dominicas sus vidas se desarrollaron con mucha cercanía. Y Adela fue quien presentó a don Claudio, un caballero italiano, alto, guapo, con gusto y clase, a Amparito. Lo hechizó y Claudio terminó casándose con ella. La diferencia de edad, unos veinte años, no se veía mal por entonces y vivieron felices en aquella casa hasta que una repentina enfermedad se llevó pronto al esposo. El pequeño Luis creció rodeado del amor de su madre y de sus amigas, a las que siempre llamó, y consideró, sus tías.

Ariosto, un hombre de corte aristocrático de cincuenta y tantos, bien conservado gracias al deporte continuo, y a quien la edad solo se le adivinaba por las sienas plateadas, entró en el salón una vez que lo hizo Adela y le indicó una butaca para sentarse. La habitación estaba decorada con un estilo clásico que recordaba las películas de época. Las grandes cortinas de tonalidad azul de los ventanales alternaban con las paredes empapeladas, que rebosaban de cuadros originales de pintores canarios destacados: paisajes y retratos en su mayoría. Sillones de tapicería antigua, mesas y sillas de caoba, jarrones y otras piezas de porcelana, un reloj de pie y un piano de pared completaban la decoración de la sala, un poco recargada para el gusto de Adela.

–Por favor –pidió Ariosto señalando una butaca–. Sé que es tu asiento favorito.

Una vez lo hizo Adela, él se sentó a su vez, dejando una mesa baja entre ellos sobre la que estaba preparado el aperitivo. Adela se relamió mentalmente ante el espectáculo que se le brindaba.

–Eres malo. Sabes que estoy a dieta y me pones estas maravillas delante.

Ariosto ignoró el comentario. Adela no estaba a dieta, vivía a dieta, con reinicios continuos.

–Esto son mini montaditos de yemas de espárragos envueltos en láminas de salmón de Lanzarote; tartaletas de queso Filadelfia con mermelada de pimiento rojo del Palmelita; y brochetitas de tomates cherry y queso fresco de Fuerteventura. Para beber, una copita de Campari, muy frío, con un poco de tónica.

Adela sonrió ante la mención de la bebida.

–Veo que te quedaste con el apellido.

–Es un tanto singular, sin duda –dijo, probando una brochetita.

Adela hizo honor a su anfitrión y probó de todo.

–Está riquísimo. Felicita a Fidela de mi parte.

Ariosto hizo un leve ademán de sentirse ofendido.

–Todo esto lo he preparado yo solito.

–¡No me digas! Veo que ya comienzas a desenvolverte sin ayuda. Vas madurando.

–No me tomes el pelo, que ya tengo una edad.

–Justo la mejor para considerar planes de boda.

Ariosto rio.

–No empieces como tu hermana Enriqueta. Estoy bien así.

–¿Cuándo vas a volver a ver a Antoinette?

Ariosto sonrió ante la mención de la mujer que ocupaba sus pensamientos: una famosa médium francesa muy amiga de Adela que había conocido hace tiempo y con la que había compartido aventuras en Tenerife y en el extranjero.

–En un par de semanas viene a Madrid y allí nos encontraremos.

–¡Ay, la distancia! Eso de que viva en París y tú aquí no termina de convencerme.

–Todo a su tiempo, Adela. Si algo ha de ser, será –Ariosto resolvió cambiar de tema–.

Cuéntame algo más de tu amigo Campari.

Adela dio cuenta de un montadito de salmón antes de contestar.

–No es amigo mío, ya lo sabes. Y debió ser alguien extraño y de poca confianza, cuando menos, para que Eduardo, que en gloria esté, lo despachara tan rápido.

–El asunto es que nunca más se volvió a saber de él, ¿no?

–Eso creo. Me imagino que tú no tendrás ni idea de si se acercó a esta casa.

–Pues no. Yo era un niño por entonces. La primera noticia que tengo es la tuya de ayer.

Ariosto se levantó y se aproximó a uno de los cuadros que abarrotaban la pared.

–¿Este es el objeto de deseo del *signore* Campari? Es bueno, pero tampoco lo veo extraordinario.

Ariosto contemplaba un paisaje en el que la blancura de las paredes de una casa de campo canaria refulgía sobre varios toneles de vino, con un almendro en flor a un lado y una cordillera sinuosa recortada al fondo, la de Anaga, sin duda.

–Ese pintor siempre me gustó –comentó Adela–. Nunca entendí por qué Eduardo les regaló el cuadro a tus padres.

Ariosto descolgó el cuadro.

–Eran unos grandes amantes del arte. La cantidad de pinturas que ves aquí lo demuestra. Tal vez mi madre se pusiera pesada o tal vez tu esposo fuera demasiado desprendido con sus cosas. O ambas posibilidades.

El anfitrión se acercó a Adela y depositó el cuadro sobre el sofá. Adela se levantó y lo examinó a su vez, por delante y por detrás.

–La verdad es que no le veo nada raro al cuadro –dijo la mujer–. Para mí es un gran misterio la causa por la que el señor Campari estaba tan interesado en esta pintura. Martín González pintó decenas como esta.

–Bueno, nos enfrentamos a un reto singular. Te propongo que investiguemos a ver qué averiguamos sobre el enigmático señor Campari. ¿Qué te parece?

Adela levantó la copa y brindó por la propuesta.

–Me parece bien. Pero con una condición.

–¿Condición? ¿Cuál?

–Que traigas más tartaletas. Estas se están acabando. Y es la decimotercera ocasión en este año que tiro mi dieta por la borda.

–Sí, soy la hija de Nieves, ¿qué ha pasado aquí?

El inspector Galán dejó que la recién llegada asimilara el golpe de ver la casa de su madre llena de policías y con los cuadros destrozados.

–Por lo que parece, alguien ha entrado buscando cosas muy concretas.

La mujer, de un pelo oscuro que dejaba paso a canas incipientes, algo corpulenta, exhibía unas notables ojeras. El policía dedujo que ese detalle respondía al sufrimiento de las últimas horas, desde que Morales la localizó en Adeje, en el sur de la isla, hasta que llegó a La Laguna.

Le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el sofá del salón. Galán se sentó a su lado y esperó unos segundos a que se tranquilizara.

–Reciba nuestro más sincero pésame –le dijo–. Entiendo que es un momento duro para usted, pero tenemos que investigar todas las circunstancias que rodean el fallecimiento de su madre.

La mujer trató de sobreponerse y se incorporó en el sillón.

–El otro policía me dijo que sospechan que la asesinaron.

–El análisis del forense ha hallado una sobredosis de tranquilizante en su estómago. Teníamos que hablar con usted para descartar o no la posibilidad de un suicidio.

–Mi madre nunca se suicidaría. Era católica practicante y ya sabe que el suicidio está prohibido por la Iglesia. Y no tenía ninguna razón para ello. A sus ochenta y tres años gozaba de una buena salud, a pesar de los achaques de la edad.

–Descartamos entonces esa posibilidad –dijo Galán con delicadeza–. Las otras opciones son igual de desagradables. ¿Su madre tenía algún enemigo?

La mujer miró a Galán con una expresión mezcla de incredulidad y de indignación.

–¡Pues claro que no! ¿Qué enemigos va a tener una anciana que va todos los días a misa?

–Yo también me pregunto lo mismo, pero tenemos que avanzar en el caso. Si no tenía enemigos, poseía algo, un objeto, que alguien buscaba.

La mujer asintió.

–Eso debe de ser. ¿Saben si falta algo?

–De momento tenemos constancia de que falta un cuadro. Pero necesitamos que usted revise la casa para estar seguros. Por eso la hemos traído aquí. Vuelvo a decirle que sentimos estos inconvenientes en un momento tan delicado.

La mujer levantó la mano para que Galán dejase de hablar.

–De acuerdo. Voy a mirar.

Se levantó y comenzó a recorrer las estancias de la casa. Galán se quedó en el salón. El subinspector Morales, un tipo alto y ancho, con chaqueta de cuero y un colgante de oro al cuello que hacía juego con el dorado de su segundo premolar, se acercó al inspector.

–Parece afluída. Yo la descartaría como sospechosa.

Galán se volvió hacia el subinspector.

–Me imagino que sabes algo que yo no sé.

Morales asintió, sonriendo con los ojos.

–Ya he averiguado el patrimonio de la fallecida. No tiene más que esta casa. La herencia, como vemos, es normalita. La casa y los cuadros del esposo. No hay un motivo económico en la muerte de la señora.

–Entonces, a menos que falte algo importante en la casa, las pesquisas deben dirigirse al cuadro que ha desaparecido.

La hija de la dueña de la casa bajó de la planta alta. Galán esperó a que llegase a su altura.

–¿Algo que reseñar? ¿Echa en falta algo?

–Han destrozado todos los cuadros, registrado los armarios y desplazado algunos muebles.

Pero solo falta el cuadro del dormitorio.

–¿Sabe qué cuadro es?

La mujer volvió a sentarse en el sofá. La fatiga era ostensible. Los policías lo hicieron a su lado.

–Es un óleo de un pintor famoso, Manuel Martín González.

–Lo conozco –comentó Galán–. Uno de sus cuadros del Teide sirvió de base para la imagen que se plasmó en un billete de mil pesetas. Era un retratista del campo isleño de primer orden.

–Así es. Y el paisaje canario estaba muy logrado.

Galán miró a la mujer.

–¿Tendría usted algún dato sobre el cuadro para que pudiésemos reconocerlo? ¿Alguna foto?

–Creo que sí. Una vez lo fotografié para hacer una copia.

–¿Pinta usted?

–Hice mis pinitos en mi juventud, pero hace mucho tiempo que lo dejé.

Galán asintió, haciendo como que comprendía la decisión, se trataba de tener de su parte a la mujer en aquellos momentos difíciles.

–Me gustaría que mi compañero le tomara declaración. En cuanto termine, la dejaremos tranquila. Y me pasa la foto en cuanto la tenga, por favor. ¿Cree usted que se trata de un cuadro valioso?

–No tanto como para matar por él. Hay muchos como ése.

–¿Cómo llegó a ser propiedad de su madre?

–En realidad, era de mi padre, que se dedicó a la pintura y era amigo de Martín González. El cuadro era un regalo que le hizo hace muchos años. Su valor en el mercado es importante, pero no demasiado. No creo que pase de los diez mil euros.

–Es un buen precio –dijo Morales–. Conozco a varios tipos que por mucho menos son capaces de hacer cualquier cosa.

–Estoy con la señora, Morales –terció Galán, tratando de que su compañero no interrumpiese la conversación y diciéndole con la mirada que cerrase la boca–. Es muy difícil comprender que por un cuadro así alguien trate de asesinar a una persona.

–¿Qué hacemos con la palmera?

Marta miró extrañada a Nemesio Baute, el encargado de los obreros de la empresa contratada por el ayuntamiento para la limpieza previa del pavimento de la iglesia.

–¿Qué palmera?

–Pues la palmera canaria que ha crecido en el centro de las naves.

Marta se encontraba en la plaza rectangular por la que se accedía tanto a la iglesia de San Agustín, como al antiguo instituto, antes monasterio del mismo nombre. Se acercó a la puerta de la iglesia, liberada del muro que la había cerrado durante casi sesenta años.

–Con tanta vegetación, estaba prácticamente escondida. Tendremos que quitarla.

–Es que dicen que es una especie protegida –Baute se rascó la nuca–. Necesitaremos un permiso especial para ello.

–Creo que el permiso que tenemos es suficiente para hacerlo. No necesitamos otro.

Baute se meció de un lado a otro, nervioso. Como si le costara confesar algo.

–Es que doña Emeteria dice que esperemos.

Marta arrugó el ceño. Tendría que hablar con la jefa de prensa.

–Vayan limpiando el resto hasta que aclaremos el asunto, por favor.

El capataz se volvió y dio un par de voces a sus hombres. Dado lo delicado del proyecto, la limpieza de la vegetación que había crecido a lo largo de los años y la retirada de tierra y escombros se haría sin la ayuda de maquinaria pesada. «A mano, y con cuidadito», como convino Baute.

Marta sacó el móvil y llamó a Emeteria.

–¿Señorita Afonso? Me ha dicho el encargado que usted ya había dispuesto una solución para el tema de la palmera –Marta trataba de adelantarse al problema.

–Está en lo cierto –contestó–. La palmera canaria es considerada como el símbolo vegetal de Canarias, a tenor del artículo único, apartado 1, de la Ley 7/1991, de 30 de abril, de símbolos de la naturaleza para las Islas Canarias. Y como ya sabrá, en virtud del Decreto 62/2006, de 16 de mayo, por el que se establecen medidas para favorecer la protección, conservación e identidad genética de la palmera canaria, para más detalle, *Phoenix canariensis*, y en concreto en su artículo 3, queda prohibido alterar o destruir los ejemplares de palmera canaria que se encuentren en estado silvestre, en especial el arranque de las mismas.

Marta quedó espantada de cómo se podía complicar con tanta legislación lo que no era sino una cuestión de sentido común.

–Me está exponiendo un problema más que ofrecerme una solución.

–La solución ya está en marcha –la voz de Emeteria sonaba algo irritada–. Hay que pedir permiso al Cabildo, lo que ya se ha hecho. El alcalde en persona se ha ocupado de la cuestión y mañana vendrán a llevársela. El arranque se hará cuando lleguen los medios.

–¿Los medios?

–La prensa, claro. Queremos que el alcalde esté presente en ese momento para exponer al público su profunda sensibilidad botánica.

–O sea, foto preelectoral –sentenció Marta.

–No sea tan insensible, profesora Herrero –replicó Emeteria. Marta no supo si la mujer hablaba en serio o con ironía.

–Bueno, pues nos haremos otra foto con el alcalde –se resignó Marta.

–Si es posible, haremos una en cada ocasión que lo exija. Lo que todavía no está solucionado el

encadenamiento.

Marta no se esperaba ese nuevo problema.

–¿El encadenamiento?

–Sí, está anunciado que a esta hora se van a encadenar a la puerta del patio unos componentes de la asociación *Pax Mortuis*. Ya sabe, los que presentaron los recursos judiciales.

–¿En la puerta? Entonces no nos dejarán sacar los escombros. ¿Cómo vamos a trabajar?

–Estamos en vías de solucionarlo.

–¿Y qué quieren?

–Piden que el alcalde ratifique por escrito el compromiso de que determinados sepulcros no se van a tocar. Por lo visto, llevan con ellos la lista que presentaron ayer.

Marta se volvió y vio cómo un grupo de unas doce personas, que portaban una cadena ligera y un par de candados, se había sentado en la puerta de hierro de la valla que circundaba la plazoleta del instituto y lo separaba de la calle San Agustín, impidiendo el paso. Más problemas antes de empezar.

–¿Y no es más fácil enviar una patrulla de la Policía Local y desalojarlos?

–¿Cómo puede pensar en eso? –El tono de Emeteria era de viva indignación–. ¿Y dar una imagen de brutalidad policial contra unos manifestantes pacíficos? ¿Cree que estamos en Cataluña?

Marta se guardó la primera respuesta que le surgió en la mente. Qué fácil era para los políticos enredar las cosas.

–Pues aquí estamos trabajando, por lo que conviene solucionar este asunto lo antes posible, porque si no es así, nos veremos paralizados.

–Nuestro querido alcalde tiene a gala su talante negociador. En este momento está en camino para hablar con el grupo. Llegará en cuanto dispongamos del personal municipal imprescindible.

–¿Se refiere a la policía?

–No, al fotógrafo, por supuesto.

–Vamos a ver.

Ulloa, el sargento de la Guardia Civil, aparentó, mientras caminaba, consultar de modo concienzudo varios papeles que evitó descubrir al detenido, que se encontraba al otro lado de la sala de detenciones, sentado y sin las esposas, que acababa de quitarle el cabo Fregel.

–Ubaldo Chumacero, boliviano, 35 años –Ulloa leía en voz alta–. Con autorización de residencia en España caducada desde hace tres años. Una detención por agresión verbal a su pareja, también boliviana. Poca cosa.

El detenido no levantó la vista, enfocada en la superficie de la mesa que tenía delante. El sargento se sentó enfrente y dejó sobre ella los papeles, boca abajo.

–Ubaldo, Ubaldo. Con lo bien que ibas al principio. Te estás torciendo, y de mala manera. ¿Ves lo que son las malas compañías? Con lo que te hemos trincado tienes para tres o cuatro años en chirona. Y luego, un pasaje de vuelta a Bolivia, sin escalas. ¿Es eso lo que quieres?

A pesar de que el sargento inclinó el torso hacia adelante, el boliviano no hizo el menor ademán. El agente dejó pasar unos segundos antes de proseguir.

–Vamos a ver –repitió–. A poco que investiguemos, no solo os va a caer a ti y a tu amiguito, el peruano, un delito continuado de receptación, sino también los de hurto y robo con fuerza en las cosas. Y eso si no sale algo más, que puede salir. Te propongo un acuerdo.

–Quiero un abogado.

Ulloa se levantó, con un gesto de asombro.

–¿Un abogado? Si todavía no estamos en la declaración. ¿Tú ves aquí a alguien escribiendo? Esto es solo una conversación privada entre tú y yo. No hace ninguna falta el abogado.

Chumacero no levantó la vista.

–Como iba diciendo. Tal vez te podrías escapar de lo que te viene encima. A mí no me interesas tú, sino los que te pagan. Los que te ordenan que consigas y coloques en el mercado las cosas que había en los armarios. ¿Crees que me importan mucho los relojes? ¿Los televisores? Eso no me importa nada. Lo que me importan son los cuatro paquetes de coca. Y ya que estamos, tengo curiosidad por la santa. ¿De dónde ha salido?

El boliviano levantó los ojos hacia el Guardia Civil y los volvió a bajar.

–Esta es la propuesta que te hago –prosiguió Ulloa–: A cambio de dejarte salir, me haces un pequeño favor. No tienes que delatar a tu compinche. Ni tampoco me tienes que dar nombres, si no quieres. Ya sé que tu vida vale poco a partir de ahora, pero ese es tu problema. Solo me tienes que dar lugares. Con eso me puede bastar. El sitio donde te encuentras con el que te facilita la droga y el sitio donde te pasaron la estatua. Los compruebo y si no me has engañado, te suelto. ¿Qué me dices?

El detenido se mantuvo en silencio.

En ese momento entró en la sala el teniente Silvestre. Ulloa se levantó.

–Sargento, interrumpa lo que esté haciendo. El otro tipo ha cantado.

El boliviano no captó el cruce de guiños entre el teniente y el sargento. Silvestre se sentó, tomó los papeles de la mesa y les echó un vistazo.

–Ubaldo Chumacero, te va a caer todo a ti solito. Tu compi ha largado bien por su boquita. Resulta que le obligabas a que hiciera todo lo que tú planeabas. Eras el cerebro de la banda.

Un gesto de incompreensión afloró en el rostro del detenido.

–¿Qué está diciendo? –farfulló.

El capitán dejó los papeles en la mesa, como si ya no le sirvieran.



–Lo que oyes. Y, además, planeando un secuestro express. Eso no está nada bien, Ubaldo.

–Eso no es cierto.

–¡Hombre! Ya empezamos a hablar. Pero me parece que es demasiado tarde. Fregel, haga el favor de ponerle las esposas, que se va al calabozo.

–Un momento –dijo el detenido, casi implorando.

El capitán Silvestre detuvo su caminar hacia la puerta. Se volvió.

–¿Un momento? ¿Un momento para qué?

–Les diré los lugares. Es lo que me pidió el sargento.

Silvestre miró con desaprobación a Ulloa.

–Sargento, no le habrá prometido nada a este desgraciado, ¿verdad?

Ulloa se puso en posición de firmes.

–No, mi capitán. El detenido está desvariando.

–Lo imaginaba. En este lugar mucha gente desvaría. –Silvestre se acercó al boliviano–. Ubaldo, si me das tres nombres que coincidan con los que nos ha dado tu compinche, te llevo al juez solo por lo de los relojes. Y además, no constará en tu declaración.

–¿Y se olvida del resto?

Silvestre asintió.

–De acuerdo, pero nada por escrito.

–Ulloa, que llamen al abogado de guardia, el señor Chumacero va a declarar. Pero antes, tome nota mentalmente de los nombres que nos va a facilitar.

El sargento tocó el brazo del boliviano y este se levantó dócilmente. Al pasar al lado del teniente, este se le acercó.

–Solo por curiosidad, ¿de dónde sacaste la imagen de la santa?

–Ramos, tienes visita.

La voz ronca del subinspector Morales sacó a su colega de la concentración con la que intentaba resolver, sin éxito, un sudoku. El policía quitó como un resorte los pies de la mesa de su despacho y los bajó al suelo.

–¿Una visita? ¿Aquí, en la comisaría?

Morales sonrió con malicia, como el que es poseedor de un secreto que está deseando compartir.

–Una señora, bastante emperifollada y muy perfumada.

El rostro de Ramos reflejó incredulidad, asombro y confusión.

–Ha preguntado por el inspector Ramos –prosiguió Morales, burlón–. Le he dicho que voy a ver si el inspector puede recibirla.

–¿Ha dicho qué quiere? No espero a nadie hoy.

–Quiere verte, eso es evidente. Y no se va a ir sin hacerlo. Esto último no es tan evidente, pero lo deduzco yo, que he vivido situaciones similares.

Ramos se acordó del episodio en que Morales fue acosado por una jovencita veinteañera que se había colado por él, por su placa y por su pistola, aunque no estaba seguro de si ese era el orden de importancia atractiva para ella. Le costó terminar con aquello.

–Pero algún dato te habrá adelantado. El motivo de la visita.

Morales hizo memoria.

–¡Ah, sí! Me habló de una tal Nievitas. ¿Te suena de algo?

Ramos se puso blanco como la cera. Se trataba, sin duda, de la insinuante vecina de doña Nieves, la fallecida en la catedral.

–¿Y si le dices que estoy muy ocupado? –preguntó con ansiedad.

Morales se rio.

–Le diré que el inspector Ramos va a dejar todas sus ocupaciones para atenderla a ella en privado.

–Morales, no me jodas. Esa mujer es una pesada.

Morales sonrió y salió del despacho. Quince segundos después entró la vecina. Vestía un vestido oscuro ajustado que le quedaba algo pequeño, a juzgar por los desusados pliegues debajo de los brazos y la ausencia de arrugas en el torso. Un escote generoso ofrecía un busto excesivamente elevado y comprimido. El intenso aroma de un perfume desconocido invadió el despacho en dos segundos.

–¡Querido inspector! ¡No sabe cómo le agradezco que me reciba!

Ramos se levantó y le ofreció la mano a la mujer, que la ignoró, rodeó la mesa y se acercó para endosarle un par de sonoros besos en las mejillas del policía, que recobraron en un instante todo su color. El subinspector, tras comprobar que nadie había sido testigo de aquel efusivo encuentro, invitó a la recién llegada a sentarse en una silla y él corrió a refugiarse en la suya, al otro lado de la mesa.

–¿Qué le trae por aquí... –Ramos trató de recordar el nombre de la mujer. Lo había apuntado en su libreta. Por fortuna, le llegó la luz: Hortensia Marrero– señora Marrero?

–Llámeme Horten, por favor. No hay razón para tanto formalismo. ¿No te importa si nos tuteamos?

Ramos carraspeó y se lo pensó varias veces. Tardó demasiado.

–He venido porque tengo información que puede interesarte. La he conseguido de los otros

vecinos del barrio.

A Ramos no le costó imaginar a Horten interrogando de modo inquisitivo, sin clemencia, a todos los habitantes de la calle. Si alguno conocía algún detalle relevante, con total seguridad se lo habría sonsacado.

–Qué bien –acertó a responder, tratando de disimular su incomodidad–. ¿Y cuál es?

La mujer se echó hacia atrás en la silla, sacó un cigarrillo y cruzó las piernas, al más puro estilo *Instinto básico*. Debía de haberlo ensayado un par de veces, pensó Ramos.

–Lo siento, no se puede fumar aquí –le indicó el policía.

–¡Oh!, no iba a hacerlo. Es que tener uno de estos en la mano me relaja.

–De acuerdo –claudicó–. Me iba a hablar de una información relevante del caso que nos ocupa.

La mujer asintió, guardando otro instante de silencio mientras lanzaba una semi sonrisa y una mirada de soslayo, en ese orden, al policía.

–Juanita la gomera, a quien llaman así porque es de allí, la que vive tres puertas más abajo, me comentó que Nievitas recibió una visita la tarde del día ese en que, ya sabe..., en la catedral.

–Sí, sí –ayudó Ramos–. ¿Algún detalle del visitante?

Horten se rehízo un par de segundos tras haberse, aparentemente, derrumbado al recordar a su vecina.

–Era un hombre –sentenció.

Ramos miró a la mujer, esperando algo más.

–Tuvo que ser un hombre o una mujer, desde luego. ¿Algún rasgo de su aspecto?

–Era un hombre –repitió–. Nievitas hacía más de veinte años que no recibía a un hombre en su casa. El cartero nunca pasó de la puerta.

–Tal vez lo conociera –aventuró el subinspector.

–No lo sé. Yo no estaba allí.

El tono de Horten sonaba como que se iba a arrepentir toda su vida de no haber estado allí. Tomó aire antes de proseguir.

–Juanita dijo que apenas lo vio porque no estaba mirando por la ventana, pero pudo captar que era moreno, de unos cuarenta años, con chaqueta gris y pantalón negro, camisa blanca, barba de dos días y un hoyuelo en la barbilla.

–Menos mal que tuvo poco tiempo para verlo.

–Es que Juanita es mucha Juanita.

Ramos no tuvo claro a qué se refería la mujer, por lo que optó por reconducir la conversación a lo que le interesaba.

–Tal como lo dice, si lo dejó entrar en su casa, fue por algo.

–En eso estoy de acuerdo contigo –dijo la mujer, cruzando las piernas al revés–. Eres un policía muy inteligente. ¿Te lo habían dicho?

Ramos desvió la mirada del movimiento de las extremidades inferiores a un cuadro del rey Felipe situado tras su visitante.

–¿Qué pudo haberle dicho aquel hombre? ¿Tiene alguna idea?

–A Nievitas solo le interesaba la novela de la tarde y la misa en la catedral. De vez en cuando, en secreto, veía uno de esos programas en que todos se ponen de vuelta y media, chillándose e insultándose entre sí, pero nada más.

Ramos meditó un instante.

–Los que entraron en su casa tenían interés por un cuadro, el que se llevaron, pero también destrozaron todos los demás de la casa. Debe de haber sido algo referido a los cuadros.

Horten pensó a su vez, balanceando el cigarrillo sin encender.

–Es posible –concluyó la mujer–. Tal vez la hija de Nievitas pueda saber algo. Preguntaré de nuevo a los vecinos.

–No creo que sea necesario.

–No es molestia, inspector. Estaré encantada de seguir colaborando con las fuerzas del orden – Horten miró a Ramos de arriba abajo–. Y qué fuerzas.

–No lo dudo –respondió con rapidez–. Me gustaría hablar con esa señora, Juanita. Tal vez podamos hacer un retrato robot.

–¿Podamos? –preguntó Horten, bajando el tono–. ¿Tú y yo? Yo te retrato cuando tú quieras. Y Ramos se encogió en su silla.

Evaristo Rivero era el encargado de la catalogación de los objetos requisados por la Guardia Civil en el transcurso de sus operaciones. Trabajaba en un sótano mal iluminado, mal ventilado y aguantando un fuerte olor a cartón, madera y humedad. Aunque había solicitado en varias ocasiones que le trasladaran de destino o que se mejorasen las condiciones de trabajo, el caso es que él y otros dos compañeros seguían en el búnker, como se denominaba coloquialmente el almacén policial.

En muchas ocasiones, los objetos allí depositados terminaban por salir rumbo a un juzgado del que no volvían. Ya fuera porque se descubría quiénes eran sus propietarios o porque el juez les daba el destino que procediera, en el que se incluía desde la subasta hasta su destrucción. Pero en otros casos, ya fuera por la razón que fuera, se quedaban en el depósito de la Guardia Civil.

Cada par de años, los números que se encargaban del almacenamiento debían hacer limpieza para liberar espacio de cara a nuevas entradas, pero la orden era un tanto débil, y no se cumplía a rajatabla. Por ello, el almacén estaba siempre más lleno que vacío, aunque a nadie parecía importarle demasiado.

Evaristo se encontraba aquella mañana desembalando las cajas que le habían llegado la tarde anterior. Venían acompañadas de un inventario escrito a mano que acompañaba las diligencias policiales que habían provocado su incautación. El «conservador», denominación eufemística con que se adornaba al almacenero, comprobó que tres de las cajas de cartón provenían de una intervención contra unos traficantes de mil cosas, incluyendo drogas. El contenido era expresión de la variedad reflejada en el inventario: una cantidad respetable de relojes, móviles, tabletas, portátiles, pantallas de ordenador y otros objetos, entre los que destacaba una talla religiosa.

Nada más que por la novedad, Evaristo sacó de la caja correspondiente la estatua y la colocó encima de su mesa de trabajo. Al calibrar su peso dedujo que era de madera pintada y, por su estética, debía de ser antigua. Evaristo no era un especialista en arte, pero tenía un instinto que le decía que aquella figura tenía cierto valor.

El guardia civil era consciente de que, aunque llevara cuatro años viviendo en Canarias, él era originario de la serranía de Cuenca, y no era capaz aún de captar todos los matices culturales del Archipiélago, por lo que, cuando tenía dudas, en según qué casos, decidía acudir a sus mandos. Le dio vueltas a qué oficial llamar para que valorase el objeto. No tardó mucho en aparecer en su mente la oronda silueta del teniente coronel Ravelo, un oficial a semanas de la jubilación que, cuando no llevaba la corbata reglamentaria, lucía al cuello sendas medallas de la virgen y un crucifijo de tamaño singularmente grande. Era canario y hermano de no sé qué cofradía de las que salen de noche en procesión en Semana Santa. Debía de saber algo de estatuas de santos. Descolgó el teléfono y marcó un par de números en el dial.

—¿Mi teniente coronel?, aquí Rivero, de decomisos. Me gustaría contar con su ayuda para catalogar un objeto que nos llegó ayer.

La respuesta no se hizo esperar. El oficial entraba por la puerta del almacén en menos de cinco minutos.

—Gracias por venir, mi teniente coronel.

—De nada, Rivero —el oficial echó un vistazo a su alrededor—. Veo que han mejorado las condiciones ambientales de trabajo.

—Menos coña, mi teniente coronel. A ver si me echa una mano en trasladarme de aquí.

—Todo a su tiempo, Rivero. ¿Qué tenía para mí?

El conservador lo llevó a la mesa de trabajo y señaló la talla, bien iluminada por una potente

lámpara.

–Llegó ayer, de una detención en Los Realejos.

El teniente coronel Ravelo se acercó y la escrutó desde varios lados.

–Parece de calidad –observó–. Y antigua. Yo le echaría un par de siglos, por lo menos. Es una Santa Bárbara.

–¿Cómo lo sabe?

Ravelo miró a su compañero con aire de suficiencia.

–Su nombre proviene de *barbaron*, que significa «extranjero» en griego, ya que la tradición dice que vivió en Turquía en el siglo IV. Protege a arquitectos, artilleros, armeros, mineros, albañiles, bomberos, campaneros y a todos aquellos que viven en peligro de muerte imprevista, incluidos nosotros. Todo el mundo se acuerda de ella cuando truena, y se caracteriza porque lleva siempre en una mano una palma o una pluma de pavo real.

A Rivero le costó discernir si lo que llevaba la estatua era una de las dos cosas, pero se dejó convencer.

–Sabía que usted reconocería la estatua, mi teniente coronel.

–Gracias. Ahora toca tratar de localizar el lugar del que fue sustraída.

–Ya la tengo fotografiada, mi teniente coronel. ¿Le envió la foto a su correo electrónico?

–Sí, por favor –respondió el oficial de modo distraído, examinando con detenimiento la imagen de la santa.

–Esta Santa Bárbara me suena –dijo, más para sí que para el conservador–. Yo la he visto en algún sitio. Hace mucho tiempo.

–El resto de los objetos decomisados fueron robados durante este año. Si ocurre igual con la estatua, solo hay que buscar en las denuncias de los curas de los últimos doce meses.

–Algo me dice que no, Rivero. Esta figura desapareció bastante tiempo antes. Tengo que consultarlo con un especialista.

–Lo que usted diga, mi teniente coronel. Aquí me tiene para lo que necesite.

Ravelo pasó por alto el peloteo, sus recuerdos de niño invadían su mente y le ofrecían el dato, que se guardó para sí, del lugar en el que había visto aquella estatua. No abrigaba la más mínima duda: la iglesia de San Agustín. Antes de que se quemara.

–Sargento Ulloa, le presento al subinspector Morales, de la Policía Nacional. Viene de observador por orden del juez, por si tiene que seguir adelante con el caso.

–Mucho gusto –dijo Morales, estrechando manos–. Que conste que no tengo la ambición de asumir ningún caso de ustedes, pero donde manda juez, no manda marinero.

–Lo entiendo. Gracias, subinspector –replicó el sargento.

–La situación es la siguiente –El teniente Silvestre captó la atención de los dos agentes–. Uno de los detenidos hace un par de días al que le incautamos una estatua religiosa confesó que la había obtenido de un individuo extranjero. Estamos ante su domicilio y vamos a detenerlo.

–El juez ya me puso en antecedentes –aclaró Morales–. Y al ser capital de provincia, la Policía Nacional tiene que estar presente.

–Lo normal sería que se hubieran encargado ustedes –dijo Ulloa–, pero como es parte de un operativo mucho más grande que viene de hace tiempo, lo hacemos nosotros.

–Por mí encantado –respondió Morales.

–Dejémonos de chácharas –cortó el teniente–. Entremos.

El grupo de seis GRS, armados hasta los dientes, con casco y visor nocturno, se bajó de la furgoneta camuflada de la Guardia Civil. Los agentes cruzaron la calzada y se apostaron a ambos lados del portal del número 92 de la calle La Fajana, en Barrionuevo. Morales salió el último y se colocó al final de la fila india. De un vistazo comprobó que, a aquella hora de la noche, las tres de la madrugada, no había nadie en la calle.

A una señal del teniente, en completo silencio, uno de ellos trasteó en la cerradura del portal y la abrió. Todos entraron de manera coordinada, y Morales les siguió. Era un edificio sin ascensor, pero solo había que subir al primer piso. Silvestre había dado instrucciones de que el operativo se hiciera con la máxima discreción. Dos agentes subieron al segundo, uno se quedó en el rellano anterior al primer descansillo con el subinspector y los demás encararon la puerta del domicilio del objetivo, la de la izquierda.

–Prueba con el juego de llaves maestras antes de utilizar el ariete –siseó Silvestre. Morales comprobó que la Guardia Civil tenía un alter ego del subinspector Ramos, ya que en cuestión de segundos abrió la puerta. La empujó con suavidad y la hoja no se detuvo por un segundo cerrojo ni sonó ninguna alarma.

–Adentro –ordenó el capitán en voz baja–. Y esta vez sin gritar, si no es necesario.

El teniente Silvestre no quería escuchar otro rapapolvo de su capitán. Por lo visto, en el anterior operativo habían despertado al vecindario de tres manzanas, justo donde vivía uno de los concejales anti ejército mas furibundos. Las quejas habían llegado al general, y de ahí hacia abajo, hasta llegar a él, la bronca en cascada había engordado como una bola de nieve en un declive pronunciado. Esta vez serían silenciosos.

Ulloa fue el primero en entrar en el piso y le siguieron los demás muy cerca. Salvo el agente que estaba con Morales, el resto se introdujo en la vivienda. El subinspector se asombró del silencio con que actuaron los GRS. No escuchó gritos ni golpes. En menos de diez segundos, apareció por la puerta uno de los agentes.

–Despejado. Un detenido. Sin resistencia.

–Puede usted pasar, subinspector –invitó el GRS que se había quedado en la escalera con Morales.

El policía nacional entró en la vivienda. Una cocina y un pasillo largo con tres puertas le recibieron con las luces encendidas. Los GRS circulaban por el pasillo y entraban y salían de las

habitaciones. Morales avanzó hasta llegar a la última. Un hombre sentado en su cama, esposado, parecía preguntarse si todo aquello era parte de una pesadilla de la que no había logrado despertarse. Silvestre le estaba recitando los derechos.

–No sé de qué me están hablando –acertó a responder–. Soy un honrado trabajador. No he hecho nada ilegal.

–Eso se aclarará en el cuartelillo –respondió el capitán.

Morales pensó que la frase había perdurado en el tiempo. Solo había cuartelillos en los pueblos, y no eran como los de antes. De cualquier manera, a aquel tipo lo iban a llevar al Cuartel Central de Ofra.

–Todo ha ido como la seda –comentó Morales al oficial.

–Sí y no –respondió Silvestre–. En esta casa no hay nada que podamos relacionar con algún delito.

En ese momento se asomó Ulloa.

–Nada tampoco en la cocina.

–Ni en la sala –dijo un tercer guardia civil.

Morales comprendió el azoramiento que invadía a sus colegas. Aquello tenía toda la pinta de un fiasco. ¿Y si se habían equivocado de persona? Los errores de ese estilo dañaban la imagen de los Cuerpos de Seguridad del Estado.

–Vamos al cuartel –sentenció el capitán–. Que el juez decida. Ulloa, hágase cargo del detenido.

–¿Tengo que acompañarlos? –preguntó Morales.

–Como quiera. Por mí puede irse. Mañana le enviaremos el informe y depende del juez que ustedes se hagan cargo del caso. Si es que hay caso.

–Entonces me voy a casa. Me gusta seguir buenos consejos.

La broma de Morales no fue captada por los guardias civiles, cuyas mentes estaban ocupadas en marcharse de allí lo antes posible. El grupo armado salió de la vivienda con el detenido y cerraron la puerta tras ellos. El subinspector se despidió en la calle de sus colegas y observó cómo la furgoneta arrancaba y se perdía calle abajo. Morales se quedó solo y comprobó de nuevo que no había luces en los otros pisos. Nadie se había enterado o, si lo había hecho, la discreción se había impuesto.

El policía comenzó a caminar hacia el lugar donde había estacionado su automóvil pensando en las excusas que el juez iba a tener que dar a aquel hombre. Porque aquel tipo parecía inocente de todo, aunque por su experiencia sabía que no había que fiarse de nadie. Así que esperaba a que le llegara el informe antes de hablar con Galán. Por lo demás, se lamentó de que le hubiera tocado aquel marrón a él y no a Ramos. De noche le costaba dormir y, si se le pasaba la hora del sueño, se quedaba desvelado hasta el amanecer. Y aquella noche iba a ocurrir precisamente eso.



Sandra era consciente de que en los años sesenta la gente solía conocerse en La Laguna. Por eso se le había ocurrido acudir a una de las hemerotecas vivientes que más tenía a mano: doña Enriqueta Cambreleng, la tía adoptiva de Luis Ariosto.

Sandra conoció a Enriqueta durante la crisis del secuestro del nuncio, y había mantenido el contacto con alguna que otra llamada y un par de visitas cuando subía a La Laguna y tenía tiempo para ello. Se encontraba en una de esas ocasiones. Un telefonazo previo para comprobar que estuviera disponible, nadie debía presentarse en su casa sin avisar, le confirmó que en una hora podría recibirla.

La periodista pasó por delante de la terraza del Venezia, siempre concurridísimo, rodeó la cabecera de la iglesia de la Concepción y se dirigió a la casa de Enriqueta, distinguible por su color azul turquesa. Tocó el timbre y la puerta de la calle se abrió de inmediato. La señora debía de estar atenta a su llegada. Subió el tramo de escalera y llegó al rellano superior. Allí la esperaba la dueña de la casa.

–¡Querida Sandra! ¡Qué alegría verte por aquí!

–Igualmente, Enriqueta.

Tras los besos de rigor, Sandra pasó al interior de la vivienda y Enriqueta la dirigió al saloncito de las visitas cercanas, algo menos formal que el salón de las visitas menos cercanas, más pomposo y elegante.

La joven se sentó en un sofá que enfrentaba a una mesa baja de centro donde le esperaba una tetera humeante y un plato de pastas variadas. Decenas de figuritas de porcelana la observaron, indiferentes, dentro y sobre distintas vitrinas que amueblaban la sala, colocadas de modo estratégico.

–Como sé que aprecias el té, he preparado uno de los que te gustan. Un té de jazmín, que tiene propiedades relajantes y antioxidantes.

–Muchas gracias, no tenías que haberte molestado.

–Para alguien que tiene el valor de decirme que no le gustan mis infusiones especiales, no es molestia. Me encanta la sinceridad, y prefiero que vuelvas por aquí.

Sandra recordó la primera vez que se sometió a uno de los brebajes de Enriqueta, y la protesta le salió del alma. Ariosto, que estaba con ella en aquella ocasión, pensó que había firmado su sentencia de destierro de aquella casa. Pero no, todo lo contrario, a Enriqueta le encantó aquel destello de espontaneidad en lugar de la fingida aquiescencia de quienes no podían soportar las infusiones y no eran capaces de decir nada al respecto.

La periodista se deleitó con el té. Estaba buenísimo. Enriqueta, a su vez, hizo honor a una de sus pócimas con una expresión en el rostro que podía reflejar placer, pero también aversión. Nunca se sabía.

–Estoy escribiendo un artículo de investigación y le sigo la pista a la desaparición de dos personas en La Laguna un mismo día en 1964.

–¡Jesús! ¡Sí que ha llovido desde entonces! ¡Y qué casualidad que fuera el mismo día! ¿No serían de esos que iban a comprar tabaco y no volvían?

–Pues de eso se trata. Intentar aclarar por qué no volvieron. Tal vez me puedas ayudar.

–Ya me dirás cómo.

–Según la prensa de la época, uno era un cobrador de seguros y el otro un carpintero. ¿Te suena?

Enriqueta tomó otro sorbo del contenido grisáceo de su taza y adoptó su pose pensativa.

–Pues no, la verdad. ¿De qué fecha estamos hablando?

–Del 2 de junio de 1964.

–Si no recuerdo mal, fue cuando se produjo el incendio de San Agustín.

–Sí. Da que pensar.

–Pero no veo la conexión, el fuego se debió a un cortocircuito.

–Esa fue la versión oficial, claro.

–Nadie la ha puesto en duda nunca, Sandra.

–Ni yo tampoco, Enriqueta, solo estoy exponiendo dos hechos extraordinarios muy cercanos en el tiempo.

La señora dejó la taza sobre la mesa y se echó hacia atrás en su mecedora.

–Me acuerdo de que dejamos de ver en aquella época a una persona que conocíamos más o menos bien. Pero no era un carpintero. Aunque, pensándolo bien, trabajaba con la madera.

–¿De quién se trataba?

–Era un enmarcador de cuadros. Y también pintaba. Hacía copias fantásticas de obras clásicas. Tenía un pequeño taller en su tienda. Mis padres siempre enmarcaban los cuadros y los espejos en su negocio, como la mayoría de la gente en La Laguna.

–¿Y qué le pasó?

–Pues ahora no lo recuerdo muy bien. Debió de darle un ataque al corazón o algo así. El hecho es que el marido de la hija se hizo cargo de la tienda y siguió con la actividad, pero nunca llegó a la perfección de su suegro.

–¿Te acuerdas de su nombre?

–Era un apellido que sonaba a extranjero. Como italiano.

–¿Era Saqueti?

Enriqueta sonrió.

–Sí, ese era. ¿Cómo lo sabes?

–Es que aparece en el informe policial de su desaparición. Y entonces, ¿dices que tiene un yerno?

Enriqueta suspiró involuntariamente.

–Así es. Dámaso Barreto. Era un hombre muy guapo, aunque ahora ha perdido gran parte de su encanto. ¿Quieres su dirección?

Sandra no tuvo necesidad de responder. Solo sonrió.

–¡Qué temprano llegas, Luisito! ¿Has desayunado?

–Me imaginaba que sigues teniendo dulces gomeros en la despensa, Adela.

–¡Pues claro! Y eso que ya no los pruebo.

Adela hizo entrar a Ariosto en su casa. El aroma a café los atrajo a la cocina como una sirena a un navegante. Se sentaron a una mesa ya bien dispuesta de piezas de bollería y pastas.

–Estaba esperándote. Sabes que yo también soy madrugadora. ¿Café?

–Con leche, por favor.

Adela asintió y sirvió la bebida para los dos.

–Como me has pedido, te he apartado las carpetas profesionales y de correspondencia de Eduardo, que en gloria esté.

–En cuanto terminemos de desayunar, les echaré un vistazo. ¿Has recordado algo en torno al cuadro?

–Me ha parecido ver algo en los papeles, pero no he tenido tiempo de mirarlos en detalle. Eso te lo dejo a ti. Tengo la sensación de que Eduardo compró ese cuadro, pero a precio de amigo, sin factura.

–Suele ocurrir en el mundo del arte. No siempre se entrega un justificante del pago.

Tras quince minutos de charla en torno a amistades comunes, acabaron el desayuno. Ariosto ayudó a Adela a recoger la vajilla y luego fue expulsado de la cocina. Como conocía la casa, se acercó a la sala de estudio de su difunto tío adoptivo. Sobre una mesa grande de caoba se encontraban tres carpetas azules, de las que se cerraban con gomas elásticas en la esquinas, esperándole.

Se sentó y tomó la primera. La abrió y un olor a papel y a tinta antigua surgió de su interior. Ariosto se sintió transportado a otra época, en la que era niño, la televisión se emitía en blanco y negro y los teléfonos tenían dial con retroceso. Deshizo el hechizo con un movimiento de cabeza y extrajo un fajo de documentos. Al primer vistazo comprendió que eran facturas y otros recibos domésticos. Los introdujo en su lugar, cerró y dejó a un lado la carpeta y abrió la segunda. El contenido de esta prometía más: eran cartas, enviadas y recibidas por el tío Eduardo, escritas a mano. De cuando se escribían cartas a mano. Hoy los mensajes de los móviles habían terminado con todo aquello. Las cartas estaban organizadas por orden cronológico, y las de cada año estaban agrupadas dentro de una carpetilla de papel de seda. Ariosto buscaba la fecha en que la pintura llegó a poder del tío Eduardo. Calculó que tuvo que ser en los años cincuenta, o sesenta, y buscó las cartas más antiguas. Comenzaban en 1955. A la sexta encontró algo que pudiera serle útil en su investigación.

Estimado profesor:

Tiene usted razón cuando indica que el motivo de la pintura que me compró es único. Era tan difícil para el maestro Martín González trasladarse a ese lugar que no creo que exista otro igual, así que acierta usted. Es único.

Le comunico que la tela ya está enmarcada y puede usted pasar a recogerla cuando quiera. No tarde mucho, no vaya a ser que yo, un admirador del arte canario, vaya a tomarle mucho cariño a la obra.

Esperando que sigan bien de salud su señora esposa y usted, se despide afectuosamente.

Maurizio Saqueti.

–¿Has encontrado algo? –preguntó Adela, que llegaba de la cocina.

–¿Recuerdas a alguien llamado Saqueti?

–Claro. Tenía una tienda de enmarcado de cuadros. Y también hacía copias de obras clásicas. Era un buen pintor y un buen maestro. Enseñó a muchos jóvenes a pintar.

–Ese apellido no es canario.

–Era extranjero. Tenía un acento especial, como cantarín. Parecía italiano, pero con una entonación extraña, como si hubiera vivido en muchos lugares.

–¿Y qué fue de él?

–Murió hace años. El negocio pasó al marido de su hija y cambió de nombre. Ha estado abierto hasta hace poco. No sé si recuerdas «Enmarcaciones Atlántida».

–Sí, claro, en la calle Núñez de la Peña. Ahora hay allí una tienda de ropa.

–Sí, son los tiempos –Adela suspiró–. Los negocios al antiguo estilo van desapareciendo. Tengo entendido que el yerno mantiene un taller de enmarcación en la calle Bencomo.

–Bueno es saberlo –comentó Ariosto–. ¿Sabes que el cuadro que estamos investigando estuvo en manos del señor Saqueti durante una temporada? Tal vez sea un hilo del que tirar.

–Podrías preguntarle a tu tía Enriqueta.

–¿A Enriqueta?

–Sí, hubo un tiempo en que el yerno del señor Saqueti, cuando estaba soltero, trató de cortejarla. Llegó a conocerlo bien.

Ariosto sonrió.

–Esa historia me la tienes que contar.

–Me alegro de volver a verle, padre Fermín.

Marta saludó en la puerta de la excavación al prior de la congregación de los padres paúles, encargados por las autoridades eclesiásticas de mantener, en la medida de lo posible, las ruinas de San Agustín. La iglesia estaba a su cargo cuando se declaró el incendio, y el fatal desenlace les dejó un sentimiento de culpa del que todavía no se habían desprendido, más de cincuenta años después.

–Buenos días, profesora. Nos alegra mucho que la hayan designado como jefa de la excavación. Ahora estaremos seguros de que se tratará a los difuntos del subsuelo con el respeto que merecen.

–Por descontado, padre. Ya nos conocemos.

El padre Fermín había sido alumno de Marta en la carrera de Historia, ya mayor, cuando cifraba los cincuenta. Unos estudios universitarios que había cursado, como muchos de su edad, por puro afán de superación. En el caso del monje el mérito era más notable, ya que había aprendido a leer y a escribir a los veinticinco años, y desde entonces no había parado.

–Lo que no nos parece bien es que no se recupere la iglesia consagrada y se quiera destinar a un uso civil. Un centro cívico, dicen.

–Ya sabe, padre. Quien paga, manda. Y en este caso, son las corporaciones políticas las que ponen el dinero. Las autoridades eclesiásticas han tenido cinco décadas para intervenir y no lo han hecho.

–Tiene razón a medias, profesora. No ha sido por falta de voluntad, sino porque en cada momento se consideró que hacía más falta el dinero en las familias necesitadas que en la recuperación de estos muros.

–Seguro que es así. A mí no me disgustaría que se rehabilitara la iglesia tal cual estaba. Era una de las más bonitas de la isla.

–Y la más grande durante muchos años, mucho más que la Concepción. Pero el que más sabe de eso es el padre Sebastián.

El monje hizo una seña a dos compañeros que se encontraban a cierta distancia, como temerosos de asomarse a una obra que rompía la paz de décadas en un lugar que fue antaño una iglesia. Se acercaron.

–Profesora, le presento al padre Sebastián, nuestro hermano más veterano, y al padre Marcial, el más joven.

Marta estrechó las manos de los dos, y notó que el anciano respondió al apretón con más fuerza que el novicio.

–Ochenta y dos años, hija mía, sirviendo en este valle de lágrimas –dijo el padre Sebastián.

–Pues se le ve muy bien –respondió Marta–. Se debe de acordar de la iglesia antes del incendio.

–Por supuesto que sí. ¡Qué te puedo decir! Era una maravilla. La única que tenía tres naves hermosas. La envidia de todas las demás.

–¿Envidia? –preguntó Marta–. ¿Mucha envidia?

El viejo padre captó la insinuación al vuelo.

–No tanto como para prenderle fuego, hija.

Marta comprobó que la expresión de los otros dos frailes corroboraba la afirmación.

–¿Estaba usted aquí cuando ocurrió el incendio?

El padre Sebastián hizo una mueca de disgusto. Marta le había tocado una fibra sensible.

–Así es. Soy el único que queda de aquellos tiempos. Fue un día de comienzos de verano. No

había llovido en las semanas anteriores y el ambiente estaba seco. Serían las tres o las cuatro de la tarde, momento en que todos los hombres de bien estaban durmiendo la siesta, cuando un vecino dio el grito de alarma. Desgraciadamente, el fuego ya se había propagado hasta la techumbre, de más de doscientos años de antigüedad. La madera reseca lo puso fácil.

–Y se consumió como un fósforo –añadió el fraile joven con los ojos muy abiertos. El tema le creaba intensidad emocional, sin duda, pensó Marta.

–Tengo entendido que se pudieron salvar algunas imágenes.

–Muy pocas. Algunos locos valientes se metieron en el humo y sacaron unas pocas tallas. Por el resto, poco se pudo hacer.

–El incendio fue tan voraz que no quedó nada de las obras de arte más importantes que existían dentro de la iglesia. Salvo la estatua quemada del Cristo de la Cañita, nada fue reconocible – intervino el padre Fermín.

–¿Nada? –Marta intentó que su escepticismo no fuera muy patente–. Algo tuvo que quedar.

–Nada de nada –volvió a recordar el anciano–. Solo cenizas. Las cenizas de esa iglesia, que nos elevaba a las alturas. Las cenizas del cielo.

–Un buen título para una novela –opinó Marta.

–Todavía está por escribir, hija mía. Por lo que respecta a las imágenes, lo que te decía: no quedó nada de nada. Nuestro padre superior llegó a decir que el Altísimo se había llevado las obras de arte al cielo para que no se quemaran.

Marta sonrió.

–Tal vez ocurrió así.

–Debemos irnos –terció el padre Fermín–. Es nuestra hora del rezo.

La arqueóloga asintió en señal de respeto.

–Vuelvan cuando quieran –les dijo.

Los frailes se despidieron y se dirigieron a la puerta principal de la iglesia, fuera de la obra. El más joven se retrasó unos pasos. Dio media vuelta y volvió donde estaba Marta.

–Profesora. ¿Hasta qué hora van a trabajar?

A Marta le sorprendió la pregunta. ¿Estaría preocupado por los ruidos?

–A las seis terminamos.

–Estupendo. Lo mejor que hacen. Terminar cuando es todavía de día.

–Es por los sindicatos. Hay que respetar el horario. Yo, por mí, seguía algo más.

–Pues no debe, profesora. No trabaje de noche aquí. Nunca.

La seguridad del monje intrigó a Marta.

–¿De noche? ¿Y por qué no?

El fraile joven pareció luchar consigo mismo, como si no se atreviese a responder.

–Es muy desaconsejable. Se lo digo yo. Confíe en mí.

El fraile salió a la carrera en dirección a la puerta, y dejó a Marta presa de varios interrogantes que se resumían en una sola pregunta.

–¿Muy desaconsejable?

La tarde se difuminaba a través de las vidrieras de la catedral de La Laguna. La inmediata bajada de temperatura posterior a la desaparición del sol tras la montaña del Púlpito no se sentía en el interior del templo, como si de un compartimento estanco se tratase. El grupo de señoras que se había congregado al rezo del rosario se había marchado y la enorme iglesia se había quedado vacía. Solo una persona, sentada en el último banco, permanecía mirando, como extasiada, los últimos jirones de luz que se resistían a desaparecer bajo la cúpula del crucero. Algún sonido que otro en la sacristía recordaba que el sacristán debía de estar con los preparativos de la siguiente misa, la última del día.

Un hombre empujó la puerta lateral de la catedral y entró en ella. Se detuvo un instante para habituar sus pupilas a la escasa luz y giró a su izquierda, rumbo al coro y a la tribuna del órgano. Caminó con paso firme y no tardó en descubrir la figura sentada. Llegó a su altura y se sentó a su lado.

–No creo que sea este un buen sitio para reunirnos –dijo en voz baja.

–Es el mejor –respondió la otra persona, en un tono superior–. Nunca hay nadie a esta hora.

–Podría entrar cualquiera. No conviene que nos vean juntos.

–No nos verán. Usted se levantaría de inmediato y desaparecería. Pero dejémonos de discusiones. El problema no se ha resuelto.

El hombre se encogió sin desearlo.

–La vía judicial ha terminado y no podemos hacer más.

–Si esa vía se ha cerrado, existen otras. Habrá que explorarlas.

–No podemos evitar la excavación. Han empezado esta mañana a retirar la tierra superficial. La sentada que organizamos ha tenido su fruto. El alcalde se ha comprometido por escrito a que determinadas tumbas no se tocarán.

–No es suficiente. ¿Quién es tan estúpido de fiarse de un político?

–Pues poco más puede hacerse. Creo que la palabra del alcalde vale algo.

–Es posible que usted no lo entienda. La mayoría de esos enterramientos están unidos entre sí en el subsuelo. A veces los separa una simple tabla. Y eso lo sabe la arqueóloga. ¿No se ha preguntado por qué ha puesto tan pocos obstáculos al acuerdo con el alcalde? Ella sabe perfectamente que de un enterramiento puede pasar al otro.

–Estaremos nosotros controlando que eso no pase. Para eso nos paga.

–Este asunto, entre abogados y asociaciones, me está costando una fortuna. Necesito un resultado tangible.

–Hasta ahora hemos cumplido escrupulosamente la ley.

–Tal vez sea hora de cambiar de estrategia.

El hombre tragó saliva.

–Eso será más caro.

–Lo pagaré. Pero de una sola vez. No habrá más.

–De acuerdo. ¿Qué se le ocurre?

–Hay que destruir la tumba. Ya sabe cuál. De un solo golpe.

El hombre asintió con expresión concentrada.

–De un solo golpe. ¿Explosivos?

–Hágalo como quiera, pero que no quede nada reconocible. Hágalo, pero hágalo bien. No me falle.

–No lo haré.

- Eso espero. Si no lo hace bien, recuerde que todavía me queda el dinero suficiente.
- ¿Suficiente para qué?
- Para contratar a otro para que lo mate a usted.



Tras saludar al agente que controlaba la puerta, el inspector Galán aparcó su Mitsubishi Montero de más de veinte años en el estacionamiento de la comisaría de Tres de Mayo, en Santa Cruz. Había recibido una llamada del comisario Blázquez en la que le pedía, más bien le conminaba, a que dejase lo que estuviese haciendo y bajase al cuartel central de la Policía Nacional en la isla. Tenía que comunicarle algo, «muy importante», en persona.

Galán dejó el coche a la sombra y se encaminó al edificio principal. En la entrada se tropezó con compañeros veteranos con los que intercambió saludos y bromas. Tras recordar viejos y no tan viejos tiempos, subió al primer piso, al despacho del jefe. El agente que hacía las veces de secretario del comisario había salido, por lo que el inspector tocó a la puerta. Tras la invitación a pasar que se escuchó al otro lado, Galán entró.

–Buenos días, comisario, aquí estoy.

Blázquez hacía como que revisaba papeles, pero los dejó a un lado en cuanto apareció el inspector, señal de que el asunto era en verdad importante.

–Buenos días, Galán. Siéntese y póngase cómodo, haga el favor.

Aquel recibimiento tan amable indicaba que el asunto era más que importante.

–Usted dirá, comisario.

Blázquez inspiró con fuerza antes de hablar, como dándose fuerza.

–Tengo entendido que el subinspector Morales acompañó a unos GRS de la Guardia Civil a detener a una persona anoche.

–Así es. Un sospechoso de receptación de obras de arte. La intervención fue de la benemérita, Morales era un simple observador. ¿Hubo alguna irregularidad?

El comisario espantó la idea con la mano.

–No, no, nada de eso. La Guardia Civil fichó al detenido y le tomó las huellas, como es normal. Luego, tal y como se está haciendo últimamente, se enviaron esas huellas para su confrontación con la base de datos que tenemos en Madrid, que a su vez está conectada con la de la Interpol.

–Eso tengo entendido, señor –Galán no adivinaba a dónde quería llegar Blázquez.

–Pues ha llegado el informe de Madrid, que repite lo que dice el de la Interpol. Y por eso le he llamado.

–¿Ha aparecido algo extraño?

–Extraño, no. Extrañísimo. Ese tipo al que detuvieron, no se llama como dice, sino Amadeu Petrescu, rumano.

Galán asintió. Muchos rumanos estaban a la orden del día en los ficheros de la Interpol.

–La cuestión no es esa –continuó el comisario–. Sino que es, o mejor dicho, fue, una de las personas más buscadas en Europa durante años.

–¿Fue? –preguntó el inspector, intrigado.

–Sí. Lo fue, porque, oficialmente, ese hombre, está muerto. Desde hace un par de años.

–Es una manera de esconderse. No es habitual, pero alguna vez nos hemos tropezado con algún caso similar.

–En eso estoy de acuerdo con usted, Galán. Pero es que hay algo más. Ese tipo debe de tener una importancia excepcional, porque su vuelta a la vida ha hecho saltar varias alarmas. Acaba de telefonarme el ministro para ordenarme que nos ocupemos nosotros de su custodia en lugar de la Guardia Civil, y que no le quitemos el ojo de encima.

–Eso sí que es sorprendente.

–Me ha dicho algo así como que se trata de «Seguridad Nacional».

–La gente ve muchas series de televisión americanas.

–Lo que usted quiera. El hecho es que nos van a enviar de Ginebra a unos agentes especiales para llevárselo allá.

–¡Vaya! Vamos a parecer importantes.

–Déjese de ironías. Dado que el detenido era vecino de La Laguna, quiero que usted personalmente y sus hombres se encarguen de él y lo bajen del cuartel de Ofra a esta comisaría.

–¿No pueden bajarlo los de la Guardia Civil? Tienen furgones perfectos para el traslado.

–Pueden, pero yo no quiero que lo hagan. Si el ministro me ha pedido a mí en persona que me haga cargo, a partir de ahora es competencia de la Policía Nacional. Así que prepare el dispositivo y tráigamelo.

–De acuerdo, comisario. Lo haremos. Aunque para eso hay otros compañeros en el cuerpo.

–Lo sé, pero he decidido que sea usted quien lo haga. Y, además, me gustaría pedirle un pequeño favor.

Galán sintió que por fin Blázquez se sinceraba.

–Lo que necesite.

–Cuando esté bajo su custodia, trate de enterarse de por qué lo buscaban en toda Europa. He tratado de sonsacar al ministro y no ha soltado prenda. Y no quiero que pase delante de mis narices un tipo de esa categoría y no saber ni quién es ni de qué se le acusa.

–Haré lo que pueda, comisario.

–Haga algo más de lo que pueda, Galán. No soporto vivir en la ignorancia.

–Todos tenemos nuestras cruces, comisario.

Blázquez hizo un gesto con la mano que indicaba que la reunión había terminado, ignorando la indirecta del inspector.

Ginebra, Suiza.

Walther Berg era uno de los superintendentes de información de la sede de la Interpol en Ginebra. Su lugar de trabajo se localizaba en la tercera planta de un edificio futurista que más parecía un museo de arte postmoderno que un centro de inteligencia o una comisaría de policía, que en realidad es lo que era. Por sus manos pasaban listados y listados de identificaciones de personas cuyas huellas digitales, por la razón que fuera, habían quedado impresas en alguna de las miles de comisarías de toda Europa. Generalmente las solicitudes llegaban allí cuando la persona en cuestión a quien pertenecían las huellas no estaba identificada o existían serias dudas sobre su personalidad.

Berg encaraba una mañana anodina más, de nuevo con el cielo cubierto de nubes, aunque con una temperatura más soportable que en las últimas semanas. Al menos ya no había escarcha en las aceras. El funcionario suizo se encargaba de enviar los informes al lugar de procedencia, ya fueran con identificación positiva o negativa, que de todo había. Cualquier otro funcionario habría considerado aquel trabajo demasiado monótono y sin especial interés. Sin embargo, Berg tenía un aliciente especial para echar un vistazo a las identificaciones positivas. Tenía un listado particular, anotado en una libreta que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta, de unos cien nombres de desaparecidos que algunas personas muy importantes que estaban dispuestas a pagar muy bien por la información, deseaban localizar una vez que aparecieran.

Por eso, cuando una de esas personas, Amadeu Petrescu, apareció de repente en la pantalla como identificación positiva de huellas digitales, Berg dio un respingo y se apresuró a tomar nota. Había sido detenido en una ciudad española, Santa Cruz de Tenerife, en las Islas Canarias. ¿No era Canarias un lugar de vacaciones, donde siempre hacía buen tiempo? Esos sitios calurosos siempre atraían a quienes huían de la justicia. La incorporación de la informática a las investigaciones policiales había sacado al descubierto a miles de delincuentes que pensaban pasar desapercibidos en destinos vacacionales. Sin embargo, todavía quedaban otros miles por localizar.

Berg, tras comprobar que ninguno de sus compañeros estuviera pendiente de lo que hacía, anotó en su agenda con rapidez todos los datos relevantes y pasó en la pantalla a la siguiente identificación. Se levantó y adujo al más cercano la necesidad de fumar y salió de la sala. Como el consumir tabaco estaba severamente prohibido en el edificio y en cien metros alrededor de él, los suizos no se quedaban cortos a la hora de dar ejemplo, Berg bajó a la planta Cero y salió del edificio, tras pasar los controles de seguridad. En el exterior el frío le recordó que había salido sin el abrigo y que su estancia a la intemperie no debía superar los cinco minutos. Aquel año ya llevaba dos gripes. Cuando estuvo a una distancia que creyó segura, a dos manzanas de la central, sacó su móvil y tecleó un número que se sabía de memoria. Descolgaron al segundo tono.

–Ha aparecido otro de la lista –dijo Berg–. Petrescu, Amadeu.

–Los datos, por favor –contestó una voz masculina al otro lado de la línea.

Berg leyó los datos y su interlocutor los repitió para mayor seguridad. Acto seguido cortaron. El suizo arrancó de la libreta la hoja donde había hecho su anotación y la rompió en pedazos que arrojó en dos papeleras.

El funcionario se dirigió de regreso al cuartel general decidiendo mentalmente en qué se iba a gastar los cincuenta mil euros que le ingresarían en una cuenta numerada del banco donde trabajaba un primo suyo, en Zurich. Debía de ser algo que no llamase mucho la atención. Nada de Ferraris ni Porsches. ¿Qué tal un viaje? ¿Por qué no a las Islas Canarias? Visitaría aquella tarde la

agencia de viajes. Seguro que se lo pasaría bien en aquel archipiélago.

\*\*\*

Strondheim, Alemania.

Wilhelm Mainz siguió al mayordomo por las escaleras alfombradas del castillo de Strondheim, en la orilla alemana del Rin, muy cerca de Bacharach. El propietario de la fortaleza, Alexander von Strondheim, un anciano poseedor de una fortuna enorme difícilmente evaluable, lo había hecho llamar para que se presentase en el salón dorado, los había de todas las tonalidades, al cabo de media hora. Mainz, ex militar dedicado a la seguridad de gente con mucho dinero, un tipo magro y duro, con el pelo cortado a cepillo, se esforzó en atender la invitación y a los veinte minutos ya estaba en el castillo.

El mayordomo abrió una gran puerta de roble e indicó al recién llegado que atravesase el umbral. Mainz divisó a Herr Alexander sentado en su butaca preferida, al lado de una gran chimenea encendida que lograba caldear la sala, a pesar de su tamaño.

–¡Ah! Willy, pasa, pasa. Te estaba esperando –dijo el anfitrión.

Mainz hizo una leve inclinación de cabeza y se sentó, como hacía siempre en aquel salón, en otra butaca, algo más pequeña, que enfrentaba a la del anciano. Hombre de pocas palabras, esperó a que el dueño de la casa se explicase.

–Tengo un trabajito para ti, Willy. ¿Cómo llevas el español?

–Muy bien –respondió en castellano–. Pasé la infancia en Argentina, como ya sabe.

–Estupendo, estupendo. –Von Strondheim conocía la razón por la cual aquel hombre había vivido sus primeros años en aquel país americano. Su abuelo tuvo ciertos problemas con los cazadores de nazis tras la gran Guerra–. Necesito que vayas a España a cumplir una de las misiones habituales.

Mainz pensó automáticamente en el buen clima y la buena comida española, sobre todo la paella.

–A las Islas Canarias, concretamente a Tenerife –especificó el anciano.

Mainz dudó por un momento. ¿Se comía paella en Canarias? Decidió dejar la averiguación para más adelante.

–Uno de mis viejos amigos –prosiguió el magnate–, Petrescu hijo, ha aparecido. Pensé que había muerto, pero mira por dónde la vida da sorpresa tras sorpresa.

–Recuerdo el caso –se anticipó Mainz–. Petrescu padre se apropió de una obra muy valiosa.

–Así es –contestó von Strondheim complacido de la memoria de Mainz–, y ni el padre ni el hijo la entregaron nunca, como se había estipulado. Comprenderás que no estoy satisfecho con la situación.

–Lo comprendo.

–Debes lograr que esa obra llegue a mi posesión. De igual manera que has hecho otras veces.

–¿De igual manera, *mein Herr*?

–De igual manera. Sin límite de gastos y sin límite a la falta de escrúpulos. Deberás conseguir un arma en Canarias, si es necesario.

–No creo que haga falta. ¿Cuándo salgo?

Von Strondheim echó un vistazo a su Rolex.

–En dos horas sale un vuelo a Madrid. Esta noche podrás estar en esa isla.

–Allí estaré. Volveré en dos días. Tres a lo sumo.

El millonario asintió. Si pudiera haber apostado por su hombre, lo habría hecho por dos días en vez de por tres.



Fernando Fernández era el típico ratón de biblioteca. Con una calva más que incipiente, de unos sesenta años, era uno de los asiduos de los archivos de Tenerife. Tanto era así que todos los encargados de las distintas bibliotecas y archivos lo conocían sobradamente. Fernando trabajaba a sueldo. Buscaba referencias de personas y familias, de lugares y momentos singulares y, en general, lo que se pudiera encontrar en las hemerotecas y en los archivos.

Fernando llevaba tres semanas trabajando en varias búsquedas. Una de ellas era la localización de una imagen. Y era el encargo mejor pagado, diera o no diera resultado. En aquel momento se encontraba en la hemeroteca del TEA, Tenerife Espacio de las Artes que, a pesar de su nombre, era también una de las bibliotecas principales de Santa Cruz de Tenerife. Allí conservaban los libros y los periódicos provenientes de la extinta Biblioteca Municipal, y los registros se remontaban a más de un siglo.

El investigador estaba enfrascado en la revisión de los microfilmes de los periódicos de la isla. Había terminado todos los de La Prensa, el periódico señero durante la primera mitad del siglo XX, y ahora se centraba en los de El Día, el diario más difundido en la segunda mitad.

Si algo tenía Fernando, aunque sus gafas lo disimulasen, era buena vista para localizar aquello que estaba buscando. En las notas de sociedad del ejemplar del 3 de abril de 1964, página 18, encontró lo que estaba buscando. Un artículo que ocupaba apenas dos columnas a media página, pero con una foto adjunta que lo hacía precioso. Leyó el titular:

El profesor Eduardo Montes es nombrado hijo predilecto de La Laguna.

Fernando se hizo una idea rápida al leer en diagonal el artículo. El señor Montes era un catedrático universitario cuya carrera académica le había merecido de tal distinción. Se mencionaban los principales hitos de su currículo y se añadían un par de frases recopiladas por el periodista que firmaba la columna, en las que el profesor manifestaba su sorpresa, su satisfacción y su gratitud por el nombramiento.

En la foto que acompañaba a la noticia, en un blanco y negro que dejaba bastante que desear, aparecía el profesor en un posado algo forzado, acodado en una estantería repleta de libros, en lo que parecía el salón de su casa. Pero lo que era realmente importante para Fernando consistía en el cuadro que aparecía detrás del profesor, sobre la librería.

Era el cuadro.

El paisaje canario, aunque no muy claro en la reproducción en papel, era el mismo que estaba buscando. Sin duda.

Fernando dio orden de imprimir la página y dudó por un momento entre seguir buscando en los periódicos hasta la hora que tenía prevista de trabajo, o interrumpirlo para llamar a la persona que le había hecho el encargo. Sabía la importancia que su cliente le había dado al asunto, y no hizo falta recordar que era su mejor fuente de ingresos.

Resolvió llamarlo. Se levantó del lector de microfilmes y salió al exterior, al espacio abierto al barranco de Santos con vistas a la iglesia de La Concepción. Sacó su móvil y marcó un número que se sabía de memoria.

Contestaron al tercer tono.

—Lo he encontrado. Sí, estoy seguro. No tengo la dirección, pero sí sé quién es el propietario. Le enviaré durante el día de hoy la referencia por correo electrónico. De nada. A su servicio.

\*\*\*

El teléfono de sobremesa del despacho de Galán sonó de modo insistente. El policía lo descolgó.

–Aquí Galán.

–Inspector, tiene una llamada exterior –dijo el agente telefonista–. Una tal Julia, dice que es la hija de doña Nieves. ¿Se la paso?

–Pásemela, gracias.

Un par de pitidos poco agradables antecedieron a una voz femenina.

–¿Inspector Galán?

–Buenos días, doña Julia. ¿Qué tal está?

–Yo, bien, gracias. Le llamaba para comunicarle que he encontrado la foto del cuadro que faltaba en casa de mis padres.

–¡Ah!, ¡Qué bien! ¿Me la podría hacer llegar de alguna manera?

–Se la puedo llevar a la comisaría mañana.

A Galán un día entero le pareció un año.

–Además de traérmela, ¿no le importaría hacerle una foto y me la envía a mi móvil por mensaje telefónico? ¿Se acuerda de que le dejé el número ayer?

–Sí, me acuerdo. Puedo intentarlo. A veces me hago un lío con esto de los móviles. Algunos son verdaderamente complicados.

–Le agradecería mucho si lo intentara, por favor.

–Lo intento. Pero tengo que colgar, no sé hacerlo hablando al mismo tiempo.

Galán lo entendió. A él también le costaban algunas funciones de los teléfonos de última generación.

–De acuerdo. Espero su foto ahora y a usted mañana.

El policía colgó y volvió a sus papeles. Un minuto después, un zumbido proveniente de su móvil le indicó que había entrado un mensaje. Lo abrió. Era de Julia y contenía una fotografía adjunta. Pulsó el botón correspondiente para agrandar la imagen y pudo observar en su centro una fotografía colocada sobre una mesa. Dio un respingo. Él había visto aquel paisaje en algún sitio. ¿Dónde? Trató de hacer memoria. El cuadro le era bastante familiar. Lo había visto en casa de alguna amistad. ¿Quién podría ser? Tras pensarlo unos segundos, cayó en la cuenta. En la casa de Ariosto, en uno de los salones.

Volvió a examinar la fotografía ampliada. Juraría que era el mismo paisaje que él recordaba. O uno muy parecido. Pero no podía estar en casa de la difunta doña Nieves y al mismo tiempo en la mansión de Ariosto. Resolvió salir de la duda. Sacó su móvil y llamó a Ariosto, que contestó de inmediato.

–¡Amigo Antonio! ¡Qué bueno tener noticias tuyas!

–Buenos días Luis. ¿Le importa si le hago una visita? Es un tema de trabajo.

–¿De trabajo? ¡Estupendo! Sabe que me encanta colaborar con la policía. ¿De qué se trata en esta ocasión? ¿Un asesinato? ¿Otro secuestro?

–Solo contemplar sus cuadros.

La sorpresa de Ariosto quedó plasmada en los dos segundos que tardó en responder.

–¿Ver mi colección pictórica? Por mí, encantado, aunque es lo último que esperaba escuchar. No sé qué misterio puede haber en eso.

Wilhelm Mainz llegó al aeropuerto de Tenerife Norte a eso de las once de la noche. Le sorprendió el frío y la lluvia que le recibieron al desembarcar. ¿Aquello era Canarias? ¿Dónde estaba el buen tiempo? Al menos no vio nieve en la pista.

En lo que esperaba a que la cinta rodante escupiera su maleta encendió su móvil. No hizo mucho caso a la amenaza velada contenida en un aviso que una compañía de teléfonos española le hacía de lo que le iba a cobrar por el uso de datos de Internet. Buscó en la memoria del teléfono y marcó el número del abogado Corujo. Tampoco le importó la hora. Sabía que descolgaría. Así fue.

–¿Señor Kohler? ¿Ya está en Tenerife?

Mainz se había guardado de revelar su verdadero nombre.

–Acabo de aterrizar. ¿Recibió usted mi correo electrónico?

–Por supuesto. Lo he leído y he recopilado la documentación que nos interesa.

–Ya sabe que necesito entrevistarme a solas con ese hombre. ¿Podrá hacerlo factible?

–Tendré que pasarme por el juzgado y hablar personalmente con el juez. Si ofrecemos una buena fianza, es muy posible que lo consigamos.

–Tiene crédito ilimitado. Ofrezca lo que estime necesario.

–Así lo haré. ¿Quiere acompañarme al Palacio de Justicia?

El alemán dudó un segundo.

–No es necesario. Pero estaré pendiente del resultado de sus gestiones. Infórmeme de inmediato. ¿De acuerdo?

–De acuerdo. Pero no espere noticias mías antes de las diez y media. Los jueces no llegan nunca antes, y cuando llegan, se hacen los ocupados.

–Estaré pendiente –repitió Mainz, y colgó.

\*\*\*

El teniente Silvestre recibió a los enviados de la Interpol con algo de asombro. Habían llegado en cuestión de horas. El guardia civil no sabía que habían utilizado un avión Falcon propiedad del gobierno suizo puesto a disposición de la agrupación policial internacional. Así, los dos ocupantes no perderían tiempo con los enlaces de los vuelos comerciales. El hecho es que aquellos dos tipos, uno francés y otro alemán, ambos cortados por el mismo patrón, corte de pelo militar y trajes excesivamente ceñidos, se habían presentado en la comandancia y habían solicitado ver al mando que estaba de guardia, que era él.

Silvestre comprobó las credenciales de los recién llegados, que parecían impacientes, así como un fax de autorización del Ministerio del Interior para que ambos pudieran ver al detenido. Aquello se saltaba los procedimientos, pensó Silvestre. ¿Cómo que para ver al detenido? A los detenidos no se les veía. Se les interrogaba o tomaba declaración y se les custodiaba hasta su presentación ante el juez, pero no se les veía.

Escamado, Silvestre sabía que cualquier cosa que le ocurriera al tal Petrescu era de su responsabilidad, con lo que de ninguna manera iba a dejar a aquellos dos tipos solos con su detenido. Y menos cuando se lo iba a quitar de encima al día siguiente temprano por la mañana, cuando viniera el furgón de la Policía Nacional a llevárselo. Las órdenes estaban claras, aunque a él no le gustara que le quitaran al resultado de un operativo de aquella manera.

–Podrán verlo, pero yo estaré presente –indicó con resolución el teniente a los agentes de la Interpol.

–Solo queremos hablar con él –replicó el alemán con un fuerte acento a Sajonia del Norte.



–Hablar no es interrogar –avisó el guardia civil–. Cualquier cosa que diga, si no es con un abogado delante, no servirá como prueba. España es un Estado de Derecho.

La última frase sonó algo hueca. Silvestre no tenía claro si los policías europeos estaban totalmente de acuerdo con ella.

–Solo hablar –insistió el alemán.

Silvestre asintió y llamó al sargento Ulloa para ordenarle que subiera al detenido a la sala de interrogatorios. El teniente invitó a los agentes a acompañarle a la sala: un cuarto vacío con una mesa y cuatro sillas alrededor de ella. En una de las paredes destacaba un inmenso espejo que se notaba a la legua que era una ventana de una sola dirección. Al otro lado del espejo había una pequeña habitación con aparatos de grabación de sonido. Esperaron allí.

–¿Podría dejarnos a solas con él? –pidió el francés, con acento de la Provenza–. Usted puede quedarse aquí, observando.

Silvestre se sorprendió a medias. Era evidente que aquellos tipos tenían algo que hablar con Petrescu, y ese algo era importante.

–De acuerdo. Pero estaré mirando. No voy a permitir ninguna coacción. No sé cómo lo harán ustedes en sus países, pero aquí seguimos el reglamento.

–Nos portaremos bien –dijo el alemán, en un tono que no presagiaba sinceridad.

En unos minutos el sargento trajo al detenido a la sala de interrogatorios. Lo hizo sentar en una silla y le quitó las esposas. En ese momento entraron los agentes de la Interpol y el guardia civil salió de la habitación.

Silvestre pidió a Ulloa que se quedara con él y no quitó ojo de lo que ocurría al otro lado del espejo.

El agente alemán se sentó y el francés se quedó de pie detrás de él, apoyado en la pared.

Demasiado típico. El sentado era sin duda quien hacía de poli bueno y el otro de poli malo.

Escuchó a través del altavoz que el agente sentado comenzaba a hablar en un idioma extraño que Silvestre no reconoció. Sus conocimientos lingüísticos se centraban en el inglés, francés y algo de alemán, pero aquellos hombres no hablaban en aquellas lenguas. Sonaba a idioma del Este, pero con algunas palabras de origen latino introducida aquí o allá.

–Deben de estar hablando en rumano –dijo en voz alta. El sargento, a su lado, no respondió. No hacía falta.

El monólogo del alemán no hizo efecto alguno en el detenido, que lo miraba sin verlo, como si fuera transparente. El agente insistió y comenzó a hacerle preguntas. El tal Petrescu ni se inmutó. Al cabo de cinco minutos, el francés comenzó a dar vueltas alrededor del detenido, haciéndole preguntas a su vez. El detenido no les hizo el menor caso. Ahora los dos se acercaron, pero sin tocarlo, y comenzaron a bombardearlo a preguntas. Aquello comenzó a disgustar a Silvestre. Sin embargo, como Petrescu no parecía achantarse y seguía mirando a través de ellos, no intervino. A los diez minutos, el detenido levantó una mano y dijo una frase. Los agentes europeos se echaron atrás, se miraron y se apartaron del rumano. Hablaron entre ellos unos segundos y salieron de la sala. Silvestre salió de la suya a su vez.

–Nos veremos mañana –indicó el alemán al teniente.

–Mañana se va al juzgado –respondió el guardia civil.

–Hablabamos con el juez –replicó a su vez el francés.

–Muy bien –sentenció Silvestre. Mejor no verles las caras a aquellos dos.

Los agentes se fueron y el teniente se volvió al sargento.

–Ulloa, ¿escuchó lo que dijo el preso?

–Sí, mi teniente.

–¿Sería capaz de reproducir lo que dijo?

–Creo que sí. Pero tendrá que ser de oídas. ¿Quiere que lo haga?

–¿Por qué no lo hace en el traductor del móvil? Del rumano al español.

El suboficial hizo lo que le había pedido el teniente. El resultado de la traducción no tardó en aparecer en pantalla.

–Pues mucho me equivoco, mi teniente, o ese tipo dijo: ¿Por qué no se van al diablo? Las palabras tal vez no sean literales, pero el mensaje está claro.

–Sí, Ulloa. Diáfano.

Marta seguía dándole vueltas a la advertencia del padre paúl. ¿Ocurría algo en la iglesia al anochecer? La curiosidad podía con ella.

Galán estaba terminando de colocar los platos de la cena en el lavavajillas cuando escuchó que ella cogía las llaves.

–Tengo que pasar un momento por la obra de la iglesia, Antonio –anunció ella–. Quiero repasar unos detalles del trabajo de mañana.

Galán miró su reloj. Eran casi la diez de la noche.

–¿Quieres que te acompañe?

–No hace falta. Es cuestión de unos minutos. En media hora vuelvo.

–De acuerdo. Si quieres que vaya a buscarte, me lo dices.

–Gracias. Ya te llamo si hace falta.

La arqueóloga bajó las escaleras y salió a la calle. Hacía fresco en el barrio de San Benito. Se abrochó el abrigo hasta arriba y comenzó a caminar por la calle Marqués de Celada en dirección al centro. Llegó a la iglesia de La Concepción y bajó a la plaza de la Junta Suprema. Le echó un vistazo a las mansiones inglesas de la plaza, recordando acontecimientos no muy lejanos, y enfiló por San Agustín. En cinco minutos llegó a la excavación.

La puerta de hierro del jardín rectangular de la iglesia y del convento estaba cerrada. Marta silbó un par de veces para llamar la atención del vigilante. Un hombre asomó la cabeza en el hueco de la puerta de la iglesia. Marta le hizo un gesto con el brazo. El vigilante se acercó.

–Buenas noches, profesora. ¿Se le olvidó algo?

–Buenas noches, me gustaría revisar un par de cosas para mañana.

–No se debe trabajar tanto, estoy seguro de que ninguno de los que están ahí dentro tiene prisa. Marta sonrió ante el chiste malo.

–Pero el alcalde sí.

El vigilante abrió la puerta y Marta entró en la plazoleta.

–Gracias. ¿Tiene una linterna?

El vigilante sacó una de su cinturón multiusos.

–Aquí la tiene. ¿La acompaño?

–Como quiera. En cualquier caso, no esté muy lejos.

Ahora quien sonrió fue el vigilante.

Marta se adentró en la oscura iglesia. La falta de techo provocaba que las estrellas se convirtieran en un lucernario maravilloso. Era una noche sin luna y el lejano fulgor de miles de lucecitas convertía al entorno en un lugar mágico.

Marta enfocó el haz de luz al suelo para ver dónde pisaba. Caminó por una vereda abierta por el paso de las personas a lo largo de los años que recorría la nave de la izquierda, la antigua nave del Evangelio.

–¿Está buscando algo, profesora? –El vigilante la seguía a distancia.

–No había estado aquí de noche. A veces se ven las cosas de otra manera cuando cambia la iluminación. ¿Cuántas noches lleva aquí?

El vigilante se acercó.

–Esta es la primera. El compañero que vino las anteriores libra hoy y mañana.

–Pues ya somos dos los que vemos este lugar así por vez primera.

Marta buscó las lápidas de la zona del altar. La tierra se había limpiado en aquella parte de la iglesia y las piedras talladas con imágenes y leyendas volvían a la superficie. La arqueóloga se

detuvo en las de la familia Grimón, más tarde marqueses de Villanueva del Prado. El escudo familiar revelaba un origen extranjero, de un lugar donde hacía más frío que en Canarias. Unos pasos más allá reflejaba la luz de la linterna la lápida de los Salazar de Castro, cerca de la de los Llerena. En aquellas tumbas descansaban estirpes de laguneros de pro que habían sido enterrados entre aquellas paredes en una mezcla de fervor religioso y de exhibición de su importancia social. Era lo que se usaba. Hoy esas muestras se hacían de otra manera. Las iglesias habían dejado de ser el escaparate de la sociedad.

Inspeccionó el trabajo hecho aquella jornada y decidió por dónde comenzarían al día siguiente.

Marta sintió una ráfaga de viento helado a su espalda. Oyó cómo el vigilante tropezaba y se caía. Se volvió y contempló al hombre en el suelo. Se acercó rápidamente.

–¿Está bien? ¿Se ha hecho daño?

El vigilante no respondió. Estaba quieto boca abajo, como inconsciente. La arqueóloga se preocupó. Aquel hombre había caído fulminado. ¿Un ataque cardíaco? La mujer se arrodilló y le dio la vuelta a su cuerpo. El hombre estaba exánime sin causa aparente. Los ojos semicerrados no emitían ninguna señal de consciencia. Marta optó por sacudirlo levemente.

–¡Despierte! ¿Me oye?

El hombre reaccionó. Elevó unos centímetros la cabeza e intentó hablar.

–El caballero Salazar. Ahí está el secreto.

Marta había escuchado la frase con total claridad, aunque no tenía la menor idea de a qué se refería.

–¿Qué caballero?

El vigilante dejó caer la cabeza y volvió a la inconsciencia.

Marta se levantó y sacó su teléfono móvil. Iba a marcar el 112 cuando el hombre se despertó de súbito.

–¿Qué ha pasado? –preguntó al ver a Marta sobre él.

–Se ha desvanecido. ¿Se encuentra bien?

–Sí. No lo entiendo. Estaba perfectamente y, de repente, todo se puso negro.

El vigilante hizo un esfuerzo por incorporarse y Marta lo ayudó a ponerse en pie.

–¿De verdad está bien? ¿Quiere que llame a una ambulancia?

El vigilante se sacudió la tierra del uniforme.

–Estoy bien, gracias. Espere un poco a ver si se me pasa.

–¿Recuerda haber dicho algo? ¿Sobre un caballero?

El hombre la miró confuso.

–¿Un caballero? No sé de qué me está hablando.

Marta asintió, quitándole importancia al asunto.

–Vayamos fuera de la iglesia y siéntese. Aquí no tengo nada más que hacer esta noche.

El hombre obedeció y se dirigieron a la puerta de la iglesia. Al dejar atrás el altar, Marta sintió de nuevo el viento helado en su nuca. Un escalofrío le recorrió la espalda. Volvió la cabeza, pero no vio más que negrura y silencio. De modo inconsciente, apretó el paso para salir de allí mientras se preguntaba quién diablos era aquel caballero y cuál era su secreto.

Adela Cambreleng, como llevaba haciendo los últimos dieciocho meses, volvió a su casa a las nueve y diez de la mañana, minuto arriba, minuto abajo. Regresaba de su clase de Tai-chi-yoga-zen o algo con denominación similar que nunca se perdía los lunes, miércoles y viernes de cada semana. La *sala de elevación emocional*, o sea, el gimnasio, se encontraba en la calle Callao de Lima, a apenas siete minutos de camino de su domicilio.

Aquel día la profesora se había puesto más trascendental que nunca y consiguió que sus ocho alumnas entraran en éxtasis meditativo al final de la clase, o *sesión de conocimiento introspectivo*, como gustaba llamarla.

Adela subió al ascensor de su casa tratando de desembarazarse de tanto éxtasis pensando en algo tan banal como qué productos tenía que comprar en el supermercado a media mañana. El elevador la dejó en el rellano comunitario, que compartía con los vecinos de enfrente, los Dávila, buena gente, y la mujer buscó las llaves en el bolso de mano deportivo que llevaba consigo. No tardó en encontrarlas, otra cosa hubiera sido en su bolso de salir por la tarde, e introdujo la llave correcta en la cerradura. La puerta se abrió al instante, con solo medio giro de muñeca. Adela se extrañó. ¿No había cerrado con doble vuelta de llave? Siempre lo hacía. Tras dudar unos segundos, decidió que debía de haber sido un olvido por su parte. Los años no perdonaban, pensó. Debía ser más cuidadosa en adelante.

La señora cerró la puerta y se dirigió a la cocina. Dejó la bolsa deportiva en la solana adjunta y se dispuso a prepararse el desayuno. Miró el reloj de pared circular que la observaba desde lo alto, al lado del frigorífico. Quedaban diez minutos para que llegara Belkis, la empleada de hogar de origen cubano que prestaba sus servicios los mismos días que le tocaba Tai-chi-yoga-zen. Se tomaría, como últimamente, un café con leche y una manzana Golden que no fuera muy pequeña. Estaba a dieta. Al menos hasta el aperitivo de la una con sus amigas en el Orche.

Como siempre, se ducharía en cuanto llegara la asistenta y luego se pondría a revisar su correo electrónico, el Facebook, el WhatsApp y todas las otras redes sociales a las que la había conectado su sobrina Paulita, que sabía mucho de todo ese mundo de los aparatos electrónicos con pantalla de cristal y baterías que se descargaban con facilidad.

Desayunó con tranquilidad escuchando las noticias en la radio y, justo cuando terminó de recoger la mesa, sonó el timbre. Adela comprobó a través del portero eléctrico que era Belkis, una señora muy seria que, a pesar de los problemas que le habían causado sus cuatro celosos maridos sucesivos, no trataba de disimular las curvas que la naturaleza le había regalado. Para algunos, Belkis era el paradigma de belleza madura tropical, y ella lo sabía, aunque no le daba mucha importancia. «Los hombres vienen y van y una se queda. Que te dejen su recuerdo y su dinero, y mañana Dios dirá». Adela entendía en parte esa filosofía y deseaba que le fuera bien en su turbulenta vida amorosa. Desde que oyó la llegada del ascensor, Adela abrió la puerta.

–Buenos días, Belkis.

La mujer entró en la casa.

–Buenos días, amita. ¿Cómo le fue en la clase china?

–No es china, sino zen. Algo que trasciende más allá de países y razas –aclaró Adela–. Me fue bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Algo nuevo?

–Mi abogada ya tiene los papeles para traer a mi mamá y a mi papá a Tenerife. Ya sabe, lo de juntarse todos.

–Reagrupación familiar. Sí, ya lo sé.

–Pues eso, a ver si salen rápido los papeles de mis viejitos, que luego les toca a mi hermana

Usnavy y a sus hijitos. Es que la cosa allá en Cuba no está muy bien. Usted ya sabe.

Adela se había adentrado en una ocasión en el árbol genealógico de Belkis y se había perdido entre la multitud de ramas. Si se reagrupaba la familia al completo sería un bosque genealógico, sin duda.

Belkis dejó su bolso colgado en una percha de la solana y comenzó a preparar los útiles de limpieza. Aquel día tocaba aspiradora antes que nada y la mujer comenzó a unir las piezas del armatoste rodante. Adela le sirvió un café con leche que la cubana se tomó casi de un trago.

La dueña de la casa se dirigía por el pasillo en dirección a su cuarto de baño cuando oyó la voz de Belkis desde el salón.

—¡Santo Dios Bendito, su santa madre, san Jesús y todos los santos del cielo!

Adela se volvió.

—¿Qué pasa, Belkis?

—Venga, señora. Que tiene que ver esto.

Adela, intrigada, llegó al salón y lo que vio le dio flojera de piernas. Se sentó rápidamente en una silla. Todos los cuadros del salón estaban descolgados, con su forro trasero arrancado y los lienzos a un lado, en el suelo.

—¡Ay mamita Virgen de la Caridad del Cobre! —invocó Belkis— ¡Esto no puede estar pasando!

—Parece que hemos tenido visita, Belkis —dijo Adela cuando se recompuso—. No toques nada, que tenemos que llamar a la policía.

—¡Ay, amita! Esto es una pesadilla de la que no se sale. ¡Otra vez no!

Adela se disponía a descolgar el teléfono cuando escuchó a la mujer.

—¿Por qué dices otra vez?

—¡Ay, amita! Porque pasó lo mismo con la amita Nievitas. Le rajaron todos los cuadros. Esto es cosa de Belcebú y de sus diablos. Esta tarde llamo a mi primo, Bebo, el santero. Hay que *desorcizar* esta casa.

Adela suspiró. Por lo pronto, llamaría a la policía. Bebo tendría que esperar.

–¿Señor Barreto? Soy Sandra Clavijo, de *El Heraldo Tinerfeño*, y vengo de parte de doña Enriqueta Cambreleng.

–¿De Enriqueta?

El hombre que había abierto la puerta de su domicilio, una casa unifamiliar al final del camino de San Diego, pasando el camino de la Fuente Cañizares, claramente reacio a aceptar visitas, cambió de actitud como por encanto al escuchar el nombre de la tía de Ariosto.

–Creo que hubo un tiempo en que se conocían –agregó la periodista.

Barreto, de unos setenta y tantos años, alto y delgado, pareció recordar un instante y Sandra quiso ver un destello de alegría en sus ojos.

–Era una buena amiga –contestó, y se echó a un lado, abriendo la puerta–. Pasa, pasa.

Sandra no dudó un instante en avanzar tres pasos y colocarse en el recibidor.

–Siéntate donde quieras –invitó el hombre al tiempo que se sentaba en un sofá enfrente al sillón que ella había elegido.

–¿Qué te trae por aquí? ¿Y cómo está Enriqueta? Hace tiempo que no la veo.

–Ella está muy bien. Le envía recuerdos –mintió sin rubor–. Y vengo porque llevo entre manos una investigación periodística.

Barreto aparentó interés.

–¡Ah!, ¿Sí? ¿Sobre qué?

–Tengo entendido que es usted familia del señor Saqueti, un conocido enmarcador de cuadros en su tiempo.

–Era mi suegro. Y era algo más que un simple enmarcador. Un auténtico artista. Aunque se ganaba la vida con la enmarcación, su pasión siempre fue la pintura. Pero, a pesar de mis ruegos, nunca pintó cuadros originales, solo copias de obras clásicas. Era un maestro en eso. ¿Por qué te interesa Saqueti?

–Estoy investigando situaciones aparentemente extrañas del pasado, y una de ellas fue la desaparición, en el mismo día de junio de 1964, de dos personas en La Laguna. Una de ellas, al parecer, fue su suegro.

Barreto adoptó una expresión de sorpresa.

–¿Desaparecido? Nada de eso. Se fue de improviso a Italia.

Sandra fue ahora la sorprendida.

–Pero consta una denuncia de su desaparición presentada en la policía por la hija de Saqueti, su esposa actual.

El hombre sonrió.

–Te lo explico. Hace ya tanto tiempo que apenas recuerdo los detalles. Mi suegro y mi mujer tuvieron entre ellos desavenencias por causas de las que no me acuerdo, pero que no eran graves. Mi suegro, para evitar discusiones, decidió salir de la isla por una temporada y se subió a un barco que se dirigía a Italia.

–¿Así? ¿Sin avisar?

–Él era muy especial. Tenía un carácter fuerte y a veces tomaba decisiones sin pensárselo mucho. Como no nos enteramos de su embarque, mi esposa acudió a la policía. En unos días nos llegó una carta diciendo que ya estaba en Italia y que volvería en unos meses.

–¿Y no avisaron a la policía de que había aparecido?

Barreto se incorporó algo en el sillón, incómodo.

–Pues la verdad, no me acuerdo si mi mujer lo hizo o no. Como nos tranquilizamos, no le dimos

mayor importancia.

Sandra pensó que su artículo se iba al traste.

—¿Y se arreglaron las cosas entre su suegro y su mujer cuando volvió?

Barreto hizo una mueca de pesar.

—No dio tiempo. Mi suegro falleció en el barco que lo traía de vuelta, de sarampión, por lo que supimos después. Al tratarse de una enfermedad virulenta, fue sepultado en el mar durante la travesía.

La periodista anotó el dato. ¿Sarampión? «Claro, así estaban de contaminados los océanos», pensó Sandra. No obstante, la historia le sonaba algo rocambolesca.

—¿Qué mala suerte! Me imagino que fue un golpe duro para ustedes.

—No se lo puede imaginar. Yo había entrado de aprendiz en su negocio y me hice cargo de él. Y sigo al frente del taller hasta hoy día. Me resisto a jubilarme.

—Eso es vocación. Y, por casualidad, ¿conocían al otro hombre que desapareció el 2 de junio?

—¿Qué otro hombre?

—Se llamaba Juan Bethencourt, cobrador de seguros.

Barreto volvió a adoptar la pose de asombro.

—¡Claro! ¡Eran amigos íntimos!

—Sí que es casualidad —Sandra trató de no parecer escéptica—. ¿Sabe algo sobre su paradero?

—Por supuesto, se fue con mi suegro a Italia.

La periodista enarcó una ceja. Eran muchas casualidades para un solo relato.

—¿Se fueron juntos?

—Sí, y no se imagina usted lo peor. Volvieron en el mismo barco.

Sandra dejó de tomar notas, entre confundida e indignada, y miró a Barreto.

—No me lo diga. Contrajo el sarampión junto a su suegro y murió al mismo tiempo. Y fue arrojado también al mar.

El hombre abrió aún más los ojos.

—¿Cómo lo sabe?



El juez Ambrosio Barjuán parecía más joven de lo que era. A pesar de dejarse bigote, no por ello aparentaba mayor madurez. Era de esas personas a las que les cuesta décadas desprenderse del rostro de querubín. Como era consciente de ese problema, lo compensaba con un carácter de mal humor constante, algo que al principio le costaba, pero que había descubierto que le venía muy bien para que no se cuestionasen sus decisiones. Al cabo de unos pocos años, se había acostumbrado a ese papel y lo desempeñaba a la perfección.

El juez levantó el teléfono y llamó al letrado de la Administración de Justicia, el antiguo secretario, que ahora era llamado de esa manera más pomposa.

–Que pasen el letrado del detenido y el fiscal –le pidió.

El letrado de la Administración de Justicia–secretario ordenó a su vez a uno de los funcionarios del juzgado que hiciese entrar en el despacho del juez a los aludidos. La cadena de mando también funcionaba en los juzgados.

Luis Corujo, el abogado de Petrescu, alto, delgado y pulcramente vestido de traje y corbata, y el fiscal Pablo Fernández, bajo, pelo escaso y entrecano, en mangas de camisa, tocaron levemente la puerta y entraron sin esperar respuesta.

–Buenos días –dijo el juez, más serio que un juez–. Siéntense, por favor.

Ambos juristas lo hicieron tras responder brevemente al saludo. El juez levantó un papel de su mesa e hizo como si lo relevara de nuevo.

–Señor letrado, pide usted aquí la libertad sin condiciones de su cliente. Los supuestos delitos por los que era reclamado por la Interpol han prescrito por el paso del tiempo.

–Así es, señoría. La última orden de búsqueda y captura es de hace veintidós años, antes incluso de la creación de la euro orden.

El juez esbozó una mueca de contrariedad.

–Responda a lo que yo le pregunte –le espetó. El letrado enmudeció de modo inmediato.

–Ya veo que han pasado más de veinte años –prosiguió el juez–. La prescripción de los delitos graves según nuestro código penal es de ese plazo, y no estoy seguro de que los delitos de que se le acusaban, hurtos de obras de arte, fueran tan graves como para no aplicarles incluso un plazo menor. ¿Qué dice el fiscal?

Fernández se envaró en su asiento antes de hablar.

–El ministerio fiscal se opone a la libertad del detenido. La importancia del delito aconseja que sea enviado al país donde se le reclama y que allí se decida sobre si existe prescripción o no.

El juez dejó el papel sobre la mesa y pareció meditar unos segundos.

–No ha lugar –sentenció–. Ha pasado demasiado tiempo. Si las autoridades judiciales europeas se han olvidado del detenido, no seré yo quien me acuerde de él ahora. Decreto la libertad sin fianza, pero que esté localizable. Nada de salir de la isla, que todavía tiene pendiente lo de la falsa identidad. ¿Me oye, letrado?

Corujo evitó la sonrisa que le pedía el cuerpo.

–Por supuesto, señoría. Mi defendido lleva tiempo asentado en Tenerife y forma parte de su tejido económico. Es un ciudadano ejemplar.

–Menos cuentos, letrado. Ahora, salgan de mi despacho, que tengo que trabajar.

Corujo y Fernández se levantaron y musitaron una despedida.

–A la Interpol no le va a gustar nada esta decisión –dijo el fiscal una vez salieron al área de trabajo común–. Me temo que van a vigilar a su cliente, Corujo.

El abogado se encogió de hombros.

–Mientras no lo acosen, todo irá bien. Ahora, si no tiene inconveniente, me lo llevo.

El funcionario que llevaba la tramitación del caso escuchó las instrucciones del juez a través del teléfono y asintió varias veces antes de colgar. Redactó el auto de libertad sin fianza, lo llevó a la firma, y a la vuelta, se dirigió al policía que custodiaba al detenido, sentado en una silla delante de su escritorio.

–Puede quitarle las esposas. Queda en libertad –anunció a todos.

Mientras el policía liberaba a Petrescu, Corujo puso una mano en el hombro del detenido, que todavía no se creía la noticia.

–Señor Petrescu, ¿nos vamos a desayunar?

\*\*\*

Los agentes de la Interpol siguieron de cerca al fiscal por los pasillos del edificio de los juzgados de La Laguna.

–¿No puede apelar la decisión del juez? –preguntó el alemán.

–Lo haré –respondió Fernández sin dejar de caminar–. Pero la orden es ejecutiva de modo inmediato.

–No podemos perderlo de vista –añadió el francés–. No sabe lo que está en juego.

El fiscal se detuvo y se volvió hacia los dos policías.

–Mi trabajo está dentro de este juzgado, y no puedo hacer hoy nada más que preparar el recurso. Que se pierda de vista o no es algo que les compete a ustedes o, mejor dicho, a la policía española. Y si hay algo importante en juego, a mí nadie me ha informado de nada, así que para mí es un caso más. ¿Tienen ustedes algo que decirme que yo no sepa?

Los policías se miraron.

–No estamos autorizados a darle detalles –dijo el francés.

–Pues entonces, señores, buenos días.

–Nunca me acostumbraré a que venga a recogerme en el Mercedes, Olegario.

Galán viajaba en el coche de Ariosto en el asiento del copiloto, se negaba a sentarse detrás solo.

–Ya sabe que don Luis puede llegar a ser muy insistente, por no decir pesado, inspector.

Olegario Mora era el chófer de Ariosto. Un tipo duro y rocoso, no muy alto, pero con una figura de exboxeador de los semipesados –lo fue de joven– que infundía un cierto respeto a quien lo trataba por primera vez. Cuando se entablaba amistad con él, se descubría que era todo corazón. A Galán le agradaba su conversación. Siempre tenía mil historias que contar. Su pasado, algo oscuro, viajero y un tanto difuso en noticias, había transcurrido en diversas localidades del mundo, generalmente unidas a recintos portuarios y otros lugares de ambiente poco recomendable, que le habían forjado un carácter muy especial y le habían regalado unas dotes que aparecían cuando más falta hacían.

–Podía haber bajado en mi coche –protestó el policía.

–Y haber perdido horas buscando aparcamiento. Ya sabe que es imposible encontrar una plaza en Santa Cruz durante el día. Y los párquines son prohibitivos.

Contra esos argumentos Galán no tenía réplica, ambos eran ciertos, por lo que no persistió en la discusión.

El automóvil entraba en Santa Cruz tras bajar por la autovía del Norte. Como era media mañana, se habían ahorrado las interminables colas diarias que debían sufrir los conductores para llegar a la capital unas horas antes. Olegario tomó el puente de la piscina municipal y pasó en verde el semáforo de ingreso en las Ramblas.

–Tengo entendido que han asesinado a una anciana en La Laguna para robarle un cuadro –dijo el chófer.

Galán lo miró de soslayo, algo sorprendido.

–Está bien informado. El asunto no se ha aireado todavía en la prensa.

–Uno que tiene contactos, inspector. No se preocupe, no voy a divulgar nada. Es que me llama la atención el caso. Una muerte por un cuadro de un pintor local. No sé a dónde vamos a llegar.

–Esa pregunta me la hago yo todos los días, Olegario.

–¿Sabe una cosa? Conozco a algunos sujetos, no aquí, sino en Marsella, que harían un trabajito de esos por un cuadro de los que valen millones. Pero por un pintor local no.

–Pues eso es lo que parece. Y esa es la causa de la visita a Ariosto. Quiero examinar un cuadro que hay en su casa del mismo pintor.

–¿Cree que le puede dar alguna clave?

–No lo sé. Más bien no lo creo, pero se lo diré después de haberlo visto.

–Una vez me tropecé con que habían escondido, dentro del marco de un cuadro que no tenía valor, la tela de una pintura valiosa, enrollada. A la gente se le ocurren cosas de lo más peregrino.

Galán se dijo que aquella idea debía retenerla en su memoria.

–No descarto nada.

El automóvil giró a la derecha por la calle Costa y Grijalba y en un minuto se hallaron delante de la puerta de la mansión de Ariosto, a manzana y media de la plaza de los Patos.

–Baje aquí, inspector. Yo aparcaré el coche por la puerta trasera.

Galán dio las gracias al chófer y descendió del Mercedes 300 del 60, una joya negra brillante de coleccionista, muy a juego con el carácter de su dueño. Encaró la escalinata de acceso al caserón y, antes de llegar al final, la puerta se abrió. Ariosto estaba al otro lado, sonriente.

–Amigo Antonio, llega justo a tiempo.

Galán estrechó la mano que se le ofrecía en cuanto llegó a su altura.

–¿Justo a tiempo?

–Sí, antes de que se derritan los cubitos de hielo. ¿Ha probado alguna vez el Campari?

–La última vez que vi una botella de Campari fue de niño, en casa de mis padres, junto a otra de Cynar.

–Extracto de alcachofa, tuvo su momento. Pero no nos quedemos aquí, en la puerta, entremos.

Galán fue llevado al salón azul de la casa. Al igual que ocurrió con Adela el día anterior, sobre la mesa esperaban las bebidas. Galán se sentó en una butaca de respaldo alto y Ariosto comenzó a preparar los Campari, mezclándolos con tónica *Fever Tree*.

–Antonio, si quiere echarle un vistazo a mi pinacoteca, ya puede empezar. En este salón está casi la mitad de las obras que conservo.

Galán aceptó el vaso que le ofreció Ariosto y esperó a que este se sentase.

–Luis, voy a serle sincero. Solo me interesa un cuadro de esta casa, y no es para admirar sus cualidades artísticas.

–Pues si ya me tenía intrigado, ahora lo estoy más.

–Se trata de ese cuadro de ahí –señaló con el índice–. El paisaje canario que está encima de la chimenea.

Ariosto siguió el dedo de Galán hacia su objetivo.

–¿Ese? ¿En serio? –preguntó, asombrado–. ¡No me lo puedo creer!

–¿Qué ocurre?

–Ayer estuve aquí mismo con mi tía Adela Cambreleng hablando sobre ese cuadro en concreto. Es muy curioso que se haya levantado expectación en torno a él.

–¿Y de qué hablaban?

–Ese cuadro fue un regalo que hizo el fallecido esposo de Adela a mi madre. Y me contaba que había encontrado una carta, de hace cincuenta años, en la que el finado tío Eduardo, que en gloria esté, avisaba del extraño interés de un señor italiano, un tal Campari, en ese cuadro en concreto.

–Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Podría concretarme algo más la fecha?

–Sería en torno a 1963, o 1964. Yo era un niño pequeño por entonces. No recuerdo nada, como imaginará.

–En los últimos días estamos investigando lo que parece ser un asesinato. La vivienda de la víctima fue allanada y sustrajeron un cuadro. Era un paisaje exactamente igual que este.

Ariosto pasó la mirada de Galán al cuadro y de nuevo al policía.

–¿Igual? ¿Está seguro?

Galán echó un vistazo a la imagen que guardaba en su móvil, la enviada por Julia, y se la exhibió a Ariosto.

–Es el mismo, sin duda, Antonio. ¿Cree que puede haber alguna relación entre ese suceso y mi cuadro?

–No lo sé, pero me gustaría examinarlo en el laboratorio de la comisaría.

Ariosto no pudo evitar unos segundos de silencio, fruto de sentimientos encontrados. No le gustaba nada la idea de perder de vista la pintura. Galán trató de sacarlo de la indecisión.

–Estará usted presente, Luis, y supervisará el procedimiento.

Ariosto soltó un suspiro de alivio.

–Sabe que siempre será un placer colaborar con la policía.

En ese momento sonó el teléfono de baquelita negra que enseñoreaba una pequeña mesa redonda, diseñada exclusivamente para albergarlo.

–Perdone, Antonio,

Ariosto descolgó el teléfono.

–Ariosto al habla. Hola Adela, ¿cómo estás? ¿Fatal? ¿Por qué? ¿Qué han entrado en tu casa? ¿No se han llevado nada? ¡Qué extraño! ¿Y qué dices que han hecho con todos los cuadros? ¡Qué inquietante! Estoy ahora en casa con el amigo Galán. Sí, vamos para allá enseguida.

Ariosto colgó y antes de que pudiera hablar, se le adelantó el inspector:

–No me lo diga. Han descolgado los cuadros y han forzado sus guardas traseras. ¿No?

–Gracias por haber venido, Pedro.

Marta recibió en la entrada de la iglesia de San Agustín al archivero, un tipo delgado con aire elegante que ganaba mucho cuando se quitaba la bata blanca de su lugar de trabajo, el Archivo Histórico Provincial de Tenerife. Pedro Hernández había colaborado con Marta en la resolución de varios crímenes acaecidos en La Laguna y en Santa Cruz, y siempre estaba presto a ayudar a la arqueóloga con lo que era su especialidad: rebuscar en la documentación histórica.

–Tengo gran curiosidad por ver las lápidas de la iglesia. Gracias por invitarme.

Tras los besos usuales, ambos entraron en la iglesia sin techo. Una cuadrilla de peones colocaba la tierra superficial, una vez cribada, en un pequeño volquete que la trasladaba a un depósito transportable en la calle. El trabajo era supervisado por dos arqueólogos que estaban a las órdenes de Marta.

–Veo que hay ajeteo aquí –observó Hernández.

–El alcalde tiene prisa, así que los trabajos preliminares los haremos rápidamente. Espero tener liberado el pavimento de tierra mañana mismo.

–Sí que hay prisa entonces –bromeó.

Caminaron por la izquierda, en lo que fue la nave del Evangelio, hasta llegar a la zona cercana al antiguo altar. El archivero se detuvo cuando contempló la primera lápida.

–¿Sabes que nadie ha visto estas inscripciones, ni lo que puede haber debajo, desde el incendio? Hace más de cincuenta años.

–Lo sé –convino Marta–. Cuando se apagaron las llamas, se retiraron las maderas quemadas que conformaban el techo y poco más se hizo. Se habló de una restauración inmediata, pero, por unas cosas o por otras, nunca se realizó.

–Los laguneros siguen teniendo una deuda pendiente con esta iglesia. Ya es hora que se haga algo con ella, aunque sea un centro cívico, esa horrorosa idea que ha salido adelante con este alcalde.

Marta se rio. Conocía el deseo de Pedro de que se hubiera reconstruido la iglesia tal cual estaba y se destinara al culto. Los planes del ayuntamiento eran otros.

–Al menos se ha decidido hacer algo y no dejarla como está. Recuerda que los feligreses han tenido medio siglo para hacer algo y no lo han hecho.

–Falta de interés –reconoció Pedro–. Acuérdate de lo rápido que se levantó el obispado cuando se quemó hace unos años. Le faltó tiempo al obispo para recaudar lo necesario.

–No dejas de tener razón, Pedro.

El archivero se desentendió de la conversación al llegar a otra lápida.

–¡Mira! ¡La familia Nava Grimón! Era la más importante de la ciudad en su tiempo, y se enterraban aquí. ¿Qué vas a hacer con los sepulcros? ¿Los examinarás?

–La idea es hacer un levantamiento completo de todo el suelo y hacer un registro de los enterramientos. Al menos de aquellos que nos permiten excavar.

–Sí, he oído que hay algunos que no te dejan tocar.

Marta se encogió de hombros.

–Haremos lo que podamos, pero con seguridad tendremos dificultades. Los límites de los enterramientos no siempre están muy definidos en el subsuelo. Ya veremos.

–¡Mira! ¡Aquí están los Salazar de Castro! ¡No veas cómo aparecen en los documentos de la época! Estaban en todos los acontecimientos sociales y, en los no sociales, también.

–Pues esa es una de las que no se pueden tocar.

Hernández miró con aprensión la lápida, como si emitiera electricidad.

–Es una pena. Si se pudiera excavar, tal vez podríamos resolver el misterio del quinto marqués.

Marta centró su atención en su amigo.

–¿Qué misterio es ese?

–¿No lo sabes? Se dice que el marqués murió de modo misterioso. Al parecer, según dice una crónica, cayó fulminado cuando caminaba en la procesión del Corpus. A pesar de los intentos de reanimarlo, el hombre no volvió a la vida y fue dado por muerto.

–Esas cosas ocurren hoy día también –replicó Marta con algo de sorna–. Las llaman infartos.

–El caso es que fue enterrado al día siguiente con todas las solemnidades que requería tan ilustre cadáver. Media ciudad siguió al cortejo fúnebre de su casa hasta esta iglesia.

–Era lo usual, ¿no?

–En efecto. El misterio proviene de que, esa misma noche, de madrugada, varios vecinos vieron al marqués caminando por esta misma calle de San Agustín, con la misma ropa que llevaba en el féretro, vela encendida en mano, camino de esta iglesia. Dicen que el muerto vivo no descansó hasta que terminó la procesión interrumpida. Entró en la iglesia y desapareció.

Marta sonrió.

–Una más de las leyendas que tiene esta maravillosa ciudad. ¿Te acuerdas de Catalina en la casa Lercaro? Pues lo mismo.

–Lo que quieras, pero todavía la historia corre hoy día de boca en boca. Muchos dicen que el marqués no había muerto y que fue enterrado vivo.

–¿Y salió de su tumba para darse un paseo y luego volver a ella?

–No te rías demasiado. Es un asunto muy serio en depende qué foros. Más de uno ha perdido amistades por esta cuestión.

–A la gente le encanta difundir historias morbosas. ¿Tú qué opinas?

Hernández reflexionó un par de segundos antes de responder.

–Saldríamos de dudas si pudiéramos acceder al enterramiento.

Marta volvió a reírse.

–¿Te lo crees entonces? ¿Crees en el fantasma del marqués?

El archivero sonrió indulgente. Podía perdonar a su amiga la broma.

–¿Nadie te ha dicho que es mejor que no estés en la iglesia por la noche?

Marta dejó de reír de golpe.

–¿Qué pasa por la noche? –preguntó, tratando de disimular un nervioso interés. Tenía fresco en la memoria lo que le ocurrió al vigilante la noche pasada.

–Algunos dicen, no yo, que el caballero Salazar vaga por la iglesia algunas noches. Más de uno ha visto o escuchado manifestaciones extrañas entre estas paredes.

Marta abrió los ojos y los oídos al escuchar aquello.

–¿Cómo has dicho? ¿Caballero qué?

–Caballero Salazar. Así se conocía coloquialmente al marqués.

La arqueóloga notó que se le aceleraba el pulso.

–¿Y qué es eso de las manifestaciones?

–No lo sé bien. Son muy variadas: un lamento, una queja. Yo no las he vivido, pero otros sí. Y aquellos que han sentido algo, no lo olvidan nunca.

–Eso sí que me lo creo, Pedro. Pero no me preguntes por qué.





Petrescu no necesitaba ser un lince para saber que le seguían. Se había dado cuenta poco después de haber abandonado la cafetería *La Perla del Caribe*, el lugar donde se tomaban los cortados los jueces, abogados e imputados de todo tipo que tenían que pasar más de media hora en los juzgados de La Laguna. El abogado Corujo le había invitado a un buen bocadillo de pata asada con un café con leche para olvidar el mal trago que acababa de pasar. Le había avisado de que era posible que le siguieran o vigilaran, que tuviera cuidado con lo que hacía. Petrescu no necesitó que se lo repitiera para asimilarlo. De hecho, suponía que ocurriría así si alguna vez lo descubrían.

Había tenido suerte. Casi dos años de oculto anonimato. Le dieron por muerto tras salir de la cárcel militar serbia. Había sido un buen trabajo colocar el cadáver de otro hombre en un coche en llamas. Todo quedó calcinado e irreconocible. Que apareciera su documentación junto al automóvil no fue una casualidad. La cuestión es que la policía de Sarajevo se lo tragó y él desapareció de la circulación.

Petrescu encaró el comienzo de la calle de La Carrera, pasando sin mirar por delante de la Casa de los Capitanes. Como la calle era peatonal, dejaría atrás cualquier perseguidor que condujera un vehículo. Al llegar a la esquina de la calle Tabares de Cala echó un vistazo rápido a su espalda. Eran dos hombres. Los reconoció de inmediato: los policías de la Interpol. Se imaginó su enfado cuando el juez decidió dejarlo en libertad. Sonrió de modo involuntario. No podían hacerle nada, salvo seguirlo.

Dobló la esquina y comenzó a correr hasta llegar a la altura de la churrería *El buen paladar*. Se metió en el establecimiento y buscó con rapidez el baño de señoras. No estaba ocupado. Entró y cerró la puerta. Se sentó en la taza y se dispuso a esperar.

Los policías aligeraron el paso cuando perdieron de vista a Petrescu al girar a su izquierda. Llegaron a la esquina y trataron de divisarlo en la vía que desembocaba, unos cien metros más allá, en la calle Herradores y más allá, en otra más grande, la avenida de la Trinidad. No lo vieron.

–Yo sigo por la calle –dijo Hauser, el alemán–. Tú mira en los establecimientos.

Leclercq, el francés, hizo zig-zag por la calle mientras su compañero comenzaba a correr en dirección al siguiente cruce. Desechó de un vistazo una joyería con una puerta minúscula que parecía estar allí desde hacía mil años y una tienda de ropa femenina con una entrada igual de pequeña. El tercer local de la izquierda estaba cerrado, con un letrero de *Se Alquila* ya despintado por el sol. Al otro lado, se asomó al restaurante *El Refugio del abuelo Miguel*. Todavía era temprano pero ya olía a carne de cabra o a algún otro guiso que el francés no supo adivinar. Su hombre no estaba dentro.

Unos pasos más allá, tuvo que elegir entre una hamburguesería y una churrería. Entró en primer lugar en la hamburguesería, a su derecha. El local era pequeño y no tenía clientela a esa hora. Cruzó la calle y escrutó el interior de la cafetería–churrería–chocolatería, que para todo estaba diseñada. El espacio era más grande, con una barra de aluminio en forma de U, ocupada por un par de personas que desayunaban tarde. Descubrió la zona de los WC a la izquierda. Dos mujeres esperaban turno ante la puerta del servicio. Entró en el de caballeros. No había nadie. Al salir, pensó en el de señoras, pero las miradas que le echaron las que aguardaban para entrar le disuadieron de intentar nada.

Salió a la calle. Siguió en la misma dirección y llegó a Herradores en su confluencia con la Trinidad. Allí se perdía la pista. Tampoco vio a su compañero. No se resignó. Aquel era un buen

lugar para vigilar el paso de los centenares de personas que cruzaban por allí, uno de los lugares más concurridos de la ciudad. Y además, una parada de taxis brillaba como un neón para él. Si Petrescu trataba de escapar, tal vez lo hiciera en uno de esos vehículos. Entró en el bar *Hespérides* y se sentó a la barra. A través de sus enormes cristaleras podía controlar todo lo que ocurría en aquella confluencia de calles. Pidió un *café au lait*, lo que pareció ser comprendido por el camarero, aunque luego le trajo lo que quiso. Pagó por adelantado, se giró en el taburete de espaldas a la barra y comenzó su vigilancia.

No tuvo que esperar mucho. A los diez minutos apareció Petrescu, mirando de vez en cuando a su espalda y a los lados. Se dirigió directamente al primer taxi de la fila y se subió a él. Leclercq dio un salto y salió de la cafetería como un rayo. Vio que el taxi giraba a la derecha por la calle Herradores. Cruzó la calle corriendo y se subió al siguiente coche de la fila.

–Siga a ese taxi –dijo cuando cerró la puerta.

El taxista, un hombre de mediana edad, barriga prominente y gafas de vista disfrazadas de gafas de sol, lo miró por el retrovisor. El francés sacó un billete de cincuenta euros.

–Todo para usted si no lo perdemos –añadió.

–Siempre que no vaya muy lejos, se lo acepto –contestó el chófer–. Como vaya al Sur de la isla, tendrán que ser un par de esos.

El conductor del taxi arrancó el vehículo con total parsimonia. Se aseguró de que no venía ningún vehículo por su izquierda y puso el vehículo en marcha.

–¿No puede ir algo más rápido? Se nos va a escapar.

–No sé de dónde viene usted, pero aquí se vive con tranquilidad. No son buenas las prisas para el corazón. Y en esta zona no se puede conducir a más de cuarenta. Los policías municipales son bastante quisquillosos.

El francés no entendió la última palabra, pero supuso que el significado era el de estrictos, o estúpidos, o tal vez ambos, igual daba. Al llegar a La Milagrosa, una avenida amplia y recta poblada de palmeras, vio a lo lejos, al final de la bajada, el taxi que seguía.

–Por allí va –señaló.

El taxista asintió y continuó conduciendo con calma.

–No se preocupe, que lo sigo. Usted relájese.

Para relax estaba él ahora, pensó Leclercq. El taxi tuvo que pararse a la altura de una cruz de piedra por el impertinente paso de un tranvía tintineante. El vehículo que no quería perder de vista seguía por una avenida que bajaba por su izquierda. Cuando ya se comía las uñas de desesperación, el semáforo se puso en verde y su conductor avanzó junto con el resto de automóviles que esperaban. El francés intentó localizar al taxi y ya no lo vio.

–Ya no lo veo –dijo.

–Tranquilo, hombre –contestó el taxista, que no hizo nada por acelerar la marcha.

La continua sucesión de rotondas y más rotondas en un trayecto de un par de kilómetros puso a prueba la paciencia del policía. En cada una de ellas el conductor debía estar atento para colarse en el menor resquicio que hubiera entre dos coches que superpoblaban aquella avenida, algo completamente estresante. Leclercq se echó atrás en el asiento. Ya habían perdido al taxi perseguido.

–Cuando quiera volvemos a La Laguna –dijo, desanimado.

–¿No estaba siguiendo al taxi? –preguntó el chófer al retrovisor.

–Sí, pero ya no lo veo.

–Un momento.

El taxista tomó su móvil de un colgador del salpicadero y marcó con una mano un par de teclas.

–¿Faustino? ¿A dónde llevas al cliente?

El francés se arrellanó en el asiento trasero y se acercó al conductor.

–¿Conoce al otro taxista? –preguntó maravillado. No se le había ocurrido esa posibilidad.

–Es mi primo. Ya sé dónde va a parar. Es cerca de aquí.

El taxi giró a la izquierda y se internó en un laberinto de calles estrechas con casas de una o dos alturas muy parecidas. Giró una vez a la izquierda y dos a la derecha, de nuevo a la izquierda y a partir de ese momento el policía dejó de tratar de memorizar el camino.

–Déjeme cerca pero no en el mismo lugar en que lo ha hecho el otro taxi, por favor.

–*Comme vous voulez, Monsieur* –respondió el taxista.

–*Parle vous français?* –preguntó el policía–. *Vous auriez pu me le dire avant.*

–Podría habérselo dicho, pero no preguntó. Cinco años trabajando en París. –El taxista detuvo el vehículo–. Es aquí. El número 36. *L'argent, si 'l vous plaît.*

El francés le entregó el billete y descendió del vehículo sin despedirse. Encima le había tomado el pelo. ¿Pero no decían que los españoles no sabían idiomas? El taxi se marchó y el policía se acercó a la casa indicada. Un siseo a su derecha, en la esquina siguiente, le llamó la atención. Miró en aquella dirección y vio a Hauser, su compañero alemán, que le indicaba que se acercase. Lo hizo en un par de segundos.

–Ha entrado en la casa hace un minuto –le dijo en voz baja–. Te felicito por el seguimiento. Llegar a este barrio es complicado.

El francés creyó en un primer momento que su compañero también le estaba tomando el pelo, pero luego se dio cuenta de que hablaba en serio. Muchos alemanes solo sabían hablar en serio.

–Los policías franceses somos así –no pudo evitar el chauvinismo. Era francés–. ¿Y cómo has llegado aquí?

–Pregunté en el juzgado por su dirección. Llegué apenas unos minutos antes. No me extrañaría nada que los vecinos estén alarmados de ver tanto taxi en esta calle.

–¿Y ahora qué hacemos?

–He pedido instrucciones a la central. De momento, tendremos que mantener la vigilancia. Que no se nos escape. Una vez que ha sido descubierto, puede tener la tentación de desaparecer de nuevo.

–De acuerdo.

–Yo haré la primera guardia. Me relevarás en seis horas. Alquilaré un coche para la vigilancia, estaremos así más cómodos y, en caso necesario, podemos hacer un seguimiento sin pedir taxis. Se nota mucho.

–Es una buena idea –respondió el francés. A veces le encantaba tener como compañero a un teutón tan eficiente. Esa era una de esas veces.

Galán y Ariosto llegaron a casa de Adela cuando los agentes de la Policía Científica terminaban su trabajo. El inspector preguntó a sus compañeros si habían encontrado algo de interés. «Varios juegos de huellas», le respondieron. Tras prometerle que le harían llegar el informe, lo que era todo un favor ya que Galán trabajaba en La Laguna y no en Santa Cruz, con lo que el caso no le correspondía, se despidieron.

–¿Cómo te encuentras, Adela? –preguntó Ariosto cuando los policías se marcharon.

Los tres se reunieron en la cocina, donde la señora estaba tomándose una tila, que invitó a compartir.

–Algo nerviosa. Pero se me está pasando. Me sorprende lo fácilmente que han entrado aquí. Han abierto la cerradura como si nada.

–Con un poco de tiempo, cualquier cerrajero experto puede abrir una cerradura como la suya –intervino Galán–. Le recomiendo que la cambie por una de alta seguridad, de las modernas. No son invulnerables, pero presentarán mayor resistencia a cualquier intruso.

–Eso haré. Hoy mismo llamaré a un amigo que era Policía Local que tiene un negocio de esos en la calle Pi y Margall.

–Estupendo –aplaudió Ariosto–. Entonces, ¿No te falta nada? ¿Estás segura?

–He mirado bien y no se han llevado nada. Ni siquiera han rebuscado en el armarito de las joyas. Lo único que han hecho es romper el fondo de todos los cuadros. Es como si buscaran algo en la parte de atrás de las pinturas.

–Creo que eso es precisamente lo que han hecho –indicó el inspector.

–Como dice Belkis, la señora de la limpieza, es lo mismo que ocurrió en otra vivienda de La Laguna donde limpia.

–Repita eso, por favor –inquirió Galán.

–Lo dice Belkis. ¿Oye esa aspiradora? Es ella.

–¿La puede llamar, Adela?

La señora se levantó, se perdió en el pasillo y al segundo dejó de escucharse el motor del aparato. Adela volvió al salón con una mujer de cierta edad y de cierta elegancia tropical.

–Belkis –dijo Adela–. Te presento al inspector Galán, de la policía. A mi sobrino Luis ya lo conoces.

La mujer asintió a modo de saludo. La palabra «policía» le había apretado el gaznate. Era su herencia cubana. Qué le iba a hacer. Adela le pidió que se sentara con ellos.

–Señora Belkis –se adelantó Galán– ¿Usted trabajaba en la casa de doña Nieves, en La Laguna?

–Así es, señor –respondió, un tanto asombrada de que el inspector supiera ese detalle–. Le puedo asegurar que yo no tengo nada que ver con esto de los cuadros. Parece brujería.

La mujer se santiguó de un modo extraño. Galán y Ariosto acusaron el gesto, pero no le dieron mayor trascendencia o no quisieron dársela.

–No se preocupe, que no voy por ahí –dijo Galán–. Usted, sin desearlo, es testigo de un mismo tipo de allanamiento en dos casas distintas. ¿Ha notado algo especial, algún detalle común entre ambos sucesos?

La mujer pareció reflexionar unos segundos. Adela le sirvió otra tila.

–Quien lo hizo es zurdo. ¿Ha visto que rompe los cuadros empezando por la esquina superior izquierda? Eso solo lo hace un zurdo.

Galán pensó en el dato y convino en que podía tener razón. O no.

–Buena apreciación –dijo–. ¿Algo más?

La mujer se mordió el labio, dudando si soltar lo que tenía en mente.

–Hable, Belkis –invitó Adela–. Estamos entre amigos.

–Lo que busca el allanador no está a la vista, pero está.

Galán y Ariosto se miraron.

–¿Qué significa eso? –preguntó el policía.

–Que no está a la vista –repitió la mujer–. Hay que buscar en el interior.

–Suena a enigma introspectivo –intervino Ariosto.

–¿Podría concretar algo más, señora? –repreguntó Galán.

–Eso es todo lo que me han dicho los santos –replicó la mujer, algo agobiada–. Hay que buscar en el interior.

Galán iba a preguntar quiénes eran los santos, pero se lo pensó mejor. La explicación sería desconcertante, sin duda.

–Pues habrá que buscar en el interior –dijo Ariosto–. ¿Me permite expresar mi opinión, Antonio?

–Claro, Luis. Este caso no está claro. Cualquier idea es bienvenida.

–Existe una diferencia entre el caso de la señora de La Laguna, doña Nieves, y este de Adela. En uno de ellos desapareció una pintura y en otro no. Deduzco que el hecho de que de casa de Adela no se hayan llevado nada es porque no encontraron lo que buscaban.

–Buscaban algo que suponían que estaba aquí.

–Exacto, pero que ya no está. ¿Y qué estuvo aquí hace tiempo y ya no está?

Galán siguió el razonamiento de su amigo.

–El cuadro que el esposo de Adela le regaló a su madre, doña Amparo.

Ariosto sonrió.

–Y que ahora está en mi casa.

–Que es un cuadro que tiene el mismo paisaje que el que robaron a doña Nieves –añadió el policía.

–¿Están diciendo que entraron en mi casa por equivocación? –preguntó Adela a ambos.

–Algo así –dijo Ariosto–. Quien entró no sabía que el dichoso cuadro está en mi casa. Al menos de momento.

–Por eso, convendría que estuviera en poder de la policía cuanto antes –propuso Galán.

Ariosto miró al policía antes de hablar.

–¿Y a qué esperamos?

–A tu pregunta de si existían líneas marítimas que unieran Canarias con Italia en los años sesenta, la respuesta es afirmativa.

Sandra se encontraba sentada en el despacho del comandante naval, Eugenio Fuentes, un hombre elegante cercano a los sesenta, vestido impecablemente con su uniforme blanco de la Marina. El comandante se encontraba al otro lado de una mesa baja de cristal, en una butaca de capitoné. Como en la mayoría de los edificios militares, el tiempo parecía haberse detenido unos treinta o cuarenta años antes. Todo muy limpio, pero pasado de moda.

–Es un buen comienzo –comentó la periodista.

–En realidad, la línea no era de Italia a Canarias, sino a Venezuela, pero hacía escala en el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Se trataba del *Surriento*, de la compañía Achille Lauro, que iba y volvía de Génova a La Guaira.

–Era uno de los barcos llamados de la emigración, ¿no?

–Así es. Los pasajeros, casi en su totalidad, eran emigrantes que iban o retornaban de América. Ya sabes que muchos canarios emigraron en aquellos años a Venezuela. Los armadores italianos estaban al tanto y esa es la causa de que el barco hiciera escala aquí.

–¿Y admitían pasaje con destino a Italia desde Tenerife?

–¿Por qué no? Me imagino que solo dependería de las plazas libres que hubiera. ¿Te interesa el tema de la emigración?

Sandra sonrió con aire cómplice.

–En este caso, me interesan los viajes de Tenerife a Italia. Pensaba que no existían líneas directas, pero veo que sí.

–Duraron bastantes años. Recuerdo, a comienzos de los setenta, ver pasar por nuestro puerto trasatlánticos como el Angelina Lauro y el Achille Lauro, con destino a Argentina haciendo escala en Río de Janeiro.

–¿Y recuerda algún caso en que uno de esos barcos sufriera algún tipo de enfermedad epidémica?

Fuentes se quedó en blanco ante la pregunta.

–Pues la verdad es que no. Habría que mirar en los registros o en los diarios de la época. Tú lo tienes fácil en tu periódico. ¿Te refieres a alguna en concreto? Seguro que tienes algún dato.

Sandra sintió que la habían descubierto.

–Tengo una referencia de unos casos de sarampión en un barco que venía de Italia a Tenerife en 1964, tal vez al año siguiente.

El rostro de Fuentes se convirtió en la imagen de la sorpresa.

–¿Sarampión? ¿En 1964? Me temo que eso es poco menos que imposible. Tus fuentes de información deben de ser erróneas o mienten descaradamente.

Ahora fue Sandra la sorprendida.

–¿Imposible? ¿Por qué?

–Pues sencillamente, porque en 1964 se difundió por todo el mundo la vacuna contra el sarampión. Nadie quedó sin vacunarse. Si me hubieras hablado de otra enfermedad o de otro año, lo habría dudado. Pero en 1964, no. Alguien te ha mentado, Sandra.

\*\*\*

Ariosto y su chófer regresaban de La Laguna hacia Santa Cruz por la autovía, tras dejar a Galán y al cuadro en la comisaría de la calle del Agua. El policía le había asegurado que la pintura no sufriría el menor daño, solo la desmontarían del marco y analizarían la tela y la madera.

–Este asunto del cuadro de mi madre me tiene intrigado, Sebastián –dijo Ariosto, sentado en el asiento trasero.

–No me extraña, señor –respondió el chófer–. Lo que le ocurrió a la señora de La Laguna, doña Nieves, implica connotaciones muy serias. Espero que doña Adela no esté en peligro.

A Ariosto le encantaba que su chófer utilizara palabras inusuales, como connotación, al hablar con él.

–Es una testaruda. Le he ofrecido pasar unos días en mi casa, pero ha rechazado la idea. Con cambiar la cerradura de la puerta es suficiente, me ha dicho.

–Doña Adela es todo un personaje. Si usted me lo permite, rondaré su domicilio de vez en cuando, solo por si acaso.

–Por supuesto, Sebastián. Le estaré muy agradecido.

–Y también convendría que extremáramos las medidas de seguridad en su casa, señor. El ladrón podría enterarse de alguna manera de que usted es poseedor del cuadro y trate de entrar. Si le parece, ocuparé uno de los cuartos de invitados durante un par de días.

–No había pensado en que yo mismo pudiera estar amenazado –repuso Ariosto, pensando en la idea–. Tal vez tenga algo de razón. Puede hacer lo que le plazca, por descontado.

El chófer asintió, dando por terminado el tema.

–Y si también me lo permite, indagaré por mi cuenta. Conozco un par de tipos en el mundo del tráfico de objetos valiosos que tal vez puedan devolverme algún que otro favor.

Ariosto se incorporó en su asiento, interesado.

–¿Indagará? ¿Un par de tipos? Tenga cuidado, Sebastián. Puede ser peligroso.

–Conozco el ambiente, señor. No se preocupe.

–¿Y de qué conoce a esa gente?

–Eso, señor, es una historia que le contaré algún día, si se tercia.

El retratista especialista de la Policía Nacional, recién llegado de Las Palmas, trabajaba sobre el teclado de un ordenador. Los tiempos en que los retratos robot se hacían a mano con un lápiz habían quedado atrás. Ahora se utilizaba un sofisticado programa de creación e intercambio de tipos faciales. El subinspector Ramos se había situado prudencialmente a la derecha de su compañero, dejando además por medio la mesa de trabajo. Hortensia y su vecina, Juanita la gomera, la vecina de doña Nieves, se hallaban sentadas junto al policia que creaba el retrato, a su izquierda. El despacho en que se encontraban, de la Policía Científica, adolecía de la misma falta de decoración que todos los demás de la Comisaría de La Laguna.

–Tenía menos pelo en la cabeza –indicó Juanita–. Con algo de entradas. Y la cara más angulosa.

Llevaban diez minutos así y Ramos se preguntaba si los avances técnicos del nuevo programa facilitaban las cosas o las complicaban más. El retratista parecía estar más confuso que la gomera.

–Pero si hace un rato me dijo que ese tipo de barbilla no –protestó el policia que manejaba el ordenador.

–Pero ahora caigo en que era así –repuso la vecina–. Es que con tantos tipos de cara como me ha enseñado, una tiene que dudar a la fuerza.

Ramos intentó no sonreír. Sabía que el programa contenía 542 tipos de narices, 195 bocas y 691 formas distintas de ojos, pero, al ritmo que iban, las agotarían en cinco minutos. También recordaba que había escuchado decir a algún experto que si el retrato robot no se terminaba en diez minutos, el resultado era siempre malo. Y ya llevaban trece, sin visos de terminarlo.

El subinspector notó que el retratista comenzaba a ponerse nervioso, y que transmitía el nerviosismo a la mujer. En un momento dado, borró el rostro que había estado elaborando y pulsó varias teclas que provocaron la aparición de otra cara, la de un hombre caucásico, moreno, de unos cincuenta años, delgado y mal encarado.

–¿Qué le parece este? –preguntó a la mujer.

Juanita observó la pantalla unos segundos.

–Creo que es él –anunció al fin–. Ahora sí que ha acertado.

–¿Le añadimos algún detalle?

–No, así está bien. –pareció dudar unos instantes en los que Ramos aguantó la respiración–. Sí, el hombre que vi era así.

–Hemos terminado entonces –concluyó el especialista.

–Muchísimas gracias, Juanita –dijo Ramos–. ¿Puede esperar un momento en los asientos del pasillo, por favor? Usted también, Hortensia.

La mujer se sintió feliz de haber terminado la tarea, aunque su vecina no tanto al ver que la sacaban de la sala tan pronto.

–Yo hago todo lo que usted me pida, subinspector –respondió sensualmente mientras se levantaba.

Ramos asintió, tratando de no cruzar la mirada con su compañero, a quien no le había pasado desapercibido el tono. Esperó a que la mujer saliera del despacho y cerrara la puerta tras ella.

–¿Cómo ha dado en el clavo de esa manera tan certera? –preguntó Ramos–. Llevaba más de diez minutos dando vueltas sin conseguirlo.

El retratista comenzó a apagar su ordenador portátil.

–Cuando se tarda tanto es que el testigo no sirve –contestó con calma, se notaba que estaba seguro de lo que decía–. En esos casos, le coloco delante un retrato base sobre el que luego se trabaja. No sabe, subinspector, la cantidad de veces que los testigos reconocen entonces al sujeto



que tratamos de retratar.

–O sea, ¿que era un retrato base, sin pulir, el que ha reconocido la mujer?

–Así es. No va a servir de mucho. Lo siento.

Ramos estuvo a punto de proferir su frase preferida, pero se lo pensó dos veces. Galán siempre le reprendía por ello.

–De todas formas, ¿me puede enviar una copia del rostro que reconoció? Es para que lo vea el inspector.

–De acuerdo, pero le aviso de que no va a ser útil.

Un par de toques leves en la puerta distrajo a los policías. La puerta se abrió y tras ella asomó la cabeza de Hortensia.

–Subinspector, ¿qué hay del desayuno que me había prometido? Se nos hace tarde, y Juanita tiene hambre.

\*\*\*

El teniente coronel de la Guardia Civil Alejandro Ravelo se encontraba ante su superior, el coronel Eustaquio Robles, de los Robles de un pueblo perdido, aunque con mucha solera, del norte de la provincia de León, como su acento y maneras delataban. Se había sentado, a invitación del jefe, en uno de los sillones que amueblaban una zona de su despacho oficial en la Comandancia de Ofra. Los asientos eran bajos, lo que provocaba que el coronel y su prominente barriga estuvieran incómodos.

–¿Está usted seguro, Ravelo?

–Al noventa y cinco por ciento, mi coronel. La talla decomisada es una estatua de Santa Bárbara que se creía perdida en el incendio de la iglesia de San Agustín en 1964.

–Algo he oído de ese siniestro. ¿No se quemó también hace poco el obispado?

–Sí, señor. Pero fue reconstruido en tiempo récord.

–Y la iglesia de San Agustín, a pesar de que se dijo que el obispo había recaudado mucho dinero, se quedó como estaba.

–Y que, casualmente, luego se construyó de modo milagroso el enorme seminario de La Verdellada. No hay que hacer caso a las habladurías.

El coronel entrevió una sonrisa en los ojos de su subordinado.

–Desde luego. Lo que sí me llama la atención es que siendo una ciudad tan húmeda, se quemó esta clase de edificios religiosos cada medio siglo.

–Casualidades de la vida, mi coronel.

–Seguro que sí. –Robles se incorporó sobre su asiento–. Volvamos al asunto de la estatua. No existe ninguna denuncia de su desaparición, ya que se consideraba perdida en el incendio, ¿no es así?

–Exactamente, mi coronel.

–Entonces no creo que debamos complicarnos la vida. Que se encargue la policía de La Laguna. Ellos sabrán qué hacer con la santa. Haga que les envíen la estatua, Ravelo. Nos quitamos el tema de encima, pero cuide de un detalle, Ravelo.

–Diga usted.

–Cuide de que si se hace algún acto en que se reconozcan los méritos del hallazgo, en el que se entregue alguna medalla, estemos nosotros ahí. ¿Me entiende?

–Por supuesto. Descuide, mi coronel.



Wilhelm Mainz llevaba varias horas sin mover un músculo, concentrado en una respiración lenta, prácticamente inaudible, en el pequeño rellano superior de la escalera de acceso a la azotea de la vivienda de Petrescu. Se había sentado en el espacio de apertura de la puerta, un lugar estrecho, pero que no podía ser visto desde el piso de abajo a menos que alguien ascendiera hasta allí.

Mainz sabía dónde vivía Petrescu por la información que le había facilitado el abogado Corujo. Constaba en las diligencias del intento de interrogatorio por parte de la Guardia Civil. Así que se había dado una vuelta por el vecindario a primera hora de la mañana, o de la madrugada, a esa hora incierta en la que todavía no había amanecido. La casa de Petrescu era la quinta de nueve adosadas entre sí a lo largo de una calle en bajada –en aquella isla casi todas las calles subían o bajaban, lo que, en el fondo, era lo mismo–. Todas estaban conformadas por un patrón similar: viviendas unifamiliares de planta baja y primera, con azotea transitable. «Mejor», se dijo.

Aprovechando que no había nadie en la calle, buscó una vivienda que tuviera ventanas enrejadas, muchas lo estaban, y que la reja de arriba no tuviera demasiada distancia hasta el murete de la azotea. La segunda, bajando a la izquierda, respondía a esos requisitos. Mainz estaba bien entrenado en las artes de la escalada, por lo que no tuvo ningún problema en asirse a las rejas y trepar por ellas de la planta baja a la primera y luego, de un salto, aferrarse con dedos de hierro al borde del murete superior. Con un vaivén de cadera colocó una pierna sobre el muro, apoyó la rodilla, encaramó el resto del cuerpo sobre ella y rodó hacia el interior de la azotea. Solo tuvo que sacudirse el polvo y la suciedad de las prendas deportivas negras que vestía. Ya estaba arriba, la parte más vulnerable de aquel tipo de edificios.

Saltó de una azotea a otra con el silencio de un gato y llegó a la de Petrescu. Se enfrentó a una puerta metálica con una cerradura simple y antigua por la que se accedía al interior de la vivienda. Del cinturón portaherramientas que llevaba sacó un destornillador largo y lo introdujo en el cierre a la altura de la cerradura, justo al lado del pasador. Con un golpe seco sobre la base, el cerrojo cedió con un leve crujido. Mainz se detuvo y miró a su alrededor. No detectó ningún movimiento. Abrió la puerta hacia afuera y se introdujo en la casa.

Tras limpiarse las suelas de las zapatillas deportivas con un paño, bajó la escalera con cierta tranquilidad. Sabía que Petrescu vivía solo y, aunque que su detención era provisional y que podrían soltarlo en cualquier momento, sabía que tenía algo de tiempo. Sin hacer ruido y con cuidado de no tocar nada, exploró las habitaciones de las dos plantas hasta que quedó satisfecho. Ahora sabía dónde se encontraban las pertenencias del rumano y previó sus movimientos en cuanto llegara a la casa. Decidió que el lugar más seguro era en lo alto de la escalera de la azotea. Lo último que haría el hombre que vivía allí sería subir hasta aquel sitio.

Cuatro horas después, Mainz miró su reloj, El tiempo de espera hizo que se sintiera anquilosado. Hizo algunos ejercicios de estiramientos y al terminar escuchó cómo se abría la cerradura de la puerta principal. El alemán aguzó el oído para determinar por dónde se movía quien acababa de entrar. En diez segundos, determinó que era Petrescu. El sonido de las llaves al caer sobre un cuenco metálico en un mueble en el recibidor de la casa, los pasos decididos hacia la cocina, la apertura de la puerta de la nevera y el choque de una botella de cristal con un vaso, eran indicios de que quien motivaba los ruidos era el habitante usual de la casa.

Mainz se había planteado que Petrescu tomaría dos decisiones. La primera, por la que menos apostaba, era que se pusiera a hacer el equipaje para huir precipitadamente de su casa y, tal vez, de la isla. La segunda, la más probable, era que el rumano deseara tomarse una ducha para

quitarse el mal recuerdo del calabozo policial antes de tomar cualquier decisión. La apertura de los grifos de la bañera le hizo sonreír. Se había ganado la apuesta a sí mismo.

Aquel era el mejor momento que podía haber previsto. Su víctima estaría desnuda en la ducha, completamente desprotegida. La sorpresa le paralizaría y a partir de ahí todo sería coser y cantar.

Mainz tomó la cinta plástica de embalar con la que pretendía inmovilizar las extremidades de Petrescu y sacó de su cinturón un cortafríos enorme que más parecía un cuchillo de monte. Con eso bastaba. No necesitaba nada para amordazar al rumano porque su plan consistía precisamente en lo contrario, hacer que cantara. Porque iba a cantar, de eso estaba seguro.

El alemán bajó las escaleras con suavidad. Las suelas de goma de su calzado no emitieron el más mínimo ruido. Se dirigió, escrutando todos los rincones, al cuarto de baño anexo al dormitorio principal. Los ruidos del agua a presión sobre un cuerpo le tranquilizaron. No esperaba ninguna sorpresa. Al llegar a la puerta, se asomó al baño. Detrás de una cortina translúcida, una silueta se movía. Mainz respiró hondo y se acercó en tres pasos firmes. Agarró la cortina y la corrió de golpe. A la mirada de sorpresa de Petrescu cuando sintió el cortafríos presionar la piel de su garganta, añadió el alemán una frase clara y precisa, dicha en rumano:

–Vengo a buscar lo que no te pertenece. Me lo vas a dar, y ahora mismo. De nada te va a servir guardar silencio. Te lo puedo asegurar. Y no bromeo.

El salón de citas *Casa Tere* era conocido por una gran mayoría, aunque algunos lo negaran con cinismo, de los habitantes de la localidad de Tacoronte, al norte de la isla, a medio camino entre Santa Cruz y La Orotava. Olegario aparcó el coche de Emelina, un Opel Corsa del año de Maricastaña, que se resistía a todas las ITV del mundo, delante del local. A aquella hora de la tarde el tugurio no estaba aún en funcionamiento, con lo que el único automóvil con el que compartía estacionamiento era el del dueño del negocio, Dámaso Batista, un tipo bastante especial.

Olegario descendió del coche y lo cerró con la llave. No tenía mando a distancia. En una docena de pasos se plantó ante la puerta cerrada del establecimiento y, a falta de timbre visible, la golpeó con los nudillos.

No tuvo que esperar mucho. La puerta se entreabrió poco y despacio, como si el ocupante del establecimiento temiera algo. Y Olegario sabía que temía que fuera la policía, sin duda. Unos ojos inquisitivos e inquietos le reconocieron. La puerta se abrió.

–Los años no pasan por ti, viejo canalla –le espetó el tal Batista.

–Pues tú cada vez estás más viejo, Dámaso –respondió Olegario.

Los hombres se estrecharon la mano y se apretaron los hombros con la otra, señal de franca camaradería, aunque no de amistad profunda.

–Hace mucho tiempo que no vienes por aquí. ¿Te estás portando bien?

Olegario sonrió.

–Siempre me he portado bien. El que ha tenido problemas con la justicia has sido tú, no te olvides.

–No me lo recuerdes. La poli viene por aquí de vez en cuando a beber gratis y me espanta a los clientes.

Batista abrió la puerta e invitó a Olegario a pasar. El interior mantenía la misma penumbra día y noche, apenas mitigada por varias bombillas de quince vatios teñidas de rojo, para dar ambiente. El aspecto decadente del local no había cambiado en veinte años. Una barra con taburetes recorría todo el espacio, enfrentada a una serie de mesas bajas con butacas de medio respaldo a su alrededor, todo tapizado en varias tonalidades de rojo, desde el rojo pasión al rojo púrpura. Olía a barniz y a plástico nuevo, con ligeros matices de un tipo de alcohol indefinible. Antes olía también a tabaco, recordó Olegario, síntoma de que los tiempos cambiaban.

El chófer distinguió al final de la barra a dos chicas, eufemismo que correspondía a señoras de cuarenta y muchos años, algo sobradas de carnes, embutidas en vestidos ajustadísimos con los que era un triunfo respirar, vigilando a quien entraba. O habían llegado con Batista o estaban allí. «Tal vez nunca salieran del garito», pensó Olegario.

El propietario del local pasó al otro lado de la barra y sacó una botella de ron cuyo tapón comenzó a desenroscar.

–Celebremos el encuentro. Yo invito –anunció.

–No te voy a despreciar un trago –convino–. Ya que invitas, podrías hacerlo también a las señoritas.

Batista arrugó el entrecejo.

–Las señoritas a esta hora solo toman café. Lo dice su convenio colectivo.

Olegario sonrió con la ocurrencia y echó un vistazo a las mujeres, que le devolvieron la sonrisa. Reconoció a una de ellas de mil años atrás. La Casi, apodo genuino cuyo origen no se debía a que con ella la gente se quedara a medias, sino porque se llamaba Casiana. El nombre

auténtico sonaba poco artístico, por lo que se había reducido a Casi, la Casi, mucho más comercial.

–Gracias, Ole –dijo la Casi–. Bienvenido de nuevo a este antro de perdición. Hasta dentro de un par de horas no nos dejamos invitar a copas, pero acepto el café.

–Yo también quiero otro –dijo la segunda mujer.

El chófer indicó con un gesto de cabeza a Batista para que cumpliera su promesa. El empresario refunfuñó pero aceptó el envite.

–¿Qué te trae por aquí, Olegario? –preguntó Batista tras servir las bebidas.

El aludido bebió un sorbo de ron al estilo cubano, solo y caliente, antes de responder.

–Estoy aquí por amor al arte.

Batista pareció sorprendido.

–Como todos –respondió–. En este local todos somos artistas.

Olegario ignoró el comentario.

–Quiero saber si hay grupos organizados de tráfico de obras de arte en la isla. Tal vez estés al tanto.

Batista levantó las manos en señal de rendición.

–Yo ya estoy retirado, Olegario. No sé nada de nada.

–Pero llegaste a saber algo.

–Eso fue un error de juventud. Eran otros tiempos, cuando había quien pagaba bien por algunos artistas. Hoy no puedes estar seguro de que no te estén colando una falsificación, y nadie compra cuadros cuyo origen no venga certificado. Ya no es negocio.

–¿Hay algún artista canario por el que valdría la pena arriesgarse?

Batista se bebió su bebida de un tirón.

–A menos que sea un encargo de alguien excéntrico, es muy difícil revender un cuadro robado. Todo está muy controlado. Tendría que ser de un autor cotizadísimo, y que haya muerto hace más de sesenta o setenta años, no menos. El valor de la pintura debe ser superior a un millón de euros. Si no, no vale la pena. Y aquí no hay pinturas de ese estilo.

–Entonces, ¿ahora nadie se dedica a esto?

–Salvo que sea un recién llegado, de esos de tez oscura y acento extraño, que arramblan con todo, nadie. Y el que pillas algo, luego no puede venderlo, te lo aseguro.

Olegario decidió que no valía la pena tratar de invitar a otra ronda para sonsacarle algo más a Batista. No había más que rascar por ahí.

La Casi se acercó al extremo de la barra donde estaban los dos hombres.

–El otro día –dijo, en tono confidente– un tipo me habló de cuadros.

Olegario giró la cabeza hacia la señorita y sonrió levemente, lo suficiente como para dar a entender que estaba interesado.

–Habría consumido bastante –comentó.

–Estamos aquí para que se consuma, no te confundas, guapo –replicó ella.

–No tengo la más mínima confusión sobre el asunto. Sigue, por favor.

–Tras la cuarta copa, dijo algo sobre un cuadro que le traía de cabeza.

–¿Algo? –preguntó Olegario, intrigado.

–Algo –respondió la mujer, mirando al techo.

El chófer sacó un billete de veinte euros de su bolsillo y se lo mostró. La mujer lo cazó al vuelo y se lo guardó en el escote.

–Habló de que existían dos cuadros, pero solo uno era el bueno. Y que cuando lo consiguiera, vendría a buscarme para dar la vuelta al mundo juntos.

–El cuadro valdría una pasta entonces.

–Eso parece. Yo sigo esperando, no pierdo la esperanza.

El chófer volvió a sonreír con la mentira a medias de la Casi. Seguro que era uno de sus sueños que alguien la sacara de allí.

–¿Y tienes localizado a ese perla? ¿Lo conoces?

–¿Qué si lo conozco? Si hasta me dio su WhatsApp.

Olegario se volvió de cara a la mujer.

–¿Tienes su teléfono?

Ahora fue ella la que sonrió.

–Eso te va a costar cincuenta pavos, tesoro.

Pedro Moreno, el vigilante nocturno de la obra de la iglesia de San Agustín, había llegado a un punto en que ya no trataba de bostezar. Lo hacía abiertamente. «Total, nadie me ve», se decía. Eran las cuatro de la mañana de un día de diario y el silencio era la nota predominante en el centro peatonal de la ciudad. Los únicos movimientos que había detectado en cuatro horas provenían del gato de una casa vecina, que entraba y salía como quería de las propiedades ajenas, tal vez buscando comida, o tal vez compañía gatuna.

Moreno había reducido, por su cuenta y riesgo, su radio de acción a la plazuela ajardinada que daba acceso tanto a la iglesia como al convento de San Agustín, también conocido como el Instituto. Después de la experiencia un tanto desconcertante de la noche anterior, había decidido no entrar dentro del recinto de la iglesia derruida, y mantener la vigilancia desde la puerta. «No es necesario entrar, desde aquí se ve todo el perímetro», había concluido. Eso de escuchar voces dentro de tu cerebro y que hablaban a través de tu boca no iba mucho con él. «Así que, si se puede evitar lo evitable, pues se evita», se había aconsejado, aunque no supiera a ciencia cierta qué era lo que trataba de evitar. Ni tampoco tenía ganas de averiguarlo.

Como en el contrato de la empresa de seguridad no se especificaba que tuviera que estar de pie todo el rato, —tan solo en una cláusula se recogía que debía hacer una ronda cada media hora—, Moreno se había traído de su casa una silla plegable que pasaba desapercibida durante el día arrimada junto al material de la obra. Y así, entre ronda y ronda en la plazoleta, de resto se dedicaba a sentarse en una esquina y a escuchar la radio con un solo auricular puesto. El otro oído, detalle de profesionalidad, lo dejaba para escuchar la falta de ruidos a su alrededor.

A eso de las cuatro y veinte, minuto arriba, minuto abajo, un hombre se plantó ante la puerta metálica y llamó su atención con gestos inequívocos de que se acercara. Moreno, molesto por la distracción, se levantó de mala gana y se acercó a la puerta.

—¿Me puede decir a qué hora abre el convento, por favor? —le preguntó el hombre a través de los barrotes.

Moreno, con la radio sonando en su oído, no se percató de que, a su espalda, otro hombre había trepado la verja por la calle Rodríguez Moure, había saltado a la plaza de modo ágil, y ahora se acercaba hacia él velozmente. Antes de que el vigilante pudiera contestar a su interlocutor de que el horario estaba expuesto en un cartel en la entrada, el segundo hombre sacó de un bolsillo una cachiporra y asestó un fuerte golpe al vigilante en la parte superior de la cabeza. Moreno sintió el primer golpe. El segundo, cuando se estrelló contra el suelo, ya no lo sintió.

La llave de la puerta colgaba del cinturón del vigilante. El agresor la cogió del cuerpo inconsciente y abrió a su compañero. Este echó un vistazo a la calle antes de entrar. No había nadie. Entre los dos arrastraron el cuerpo de Moreno hasta colocarlo detrás de un montón de materiales de obra, fuera de la vista. Lo ataron y amordazaron con cinta de embalar y se dirigieron a la puerta de la iglesia.

Se adentraron en el templo sin techo, a la luz de la luna y del reflejo de las farolas de la calle. Caminaron con seguridad por el pavimento recién limpio de tierra y maleza. El piso aparecía deteriorado por medio siglo de falta de mantenimiento y la humedad de miles de chubascos caídos sobre la tierra que la cubría, pero era reconocible. Avanzaron por la nave de la izquierda hasta llegar a un conjunto de lápidas que se concentraban en la cabecera.

—Es aquí —dijo el primero. Se detuvo frente a una de ellas y, tras comprobar el texto de su superficie, se descolgó la mochila que portaba a la espalda.

El segundo se arrodilló y comenzó a extraer dos paquetes de una sustancia gomosa, de color



gris, envasada al vacío en plástico transparente.

–Con cuidado –advirtió el de la mochila.

–Sin el fulminante esto es plastilina –respondió el otro, que cortó el plástico, extrajo su contenido y lo colocó en el suelo.

–Lo que quieras, pero con cuidado.

Un ruido, como si algo se cayera, se escuchó fuera de la iglesia.

–Me temo que nuestro amigo se ha despertado –dijo el segundo.

–Yo me ocupo –decidió el primero, que dejó a su compañero trabajando y se dirigió al lugar donde habían dejado al vigilante.

Al llegar comprobó que el hombre forcejeaba con sus ligaduras. Sin mediar palabra, le golpeó en la cabeza con la cachiporra y envió a Moreno a soñar de nuevo. Tras comprobar que no se movía, volvió sobre sus pasos al interior de la iglesia. Se extrañó de no ver a su cómplice trasteando con el explosivo. Estaba inmóvil. Al acercarse comprobó que estaba tumbado sobre la lápida, exánime. Se agachó y le dio la vuelta.

–¿Qué te pasa? –preguntó.

El hombre volvió en sí, lentamente.

–Aquí no –dijo, con voz pastosa.

–¿Aquí no qué?

El segundo trató de incorporarse.

–No podemos hacerlo aquí.

–¿Estás loco? Tenemos un trabajo que hacer.

–El caballero. No quiere que lo hagamos.

–¿Qué caballero? Estás desvariando. Aparta, déjame a mí.

El primero tomó los paquetes y sacó de la mochila dos detonadores. Miró un momento a su compañero y comprobó que seguía somnoliento, como al despertar con una tremenda resaca. Introdujo los mecanismos en la sustancia plástica y colocó los dos explosivos en dos esquinas de la lápida, en diagonal.

–Ya está. Vámonos de aquí.

El segundo recogió la mochila y agarró a su compañero del brazo para sacarlo de la iglesia. Seguía estando atontado y tuvo que empujarlo hacia la salida. Lo dejó apoyado en la enorme araucaria que a algún lumbrera se le ocurrió plantar en plena puerta de la iglesia después del incendio y se volvió. Buscó en el fondo de la mochila los activadores de detonación a distancia y los sacó. Tardó unos segundos en encenderlos y ajustarlos en la banda correcta. Se volvió a su compañero.

–Salgamos de la plaza. Detonaremos los explosivos desde la calle.

–No podemos hacerlo –repitió el primero al tiempo que era empujado hacia la salida de la calle San Agustín.

Una vez fuera del recinto, siguieron la verja por la calle Rodríguez Moure y se detuvieron a la altura del edificio del Instituto. El segundo levantó las tapas que protegían los botones de los detonadores y los pulsó con los pulgares.

Nada ocurrió.

Volvió a pulsarlos. Y una tercera vez. Las explosiones que esperaba no se produjeron.

–¡Qué raro! –se dijo, y se volvió a su compañero–. Quédate aquí. Voy a ver qué ha pasado.

El segundo volvió a rehacer el camino con rapidez. Abrió de nuevo la puerta metálica y se acercó al hueco del portón de la iglesia. En ese momento se produjo un estallido dentro del templo. La onda expansiva lo tiró de espaldas y acabó en unos de los parterres que adornaban la

plazoleta. Se tocó los brazos y las piernas. Estaba entero, algo confuso por la detonación, pero podía moverse. Antes de que la nube de polvo que provenía de la iglesia lo alcanzase, salió otra vez del recinto y apretó el paso hasta comenzar a correr.

–Podemos irnos –dijo al llegar a su compañero–. Esto ya está listo.

El primero se dejó empujar por la calle mientras farfullaba algo incoherente para el otro.

–De nada vale atacar al caballero. Sabe defenderse.

–Cállate y larguémonos.

–Marta, despierta. Ha ocurrido algo en la iglesia.

La arqueóloga tardó unos segundos en digerir la noticia.

–¿Algo? –preguntó mientras se incorporaba en la cama. Miró el reloj de la mesilla de noche. Las cinco de la mañana. ¿Era muy tarde o muy temprano?

–Una explosión –Galán se encontraba de pie en la entrada del dormitorio que compartían, y señaló a su móvil–. Me lo acaban de comunicar desde la comisaría. ¿Vienes?

Marta se levantó como un rayo.

–Voy.

La pareja se vistió en cinco minutos y en otros diez el vehículo de Galán aparcó en la calle Rodríguez Moure en dirección prohibida, tras dos vehículos policiales, uno de la Policía Local y otro de la Nacional, que habían llegado antes. Los ocupantes descendieron y no tardaron en acceder al recinto vallado de la plazoleta del Instituto. Un camión cisterna de los bomberos aparecía detenido en la calle San Agustín, al lado de la iglesia. A su alrededor había una decena de curiosos, contenidos por una cinta de colores de la Policía Local. Galán y Marta pasaron por debajo de ella y se dirigieron al municipal que se encontraba en la puerta de hierro.

–Buenos días, Romero –en La Laguna todos los policías se conocían– ¿Qué ha pasado?

–Buenos días, inspector. Un vecino ha alertado de una explosión en el interior de la iglesia. Vieron a un par de tipos salir corriendo.

–¿Es gordo el asunto?

–Es menos de lo que parecía en un principio. Solo el vigilante nocturno, con un golpe en la cabeza. Se lo han llevado al hospital.

–Bien. ¿Hay alguien de la Nacional dentro?

–Un par de agentes. Pase, si quiere echar un vistazo.

Galán y Marta cruzaron la plaza y entraron en la iglesia a través del hueco de la puerta principal. A primera vista, no apreciaron ningún destrozo sobre el del incendio de hacía cincuenta años. Al fondo, a la izquierda, se encontraban dos policías nacionales y dos locales. Se dirigieron allí.

–Buenos días, inspector –dijo uno de los primeros, informando acto seguido–. A falta de que los de la Científica digan otra cosa, lo que parece es que ha explotado una carga de plástico de poco volumen sobre el pavimento de la iglesia.

Galán echó un vistazo a su alrededor. Marta se dirigió al lugar donde se encontraban las tumbas familiares, unos metros más allá.

–No parece que haya daños –opinó el inspector.

–Lo curioso del caso es que tenían preparadas dos cargas para explosionarlas sobre una de las lápidas. –Señaló con el dedo el lugar donde se encontraba Marta–. Aquella de allí.

Galán y los policías se desplazaron hacia las losas sepulcrales. Marta se volvió a los policías.

–Las tumbas no se han deteriorado. Menos mal –anunció.

Los agentes llegaron a su altura y comprobaron que en las esquinas de una de las losas se hallaban encajadas unas masas plásticas de color parduzco. Galán se arrodilló y las examinó de cerca. En un momento dado, tiró del detonador que sobresalía de una de ellas y lo sacó de su encaje en el material plástico. Lo examinó a la luz de una de las linternas.

–Una carga montada, con su detonador inserto, preparada para explotar. En la otra esquina está el explosivo plástico, al que le falta un pedazo y el detonador que le acompañaba.

Galán trató de hacerse una composición de lugar. Aquello era extraño. Marta aventuró una

hipótesis.

–Es como si alguien hubiera arrancado el detonador y un trozo de explosivo para que explotase unos metros más allá.

–Y el otro explosivo no estalló. Tiene toda la pinta de que falló la transmisión de radio dirigida al detonador que no explotó. El otro sí que lo hizo, pero con una carga mínima.

–Lo suficiente para despertar a media ciudad –dijo uno de los policías municipales.

–Pero nada más, por fortuna –replicó Galán–. ¿Qué hay de los autores?

–Un par de vecinos vieron huir a dos hombres en dirección al Camino Largo. Llevaban pasamontañas en la cabeza. No hay más.

Galán se levantó y apartó la mirada de los explosivos.

–Creo que algo salió les mal. El objetivo era esta tumba, si no me equivoco. ¿Qué opinas, Marta?

La arqueóloga asintió.

–Sin duda, Antonio. Es la de la familia Salazar de Castro. Si los explosivos hubieran estallado, habrían destrozado el sepulcro por completo, sin duda.

–Era una de las tumbas que no se podían tocar, ¿no?

–En efecto. Y eso es lo más extraño. ¿Por qué querían destruirla? Si no se iba a excavar. Me parece algo desconcertante, pero al mismo tiempo, más interesante.

Galán no quiso seguir la conversación. Había demasiados oídos cerca.

–¿Necesitas ver algo más, o nos vamos?

–Podemos irnos.

Galán se dirigió al resto de policías.

–Esperen a que llegue la Policía Científica y haga su trabajo, por favor.

Los agentes asintieron y Galán y Marta salieron de la iglesia.

–¿Por qué dices que te parece interesante? –preguntó el inspector.

–Si alguien quería destruir la tumba, es que oculta algo.

–Pero no vas a poder hacer nada, ¿no?

Marta miró con sonrisa maliciosa a Galán.

–No hay que tocar la tumba, pero hay muchas formas de investigar el subsuelo.

–Me imagino que sabes lo que haces, Marta. Procura no meterte en problemas.

–No te preocupes. Lo que me intriga es un detalle al que no parece nadie darle demasiada importancia.

–¿El de los autores?

–No. El explosivo que estalló. Alguien en el último momento lo quitó de la lápida y lo dejó en medio de la nave, donde no hizo daño. Tuvo que ser alguien muy valiente, o temerario.

–Pues no debía de tener en mucho valor su vida. ¿Quién podría ser?

–Yo tengo un candidato. Pero no te lo voy a decir. No me creerías.

–Hauser, acabo de ver a una persona descolgándose de una azotea por las verjas de la fachada.  
 –El policía alemán hablaba por teléfono lo más bajo que sus cuerdas vocales de barítono le permitían. Todavía era noche cerrada y las luces del alba tardarían en llegar una hora.

–¿Ha sido en la casa de Petrescu? –preguntó el alemán.

–No, unas cinco casas más allá, subiendo la calle. ¿Qué crees que debemos hacer? ¿Lo sigo?  
 Hauser tardó unos instantes en responder. Estaba sopesando las variantes.

–No podemos dejar la casa de Petrescu sin vigilancia. Mierda, teníamos que estar los dos ahí.

–¿Entonces?

–Quédate donde estás. Yo voy para allá.

La conversación terminó y Leclercq se mantuvo en su puesto de vigilancia, dentro del coche alquilado que habían aparcado al comienzo de la calle. Le llamaba mucho la atención el hecho de que no hubiera detectado el más mínimo movimiento dentro de la casa desde las nueve de la noche, momento en que se apagó la última luz. A través de las ventanas podía seguir el movimiento de luces en el domicilio de Petrescu. Nada se había movido en toda la noche. La única explicación era que Petrescu estuviera agotado y necesitara dormir de un tirón un buen número de horas. Estaba sorprendido de que una persona de más de cincuenta años no hubiera hecho ni una sola visita nocturna al baño.

A las cinco y media un vecino salió de una de las casas de la calle. Llevaba un uniforme de trabajo. Tenía el coche aparcado casi en su puerta. Se montó en él, arrancó y se perdió calle abajo. Leclercq estuvo tentado de cambiar de estacionamiento, en el hueco que estaba ahora vacío se encontraría más cerca de la casa de Petrescu. Pero llamaría más la atención. Se dijo que, si pasaba alguien, pensaría que no era normal que un individuo estuviera quieto dentro de un vehículo a esas horas. Mejor se quedaba donde estaba, un lugar más oscuro debido a una farola que no funcionaba.

Leclercq se sobresaltó cuando Hauser llegó y tocó con los nudillos el cristal de la ventanilla. Le abrió la puerta. El alemán ocupó el asiento de copiloto.

–¿Algo nuevo?

–Nada –respondió el francés–. Ni un solo movimiento dentro.

–No me gusta lo que me dijiste. No creo que sea normal que la gente vaya descolgándose de las ventanas de madrugada.

–En Francia ocurren esas cosas cuando el marido llega a casa y sorprende a su mujer entreteniéndose con otro.

–Eso será en Francia. En España seguro que habría alboroto, y no has escuchado nada, ¿verdad?

–*Rien de rien*. Nada de nada.

–Date una vuelta por la manzana. Así estiras las piernas.

–No es mala idea.

Leclercq se bajó del automóvil y Hauser ocupó su lugar al volante. El francés caminó calle abajo a un ritmo lento, pero decidido. Al pasar por delante de la fachada de la casa de Petrescu examinó con detenimiento todos los detalles que le ofrecía. Continuó hasta la esquina, giró por ella y dio la vuelta a la manzana. Regresó al coche y entró en él.

–¿Algo que reseñar? –preguntó Hauser.

–Tiene la ventana del baño abierta.

–¿Eso es algo de reseñar?

–¿Has visto el frío que hace aquí de noche? ¿Quién mantiene la ventana del baño abierta por la noche? Si te levantas de la cama y entras en un baño así, puedes pillar una pulmonía.

Hauser reflexionó sobre la observación. En Alemania cerraban las ventanas del baño. Si acaso, las entreabrían en los días más cálidos del verano, y pensándose mucho. En Tenerife no estaban en verano, ni tampoco en invierno. Allí nunca era invierno. Pero en aquel lugar la noche era fresca, sin duda.

–Voy a echar un vistazo –anunció–. De joven, fui gimnasta en la escuela.

El francés miró con complicidad a su compañero.

–La casa de las rejas es la quinta de la calle. Si te das prisa, nadie se enterará.

Hauser descendió del automóvil y caminó hacia la casa señalada. Agarró la reja para comprobar su resistencia y con destreza gimnástica, se encaramó a la ventana. En tres segundos, de una reja saltó a la del piso superior, y de allí a la azotea. Leclercq estaba asombrado de la insospechada habilidad del alemán. Él no podría hacer eso ni en sueños. El francés perdió de vista al otro agente de modo inmediato.

Pasaron diez minutos en completo silencio. Leclercq tenía un ojo en la casa de Petrescu y otro en el móvil. El segundo comenzó a vibrar. El francés contestó.

–¿Sí?

–Ven a la casa, te abro.

El agente bajó del coche, lo cerró y se encaminó al domicilio de Petrescu. La puerta se abrió desde dentro lo suficiente para que se colara dentro. La oscuridad y Hauser lo recibieron al otro lado. El alemán se llevó el índice a los labios.

–La puerta de acceso a la azotea estaba abierta. Lo que hay que ver está arriba, en el baño –musitó–. Sígueme.

Leclercq siguió a Hauser por la parte baja de la vivienda, tratando de no hacer ruido. Subieron las escaleras hasta el primer piso. El alemán indicó una puerta a su derecha. Leclercq dedujo que era el cuarto de baño.

–Mira en la bañera –le invitó Hauser.

El francés entró en el baño y se acercó, corrió la cortina y descubrió, en el fondo, un cuerpo vestido de negro, exánime y con la piel blanca. Un corte en el cuello anunciaba que era cadáver.

–¿Y este quién es? –preguntó Leclercq, confundido.

–No lo sé, pero no es Petrescu.

–La verdad es que no me acuerdo casi nada de ese señor Campari –dijo Enriqueta–. Solo lo vi una vez, y de lejos. Tuvo trato con Eduardo, el difunto esposo de Adela, que en gloria esté. Quiso comprarles un cuadro, pero ya no lo tenían o algo así.

Ariosto asintió, su tía corroboraba la historia que le había contado Adela. Dejó la taza de té sobre la mesita de centro del salón de la casa lagunera y se echó atrás en el sofá que ocupaba. La torre de La Concepción, alta y arrogante, parecía vigilarlos a través de los visillos.

–La pintura, un óleo de Manuel Martín González, acabó en mi casa –dijo Ariosto–. Se la regaló el tío Eduardo a mi madre.

Enriqueta tomó un sorbo del extraño brebaje que ella se preparaba y suspiró.

–Eduardo tenía esos prontos. Era muy desprendido. Si le apetecía, te regalaba cualquier cosa. Y que no se te ocurriera tratar de rechazarla.

–Estoy tratando de seguirle la pista a la historia de ese cuadro. Sabrás que han entrado en la casa de Adela, ¿no? Forzaron la cerradura.

Enriqueta se llevó la mano a la boca, reprimiendo un grito de asombro.

–¿Qué me dices! ¿Y estaba ella dentro? ¿Le pasó algo?

–Tranquila. No estaba en casa y no se llevaron nada.

–Menos mal –volvió a suspirar, esta vez de alivio–. ¿Y por qué entraron entonces?

–El inspector Galán cree que buscaban el cuadro del que estamos hablando, el que está en mi casa.

–¿Galán? ¿Ese joven tan atractivo? Hace tiempo que no lo veo. A ver si un día te lo traes por aquí. –Hizo una pausa de sorbo de infusión–. ¿Y por qué cree eso?

–Ha habido otro robo en La Laguna con las mismas características. En esa ocasión sí se llevaron un cuadro de Martín González. Y se saldó con un asesinato.

La mujer volvió a rehacer el mismo gesto de mano sobre boca abierta.

–¡Válgame Cristo! ¡Cómo está de revuelto todo! –Su expresión cambió a la de alarma–. Tal vez Adela esté en peligro. Y tú también, Luisito.

–La policía dice que todo está controlado. De cualquier modo, mi pintura está ahora a buen recaudo en la comisaría de policía. La van a analizar allí.

–¿Analizar? ¿Con rayos X o algo así?

–No lo sé con certeza. Solo me prometieron que no sufriría ningún daño.

–Eso espero. ¿Y en qué puedo ayudarte yo? Ya te he dicho que apenas conocí al tal Campari.

–Volvamos a la pintura. Por lo que sé, el tío Eduardo se la compró a un especialista en enmarcado de cuadros, el señor Saqueti. Tengo entendido que tuviste alguna relación con alguien de su familia.

Enriqueta frunció los labios en un gesto de leve disgusto.

–Veo que Adela se ha ido de la lengua, la muy cotilla.

–Solo me comentó que conociste al yerno de Saqueti en tu juventud.

–Seguro que algo más te dijo. No sería ella si no lo hizo –dudó un instante antes de proseguir–. Dámaso Barreto. Es la segunda vez que doy ese nombre en dos días. Esa chica tan mona, Sandra, la periodista, estuvo ayer aquí y hablamos de él.

–No sabía que Sandra estuviera interesada. ¿Te dijo por qué?

–Por lo visto, está investigando ausencias extrañas en tiempos pasados. Según me explicó, el señor Saqueti desapareció de un día para otro hace cincuenta años.

–Ese dato no lo conocía –confesó Ariosto, intrigado–. Hablaré con ella en cuanto pueda. En lo

referente a Saqueti, sabemos que el cuadro estuvo en su estudio unos días. El marco lo fabricó él. Esa persona que conocías, el tal Barreto, ¿tenía relación profesional con el enmarcador?

–Claro que sí. Era su aprendiz antes de casarse con su hija. Y se hizo cargo del negocio cuando murió.

–Entonces tal vez se acuerde de mi cuadro.

–Ha pasado mucho tiempo, Luisito. No estés seguro de nada.

–Me imagino que el dueño del establecimiento llevaría algún registro de su trabajo. Algún papel que pueda arrojar algo de luz sobre este misterio de los cuadros de Martín González.

–Eso sí que lo sé. Por si no estás al tanto, Saqueti también tenía una afición especial, que luego trasladó a su futuro yerno.

–¿Cuál era?

–Reparaba relojes antiguos. Le encantaba a ambos escudriñar en los engranajes de auténticas piezas de museo. Cuanto más antiguos, mejor. Tenía una colección fabulosa de relojes del siglo XIX y sé de buena tinta que toda la serie y sus papeles acabaron donados al museo del Instituto, el que luego llamaron Cabrera Pinto.

–¿El que está al lado de la iglesia de San Agustín?

–El mismo. Hubo un tiempo en que fue el único instituto de toda Canarias. Quien pretendiera conseguir el título de bachiller tenía que pasar por La Laguna a la fuerza. Ocupó el espacio del antiguo convento agustino y luego lo ampliaron levantando varios edificios a su alrededor.

–Conozco el Instituto, aunque nunca he visto el museo. ¿Está abierto al público?

–Solo cuando los políticos destinan dinero para ello. Es un lugar fascinante. Tiene tres áreas: una de taxidermia, llena de animales disecados; otra de huesos guanches, con decenas de calaveras y media momia en exposición; y otra de instrumentos científicos antiguos, a cual más raro. Todo muy del siglo XIX.

–¡Un gabinete de curiosidades! ¡Qué interesante! Me encantaría visitarlo.

Enriqueta dejó la taza en la mesa y escanció algo más de bebida de la tetera. Pareció dudar unos segundos.

–Podría hablar con un antiguo amigo mío. Domingo Felipe Luis.

–¿Tiene tres nombres?

–Es nombre y dos apellidos. Ya no le hace tanta gracia que hagan chistes con ellos. Lo que te decía, Domingo forma parte de la Asociación de Amigos del Patrimonio Histórico y Museístico del Instituto Canarias Cabrera Pinto, un nombre muy largo, como ves. Se trata de un grupo de idealistas que se dedican a conservar y restaurar los artilugios que tienen expuestos. Un trabajo de chinos.

–¿Podrías presentármelo?

–Te voy a dar su número de teléfono.

Enriqueta se levantó y cogió una agenda telefónica de la mesita redonda donde se encontraba el teléfono, reposando sobre un mantelito calado de La Orotava.

–Una pregunta más, la última. ¿Y cómo sabes que Saqueti donó sus papeles al Instituto?

–Me lo dijo Domingo. Lo conocí por aquella época. Por culpa de él dejé de salir con Dámaso Barreto, el aprendiz de enmarcaciones. Y este, del disgusto, se hizo novio de la hija de Saqueti, que era un tanto feúcha. Pero esa es otra historia. Te la contaré si me prometes no irle con el cuento a la chismosa de Adela.

Ariosto se compuso muy serio.

–Lo juro.





–¿Qué te parece? ¡Una explosión en pleno centro! ¡La Laguna se está convirtiendo en una ciudad peligrosa!

La afirmación del director Núñez era más que exagerada, pero no cabía duda de que en los últimos años se habían desarrollado distintos escenarios criminales en la ciudad. Sandra se preguntaba si no habría detrás de ellos alguna mente perversa diseñándolo todo escondida en el caos del universo.

Núñez la sacó de sus pensamientos con la siguiente pregunta.

–¿A quién perjudica la explosión? ¿Y a quién beneficia?

La sonrisa malévolamente evidenciaba que poseía la respuesta a ambas cuestiones.

–Usted dirá –dijo Sandra.

–Perjudica a los trabajos arqueológicos. Tu amiga Marta Herrero no estará muy contenta. Convendría conocer su punto de vista. Y beneficia a la asociación de respeto a las tumbas, o como se llame. Los folloneros anti–todo lo que suponga meter una piqueta en San Agustín. De esto no solo conviene conocer su postura. Es imprescindible.

Sandra adivinó la siguiente frase que iba a proferir su jefe.

–Así que, ya estás subiendo a La Laguna a investigar lo ocurrido. Y, si de paso, le sacas algo a la policía, mejor.

–Lo que usted diga. Aunque lo de la poli lo veo peor. Ahora, cada vez que aparezco, se ponen a la defensiva. Dicen que a mi alrededor surgen los problemas. No sé si acabaré creyéndolo.

–A tu alrededor surge la noticia, Sandra. Piensa en ello, pero mientras subas, no antes. ¡Vamos!

Sandra recogió su bolso y salió de la redacción. Recordó que llevaba en el coche una chaqueta, previsión anti–frío lagunero, con lo que no tendría que pasar por casa. Sacó su Mazda 2 del aparcamiento del periódico y salió de Santa Cruz por las Ramblas, tras haberse detenido en no menos de cinco semáforos totalmente descoordinados, como siempre.

La subida por el segundo carril de la autovía no tuvo mayor historia. Se desvió por la entrada de la Vía de Ronda y, como el aparcamiento anexo a los juzgados estaba lleno a aquella hora, probó suerte en el de la calle Rodríguez Moure. La fortuna le sonrió: salía en ese momento un automóvil que dejaba libre el único espacio libre del parking. Lo ocupó agradeciendo a todos los santos del cielo su ayuda y se encaminó a la calle San Agustín, a dos pasos de allí.

Cuando la periodista llegó a la iglesia solo quedaba un coche patrulla de la Policía Local y una decena de curiosos que trataban de atisbar desde la calle lo que ocurría dentro. Los trabajos estaban paralizados y no se veía ni a los arqueólogos ni a los peones que les ayudaban por ninguna parte. Sandra se acercó al agente que custodiaba la puerta.

–Buenos días. ¿Se sabe algo de la explosión? –No apostaba nada por recibir información interesante del policía.

–Hasta que no lo diga el comisario, no se comenta ni se toca nada.

Sandra no se rindió.

–Me imagino que la Policía Nacional ha estado por aquí. Eso sí puede decírmelo.

El Policía Local comprendió que tenía una periodista delante y se puso firme, como en guardia.

–Ha estado aquí y se han marchado hace unos veinte minutos. Las investigaciones sobre el terreno ya están hechas. Todos hemos sido muy diligentes y profesionales.

–¿Qué bien! Entonces, no hay daños personales, ¿no?

El agente se sintió algo incómodo.

–Hasta que no lo diga el comisario, no se comenta ni se toca nada –repitió, y añadió en voz

baja-. Pero no, aparte de un golpe en la cabeza del vigilante nocturno, no ha habido daños personales, y apenas materiales.

-Me imagino que no se sabe nada de los autores.

El policía la miró y le sonrió.

-No me haga repetirlo, señorita.

Sandra decidió que ya no había nada más que rascar y se despidió del policía. Pasaría más tarde, a ver si una nueva orden del comisario arrojaba algún dato nuevo. Sacó su móvil y tecleó en el buscador el nombre de la asociación que se oponía a la intervención en la iglesia: *Pax Mortuis*. La respuesta informática le indicó que tenía su sede cerca de allí, en la calle Herradores, al lado de una notaría. Estuvo tentada de pulsar la llamada telefónica que le ofrecía el móvil, pero decidió acercarse a pie, era un paseo breve.

Se introdujo por Núñez de la Peña, saludó a doña Manuela, la mercera con la que había entablado una amistad cómplice años atrás y, tras dejar atrás un par de manzanas, llegó a la calle que buscaba. Giró a su derecha y localizó un par de edificios, más altos, más modernos y más feos, que rompían la uniformidad de las casas antiguas de la calle. En uno de ellos, el de la izquierda, tenía su sede la asociación. Examinó el portero eléctrico y encontró el botón que buscaba. Lo pulsó y la puerta se abrió de modo inmediato, sin que nadie contestara. Como solo había que subir al primer piso, Sandra lo hizo por la escalera. Llegó a un rellano, pero no tuvo que decidir qué puerta tocar, se abrió la de la derecha. Una mujer se asomó al descansillo.

-La estábamos esperando -dijo, sin más ceremonia.

Sandra se asombró de que supieran que iba a acudir a aquel lugar en ese mismo momento, pero prefirió no exteriorizarlo.

-Cada vez es más difícil aparcar en esta ciudad sin tener que acabar en uno de los aparcamientos súper caros. Los menos caros están llenos desde las ocho de la mañana -comentó, tratando de buscar receptividad. La frase contenía un hecho notorio y reconocido por toda la población.

-Es cierto -respondió la mujer, echándose a un lado para dejarla entrar-. Está imposible, y los políticos mirándose el ombligo.

Sandra entró en una oficina decorada con estilo espartano. Paredes sin cuadros y ventanas sin cortinas contemplaban una mesa de reuniones que presidía lo que en otro tiempo sería el salón de la vivienda. Los despachos se vislumbraban en un par de habitaciones más pequeñas.

-Soy Sandra Clavijo, del *Heraldo de Tenerife* -dijo sonriendo y ofreciendo una mano.

-¡Ah! Esperábamos a otro periódico -se la estrechó-. Pero, ya que está aquí, estaré encantada de atenderla. Soy Herminia, la presidenta de la asociación.

Sandra respiró de alivio, por un momento creyó que iba a encontrar hostilidad. Nunca se sabía. Las dos mujeres se sentaron en las sillas de la mesa.

-Me imagino que está al tanto de la explosión que ha sacudido la ciudad esta madrugada - Sandra introdujo el tema sin rodeos.

-¿Y quién no? Todos nos hemos despertado con el ruido. Ha sido un buen susto. Menos mal que nadie ha resultado herido.

Sandra sacó una libreta para tomar notas. No siempre recogía todo al pie de la letra, pero unos garabatos la hacían más profesional a los ojos del entrevistado.

-Se dice que la explosión ha podido ser un atentado contra los trabajos arqueológicos. ¿Qué opina al respecto?

La mujer adoptó un aire de indignación.

-Nuestra asociación está en contra de cualquier acto violento. Otra cosa es que estemos de

acuerdo en que se realicen esos innecesarios trabajos arqueológicos.

–¿No cree que la excavación puede darnos más conocimientos de nuestro pasado? –Sandra sabía que estaba metiendo el dedo en la llaga.

–Lo único que hace es perturbar el descanso de nuestros antecesores. ¿Qué importancia puede tener cómo se enterraba a nuestros abuelos? Lo que se sabe ya es suficiente. Levantar toda una iglesia me parece un disparate. ¿Le gustaría que abrieran la tumba de sus padres para fisgar en ellas?

Sandra no se esperaba la pregunta.

–Tengo entendido que las tumbas tienen una antigüedad de más de doscientos años. No se trata precisamente de los padres ni de los abuelos de cualquiera de nosotros.

–Para los miembros de nuestra asociación sí que lo son. Por eso nos oponemos. A los difuntos hay que dejarlos tranquilos. Si no es así, comenzarán los problemas.

–¿A qué problemas se refiere? Creo que su asociación ha llegado a un acuerdo con el alcalde para que no se toquen determinados enterramientos.

–Si se remueve el subsuelo de la iglesia, aunque sea un palmo, tenga por seguro que tendrá consecuencias. Y estas serán imprevisibles.

Sandra estaba desconcertada. No sabía por dónde iba aquella mujer.

–¿Consecuencias imprevisibles?

–Se despertará algo incontrolable. Lo sé de buena tinta. Como lo hagamos, va a ser difícil que vuelva al lugar de donde procede.

–¿Despertar a quién?

–Pregunte a la arqueóloga que dirige la excavación. Estoy seguro de que ella sabe de qué estoy hablando.

Sandra no sabía si la tal Herminia le estaba tomando el pelo. No le gustaba demasiado el cariz que estaba tomando la conversación.

–¿Podría concretarme algo esa afirmación?

–Pregúntele por el caballero Salazar –concluyó la mujer.

Olegario, tras dejar a Ariosto cerca de la casa de Enriqueta, fue a desayunar en una cafetería a las afueras de La Laguna, el Búnker, en la antigua carretera hacia el norte de la isla. La cafetería se situaba en un lugar estratégico en uno de los accesos a la autovía, ya fuera yendo o viniendo, y era un lugar conocido de todos los que tenían que trabajar en automóvil por la zona. El chófer estacionó el Mercedes 300 del 60 de Ariosto en el aparcamiento privado que existía delante del establecimiento. Tenía la opción de dejarlo en un aparcamiento cubierto que, curiosamente, estaba construido encima de la cafetería, y al que se accedía por una rampa, pero decidió presumir un poco de coche y dejarlo a la vista de todos. Sabía que había mucho enamorado de los coches antiguos pululando por allí, y era una buena manera de entablar conversación en caso necesario.

El chófer entró en el establecimiento y revisó el rostro de los camareros, buscando uno concreto. Lo encontró en dos segundos. Se sentó en un taburete de la barra y esperó a que hubiera contacto visual entre ambos para hacerle una seña. El camarero se acercó rápidamente.

–¡Don Olegario! ¡Qué bueno verle por aquí!

–Buenos días, Tinito. Ponme un cortado leche y leche.

–¿Algo de comer?

–Nada, gracias.

El camarero fue y volvió en tiempo récord con una taza que expelía sinuosos vapores indicadores de que el consumidor corría un riesgo cierto de quemarse la lengua.

–¿Cómo está mi tía?

Tinito, Agustín Díaz, era sobrino de Emelina, la pareja de Olegario, una mujer de armas tomar que alternaba el trabajo profesional de peluquería con la afición por el esoterismo.

–Diciendo que no vas a verla. Que eres un desagradecido que solo aparece para pedir dinero.

Tinito abrió los ojos en un ademán de sorpresa y de reconocimiento tácito de un hecho cierto.

–El trabajo no me deja tiempo para nada.

–Déjate de cuentos, que subes cada dos por tres fotos tuyas en la playa en el Instagram. Todos tus contactos las ven.

–El trabajo y la playa no me dejan tiempo para nada.

–Seguro que sí. Oye, Tinito, tú que estás metido en todo eso del rollo informático, ¿sabrías cómo localizar la compañía a la que pertenece un móvil? Porque identificar al propietario no es fácil, ¿no?

Tinito se relajó con el cambio de tema. Trataría de ser útil al chófer.

–Ya se acabaron las guías telefónicas, por desgracia para muchos. Ahora, si no tienes el móvil de una persona, no lo pillas, salvo que esté en alguna red social, pero no todo el mundo está.

–Hasta ahí llego, Tinito. Cuéntame algo nuevo.

–Ahora tocan las buenas noticias. Se puede saber a qué compañía telefónica está adscrito un número de móvil.

Olegario sonrió, la visita al Búnker iba camino de valer la pena.

–¿Tienes que hablar con un pirata informático o algo así? ¿Me va a salir una pasta?

Tinito se rio. Le gustaba estar por delante de Olegario en las conversaciones de informática.

–Nada de eso. Hay una página web que te lo dice. Es la de... –el joven sacó su móvil y tecleó en los botones antes de continuar– la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia.

–No me tomes el pelo, que te quedas sin regalo de cumpleaños.

–¡No, no! Es la verdad. ¿Quiere que probemos? Deme un número.

Olegario sacó el papel que le había entregado la Casi la noche anterior y le leyó el número.

Tinito lo escribió en su móvil y en un segundo llegó la respuesta.

–Es de Movistar.

–¿Seguro? –preguntó Olegario, algo amoscado de conocer el dato tan rápido.

–Segurísimo. Es un dato no protegido.

El chófer apuró el cortado, ya no estaba tan caliente.

–Vale. ¿Conoces a alguna chiquita, de esas amigas tuyas, que trabaje en Movistar?

Olegario sabía que Tinito había estado cinco años vendiendo móviles en distintas compañías, al cabo de los cuales descubrió que su vocación era la restauración, respaldada por un sueldo algo más alto.

–Conozco a dos: Idaira y Yasmina.

Olegario no se acostumbraba a los nombres raros de la juventud.

–¿Cuál es la más guapa?

–Idaira, por supuesto.

–Pues dime dónde puedo encontrar a la otra.

Tinito no se esperaba la salida de Olegario, pero no hizo comentario alguno. Sus razones tendría.

–En una tienda de Movistar en el centro comercial de Añaza.

–¿Cómo le gusta pasar el tiempo libre?

La pregunta tomó de nuevo a Tinito con la defensa baja.

–Déjame pensar. No me mires así, yo solo la conozco de salir a cenar y eso.

–Piensa menos en *eso* y contesta a la pregunta.

–Le gustan los collares de artesanía –Tinito se detuvo a recordar–. Eso creo.

–Cóbrame el café, que me voy a ver a tu amiga.

Olegario salió del ambiente caliente y con intenso olor a café y a pan tostado de la cafetería y notó el fresco típico de la zona de Guamasa en días nublados. Comprobó que el coche estaba intacto y lo sacó a la carretera y de allí a la autovía. Llegó al Centro Comercial de Añaza en menos de quince minutos. A media mañana el tráfico no era tan denso como al comienzo o al final de la jornada. Se sorprendió al encontrar el aparcamiento tan lleno y tuvo que aparcar en la planta –2, la más profunda. Subió por las escaleras mecánicas a la zona de tiendas. Hizo un alto en la planta baja en un local de abalorios diversos, y siguió hasta la primera. En la tienda de Movistar comprobó que existía una cola respetable para ser atendido, como siempre. Preguntó por Idaira y, una vez que la tenía localizada, tomó un número del dispensador y se dispuso a esperar.

Media hora después, y tras haber dejado correr dos turnos para que le atendiese Idaira y no otra persona, se sentó enfrente de ella.

–Buenos días, ¿qué se le ofrece? –La chica no era demasiado guapa, pero tenía una simpatía natural encantadora que hizo que la consideración que Olegario tenía de Tinito bajase un poco más.

–Te traigo esto de parte de Tinito –dijo, y le entregó el collar que había comprado minutos antes–. Dice que es para que le perdones.

La muchacha miró sucesivamente a Olegario y al regalo.

–No sé si esto es suficiente para que olvide lo que me ha hecho. ¿No podía venir él a dármele?

Olegario, una vez que comprobó que su farol había tenido éxito, adoptó un semblante grave. Seguiría con el cuento.

–No puede. Cuando he sabido lo tuyo, le he dado un par de buenas bofetadas. El médico le ha dicho que no salga de casa en un par de días.

La chica abrió los ojos de espanto y asombro.

–¿Le ha pegado?

–Soy su tío y se lo merecía –afirmó, tajante–. Y lo volveré a hacer si se da el caso.

–Bueno –la chica cogió el collar y lo examinó con mirada de aprobación–. Al menos ha tenido un detalle.

–Estoy seguro de que a partir de ahora se va a portar bien. Pero no te fíes de él ni un pelo.

–Gracias. Es muy amable. –Guardó el collar en su bolso–. Me cae usted bien, ¿podría ayudarme en algo?

–Pues ya que lo dices, necesito –bajó la voz en modo confidencia– saber a quién corresponde un número.

La joven se debatió entre diversas emociones. Respondió también en voz baja.

–Es que es un dato protegido –y bajó la mirada.

–Solo el nombre, nadie se enterará. Estamos en familia.

La chica suspiró y tomó el papel que Olegario le ofrecía. Tecléo en su terminal y esperó unos segundos.

–Está a nombre de un tal Constantin Gheorghiu. ¿Le suena?

Olegario no tuvo que mentir esta vez.

–Para nada. ¿Me podrías dar la dirección? Es lo último que te pido. Te lo prometo –y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

–Bueno, ya se lo pueden llevar –ordenó el juez.

Galán hizo un gesto a sus subordinados para que dejaran entrar a los empleados de la funeraria en el cuarto de baño de la casa de Petrescu.

–Ya han oído a Su Señoría –dijo.

El juez estrechó las manos de Galán, de Leclercq y de Hauser.

–Yo ya me voy –anunció–. Avísenme cuando identifiquen el cadáver. Las cosas han cambiado de modo radical. De igual manera que ayer decidí poner en libertad a Petrescu, ahora dictaré una orden de busca y captura contra él. En este momento sí tenemos entre manos algo sustancial y reciente. Nada menos que un asesinato.

El semblante de los policías europeos no era amable. Por la decisión judicial se les había escapado el rumano y ahora tenían que empezar de nuevo.

–Desde que sepa algo le informaré –contestó Galán.

El juez salió de la casa y el inspector comprobó cómo Hauser y Leclercq se mordían la lengua en lo que respectaba a su opinión sobre el magistrado.

–¿Qué opinan? –les preguntó el inspector español.

Hauser respondió primero.

–El muerto no tenía ninguna identificación encima. Las ropas que llevaba estaban pensadas para camuflarse en la oscuridad de la noche. Sus rasgos parecen mucho más nórdicos que latinos. Creo que nos encontramos ante un profesional.

Leclercq asintió, dando la razón a su compañero.

–¿Profesional de qué? –volvió a preguntar Galán.

–Es un rescatador –contestó al francés–. Un mercenario que recupera objetos robados con métodos poco ortodoxos. O sea, por la fuerza. Pero algo le salió mal, y de cazador se convirtió en presa.

–Eso significaría que alguien cree que Petrescu sigue teniendo en su poder algo robado –indicó el policía canario.

–Por ahí van nuestras sospechas –intervino Hauser–. Apuesto a que quien ha enviado al rescatador ha sido la víctima de algún tipo de engaño. Tal vez una estafa.

–Pero eso tuvo que ser hace mucho tiempo –observó el español–. Hace más de cincuenta años.

–Sí, hay gente que no olvida –sentenció el alemán.

–Igual que nosotros –apostilló el francés.

Galán se abstuvo de comentar la última afirmación. La perseverancia era una virtud pero, ¿hasta qué punto aquello no era otra cosa que obcecación?

–Hemos llegado a un punto en que nuestra relación profesional debe ser revisada. –El inspector creó expectación en sus colegas con esa frase–. ¿Qué están buscando? ¿Qué se supone que tiene Petrescu en su poder?

Los policías de la Interpol se miraron.

–Es información reservada –contestó Hauser.

–Pues el ámbito de la reserva tiene que ampliarse a mi persona si quieren que la policía española colabore con ustedes –replicó Galán, algo irritado.

–Tendremos que pedir autorización a Ginebra –terció Leclercq.

El móvil de Galán sonó en ese momento. El inspector lo sacó de su bolsillo y comprobó que era una línea de la comisaría. Dio un paso a un lado y habló con el agente que llamaba. Ante la mirada huidiza de sus colegas europeos, asintió un par de veces antes de colgar.



–Ya hemos identificado las huellas del cadáver –les anunció.

–¿Quién es? –preguntó el francés.

Galán sonrió con malicia.

–Lo siento. Es información reservada.

Hauser comenzó a ponerse colorado y se acercó.

–No puede hacer eso –protestó cerca de su rostro–. Estamos en misión oficial de la Interpol.

Galán volvió a sonreír.

–Claro que puedo. Y ustedes pueden elevar una queja a Ginebra. Seguro que la reclamación llegará a Tenerife en un par de días. Y Petrescu estará lejos de aquí, donde quiera estar. El mundo todavía es grande.

Leclercq apartó con delicadeza a su colega y se interpuso entre ambos.

–De acuerdo. Se lo contaremos –dijo–. Pero necesitamos su total discreción.

Galán se cruzó de brazos y asintió.

–Trato hecho. ¿Les suena el nombre de Wilhelm Mainz?

Los policías de la Interpol se miraron de inmediato con expresión de reconocimiento.

–Es un rescatador –dijo Leclercq, Hauser todavía estaba demasiado encendido–. En estos últimos años trabajó para un personaje muy influyente en Alemania, Alexander von Strondheim. Nuestras sospechas se confirman. Tras la presencia de Mainz en Tenerife se esconde la mano de Strondheim.

–Y eso es muy malo –añadió Hauser.

Galán lo miró fijamente, esperando a que continuara.

–Si ha fallado el rescatador –prosiguió el alemán–, lo siguiente será que envíe a un exterminador. Es lo que suele hacer.

–¿Un exterminador?

–Un asesino profesional. De los mejores que pueda haber en el mundo. El dinero de Strondheim lo puede pagar, y será un problema añadido. Ese tipo solo vendrá a matar a Petrescu. Strondheim ya da lo que busca por perdido.

–Pues yo no doy nada por perdido –replicó Galán–. Así que ya pueden empezar a contarme qué diablos están buscando en mi ciudad.

La primera impresión al entrar en el claustro del antiguo convento de San Agustín era, como siempre, desconcertante. Nadie se esperaba algo tan bello escondido tras aquellas piedras centenarias. Un exuberante jardín de aspecto tropical ocupaba todo el patio central rodeado por columnas de piedra rojiza que sostenían un dintel de madera sobre el que se apoyaban las galerías superiores del edificio. El sonido borbotante del pequeño chorro de la deliciosa fuente central se escuchaba apagado por el canto de unos pájaros y por la frondosidad del conjunto de laureles, arrayanes, acantos, palmeras y naranjos que, desde lo alto, vigilaba al mismo tiempo a quienes entraban en el recinto y a un manto de camelias de diversos colores que alfombraba la superficie.

Ariosto había leído en algún sitio que en aquel asombroso espacio se reunían sesenta y una especies pertenecientes a cuarenta y nueve géneros y treinta y tres familias, y se lo creía a pies juntillas.

Como en todas las ocasiones que había traspasado el umbral de piedra gris que separaba la plazuela del instituto, Ariosto se sintió de nuevo a gusto. Se hallaba transportado a dos o tres siglos en el pasado, como un casual viajero que hiciera un inesperado salto en el tiempo. El pasillo de su derecha lindaba con el muro ciego de la iglesia de San Agustín. El de la izquierda, más atractivo, daba paso al salón de actos y al fondo, la zona donde se enclavaron las antiguas capillas del convento. Ariosto divisó a una persona, alta, de empaque clásico lagunero, como la mayoría de los mayores de sesenta años. Solo podía ser Domingo Felipe Luis, con quien había quedado a aquella hora en aquel lugar extraordinario.

–Mucho gusto en conocerle, señor Felipe –saludó Ariosto, y le ofreció la mano.

–El gusto es mío, es mío, señor Ariosto –respondió, estrechándosela–. Una llamada de Enriqueta siempre se atiende con la mejor predisposición.

–Se lo diré a ella, si me lo permite.

–De ninguna manera –dijo mintiendo con la mirada–, no quiero que crea que sigo colado por ella, aunque sea cierto. ¿Conoce el Instituto?

–Solo como visitante ocasional. Nunca he coincidido con las salas abiertas.

–Pues entonces hagamos un paseo rápido, ¿le parece?

–Me parece una excelente propuesta. Se lo agradezco profundamente.

Domingo indicó a Ariosto que entrara por donde menos lo esperaba, el habitáculo del vigilante de seguridad del interior del recinto, a la izquierda del soportal de la entrada, justo debajo de la torre del reloj–campanario. Rodearon el mostrador de atención al público y entraron en una estancia altísima de paredes de piedra.

–Estamos bajo la torre. Es una de las zonas, después del claustro, más antiguas de todo el conjunto.

Ariosto apreció los sillares constructivos del campanario desde dentro. Una estrecha escalera de caracol metálica ascendía a un primer piso, de donde partía otra que se perdía en una plataforma de madera. Le dio vértigo pensar en subir o bajar por allí.

Los dos hombres caminaron unos pasos y dejaron a ambos lados unas vitrinas antiguas, vacías, pero llenas de la curiosidad científica de siglos pasados. Girando a la derecha, Ariosto se enfrentó a una enorme sala alargada llena de toda clase de ejemplares en exposición de animales salvajes, aves, peces, huesos, piedras e insectos.

–¡Es extraordinario! –exclamó Ariosto, sincero–. Un verdadero museo de taxidermia.

–Es la sala Agustín Cabrera de Historia Natural, en honor a uno de los profesores del Instituto. Hay decenas de animales disecados –corroboró Domingo, orgulloso–. Era el sistema de

enseñanza más práctico que existía a finales del siglo XIX. Todas las piezas son de aquella época.

–Están conservadas en un estado magnífico.

–Hoy a algunos les puede parecer chocante contemplar animales disecados, pero es Historia de la Educación, y así hay que apreciarlo.

Ariosto pasó por delante de un oso hormiguero, con expresión somnolienta; un perezoso colgado de una rama, sin trabajar; un cachorro de león que parecía ladrarle y una hiena que parecía rugirle. La colección de pájaros era apabullante, así como la de peces, insectos y piedras.

–Es increíble que se mantenga algo así. Es un museo de Historia Natural a pequeña escala.

–Los antiguos alumnos del Instituto aprendían de la observación directa. Años después, nosotros nos tuvimos que contentar con unas fotografías de mala calidad en nuestros libros de texto.

Ariosto asintió. Don Domingo tenía razón en cuanto a la calidad de las imágenes.

–El museo consta de dos salas más. En una de ellas están los papeles que busca. ¿Subimos?

–No me lo va a pedir dos veces.

Retrocedieron por donde habían entrado y accedieron de nuevo al claustro. Se dirigieron al fondo, a una escalera de piedra tras un arco renacentista. Subieron al piso superior y giraron a la izquierda cuando llegaron a las galerías.

–Vayamos primero a la salita de los huesos guanches.

Ambos llegaron a la esquina de la galería y Domingo sacó una llave con la que abrió la puerta que se encontraba allí. Ante Ariosto se desplegó una serie de vitrinas con piezas arqueológicas de los antiguos habitantes de Tenerife: piedras de moler, collares, cerámica cotidiana y huesos, centenares de huesos de todas las partes del cuerpo, todo ello expuesto tras los cristales o conservados en cajones que partían desde el suelo. Más de veinte cráneos miraban sin ver a Ariosto, mudos testigos de una época en que se vivía de otra manera.

–Me habían hablado de la momia guanche –indicó Ariosto, señalando los restos de la vitrina más grande.

–Ahora está incompleta, le faltan las extremidades superiores, que desaparecieron en algún momento del último siglo, pero existe una fotografía antigua que demuestra que se exhibía completa.

–Muy interesante. Es fabuloso que una colección así fuera propiedad de un establecimiento de enseñanza.

–Pasemos a la sala de instrumentos –invitó Domingo.

Dejaron los huesos al otro lado de la puerta y se acercaron a la más próxima. La cerradura se abrió con la llave del anfitrión y los dos hombres entraron en una gran sala rectangular de piso ajedrezado, repleta por completo de estanterías, armarios acristalados y vitrinas llenas de todo tipo de instrumentos y máquinas. Ariosto quedó extasiado.

–Esto es incluso más espectacular que la sala de los animales –dijo, tanto para sí como para su acompañante.

–La sala Blas Cabrera, bautizada en honor a uno de los padres de la Física española, que fue alumno de este Instituto. Tenemos aquí ochocientos objetos científicos fechados desde 1800 hasta mediados del siglo XX que nos muestran la evolución de la ciencia y la tecnología en un siglo cuyos avances todavía hoy no sabemos valorar bien.

Ariosto caminó por los pasillos que formaban las piezas. Leyó en pequeñas cartelas los nombres de aparatos que no había visto en su vida: Máquina eléctrica de Ramsden; Máquina médico-eléctrica de Nairné; pilas de Wollaston y de Volta; Hemisferios de Magdeburgo; Calorímetro de Lavoisier Laplace; y toda una serie de artilugios metálicos perfectamente

conservados con respecto de haber sido en algún momento de la Historia el último grito en modernidad tecnológica.

–Estoy completamente aturdido ante semejante despliegue –confesó Ariosto.

–Las colecciones tratan desde la electrostática, pasando por la electroquímica, termoquímica, óptica, fotografía, electromagnetismo, comunicaciones, química y mecánica. Y seguro que me olvidé de alguna.

–No me extrañaría nada, Domingo. Es algo inesperado y fuera de lo común. ¿Funcionan algunos de estos aparatos?

–La mayoría sí. Se podrían reproducir experimentos en ellos sin mayor problema. Incluso hemos detectado una rareza en estos últimos días.

–¿Una rareza? ¡Me encantan las rarezas!

Domingo llevó a Ariosto al centro de la sala, delante de un conjunto de engranajes enorme.

–¿Ve este reloj? Pues nadie se acuerda de la última vez que funcionó.

Ariosto examinó el conjunto de piezas unidas por tuercas y tornillos.

–Pero, ¡está funcionando! Los ejes se mueven.

–Pues esa es la rareza, comenzó a funcionar hace un par de días, coincidiendo con el comienzo de la excavación arqueológica de la iglesia.

–No me diga –Ariosto ni siquiera consideró que pudiera haber alguna relación entre la máquina y los trabajos del exterior.

–Pues sí. Es algo inexplicable –insistió Domingo–. Es como si este otro reloj, al que le faltan piezas, comenzara a funcionar.

Y en ese instante, Ariosto notó una corriente de aire fría en su espalda, y el segundero comenzó a moverse.

Sandra nunca había estado en el Archivo Histórico Provincial de Tenerife. Se encontró un edificio de líneas de vanguardia, todo hormigón y cristal cerca del campus universitario de Guajara. Aparcó el coche en el estacionamiento del archivo y en la entrada le indicaron que subiera a la tercera planta, donde le esperaban Marta y el archivero Pedro Hernández. Tomó un extraño ascensor que poseía nueve botones indicadores de alturas para un edificio de tres pisos. Pulsando el número tres llegó a donde pretendía. Caminó por un pasillo en el que el suelo, conformado por un conjunto de baldosas de un material mezcla de plástico y corcho, chirriaba de modo inusual a cada paso. Dejó atrás la primera puerta a su izquierda donde, al fondo, el director del archivo trabajaba enfrascado en su ordenador. Siguiendo las instrucciones del bedel, se dirigió a la primera puerta a su derecha, el acceso a la sala de investigadores, un espacio abierto grande y luminoso. Unos enormes ventanales distraían a los usuarios del archivo al ofrecerles un magnífico paisaje de las estribaciones de la cordillera de Anaga, eternamente poblada de nubes.

La joven que se encargaba de la vigilancia de la sala le indicó que sus amigos la esperaban en la siguiente, más pequeña, destinada a investigadores con encargos especiales. Sandra fue acompañada hasta el lugar donde se encontraban Marta y Pedro, que charlaban animadamente sentados ante una mesa blanca, con un legajo antiguo abierto por la mitad como testigo de la conversación.

–¡Sandra! –Marta se levantó al verla– ¡Qué bien que has venido! ¿Te ha costado llegar?

Las mujeres se saludaron con los besos al uso, costumbre que se extendió a Pedro.

–El camino es fácil –respondió la periodista–. Y este edificio no pasa desapercibido desde la autovía.

–Me alegra verte por aquí –intervino el archivero–. No siempre tenemos la suerte de que nos visite una súper periodista.

Sandra sonrió.

–Menos coba, Pedro. Cuando quieras, hacemos un reportaje sobre tu trabajo entre estas paredes.

Pedro hizo ademán de espantarse.

–Ni se te ocurra, aparta de mí ese cáliz. Lo mío es labor silenciosa, no quiero saber nada de los olopeles de la fama.

–Por salir alguna vez en un periódico no te van a invitar a una tertulia televisiva de sociedad –dijo Marta.

–Nunca se sabe, querida. Nunca se sabe.

Marta se rio. Sabía que a su amigo le hubiera encantado una invitación en tal sentido.

–Sandra, me dijiste que querías comentarme algo sobre la iglesia de San Agustín.

–Así es, Marta. Estoy investigando la explosión de esta mañana y quería conocer tu punto de vista.

La sonrisa de la arqueóloga desapareció.

–Pues imagínate, es un asunto muy desagradable. Parece que alguien está tratando de sabotear nuestro trabajo, y eso no puede gustarle a ningún profesional.

–Pero la explosión no ha causado daños, según me han dicho.

–Bueno, el vigilante tiene un par de hematomas considerables en la cabeza. Podría haber sido peor. Y la onda expansiva puede haber afectado a las columnas y paredes de la iglesia. Por eso hoy no podemos trabajar, estamos esperando el dictamen de un técnico del ayuntamiento.

–¿Se sabe quién puede estar detrás de la colocación del explosivo?

–Eso es cuestión de la policía, a mí no me han comunicado nada. Pero las sospechas se dirigen sin duda hacia aquellos que vienen poniendo trabas a la intervención arqueológica desde hace meses.

–He visitado a la presidenta de la Asociación *Pax Mortuis*, y me ha asegurado que no tienen nada que ver.

–Lo normal es que no te digan otra cosa –dijo Pedro–. Pero al menos hay un delito de agresión y otro posible de daños.

–Curiosamente, esa señora me ha enviado a hablar contigo, Marta.

–¿Conmigo? Si no la conozco.

–Me dijo, en un tono algo misterioso, que te preguntara por el caballero Salazar.

La arqueóloga miró a Sandra fijamente.

–Repítele eso –le pidió.

–El caballero Salazar. Dijo que tú sabrías de qué hablaba.

Pedro rompió la tensión que evidenciaba Marta.

–Precisamente de eso estábamos hablando, Sandra. Siéntate, que te cuento.

Sandra se sentó al lado de la arqueóloga, enfrente del archivero.

–Verás. Los Salazar de Castro constituyeron una familia importante en La Laguna a partir del siglo XVII. Solo hay que recordar que la casa del tronco principal del árbol genealógico era el edificio que hoy es el obispado, esa mansión de la calle de San Agustín recubierta de piedra negra en su fachada.

–¿La que se quemó en 2006?

–Y se reconstruyó inmediatamente después, en efecto. Los Salazar de Castro, un ramal de la familia principal, disponían de capilla propia en la iglesia de San Agustín, la que también se quemó.

–¿Existe alguna maldición sobre la familia que explique tanto incendio? –preguntó Sandra.

Pedro se mantuvo un instante dubitativo.

–Pues no la conozco. Pero es una idea interesante para una novela. Prosigo: Aunque el enterramiento principal de la familia se encontraba en la iglesia, tenemos constancia de que existe una lápida con el escudo familiar en la nave del Evangelio. También fueron enterrados algunos de sus miembros en las capillas que se abrían en el claustro del convento anexo.

Marta decidió intervenir en ese momento.

–Y aquí entran los arqueólogos –dijo–. En el convento, en la zona opuesta al muro que colinda con la iglesia, existieron al menos cuatro capillas: la de la Virgen de Gracia, la del Cristo de Burgos, la de Santa Bárbara y la del Capítulo. Estas capillas perdieron su uso cuando se produjo la desamortización de los bienes eclesiásticos en el siglo XIX, cuya propiedad pasó al Estado. Los elementos de culto, sobre todo las imágenes, se trasladaron a la iglesia, donde se mantuvieron hasta el incendio de 1964.

–El edificio del convento se dedicó entonces a la enseñanza –añadió Pedro–, y en él estuvo la primera Universidad de Canarias y posteriormente el único instituto de Segunda Enseñanza del Archipiélago. Y todavía sigue en activo en algunas dependencias. Hoy se le llama Instituto Canarias Cabrera Pinto.

–En 1993 se acordó la rehabilitación del edificio al completo, que en algunos lugares estaba deteriorado –continuó Marta.

–¿Y por qué no se aprovechó para reconstruir la iglesia también?

–Me imagino que sería por falta de previsión, de imaginación o de presupuesto, como suele ocurrir con estas cosas. –La voz de Pedro dejó traslucir un tono de amargura.

–En octubre de ese año, durante los trabajos de nivelación del suelo, apareció en una esquina del claustro una escalera de acceso a una cripta desconocida.

–¡Ah, ¿sí? ¡Qué interesante! –exclamó Sandra.

–En la cripta se encontraron dos ataúdes, completamente desmoronados, que contenían dos cadáveres del siglo XVIII que en su momento fueron enterrados allí.

–¿Y nadie se acordaba de ellos? ¿Se perdió la memoria del lugar donde fueron enterrados?

–Así es, Sandra –respondió la arqueóloga–. Esas circunstancias pasan de vez en cuando. Fue necesario un estudio de muchos investigadores para determinar la época del enterramiento, por qué se olvidaron los cadáveres y, lo que es tal vez lo más importante, quiénes eran.

–¿Y se pudo averiguar a pesar del tiempo transcurrido? –Sandra estaba maravillada.

–De eso justo estábamos hablando cuando has llegado, Sandra –dijo Pedro, que estaba ansioso por intervenir–. Se recuperaron fragmentos de seis tipos de tejido, varios botones, hebillas de cinturón y de zapatos y las suelas de estos. Del análisis de todo ello resultó que se trataba de dos caballeros del siglo XVIII que fueron enterrados con uniforme de gala en féretros de madera.

–Una investigación histórica en documentos de este archivo en que estamos, principalmente, logró identificarlos. Se trataba de Don Cristóbal de Frías, muerto a los 32 años de edad, y de don Ventura Salazar de Frías, fallecido a los 47 años. –concluyó Marta.

–Me imagino que eran miembros de la misma familia –inquirió Sandra.

–En efecto, aunque murieron con una diferencia de diecisiete años –dijo Pedro–. En los primeros años del siglo XVII llegó a Tenerife el maestre campo don Cristóbal Salazar, cuyos descendientes fueron los condes del Valle de Salazar. En aquel tiempo una cofradía, la de los Nazarenos, tenía derecho a tener capilla en el convento, pero no tenían dinero para edificarla. El primer caballero Salazar compró a los frailes el derecho sobre la capilla y su patronato, o sea, el mantenimiento en exclusiva para su familia.

–Y así los Salazar consiguieron sepulcro familiar en dicha capilla, que luego se denominó la capilla del Capítulo –añadió Marta–. Sin embargo, los dos cadáveres de la cripta no fueron enterrados con el resto de la familia.

–¿Y por qué? –preguntó Sandra.

–Influyeron varias circunstancias –respondió Pedro–. Don Cristóbal era el primogénito del conde y don Ventura fue el tercer conde del Valle de Salazar. Ambos murieron sin haber dictado testamento, por lo que, por disposiciones de las parroquias de la época, tenían que ser enterrados en la iglesia de Los Remedios, ya que el enterramiento familiar de San Agustín no tenía bóveda, es decir, que consistía en un sepulcro, una tumba en el suelo.

–¿Y eso era importante? –preguntó la periodista.

–Pues sí, ya que en un sepulcro no podían ser enterrados varios cadáveres a la vez. Había que sacar uno para meter otro. En el caso de nuestros dos muertos, para no ser llevados a Los Remedios y que se quedaran en San Agustín, cosas de la familia, fueron colocados de manera provisional en una bóveda que los Salazar tenían en el convento, pero que no se usaba como enterramiento familiar.

–Y allí se quedaron para siempre –sentenció Sandra.

–Hasta 1993 –aclaró Marta–. Fíjate lo que son las cosas, la capilla de la familia fue demolida cuando se reedificó la iglesia a finales del siglo XVIII. La otra, la del convento, pervivió.

–¿Y no se enterró a nadie más en la cripta?

–Sobre eso existe cierta discusión.

–Ya salió la arqueóloga –observó Pedro.

–¿Qué discusión? –volvió a preguntar Sandra. Marta no tardó en contestarle.

–Pues que la cripta está construida por tres lados con sillares de piedra regular, pero la pared del fondo se hizo con piedra seca, de mucha menor calidad. Y eso no cuadra.

Pedro no perdió la oportunidad de meter baza.

–Algún investigador ha aventurado que el muro del fondo no es el original, sino uno posterior, levantado para hacer la cripta más pequeña.

Sandra pensó en la frase de Pedro.

–Espera. ¿Me estás diciendo que detrás de ese muro de peor calidad puede que la cripta se prolongue? ¿Qué contenga más muertos o alguna otra cosa?

–Eso dicen algunos –pontificó Pedro, solemne–, pero nunca se ha tirado abajo. Es uno más de los misterios de La Laguna.



–La verdad es que con este retrato robot no vamos a ir muy lejos, Ramos.

El subinspector Morales trataba de aguantarse la risa. Ramos lo miró con cara de pocos amigos.

–Es lo máximo que le pude sacar a la testigo.

–Pues la amiga de la testigo parece intentar sacar algo más de ti –bromeó Morales.

–Déjate de historias. No estoy para esas cosas. La cuestión es que tenemos muy poco en el caso de la muerte de doña Nieves.

–Tenemos la conexión con el allanamiento de la casa de Adela Cambreleng. Tiene toda la pinta de que fue la misma persona. Tenemos a la asistenta, Belkis, la señora cubana.

–Esa está fuera de sospecha –aseguró Morales.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Conozco a las viejas hechiceras de La Habana. Te lo digo yo.

Ramos miró con escepticismo a su compañero. Cada vez que salían los santeros cubanos a la palestra, Morales se sentía sobrecogido y pasaba rápidamente a otro asunto.

–La señora Belkis seguirá siendo sospechosa, te guste o no. No obstante, buscamos a un hombre, el que se supone que robó el cuadro. Por lo visto, en casa de la señora Cambreleng no lo encontró. Lo tenía don Luis Ariosto en la suya, y ahora está aquí, en esta comisaría.

–¿Sabes si ya lo han examinado los de la Científica?

–Sí, tendremos el informe en unas horas, pero no creo que se saquen muchas conclusiones. He visto el cuadro y es un paisaje canario precioso, pero no le veo el misterio por ningún lado.

Un agente de la Guardia Civil apareció en la puerta del despacho de los subinspectores cargando una caja de cartón.

–Buenas tardes –dijo el recién llegado–. ¿El inspector Morales? Me han dicho que deje esto aquí.

Morales se levantó de su asiento e hizo sitio en su mesa apartando varios grupos de papeles.

–Me avisó el teniente coronel Ravelo –reconoció–. Deje la caja en la mesa, por favor.

El guardia civil así lo hizo y luego solicitó que le firmaran un recibí. Tras hacerlo Morales, saludó y se fue.

–¿Qué es eso? –preguntó Ramos.

–Es el producto de la intervención conjunta de la otra noche con los de la Benemérita. Uno de los mandos cree que se trata del objeto de un robo antiguo, de aquí, de La Laguna, y que nos corresponde a nosotros llevar el asunto.

–Hay veces que da la impresión de tratan de quitarse los muertos de encima más rápido de lo normal. ¿Qué hay en la caja?

Morales la abrió, metió ambos brazos y sacó una estatua del interior. La depositó con cuidado sobre su mesa. Ramos se levantó de su mesa y se acercó a la imagen.

–¡Madre mía santísima! –exclamó.

–Veo que te ha impresionado –observó Morales– ¿Es por su antigüedad?

Ramos examinó la estatua por ambos lados antes de contestar.

–No es por eso. Es que me parece increíble que esté viendo esta Santa Bárbara.

–¿Es una Santa Bárbara?

–Es la Santa Bárbara de San Agustín. La única en su género en toda la ciudad. No me lo puedo creer.

–¿Por qué no te lo puedes creer? ¿Fue objeto de un robo?

-Es algo mucho más extraordinario, Morales. Esta estatua, simplemente, no existe.

–Me habría sentido muy inquieto, amigo Domingo, si el segundero del reloj no se hubiera detenido de inmediato –dijo Ariosto.

–Ha sido un fenómeno curioso –respondió el interpelado–. No se extrañe demasiado, a veces ocurren estas cosas con las máquinas antiguas. Están llenas de resortes y muelles que, por la dilatación o cualquier otro agente externo, se mueven unos segundos de vez en cuando.

Ariosto, no muy convencido, sopesó al hombre mayor y concluyó que hablaba en serio.

–En ese caso, me quedo tranquilo. ¿Podemos ver los papeles de que le hablé?

–¡Ah, sí! Los del señor Saqueti –respondió indicando un armario del fondo de la sala–. Tenemos varios fondos documentales particulares, además de los propios del Instituto. Hubo una época en que estuvo de moda legar los papeles y los aparatos a este tipo de instituciones.

–Es de alabar. Si no fuera por ello, me habría perdido el conjunto de tesoros que se conservan aquí.

Domingo sacó de nuevo su poblado llavero e insertó una de las llaves en el armario decimonónico de la esquina norte. Abrió la puerta de cristal con el acompañamiento del gruñido de las bisagras y sacó de su interior un archivador moderno de cartón blanco. Ariosto notó que el tratamiento de la documentación antigua era todo lo correcto que podía desearse. La caja acabó en una mesa de trabajo situada junto a una ventana, tal vez por eso de la luz, y allí Ariosto pudo abrirla, despacio, con todo el respeto que se merecía.

–Los papeles son los testimonios de las vidas de los que nos antecedieron. Dejaron en ellos su recuerdo, su legado, sus anhelos e ilusiones –dijo, casi justificándose por ser tan cuidadoso, en un tono que parecía dictado más para sí que para Domingo.

–Es usted tan sentimental como yo.

Ariosto levantó la vista y le sonrió. Le caía bien aquel hombre.

Dentro del archivador encontró varios libros tamaño folio encuadernados en piel con las guardas en tela. Le recordó otros similares que había consultado de la familia Fitz–Stuart, aunque más modernos. Estaban, como no podía ser de otra manera, escritos a mano, y la letra era perfectamente legible.

–Están en italiano –observó.

–Saqueti era de esa nacionalidad. ¿Le supone alguna dificultad?

–Para nada. Pasé algunos años de mi juventud tardía estudiando en Italia. Es casi un golpe afectivo.

Abrió el primero. Era un libro de contabilidad pura, con columnas interminables de debe y haber y de lo que debería haber habido. Rezó porque todos no fueran así. El segundo libro era exactamente igual, variando solo los años y algunos apuntes contenidos en él. Algo alarmado, abrió el tercero, y se encontró con un diario de trabajo. Algo distinto.

El libro, de unas trescientas páginas, contenía los encargos y los objetivos diarios de trabajo del maestro Saqueti. Comprobó, no sin cierta satisfacción, que el italiano era muy detallista en las descripciones. Su trabajo no se limitaba al enmarcado de cuadros. También fabricaba los marcos con todo tipo de volutas y detalles elegantes, recibía encargos de copias de obras maestras de la pintura clásica, y restauraba obras antiguas en mal estado. Se notaba que dominaba todas las técnicas de cualquier fluido que dejara una mancha de color en un lienzo, y conocía perfectamente cómo hacerlas desaparecer en caso necesario.

El propietario de aquella letra menuda era un maestro en su oficio, Ariosto no necesitó leer mucho más para quedar convencido. Como le interesaban las notas finales, se saltó las páginas del

tomo y comenzó a leer por el final.

La última anotación era de mayo de 1964. Con el dedo índice sobre el papel fue dejando atrás las llamadas, observaciones, registros, glosas y apostillas a cada trabajo al que dedicaba las horas del día. Ariosto pasó página tras página sin observar nada extraordinario hasta que encontró lo que buscaba.

El comentario databa de finales de abril de 1964, y describía la entrada en el estudio de una pintura de Martín González para enmarcar. Esta obra permaneció en el taller dos semanas, un periodo de tiempo desusadamente largo para tal trabajo. Al cabo de los catorce días, la pintura, ya enmarcada, se devolvió a su dueño.

Le llamó la atención que la siguiente entrada fuera la de la recepción de una estatua. Los padres paúles le dejaban a Saqueti una Santa Bárbara de la iglesia de San Agustín para recuperar los tonos coloristas de la talla, desvaídos por el paso del tiempo. El italiano se atrevía con todo, estaba claro.

Un detalle importante saltó a la vista. Saqueti no había aceptado ningún encargo en esas dos semanas. Es como si algo le hubiera absorbido todo el tiempo disponible para trabajar.

Unos días después apareció la venta del «cuadro de Anaga» al «profesor», sin que se ofreciera más detalles. Un asterisco al margen de la anotación llamaba la atención.

Ariosto recordó que poco tiempo después se produjo el terrible incendio del templo. Los esfuerzos profesionales del maestro italiano se verían reducidos a cenizas, por desgracia.

Por si acaso, repasó los apuntes del libro varias páginas más adelante, retrocediendo en el tiempo, hasta llegar a enero y, no satisfecho, volvió de nuevo a revisar el libro desde el comienzo hasta mayo. No encontró ninguna otra referencia.

Buscó los apuntes del pago de los honorarios en el libro de contabilidad y los encontró: doscientas pesetas por la venta del cuadro, setenta por el enmarcado y ciento cincuenta la restauración de la estatua. Comparó esas cifras con otros trabajos anteriores y no destacaban por un aumento de precio. Era más o menos el mismo de otros trabajos similares que cobró antes o después de esa fecha. Ariosto pensó que el trabajo de tres semanas se veía poco compensado económicamente. Saqueti le había dedicado demasiado tiempo a aquellas piezas. ¿Cuál sería la razón?

Resolvió investigar una idea que le surgió en la mente. Buscó tres encargos de copias de cuadros. Una virgen sonrosada de Murillo, un pálido y famélico san Pablo del Greco, y un retrato de medio cuerpo del Generalísimo, con todas sus medallas a cuestas. Se detuvo en comprobar el tiempo medio tardado en realizar las copias. En los tres casos el resultado fue similar: de dieciocho a veintidós días. Tres semanas, el mismo lapso que dedicó al enmarcado del cuadro del profesor Montes y a la recuperación de los colores de la Santa Bárbara.

¿Saqueti hizo una copia del cuadro de Martín González en ese período? ¿Para qué? ¿Era otro encargo o fue simplemente un capricho personal, provocado por la belleza del paisaje de fondo? Esa última idea le chirrió un poco. El cuadro era bueno, pero tampoco extraordinario. Tuvo que haber alguna otra razón que se le escapaba.

De nuevo un chispazo de curiosidad le llevó al libro de contabilidad de 1964. Estudió los gastos realizados aquellos días de abril y mayo y encontró un pago fuera de lo común: La compra de un berbiquí eléctrico, una máquina perforadora de madera: mil doscientas pesetas. Una cantidad nada despreciable en aquellas fechas. Ariosto recordó que el enmarcado de cuadros, sobre todo cuando Saqueti diseñaba la decoración de los marcos, exigía el tratamiento de la madera. Sin embargo, ¿para qué quería hacer agujeros? ¿Qué marcos necesitaban ese tipo de tratamiento? Sin lugar a dudas, era una inversión cuando menos extraña, muy cara para las

necesidades de su trabajo. Guardó el dato en su cerebro para cuestionárselo a algún especialista más tarde.

Ariosto revisó el resto de libros y no encontró nada de interés. Ninguno explicaba el súbito parón de actividad el 30 de mayo de 1964. Y en su taller tenía tres encargos sin devolver. Llamaría a Sandra para preguntarle por sus pesquisas en torno a la desaparición del italiano.

Cuando devolvió la caja con los libros a Domingo, que se había entretenido en leer un par de periódicos locales, este le puso delante una ficha de cartón, de las de antes.

–Tiene que rellenar la ficha de consulta, son las normas de la casa. Cuando se examina cualquier caja de documentos, hay que detallar el nombre y apellidos del usuario y la fecha de acceso a la documentación.

Ariosto echó una ojeada a la ficha y observó que existían unas cuadrículas donde constaban quiénes habían consultado los papeles de Saqueti con anterioridad. Vio dos entradas: las realizadas por un tal Campari en 1974 y por un tal Gheorghiu hacía apenas un mes.

–Domingo, ¿se acuerda de que alguien haya consultado esta caja hace poco?

–Claro que sí. Un hombre extranjero, rumano, si no me equivoco. Es curioso, recuerdo que examinó los mismos libros que usted y de la misma manera. ¿Es importante?

Galán y los dos policías de la Interpol se habían sentado en la primera mesa, entrando, a la izquierda, de la cafetería del La Laguna Gran Hotel, en la calle del Agua. A aquellas horas era un sitio tranquilo, y un buen lugar donde poder hablar de modo no oficial sin muchos oídos cercanos, como habían pedido sus colegas europeos.

–Ustedes dirán –invitó Galán cuando el camarero dejó tres tipos diferentes de café sobre la mesa, de acuerdo con las correspondientes peticiones.

–En primer lugar –dijo Leclercq–, tenemos que recalcar la importancia de que lo que le vamos a contar es estrictamente confidencial.

–De acuerdo –contestó el español–. Hay que ver cómo les gusta el secretismo.

–Tiene su razón de ser –comentó Hauser–. Existe una situación real que, si se supiera, supondría un escándalo mayúsculo en todo el mundo.

Galán no estimó necesario reafirmar lo ya dicho y esperó a que prosiguieran.

–Hace bastantes años, concretamente en 1963, se produjo un delito de gran importancia que las autoridades del momento consideraron que era mejor que no trascendiera al conocimiento público.

A Galán le recordó la histeria conspirativa de los años sesenta.

–¿Descubrieron al auténtico asesino de Kennedy? –preguntó, irónico– ¿Destruyeron las pruebas de los extraterrestres de Roswell?

–Muy gracioso –respondió el francés–. Fue algo que podía tener consecuencias muy incómodas para mucha gente. Por eso se decidió llevar el asunto de un modo discreto.

–Dos personas robaron un tesoro valiosísimo en una ciudad europea –añadió Hauser–. Un símbolo de todo un país.

–El asunto fue conocido por muy pocas personas. Por fortuna, el objeto robado pudo ser reemplazado con rapidez. Salvo los que estaban en el secreto, nadie se enteró de nada.

–¿Cómo que reemplazado? –inquirió Galán.

–Se colocó en lugar del objeto robado una réplica de la máxima calidad –respondió el francés.

–Una copia –afirmó el alemán–. Y hasta hoy día nadie se ha percatado del cambio. Se dieron instrucciones tajantes para evitar que nadie pudiera hacer un examen cercano y minucioso del objeto.

–De acuerdo –convino Galán–. ¿Y de qué objeto estamos hablando?

–Cada cosa a su momento –respondió Leclercq–. Volvamos al robo. El sistema de sustracción llevó a los policías a seguir la pista de dos famosos ladrones de arte. Un italiano y un rumano.

–Se llamaban Campari y Petrescu –continuó Hauser–. Actuaban en ocasiones en solitario, pero para este golpe colaboraron estrechamente entre ellos.

–Ambos fueron capturados a los pocos días, por la policía francesa, dicho sea de paso –añadió Leclercq.

–Pero no recuperaron el objeto robado, ¿no? –se adelantó Galán.

–Así es –asintió Hauser–. Por mucho que se intentó, ninguno de ellos soltó prenda sobre su paradero. Había desaparecido.

–Creemos que entregaron el objeto a un tercero, que lo ha mantenido oculto hasta hoy día.

–¿Y los ladrones no pudieron recuperarlo nunca? –repreguntó Galán– ¿Qué fue de ellos?

–El tribunal que les juzgó no consideró que existieran pruebas suficientes para demostrar que habían sido los autores del robo. Petrescu fue absuelto y Campari fue condenado por otro robo similar por el que se le andaba buscando, cuya condena cumplió. Salió de la cárcel en 1971 y

sabemos que vino a Tenerife.

–Estamos seguros de que llegó a la isla en busca del objeto robado –añadió Leckerq–. Este viaje fue descubierto años después por la Interpol, pero la pista se había enfriado demasiado. Campari murió un par de años después en un accidente de tráfico en Italia, con lo que esa fuente de información se truncó por completo.

Galán trataba de atar cabos a toda velocidad.

–¿Y Petrescu? –preguntó.

–Petrescu es un misterio. Desapareció de la faz de la tierra ese mismo año de 1963, en cuanto acabó el juicio, y no ha dado señales de vida desde entonces.

–Tenemos la convicción de que ha muerto.

–¿Por algo en concreto? Inquirió el inspector español.

–Por su hijo, Amadeu. Nunca recibió la visita de su padre. Lo hemos tenido vigilado durante muchos años. Así supimos que tuvo un encuentro con Campari antes de morir.

–Estamos seguros de que Campari le hizo llegar alguna información determinante a Petrescu hijo –A Hauser le gustaba completar las frases de su compañero–. Creemos que sabe dónde puede estar el objeto robado. Por eso vino a establecerse en Tenerife hace un año. Adoptó una personalidad falsa que hizo que lo perdiéramos de vista hasta que fue detenido.

–Pero el hecho de que haya permanecido en esta isla implica que no ha dado con el objeto robado todavía, ¿no? –Galán no estaba tan seguro como sus colegas de sus deducciones.

–O que lo tenga escondido –contestó Leckerq–. No descartamos ninguna hipótesis.

–Sinceramente –dijo Galán–, creo que si hubiera tenido el objeto en su poder, se habría largado de aquí hace tiempo.

–Yo también –añadió Hauser–. Por eso es tan importante tenerlo controlado. Sus movimientos deben llevarnos al lugar donde se encuentra lo que buscamos.

Galán sopesó toda la información que le estaban proporcionando los policías europeos.

–¿Y tan importante es ese objeto como para matar por él? Ese hombre, Mainz, era un especialista, un ex militar ¿Cómo pudo Petrescu deshacerse de él tan fácilmente?

Hauser miró a Leckerq y este asintió. Había que decirlo todo.

–Petrescu es un ex miembro de las fuerzas especiales serbias. Destacó por su ferocidad en los asesinatos étnicos de la guerra yugoeslava de los años noventa. Era conocido por llevar refuerzos de acero en la punta de las botas, con las que se ensañaba con los prisioneros. Estuvo quince años en la cárcel por delitos contra la humanidad, y salió bastante bien parado por falta de pruebas.

–Petrescu es un asesino, y de los peligrosos –ratificó Leckerq.

Galán comenzó a inquietarse. No le gustaba la idea de que un tipo así estuviera suelto por La Laguna.

–¿Y de qué se le acusa para que estén ustedes aquí? Por lo que cuentan, se trata de un delito de más de veinte años de antigüedad.

–Petrescu salió al padre –contestó el alemán–. Existen pruebas que le incriminan del robo de dos obras maestras del suizo Ferdinand Hodler, un pintor de principios del siglo XX, concretamente «Autorretrato», y «Luna llena sobre el lago de Ginebra», de 1881, dos óleos que desaparecieron en 1993 de la Galería Artística de Bosnia–Herzegovina en Sarajevo. Eso fue durante la guerra de Bosnia. Las pruebas, confesiones de sus cómplices, afloraron cuando nuestro hombre salió de la cárcel. Mantuvimos el asunto vivo con orden internacional de busca y captura por si aparecía, como así ha sido.

Hauser sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y trasteó en él.

–Y en cuanto a si el objeto lo merece –dijo–, vea usted mismo de qué se trata.

Hauser mostró a Galán una imagen en la pantalla del aparato. El inspector la reconoció de inmediato.

—¿Están seguros? —preguntó, sorprendido.



Sandra recibió el informe policial cuando había vuelto a la redacción del periódico. Lo habían enviado a todos los medios de difusión. Una explosión de un artefacto de pequeña potencia activado por control remoto que apenas había provocado daños. Solo hubo que atender al guarda de seguridad nocturno por una contusión craneal, al parecer ajena a la deflagración. De momento, no ha habido detenciones.

«Muy escueto», se dijo. La policía no entraba en detalles sobre qué tipo de explosivo se había utilizado, pero el hecho de que fuera accionado por control remoto indicaba que se trataba de un culpable con conocimientos técnicos en la materia. Otro detalle no aclarado era si la explosión se produjo a propósito de esa manera, sin causar daños, o si se produjo de modo accidental, o sea, si pretendía causar más daños con ella. Lo del guarda de seguridad no le cuadraba nada, ¿un golpe en la cabeza?, y la falta de detenciones indicaba que la policía no sabía dónde buscar.

Tenía poco entre manos para escribir un buen artículo. Las declaraciones de doña Herminia, la presidenta de la asociación *Pax Mortuis* no daban ni para cinco renglones. Y lo que le comentó Pedro en el Archivo sobre la cripta del convento no entraba ni con calzador en el asunto del que tenía que escribir.

Tras pensar un rato por dónde empezar, resolvió tirar de agenda. Buscó el nombre de María Cabo, la enfermera sindicalista que trabajaba en el Hospital Universitario. Ya había colaborado con ella en otras ocasiones, como ocurrió en el caso del asesino del estilete unos años atrás. No tenía inconveniente en soltar información a cambio de ver reflejada en la prensa sus crecientes demandas en favor de los trabajadores del hospital. Marcó el número en su móvil, sabía que María no siempre cogía las llamadas provenientes de fijos, hoy en día solo se usan para vender algo o dar malas noticias.

–¡Hola Sandra! ¿Qué tal? ¿Cómo te va? –escuchó en el teléfono.

–¡Hola María! Muy bien, gracias. Espero que tú también estés bien.

–Perfectamente. Me viene bien que me llames. Tengo una información que pasarte sobre las insufribles listas de espera para las intervenciones quirúrgicas.

Sandra pensó que aquella conversación comenzaba bien. Era María la que pedía algo en primer lugar.

–¡Ah! ¿Sí? ¡Qué interesante! –mintió–. Pásamela cuanto antes y te escribo una columna.

–¡Qué bien! Gracias. Ahora mismo lo hago, que estoy en el ordenador.

–Genial. Oye, María, ¿podrías mirar si tienes algo sobre el vigilante de seguridad de la iglesia de San Agustín? No sé si has oído algo al respecto.

El tono de la voz de María no sonó extrañado.

–Es la comidilla del hospital esta mañana. El tema ha ido de boca en boca. Por lo visto, al pobre hombre lo asaltaron dos tipos vestidos de negro con pasamontañas. Le dieron dos veces en la cabeza con una cachiporra. No puede reconocerlos, o eso le dijo a la poli.

–¿Una cachiporra? ¿Quién usa cachiporras hoy en día?

–Espero que esa sea una línea de investigación de la policía.

–¿Y de la explosión? ¿Sabe algo?

–No recuerda nada. Solo que, durante un instante en que recuperó el conocimiento, escuchó algo sobre la tumba de una familia concreta.

Sandra dio un respingo.

–¿No sería la familia Salazar de Castro?

María fue ahora la sorprendida.

–Pues sí, ¿cómo lo sabes?

Sandra sonrió al aparato.

–Una tiene sus fuentes, querida. Muchísimas gracias, María, en cuanto me envíes lo tuyo comienzo a escribirlo.

–Gracias a ti. Llámame cuando necesites algo.

Sandra colgó tras despedirse y comenzó a vislumbrar un hilo del que tirar. Entró en Internet y buscó el listado de tumbas que no podía tocarse, de acuerdo con la sentencia del Supremo y el acuerdo con el alcalde. La primera era la de la familia Salazar de Castro. Leyó el escrito presentado por asociación que se oponía a la intervención arqueológica y buscó la firma de la petición. Encontró lo que buscaba: la solicitud venía firmada por la presidenta, doña Herminia Saqueti Salazar.

La periodista tardó un minuto en que se le cerrara la boca de la impresión que le habían causado aquellos dos apellidos juntos. Mil interrogantes surgieron en su mente, uno tras otro. Saqueti y Salazar. Salazar y Saqueti. ¿Dónde estaban los lazos de unión entre los dos enigmas que trataba de resolver?

Tocaba investigar a Herminia. Miró en el listado de contactos de su móvil y encontró el número de Dori Bacallado, una compañera de bachillerato que trabajaba en la Seguridad Social. Le debía un par de favores de cuando tuvo problemas con su novio. La intervención de Sandra logró la reconciliación de la pareja. Pulsó el botón verde.

–¡Hola Sandra! Me imagino que sabes que el viernes es mi cumpleaños. Es en casa, a las nueve. No traigas nada, que habrá de todo.

Sandra tenía completamente olvidado el aniversario de su amiga, pero aprovechó para anotárselo mentalmente.

–Por supuesto. Te llamaba para concretar la hora –mintió de nuevo–. Oye, ¿podrías mirarme el historial laboral de una amiga? Lo necesita para pedir no sé qué cosa en el ayuntamiento.

–Sandra, sabes que esas cosas las tiene que pedir la interesada. Son datos protegidos.

–Lo sé. Lo sé. Es que está enferma y no puede acercarse y es una inútil para solicitarlo por Internet. No te preocupes, es por una buena causa –Sandra comenzaba a inquietarse por su facilidad a la hora de inventarse historias.

–No es lo correcto, pero por una vez te lo voy a hacer. ¿Cómo se llama tu amiga?

–Herminia Saqueti Salazar, vive en La Laguna.

Sandra escuchó cómo Dori tecleaba en el ordenador y en unos segundos tuvo la respuesta.

–Es empresaria. La dueña de un negocio de enmarcado de cuadros. Lleva cincuenta y pico años de alta. Ya podía haberse jubilado si hubiera querido. Todo normal, sin deudas ni nada extraño.

Sandra no se detuvo ante aquella información tan poco interesante.

–¿Tiene trabajadores?

De nuevo se escuchó el golpeteo de los dedos sobre el teclado.

–Tuvo varios, pero ahora ninguno. Todos eran de aquí salvo el último, que es extranjero.

–¿Extranjero? ¿En una enmarcación de cuadros?

–Pues eso pone aquí. Constantin Georghiu, rumano. Estuvo de alta unos seis meses. Se le dio de baja por despido disciplinario.

–¿No se portaba bien en el trabajo?

–Eso no lo sé. Hasta aquí puedo llegar. No tengo más datos.

–Muchísimas gracias, Dori. ¿De verdad no puedo llevar mi tarta de manzana a tu cumple?

–De ninguna manera. Ya la traerás en otro momento. Con que vengas es suficiente.

Sandra se despidió y anotó el nombre del trabajador de Herminia. Le sonaba de algo. Lo

transcribió en el buscador de Internet y presionó la tecla Intro. Los resultados saltaron en décimas de segundo. Otro comunicado de la policía, igual de escueto. Las fuerzas del orden, en este caso de la Guardia Civil, había detenido a un sospechoso de receptación de obras de arte robadas, que llevaba meses habitando en Tenerife, bajo la identidad de Constantin Gheorghiu, que había resultado ser Amadeu Petrescu, sobre quien pesaba una orden de búsqueda y captura de la Interpol. El detenido había pasado a disposición policial. Hasta ahí llegaba la noticia.

Sandra tenía un nuevo nombre: Amadeu Petrescu. ¿A disposición judicial? Buscó de nuevo en su móvil el contacto de Montse Pozas, una compañera universitaria que se había presentado a las oposiciones de auxiliar judicial y las había sacado, para sorpresa suya y de todos sus amigos. Trabajaba en el Juzgado de Instrucción número cuatro de Santa Cruz, justo el que estaba de guardia aquella semana. No se lo pensó dos veces al marcar su número.

—¿Montse? Ya terminé la novela que me dejaste. Estaba guay. ¿Tienes otra de la misma autora?

—Claro. Tengo todas sus novelas. Nunca pensé que la novela romántica con aderezo sexual masoquista fuera a darme tan fuerte.

Sandra pensaba igual, no terminaba de creérselo. La novela le había parecido un disparate, pero ya que tocaba mentir aquel día, pues iba a continuar.

—Pues tienes que dejarme otra. Oye, una preguntita, ¿ha pasado estos días por ese juzgado un tal Amadeu Petrescu? Estoy tratando de atar varios cabos.

—Como no es secreto de sumario, no creo que infrinja ninguna ley si te digo que vinieron dos policías de la Interpol a llevárselo. Era algo de un delito de robo de algo importante, información reservada, en un país europeo hace más de veinte años. El juez lo soltó porque el delito había prescrito, para cabreo de los polis europeos.

—¿Información reservada?

—Eso dijeron, y no hubo forma de que ampliaran el dato.

—¡Vaya! ¿y nada más que sea interesante?

—Hay algo, pero no puedo contártelo. Esto sí que es secreto de sumario.

No había nada que estimulara más a Sandra que los secretos de sumario.

—¿Cómo? ¿Y me vas a dejar así? Mira que pensaba regalarte la última novela de E.L. James, «Las doscientas penumbras del Sr. Gris».

—Si todavía no se ha publicado.

—Sí, pero yo la tengo en inglés. ¿No te interesa?

—Claro que me interesa. Eres perversa, pero me gustas. Resulta que el tal Petrescu es sospechoso de asesinato.

—¿De asesinato nada menos? ¡Cómo ha cambiado el cuento!

—En su casa apareció muerto, con señales de violencia, un hombre alemán, un ex militar que se dedicaba a recuperar tesoros robados.

Sandra anotó la noticia en su cuaderno a toda velocidad.

—¿Tesoros robados? ¡Esa sí que es una noticia de las buenas!

—Pues el tipo se ha escapado y el juez ha dado orden de busca inmediata. La policía está que trina. Lo tuvieron en sus manos y se les ha escurrido.

—Conozco a alguien en la policía. Será mi próxima llamada. Muchísimas gracias, Montse.

—No te olvides de la novela. Estoy esperando por ella.

Sandra colgó y estuvo a punto de llamar a Galán, pero se lo pensó mejor. Le dio vueltas a la cabeza tratando de ordenar los datos recabados por teléfono y llegó a una conclusión. Había dos personas que le debían una o varias aclaraciones: Dámaso Barreto y Herminia Saqueti, marido y mujer, ambos no le habían dado toda la información o le habían mentado. Le debían una

explicación, y se la iban a dar.

A Olegario no le había costado nada encontrar la dirección de Petrescu que le facilitaron en la tienda Movistar. Conocía el barrio, una amiga de antaño había vivido por allí, por lo que sabía de antemano dónde era mejor dejar el coche y acercarse a pie. En la misma calle iba a ser difícil encontrar aparcamiento.

El chófer llegó a la esquina superior de la calle y echó un vistazo. Todo estaba tranquilo y no había nadie paseando por las aceras. Avanzó despacio por la de la izquierda contando los números de gobierno situados encima de las puertas de las viviendas. Cuando llegó al diecinueve se detuvo. Dos bandas de color azul y blanco se cruzaban por delante de la entrada. Un papel adhesivo sobre ellas anunciaba que aquel domicilio se encontraba precintado por orden judicial.

Olegario comprendió que la policía ya había pasado por allí. En ese momento se abrió la puerta de la casa de al lado, a su derecha, y salió una mujer con una bolsa de la compra vacía. El chófer quiso salir de dudas.

–Buenos días, señora. ¿Sabe lo que ha ocurrido aquí? Venía a ver a un conocido mío y me he encontrado con esto.

La mujer, entrada en carnes y en desencantos, miró a Olegario con cierto interés. El chófer conocía esa mirada en algunas mujeres. Su cuerpo de ex boxeador, feo, fuerte, casi salvaje, creaba un efecto similar en muchas de ellas.

–Buenos días –respondió por fin–. La policía llegó ayer y no pararon de entrar y salir en toda la mañana. Tuvo que haber un muerto, ya que sacaron un cuerpo totalmente cubierto en una camilla.

–¿Un muerto? ¿Sabe cómo murió?

–Si hubiera sido plácidamente en la cama hubieran venido el cura, el del seguro de vida, y el de la funeraria, y no fue así.

–¿Un asesinato entonces?

La mujer tardó un poco en responder. Sentía que tenía el poder de la conversación en su mano.

–Eso parece. Hasta policías extranjeros estuvieron por aquí. Por el tiempo que estuvieron, estoy segura de que hicieron un registro a fondo.

–Por lo que me dice, no parece que el muerto fuera quien vivía en la casa.

–Ya le digo que no. Un par de policías tocaron en mi puerta y me preguntaron si había visto salir al señor que vivía allí. Si hubiera sido él el muerto, no me habrían preguntado eso.

Olegario sonrió ante la conclusión de la mujer.

–Es usted muy inteligente –le dijo, zalamero–. Una última pregunta. ¿Hace tiempo que no lo veía? Me refiero al inquilino.

–No es que yo esté controlando lo que hacen mis vecinos, pero le puedo decir que no pasó la noche en su casa. Hubiera notado los ruidos. Solo me pareció escuchar la ducha temprano por la mañana, pero no puedo asegurarlo.

Olegario decidió que lo que decía aquella mujer podía ser considerado tan cierto como un dogma de fe. Algunas vecinas eran así. Sabían con toda certeza lo que ocurría en el vecindario.

–Pues vaya –dijo, con tono abatido–, imagino que usted no sabrá a dónde puede haber ido.

La mujer sonrió con aire misterioso, dejando entrever que disponía de más información de la que Olegario había sido capaz de sonsacarle.

–No es que sepa qué hacen mis vecinos cuando salen de sus casas, pero de igual modo que le dije que anoche no dormí en su casa, sí puedo decirle que la anterior sí dormí, al menos unas horas, ya que llegó acompañado.

–¿Acompañado? ¡Qué interesante! ¿Compañía femenina?

La mujer se asombró de la pregunta.

–Claro. El hombre que ocupaba la casa era de los que les gustan las mujeres, no tengo dudas.

–¿Y había visto a la acompañante antes? Solo lo digo por si yo la conozco.

Aunque la frase había sonado a disculpa culpable, la mujer no tuvo reparo en contestar.

–Si conoce a la acompañante es que no va por buen camino en la vida.

Olegario no esperaba la respuesta. Comprendió de inmediato.

–¿Era compañía pagada? ¿Está segura?

–Una mujer siempre está segura de esas cosas. Se nota enseguida.

El chófer no se planteó ni por un momento discutir aquella afirmación.

–La entiendo. Un último detalle. ¿Era morena, rubia, alta, baja?

–Una morenaza alta y con algún kilito de más. Algo mayor para dedicarse a eso, pero todavía resultona. Si le sirve de algo, a ella se le cayó una pitillera del bolso al entrar en la casa. La tengo guardada para dársela al inquilino en cuanto lo vea. Cuando la descubrí en la acera decidí que no era el mejor momento para interrumpirlos.

–¿Podría verla? Si quiere, yo mismo puedo dársela.

La mujer se lo pensó dos veces, pero decidió que era una manera de quitarse un compromiso de encima. Abrió la puerta de su casa y entró. Debía de tenerla a mano, ya que salió al instante portando una tabaquera pequeña de color rojo encendido, que le ofreció. Olegario la tomó con delicadeza. Le echó un vistazo y de inmediato supo quién era la propietaria.

–Se lo agradezco mucho.

–De nada. En la parte superior aparece escrita la palabra Casi. ¿Es un nombre, por casualidad?

Olegario respondió ilustrando su rostro con una sonrisa amplia.

–La verdad, señora, es que no tengo la menor idea.

Marta esperaba a Pedro Hernández en la puerta de la Comisaría de la calle del Agua. La había llamado el subinspector Ramos para pedirle que echara un vistazo a una estatua que les había llegado procedente de un registro de la Guardia Civil que, según él, tenía un cierto interés histórico. Ramos se había mostrado algo renuente a dar detalles y había insistido en que se acercara al centro policial y, si era posible, acompañada por un especialista en arte canario. La arqueóloga no se lo había pensado dos veces y llamó a Pedro, que sabía más que nadie de arte local, sobre todo de La Laguna.

A los tres minutos de espera, proveniente de la calle Anchieta, apareció la figura delgada y elegante del archivero, caminando a un ritmo constante, pero sin dar la impresión de tener prisa. Cuando la vio le regaló una sonrisa.

–Hay semanas en que no nos vemos y hoy nos toca dos veces –dijo, a modo de saludo.

–Esta vez no he sido yo quien ha provocado la reunión –contestó, tras los besos de rigor–. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado precisan de nuestra ayuda.

–Pues se la prestaremos. –Pedro se detuvo en el espacio de entrada de vehículos y personas. Un par de palmeras daban la bienvenida al recinto–. La verdad es que es la primera vez que entro en una comisaría.

–Si no lo haces esposado, no hay problema. Es lo que me dice siempre Antonio.

–Tú estás más familiarizada con el cuerpo policial, de eso no hay duda.

Marta se rio del comentario.

–Entremos, el subinspector Ramos nos espera.

Marta pasó por delante del cristal donde un agente controlaba la entrada y lo saludó con un ademán, que fue correspondido desde dentro. La visita de Pedro y Marta estaba prevista en el registro. Entraron por la primera puerta a la izquierda, pasaron por un distribuidor amplio provisto de máquinas de café y de refrescos y subieron por la escalera al primer piso.

–¿No te han dado detalles de la razón por la que nos han llamado? –preguntó Pedro al llegar al primer descansillo.

–Ya te lo dije. Una estatua procedente de un registro. Seguro que es robada y necesitan buscar al dueño.

–Pues no sé si vamos a ser muy útiles a menos que sea una pieza muy conocida.

Ambos llegaron al final de la escalera y giraron a la izquierda. El despacho de Ramos era la tercera puerta a la derecha, Marta conocía el camino. Al escuchar los pasos, Ramos se asomó al pasillo.

–Buenas tardes –les dijo, indicándoles que entraran–. Muchas gracias por venir. No les entretendré mucho.

Marta y Pedro se sentaron en unas sillas de plástico negro y duro, que parecían diseñadas para que nadie se sintiera cómodo en ellas, y Ramos lo hizo enfrente, en otra con ruedas y acolchado de tela que parecía levemente más confortable.

–Como saben, el inspector Galán está ocupado en otros casos, así que me ha pedido que yo lleve este asunto.

Los recién llegados asintieron de modo amable, invitándolo a seguir.

–En una operación amplia contra bandas organizadas, la Guardia Civil requisó varios objetos que presuntamente provienen de actos delictivos. Uno de ellos nos ha llegado a nosotros por sus características especiales. Se trata de una obra de arte, según dice la diligencia de remisión, originaria de La Laguna.

–No sabía que la Guardia Civil tuviera expertos en arte –dijo Pedro.

Ramos sonrió.

–No los tiene, y nosotros tampoco –contestó–. Por eso están ustedes aquí.

–Perdone –repuso Pedro–, no pretendía ser descortés.

–No lo ha sido. Trabajamos con hipótesis y hay que salir de dudas.

El policía se levantó y se acercó a una mesa auxiliar sobre la que se encontraba una caja de cartón grueso de casi un metro de alto.

–No es una lavadora, aunque lo parezca –bromeó Ramos.

Con más facilidad de lo esperado por Marta, el subinspector cogió la caja con ambos brazos y la trasladó a su mesa de trabajo. Ante la mirada expectante de sus invitados, abrió la parte superior, metió las manos en su interior y extrajo la talla, que depositó al lado. Luego retiró la caja.

Marta miró con curiosidad a la estatua; una santa, vestida de oscuro, que portaba una especie de palma en una mano. Pedro no compartía la curiosidad, estaba completamente estupefacto.

–¡Es la Santa Bárbara de San Agustín! ¡No puedo creerlo!

La arqueóloga miró la escultura con otros ojos. ¿De San Agustín?

–Explica eso, Pedro.

Pedro se volvió de la estatua a Marta y de esta a Ramos, que también estaba atento a lo que pudiera decir.

–Esta imagen se encontraba en el retablo del Cristo de Burgos en la iglesia de San Agustín cuando el templo se incendió en 1964. Siempre se ha considerado que se quemó en esa fecha. No hay constancia de que nadie la salvase del fuego.

Marta volvió a mirar a la Santa Bárbara, cuyo rostro permanecía impassible mirando al infinito.

–¿No podría tratarse de una copia? ¿O de una santa de otra iglesia?

Pedro negó categóricamente con la cabeza.

–Esa imagen es única. No hay otra remotamente parecida en ningún registro que yo haya visto, y son unos cuantos. En cuanto a su autenticidad, podríamos hacer alguna prueba a la pintura que cubre la madera original, pero esta pátina de antigüedad que ves en ella me dice que tiene alrededor de trescientos años.

Marta dio por buena la explicación y miró a Ramos.

–¿Sabemos cómo llegó a parar al domicilio en que la incautaron?

Ramos se echó atrás en el asiento, siempre lo hacía cuando no estaba seguro de lo que afirmaba.

–Poco y mucho. No sabemos nada de cómo llegó al domicilio de la persona que fue objeto del registro. Y no lo sabemos porque no ha soltado prenda. Se llegó hasta él porque dos delincuentes comunes que se dedicaban a revender mercancía robada y droga, lo señalaron como quien les había facilitado la estatua.

–Pues habrá que interrogarlo más a fondo –dijo Marta.

–Ese es el problema. No lo tenemos. Por lo visto, se trata de un antiguo malhechor cuyos delitos han prescrito y el juez lo dejó en libertad por esa razón. Otra cuestión es que, con posterioridad, se ha convertido en sospechoso de asesinato. Lo estamos buscando.

A Marta y a Pedro les costó asumir toda la información.

–¿Asesinato? –preguntó Marta–. No veo la relación.

–Ni nosotros tampoco –contestó Ramos–. Pero lo averiguaremos. Necesitaría que uno de ustedes emitiera un breve informe sobre el origen de la estatua. Es para el juez, que decidirá el destino final de la misma. Si quieren, pueden incluir propuestas al respecto.



–Desgraciadamente, no puede volver a la iglesia de San Agustín, que es donde debería estar – se quejó Pedro.

–Tal vez pueda hablar con los responsables del Ayuntamiento y le hagamos un hueco en la rehabilitación. La talla lo merece –dijo Marta.

–Es una imagen de culto, no lo olvides. Creo que estará mejor en una iglesia. El hecho de que se haya salvado podría ser considerado un milagro y atraer el fervor de los fieles.

–Pongan todo eso en el informe –terció Ramos–, que el juez no tiene ni idea y estará encantado de tomar la decisión basándose en el criterio de expertos.

Petrescu descansaba sobre una cama con las sábanas color púrpura, a tono con las cortinas y la lámpara de uno de los reservados de Casa Tere, y pensaba pasar allí las próximas horas. Había comprado el derecho a permanecer en aquel lugar la noche entera. A su lado, la Casi se fumaba un pitillo, ignorando cualquier normativa sobre el uso del tabaco en lugares de trabajo. Para el rumano sería la última vez que pisaba aquel garito. Era predecible que tarde o temprano sus perseguidores comenzaran a investigar aquel tipo de establecimientos, si no lo estaban haciendo ya. Debía moverse, y rápido. No podía estar en aquella isla más de veinticuatro horas más. Es lo que tardarían en atraparlo. El plazo estaba claro.

El rumano sentía que su buena suerte se estaba acabando. No hacía falta ser muy perspicaz para adivinar que toda la policía española se encontraba en aquellos momentos tras sus pasos. La aparición de aquel tipo en el baño de su casa, alemán debía de ser por cómo juraba mientras forcejeaban, no le sorprendió. Desde el momento en que lo identificaron por las huellas dactilares, se habrían disparado todas las alarmas en Europa y su plan se había venido abajo. Strondheim iba a enviarle sicarios uno tras otro hasta que dieran con él. Ya no quedaba otra que jugársela a todo o nada.

Tenía que hacerse con el cuadro que escondió Saqueti. Campari se lo dejó bien claro cuando lo visitó en su casa de Sarajevo. Él y su padre se lo dejaron al enmarcador italiano en custodia cuando coincidieron en Génova a finales de 1963. Saqueti prometió conservarlo durante el tiempo que fuera necesario. Estaba en deuda con Campari después de lo que había hecho por él, librándolo de las garras de la Mafia siciliana y enviándolo muy lejos, a la isla canaria de Tenerife, donde no pudieran encontrarlo. Saqueti había comprometido su honor en la custodia del objeto que le fue entregado, y eso, entre italianos, era algo sagrado.

Sin embargo, Campari trató de recuperarlo en 1971 y se encontró con que Saqueti había muerto. Su hija dijo que no sabía de qué le estaba hablando cuando le recordó la promesa de su padre. Herminia era más lista de lo que parecía. Petrescu estaba seguro de que ella había engañado a Campari, que sabía mucho más de lo que aparentaba. Pero había llegado a dudar de que fuera consciente de la importancia del objeto buscado. Más bien parecía que guardaba otro secreto, algo de lo que nunca hablaría y cuyos fantasmas la atormentaban. Pero eso a él le daba igual, solo quería lo que su padre y Campari le entregaron a Saqueti, y debía recuperarlo cuanto antes.

Las indagaciones personales que llevó a cabo lo más discretamente posible le llevaron a buscar y encontrar los libros de trabajo de Saqueti. De una larga lista de trabajos del italiano fue desechando posibilidades hasta quedarse con una sola posibilidad: el maestro italiano había manipulado un cuadro del pintor Martín González. ¿En qué consistía la manipulación? Petrescu no estaba seguro, pero lo averiguaría en cuanto tuviera el cuadro en sus manos. Solo era cuestión de examinarlo con tranquilidad.

Lo que no se imaginaba es que de un cuadro existieran dos originales. Ese detalle lo volvió loco. En los libros de encargos de Saqueti se hablaba de un «profesor», destinatario de la pintura. Sus investigaciones le llevaron a una persona equivocada. Un profesor de pintura fallecido hace años, que era el propietario de ese cuadro. O mejor dicho, de uno de los dos cuadros, como averiguó después. Su viuda era una mujer obstinada que no quería desprenderse de la pintura por nada del mundo, y mucho menos permitirle que lo examinara y desmontara del marco. Había planeado entrar en su casa durante su ausencia diaria a la misa en la catedral y, en un momento de descuido, había introducido polvos de *Alzaprolan* en el azúcar, los suficientes para dejarla dormida durante un rato largo. No podía prever que la mujer se echara en el café doble o triple

ración del azúcar falso. Tal vez se hubiera olvidado de que ya se lo había puesto, y que la sobredosis acabara con su vida. Fue cuestión de mala suerte. Pero peor suerte fue comprobar que el cuadro, que era auténtico, no contenía lo que él estaba buscando. Ni en el lienzo ni en el marco. La solución a semejante enigma vino, casi por milagro, cuando un investigador contratado encontró en la prensa antigua la noticia de la existencia de otra versión del mismo cuadro. Pero la visita al domicilio del difunto propietario, el profesor Montes, se saldó de nuevo con fracaso. El cuadro no estaba.

Sin embargo, de nuevo la suerte acudió en su ayuda. La Casi conocía a la señora cubana que limpiaba en ambas casas, otra feliz casualidad, y por ella averiguó que el cuadro había ido a parar a casa del sobrino del profesor, un tal Luis Ariosto, un tipo conocido en la ciudad cuya casa llamaba la atención. Y a él le atraía como un imán.

–Esta noche me levantaré pronto. Iré a dar una vuelta –dijo el rumano.

–¿A dónde vas?

–Querida, no hagas preguntas. Volveré enseguida, no me esperes despierta.

Petrescu echó un vistazo a la mujer. Había dudado sobre si era necesario eliminarla, pero decidió que no. Se había portado bien y no sabía nada que pudiera comprometerle. Y ya llevaba suficientes crímenes a sus espaldas. Y los que vendrían si alguien se interponía en su camino. Porque de una cosa estaba seguro: se quitaría de en medio cualquier obstáculo que se le presentara por la vía rápida.

Sin el menor escrúpulo.

La sala de llegadas del aeropuerto Tenerife Sur Reina Sofía estaba atestada. El exterminador, un alemán de uno ochenta que rondaría los cincuenta, de complexión fuerte, ojos acerados y pelo teñido de negro para no parecer demasiado alemán, se encontró con un espacio estrecho lleno de pasajeros que no sabían dónde ir y unas decenas de empleados de agencias turísticas que les esperaban exhibiendo carteles que lucían nombres particulares o de tour operadores. Su vista entrenada pasó rápidamente por todos los nombres hasta que encontró el de Rosenberg y se dirigió a quien lo portaba.

–¿Señor Rosenberg? –preguntó un hombre vestido de traje y corbata, demasiado elegante para un entorno en el que la mayoría de los viajeros, turistas, iban en camiseta y bermudas.

–Soy yo –respondió en perfecto castellano con algo de acento sudamericano–. ¿Es usted el abogado Corujo?

–Así es. Bienvenido a Tenerife. Venga conmigo, que tengo el coche fuera.

Rosenberg siguió al abogado deslizándose entre el gentío hasta salir del enorme edificio aeroportuario. Fuera, en una explanada donde paraban los autobuses turísticos y de línea, esperaba un Mercedes oscuro con chófer al volante. A Rosenberg le agradó la elección de la marca del automóvil. Los dos hombres se sentaron detrás, después de dejar la maleta de mano en el asiento del copiloto. El automóvil arrancó desde que se cerraron las puertas.

–El trayecto hasta La Laguna es de unos cincuenta minutos, o algo más, depende del tráfico –informó el abogado–. Póngase cómodo.

Rosenberg no estaba allí para ponerse cómodo, pensó.

–¿Ha recibido la petición de información y las instrucciones del señor Munchausen?

Rosenberg, que no se llamaba Rosenberg, viajaba con documentación falsa, y Corujo había recibido unas sustanciosas transferencias bancarias procedentes de un discreto banco suizo de su cliente, un tal Munchausen, nombre también falso que ocultaba al señor Strondheim, para que averiguara determinados datos esenciales para la misión del recién llegado.

–La he recibido y cumplimentado –contestó Corujo–. Me ha costado un poco, pero tengo toda la información que me pidió. Los dos policías de la Interpol se llaman Leclercq y Hauser y se hospedan en el Hotel Nivaria, en el centro de La Laguna. He reservado una habitación para usted en un piso distinto del mismo hotel.

Rosenberg asintió. Ya tenía localizados a los policías europeos. Corujo prosiguió.

–Ambos policías tienen alquilado un automóvil del que conozco la matrícula y el lugar donde lo aparcan, que pertenece al hotel. A veces se desplazan en los vehículos oficiales de la policía española, pero les gusta ser independientes.

Rosenberg siguió escuchando. El detalle del estacionamiento del coche alquilado era importante.

–En lo que respecta a Petrescu, está en situación de busca y captura y se ha dado aviso a todos los Cuerpos de Seguridad del Estado, nacionales y locales, con su descripción para lograr su detención. Esta isla no es tan grande, tarde o temprano siempre detienen a los sospechosos.

–Yo no estaría tan seguro en este caso –comentó el alemán–. Petrescu tiene muchos recursos.

Corujo levantó una ceja en un gesto involuntario de contrariedad ante la objeción, pero no dijo nada.

–¿En cuanto a los otros detalles? –inquirió el alemán.

Corujo bajó la voz a un siseo. Tomó un maletín del suelo del coche.

–Aquí tiene la pistola que encargó el señor Munchausen. No sabe lo difícil que es hacerse con

un arma aquí.

–Me imagino que con la munición correspondiente.

–Con todo lo que pueda necesitar. Es completamente ilegal, obtenida en el mercado negro. Le advierto que no he probado su funcionamiento. No sé hacerlo.

–Ya me encargaré yo. Si hay algún problema, ya buscará otra.

Corujo tragó saliva, el tono seco e imperativo del alemán le estaba acongojando. Deseaba terminar cuanto antes con aquel asunto.

–¿Qué hay de mi movilidad? –preguntó Rosenberg.

–He alquilado a nombre de un conocido un BMW potente y rápido, y una moto de alta cilindrada de la misma marca, tal como pidió. Están esperándole en el aparcamiento del hotel, en el mismo lugar donde se encuentra el coche de los policías europeos.

–Perfecto. Tal vez pueda necesitar un chófer.

Corujo indicó con un gesto de la cabeza a la persona que guiaba el Mercedes.

–Fermín estará a su disposición para ello. Le daré su número de móvil. Pero le ruego que solo disponga de él cuando sea estrictamente necesario.

–No se preocupe –respondió Rosenberg–. Tengo la intención de pasar desapercibido para cumplir mi misión.

Corujo no sabía cuál era la misión de Rosenberg, y tampoco tenía ganas de imaginársela. Su ansiedad ante la posibilidad de estar colaborando en un posible delito se atenuaba cada vez que recordaba el importe, con muchos ceros, de la última transferencia recibida.

–Respecto al cadáver de Mainz, estoy a la espera de instrucciones sobre lo que debemos hacer.

El alemán se giró hacia el abogado.

–No sé quién es ese Mainz, ni me interesa. Despache el asunto con el señor Munchausen. Y ahora, déjese de cháchara, que necesito concentrarme.

Corujo levantó la otra ceja y, aunque se sintió maltratado, decidió obedecer. Miró su reloj y con consternación se percató de que todavía faltaban cuarenta minutos para llegar a La Laguna. El viaje se le iba a hacer larguísimo.

Sandra se encontraba sentada en las mesas exteriores de la tasca El Obispado, controlando la calle Herradores. Había elegido la que estaba más cerca de la estufa, que calentaba algo, pero que no ahuyentaba el frío de la tarde lagunera por completo. Llevaba dos cortados leche y leche, el segundo descafeinado, cuando vio salir del edificio donde tenía la sede la asociación *Pax Mortuis* a Herminia Saqueti.

Como ya había pagado, nada la retuvo para levantarse a su vez y seguirla a distancia. A pesar de que estaba oscureciendo, había el suficiente número de personas en la calle para pasar desapercibida.

Herminia giró a la izquierda por Núñez de la Peña y se perdió de vista. Sandra avivó el paso hasta llegar casi a la marcha atlética, sabedora de que había otra esquina cerca, la de la calle de La Carrera, donde podía tomar direcciones distintas. Al llegar al cruce, logró divisarla a tiempo para saber que tomó a su derecha, en dirección a la catedral. Siguió con su ritmo acelerado hasta llegar a la intersección y la localizó unos treinta metros más allá. Comprobó que le había recortado distancia.

Dispuesta a no perderla de vista, continuó su marcha rápida, aunque algo más lenta para no llamar la atención. Cuando Herminia, al llegar a la plaza de la Catedral, giró a la izquierda, Sandra dedujo a dónde iba. El taller de Barreto se encontraba en la calle Bencomo, pasado el templo principal de la ciudad y la Gerencia de Urbanismo, casi llegando a la esquina con Viana.

«Tanto mejor», pensó, «así los tengo a los dos juntos».

Sandra no se equivocó y, a distancia, observó a Herminia abriendo con su propia llave la puerta del taller, a aquella hora cerrado. Continuó, a un paso mucho más lento, tal vez por cierto nerviosismo que sentía, hasta llegar a la altura del negocio. Desde fuera no se atisbaba el interior, unas persianas caídas tras las ventanas no permitían la visión. Sandra dudó un segundo qué hacer, recordó las extrañas historias que le había contado la pareja, y se inflamó de la suficiente indignación como para avanzar dos pasos y tocar el timbre.

La puerta se abrió y Barreto apareció al otro lado. Reconoció a Sandra al instante con una expresión perpleja.

—Saqueti no murió en ningún barco —le espetó la periodista a bocajarro—. Y su amigo, Bethencourt, tampoco.

El hombre tardó un par de segundos en procesar la información y se rehízo de la sorpresa.

—¿Quiere usted hablar conmigo? —preguntó—. ¿O ya ha soltado lo que quería decir y se va? Detrás de Barreto se asomó Herminia, extrañada.

—¡Ah! Es la chica periodista —dijo la mujer—. Deja que pase, Dámaso.

El hombre puso cara de no estar muy de acuerdo con la decisión, pero se hizo a un lado, permitiendo la entrada a Sandra, que no dudó un instante en cruzar el umbral.

Un pequeño recibidor con mostrador daba paso a una sala amplia de trabajo, con varias mesas llenas de máquinas y herramientas de carpintería, además de botes de pintura y de otros líquidos que la joven no supo reconocer. Olía intensamente a barniz y a serrín. La pareja se sentó en un par de sillas en el espacio que existía entre las mesas. Sandra hizo lo propio en otra, cercana a la puerta de salida, solo por si acaso.

—¿Qué le trae por aquí, señorita? —preguntó Herminia, que la escrutó con una mirada fría—. Pensé que ya había averiguado todo lo que necesitaba.

Sandra tragó saliva antes de contestar.

—El señor Barreto me dijo que su padre, el señor Saqueti, había muerto en una travesía marítima

de Italia a Tenerife. Lo he investigado, y no hubo ninguna muerte en los barcos que hacían la ruta a América en 1964.

Herminia no pareció sentirse afectada por la frase de Sandra.

–El señor Barreto tiene la memoria frágil y una imaginación muy fértil –contestó. El hombre se mantuvo con cara de póquer–. ¿A qué viene ese interés por mi padre?

Sandra comenzó a sentirse más segura.

–Estoy investigando desapariciones de personas, y en la prensa del día 3 de junio de ese año aparece el nombre de su padre, Maurizio Saqueti. El mismo día, otro hombre, Juan Bethencourt, también desapareció sin dejar rastro. El señor Barreto me ofreció una explicación inexacta. Ni su padre ni Bethencourt murieron en ningún barco.

Herminia miró de reojo a Barreto, fulminándole con los ojos.

–No sé quién es ese señor Bethencourt. Mi esposo quiso rebajar la tragedia que sufrí yo inventándose la historia del barco. La realidad es que mi padre se fue a Italia por aquella época, y nunca más volvió. Me abandonó. Yo era una jovencita por aquella época, y menos mal que tenía a Dámaso para salir adelante.

La nueva historia era más creíble que la anterior, pero Sandra no estaba convencida del todo.

–¿Y dónde y cuándo murió?

–No lo sabemos. Y si quiere que le diga la verdad, tampoco queremos saberlo.

Sandra vio que por ahí tenía poco recorrido. Debía cambiar de táctica.

–¿Les suena el nombre de Amadeu Petrescu?

La mujer abrió un poco los ojos. El detalle no le pasó desapercibido a la periodista.

–No me suena –contestó Herminia.

–Pero estoy segura de que a Constantin Gheorghiu sí lo conocen.

–Trabajó para mí unos meses –respondió Barreto–. Era un artista de las molduras. Por eso lo contraté.

–¿En qué consistió el despido disciplinario?

–No creo que eso le deba importar mucho, señorita –contestó el hombre, visiblemente incómodo.

Herminia le puso la mano en el brazo a su marido, pidiéndole la palabra.

–No tenemos nada que ocultar, Dámaso –le dijo, y se volvió a Sandra–. Estamos seguros de que nos robaba. Veníamos notando que faltaban cosas en el taller: pintura, herramientas, incluso alguna pieza que nos dejaron para restaurar. No pudo ser otro que él. Por eso lo despedimos.

Sandra notó el cambio al uso del plural. Si a Petrescu lo había contratado Barreto, lo habían despedido los dos.

–¿Sabe usted que ese hombre es sospechoso de asesinato?

La noticia sorprendió a la pareja.

–No teníamos ni idea. ¿Asesinato? –preguntó Herminia.

–Como lo oye. ¿Cree que pudo ser el autor de la explosión de anoche en la iglesia?

Herminia volvió a su pose hierática.

–No le veo la relación, pero es posible que un malhechor vaya por ahí haciendo de las suyas.

–¿Cree que puede haber alguna conexión entre la explosión y la leyenda del fantasma del caballero Salazar? ¿Era de su familia?

Barreto cruzó y descruzó las piernas, estaba claramente a disgusto. Herminia mantuvo su pose tranquila.

–A la primera pregunta, no se trata de una simple leyenda. Mucha gente puede atestiguar que lo ha visto. Y no creo que esté nada contento por lo que pretenden hacer el alcalde y esa arqueóloga

en la iglesia. Y yo tampoco, no es un secreto. A la segunda pregunta, sí, fue un antepasado familiar del que estoy orgullosa.

–¿Y el caballero Salazar está enterrado en la tumba que usted trata de evitar que se toque?

–De eso nadie está seguro. Lo lógico es que así sea, pero ha pasado tanto tiempo que nadie puede afirmarlo con rotundidad. Pero eso no es importante. Yo deseo, al igual que otros miembros de la asociación, que se dejen los restos de mis abuelos en paz. Estoy en mi derecho.

–Se están dando muchas circunstancias para evitar que se toque esa tumba –dijo Sandra, asombrándose de su atrevimiento–. Tal vez exista alguna respuesta a todos estos enigmas debajo de la losa sepulcral.

–No veo que exista ningún enigma, señorita, salvo en su imaginación. –respondió Herminia con sequedad, y miró forzosamente su reloj–. Creo que es hora de retirarnos. Se hace tarde.

Sandra se levantó como un resorte, sabía que la reunión había terminado.

–Ya me voy. Muchas gracias por su tiempo. Buscaré en los registros italianos la fecha de defunción de su padre. Tal vez le interese el dato. Y tengan cuidado, no vaya a ser que el señor Gheorghiu – Petrescu se le ocurra pasarse por aquí. Es muy peligroso.

–Estaremos atentos, gracias –dijo Barreto y le indicó el camino de salida.

Sandra salió de la casa con una breve despedida y el enmarcador cerró la puerta de inmediato. Cuando volvió al taller, su mujer se mantenía pensativa.

–No me gusta nada esa chica –dijo el hombre.

–A mí tampoco. Convendría que hiciéramos algo al respecto. Hablaré con quien tú sabes. Me debe una después del fracaso de anoche. Y esta vez no puede volver a fallar.



–¡Qué agradable sorpresa, amigos míos!

Ariosto se había encontrado en la puerta de la Comisaría de La Laguna a Marta y a Pedro Hernández. Uno entraba y los otros salían. Se saludaron afablemente.

–¿Qué te trae por aquí, Luis? –preguntó Marta.

–Me ha llamado el subinspector Ramos para comunicarme los resultados preliminares del análisis de un cuadro de mi propiedad que es sospechoso de algo indefinido.

–¿Un cuadro sospechoso de algo? –rio Marta-. ¡Qué cosas tienes!

–¿Y ustedes? ¿Qué hacen en la casa de la seguridad del Estado?

–Hemos venido a reconocer a un desaparecido –dijo Pedro, siguiendo la broma.

Ariosto abrió los ojos con espanto fingido.

–¿No será un cadáver?

–No, al revés, la hemos devuelto a la vida.

–¿A quién?

–A una talla antigua de Santa Bárbara –aclaró Marta.

Ariosto pasó del asombro a la extrañeza.

–¿Aquí? ¿En una comisaría?

–Los designios del Señor son inescrutables, amigo Luis –dijo Pedro, mirando al cielo.

–Bueno, pues tenemos que quedar para contarnos estos extraordinarios enigmas. ¿Ya se van?

–Aquí ya hemos terminado –dijo Marta.

Ariosto sacó su móvil y marcó un número.

–¿Sebastián? ¿Sigue aparcado por aquí cerca? ¿Podría hacerme el favor de llevar a la profesora Herrero y a don Pedro Hernández a la Universidad y al Archivo Provincial?

Ariosto levantó un dedo en señal de que no admitía protestas.

–Déjenme hacer algo por ustedes, por favor –les pidió.

–Luis, lo haremos por no desairarte, pero íbamos a bajar en tranvía –replicó la arqueóloga.

–Así tengo ocupado a Sebastián, que el pobre se aburre en las esperas. Háganlo por él, no por mí.

Olegario llegó con el Mercedes negro y recogió a la pareja. Ariosto se despidió de ellos y entró en el edificio policial tras identificarse con el agente de la puerta.

Ya conocía el camino hasta el despacho de Ramos, y al llegar tocó con los nudillos en la puerta abierta.

–Buenos días. ¿Da usted su permiso, mi subinspector?

Ramos se levantó de su silla y le estrechó la mano.

–Aquí no estamos en la milicia, don Luis, puede dejarse de formalidades.

–Usted me recuerda a un suboficial bajo cuyo mando serví en el ejército.

–Seguro que era un sargento con mala leche, como debe ser.

Ariosto sonrió y no contestó, pero Ramos tenía toda la razón.

Ambos se sentaron. El policía tomó un folio y lo exhibió en alto.

–Como ya le dije por teléfono, tenemos el informe preliminar.

–¿Y qué dice?

–A la pintura le han hecho algunas pruebas reactivas, pero la más resolutiva ha sido una placa de rayos X.

–Hay qué ver lo que se hace hoy en día –comentó Ariosto, preguntándose cómo colocarían un cuadro en la consulta donde le hicieron la última radiografía.

–No sé si se lo va a creer, pero resulta que debajo del paisaje de Martín González había una capa de pintura blanca.

–Eso ocurre a veces, para preparar la imprimación de las siguientes capas.

–Eso no es lo extraordinario, sino que, debajo de la capa blanca, hay otra pintura. Parece un retrato.

Ariosto no se esperaba la noticia.

–No me lo puedo creer. Una pintura debajo de otra pintura.

–Exacto. Con una capa intermedia. El problema es que los técnicos no pueden acceder a la pintura más antigua sin disolver la más nueva. Y para eso hace falta su permiso.

Ariosto quedó espantado con la idea de que se disolviera la pintura de Martín González.

–Entiendo. ¿Tiene usted acceso a la radiografía? ¿Puedo verla?

–Por supuesto. Se ve mejor en la imagen del ordenador.

Ramos comenzó a teclear en el teclado sin dejar de hablar.

–Dice el informe que la imagen podría verse con mayor nitidez si se le hicieran a la pintura pruebas complementarias que escapan a las posibilidades del cuerpo de Policía.

–Es decir, si las paga alguien.

–A buen entendedor... –replicó Ramos–. Aquí está. Acérquese y podrá ver mejor la imagen.

A Ariosto no hizo falta que se lo dijeran dos veces. Se levantó en el acto y se colocó junto al subinspector.

La imagen era poco más nítida que una ecografía de un bebé a los cuatro meses, por lo que Ariosto tuvo que echarle algo de imaginación. Sin embargo, debajo de los trazos del paisaje canario pudo distinguir el contorno de una figura, muy débil, en una pose que le resultaba familiar.

Y entonces pareció reconocerla.

Y se quedó de piedra.

–No puede ser –dijo Ariosto en voz baja–. Es imposible.

Ramos lo miró con sonrisa maliciosa.

–¿Cree que es necesario hacerle más pruebas al cuadro?

–Más que necesario, es imprescindible –dijo Ariosto, ensimismado en la imagen–. Y de inmediato.

–Bueno, ya podemos volver al trabajo –indicó Marta al capataz–. El arquitecto municipal dice que todo está en orden.

Era media tarde y la cuadrilla se había congregado en el arco de la desaparecida puerta delantera de la iglesia. Sin embargo, los seis trabajadores se mostraban algo renuentes a entrar en el templo.

–Está segura de que no corremos peligro? –preguntó Marrero, el capataz–. La explosión se escuchó en toda La Laguna.

–¿Quiere ver el informe técnico del arquitecto municipal? Es muy claro al respecto. La estructura no ha sufrido daños. Se puede entrar a trabajar.

Marrero se hizo un poco el remolón.

–¿Y qué hay de lo otro?

–Qué es lo otro? –inquirió Marta.

–Pues eso. Lo otro –insistió el capataz en voz baja–. Lo del fantasma.

Marta no se esperaba la salida de Marrero.

–¿Qué fantasma? Aquí no hay ningún fantasma. En todo caso, en la calle, paseando, hay algunos cuantos, y de día.

–La gente habla, ya sabe. Se cuenta que un marqués, de esos antiguos, está enojado por algo y que vaga todas las noches por la iglesia.

–Esos son cuentos de viejas, Marrero. A eso, ni caso –Marta habló en términos expeditivos–. No se deje llevar por la ignorancia de unos cuantos.

El capataz se sintió con falta de argumentos que oponer.

–De acuerdo, entraremos. Pero si vemos algo extraño, no cuente más con nosotros. Nos iremos y no volveremos.

Marta estaba a un paso de la indignación, y había dejado atrás la paciencia.

–Pues venga, al trabajo. Ya verá usted cómo no va a ocurrir nada.

Los trabajadores se reunieron en torno a Marrero y hablaron entre ellos en voz baja. En un minuto todos asintieron y entraron en la iglesia.

Marta sintió la vibración de una llamada en su móvil. Lo sacó del bolsillo y comprobó que provenía de Emeteria Afonso, la jefa de prensa del alcalde.

–Buenos días, señorita Afonso.

–Buenos días profesora. ¿Es cierto lo que se dice por ahí? ¿Qué hay un fantasma en la iglesia?

–Los fantasmas no existen, señorita Afonso –replicó Marta.

–¿Cómo que no? Todo aquel que es alguien en La Laguna tiene un fantasma en su casa. Pregunte y verá que es así. De cualquier manera, al alcalde le encanta la noticia. La leyenda atraerá la atención sobre los trabajos de la iglesia y eso es popularidad, y la popularidad conlleva votos. A la alcaldía le interesa que se mantenga viva la cuestión del fantasma, así que le ruego que no la desmienta. Ni que sí, ni que no, ¿le parece?

–Señorita Afonso –repuso Marta, con un pie posado en la indignación, que ya había llegado–, los fantasmas no existen. Y no pretenda convertir mi trabajo en un circo. Procure tener apartados de mí a los periodistas y no tendré que hacer declaraciones, ni a favor ni en contra. Y ahora, me gustaría poder comenzar a trabajar. Cuanto antes empiece, antes acabaré.

A Emeteria le gustó la idea de que aquella arqueóloga tan profesional acabase pronto y se fuera de allí.

–No le quitaré más tiempo– dijo, y colgó.

Marta se quedó mirando el teléfono, preguntándose cómo se podía ser tan maleducada, y al mismo tiempo se sintió aliviada de que la conversación hubiera terminado.

Iba a guardar el teléfono en el pantalón cuando volvió a sonar. Suspiró y miró la pantalla: era Sandra. Pulsó el botón de recepción de llamada.

–Marta, ¿sabías que la presidenta de la asociación que se opone a tu trabajo es de la familia Salazar?

–Sí, eso he oído. Es lo que explica que se oponga a todo.

–No solo es eso. Su padre desapareció en extrañas circunstancias en la época del incendio de la iglesia. Y he estado dándole vueltas a la historia, y no me extrañaría nada que ambos sucesos pudieran estar conectados.

Marta no supo qué decir ante tal teoría.

–¿Tienes alguna prueba?

–Todavía no, pero estoy en ello. La actitud de la presidenta y de su esposo son de lo más sospechoso. Voy a pedir ayuda y a seguir rebuscando.

–Muy bien, pues avísame si encuentras algo que me pueda afectar.

Tras despedirse, Marta apagó el teléfono para no recibir más llamadas y se acercó a sus ayudantes arqueólogos, que la esperaban, junto a los obreros, al pie de una de las tumbas.

–Empezaremos por esta, como tenemos planeado –les dijo a todos.

El suelo estaba completamente limpio de tierra y en el pavimento destacaban, muy gastadas, las losas que cubrían los enterramientos. Sobre ellas aparecían, deterioradas por el tiempo y por el incendio, las inscripciones propias de cada familia y los dibujos de escudos nobiliarios y de calaveras sobre tibias cruzadas. Tras limpiar concienzudamente la rendija que rodeaba la losa en todo su perímetro. Marrero introdujo con cuidado una palanqueta en uno de los laterales. La encajó en la hendidura e hizo palanca con su cuerpo. Al segundo intento, la piedra comenzó a levantarse.

–No se toca desde hace más de cincuenta años, por lo menos, tal vez mucho más –comentó Marta–. Es normal que cueste un poco.

En cuanto la lápida se separó unos centímetros del suelo, los ayudantes introdujeron cuñas de madera por debajo para conservar lo ganado. A partir de ahí todo fue mucho más fácil. El grupo de trabajadores comenzó a desplazar la piedra lateralmente, muy despacio, cuidando de que no se resquebrajase. Cuando la mitad de la lápida estaba corrida, los trabajadores se detuvieron.

–¡Madre de Dios! –exclamó uno de ellos al ver el contenido.

–¿Has visto eso? –dijo otro.

Marta echó un vistazo al contenido de la tumba. Se encontró con un conjunto desordenado de huesos de todo tipo que llenaban por completo el hueco. Sobre ellos aparecía una montaña de cráneos humanos formando una estructura casi piramidal. Marta no se esperaba encontrar una mezcolanza tan confusa, pero tampoco le extrañó demasiado.

Marrero se acercó a Marta.

–Profesora, nosotros no seguimos. Se nos dijo que eran tumbas personales, de un muerto en cada una, y ahí parece que están todos los habitantes de La Laguna desde el comienzo de los tiempos.

Marta se sintió desbordada.

–Son tumbas, ¿qué esperaban que hubiera dentro?

En ese momento, tras notar todos los que estaban alrededor del hueco una ligera brisa de aire frío, las calaveras perdieron el equilibrio que habían mantenido durante siglos y rodaron sobre sí mismas, cayendo sonoramente sobre el resto de huesos.

Y los obreros de la cuadrilla salieron corriendo.

Sandra terminó su cena, una ensalada de lechuga, tomates cherry, taquitos de mozzarella, un poco de atún sin aceite y algunos espárragos, todo ello aderezado con orégano picado, y enjuagó los platos antes de meterlos en el lavavajillas. Aquel día no le había dado tiempo de ir al gimnasio, así que se prometió que en la siguiente jornada no fallaría.

La pequeña televisión de la cocina de su apartamento del centro de Santa Cruz, con vistas al enorme drago de la plaza del Chicharro, diseccionaba malas noticias una detrás de otra. La periodista se preguntó si alguna vez se cansaría de escuchar siempre los mismos sonsonetes, u otros muy similares. Se dijo que no, que no se cansaría nunca. El periodismo era su vocación.

Después de cepillarse los dientes, llamó a sus padres para que supieran que todo había ido bien aquel día y escuchar de nuevo los consejos de su madre frente a los peligros del mundo cotidiano. Sobre todo que no abriera la puerta a desconocidos. Todavía no digerían que se hubiera ido de casa para hacer vida independiente.

Tras salir del taller de enmarcación de Barreto, había pasado por la redacción del periódico para comprobar si tenía algo pendiente de hacer. Contestó a un correo de su colega, Paco Robayna, un periodista emprendedor de Lanzarote, que promovía con éxito la cultura literaria en la isla a través de un club de lectura formado por varios entusiastas de los libros. En cuanto acabó, subió un piso y puso al director al corriente de sus avances y le prometió el artículo para el día siguiente, aunque no le confesó todas sus sospechas. Cansada, decidió irse a casa a darse una ducha y a olvidarse de todo. Esa noche no saldría, emitían en la tele una peli de Chris Hemsworth y, aunque el chico no se caracterizaba por desarrollar papeles muy profundos, tampoco le hacía falta.

Se tumbó en el sofá –nunca se sentaba– y encendió el televisor con el mando a distancia. Aguantó durante treinta segundos una ensalada de improperios que se lanzaban unos tertulianos de sociedad poniéndose verdes unos a otros, y morados a los que no estaban presentes, y cambió de canal, buscando aquel donde anunciaban el film de acción que había decidido ver.

Entonces sonó el teléfono fijo. Sandra enarcó una ceja. ¿Quién podría estar llamando al número fijo? Ella nunca hablaba por él, era casi un objeto decorativo. Tardó varias semanas en convencer a su madre para que dejara de llamarla al fijo, ya que no le prestaba atención y le resultaba incómodo trasladarse para contestar. Las personas mayores todavía insistían en utilizar esos aparatos «ventimonónicos», como le gustaba decir. Ella no quería el teléfono fijo físico, pero fue algo que le vino impuesto en el contrato de Internet + móvil + fútbol + mil cosas más. Un contrato de esos en el que la letra era tan pequeña que se necesitaba un microscopio, mejor que una lupa, para leer el contenido de cualquier cláusula, y no digamos la 68 bis punto dos, de una tipografía más pequeña todavía. No entendía el porqué de tanta literatura jurídica para, supuestamente, exonerarse de responsabilidades, cuando luego las compañías telefónicas hacían lo que les venía en gana, estuviera previsto en el contrato o no.

Sandra, con cierto fastidio, se levantó y descolgó el auricular. No tenía contratado el servicio de identificación de llamadas. ¿Para qué? Si no lo utilizaba.

–¿Diga?

Al otro lado no hubo respuesta. La conexión se había establecido, pero nadie aprovechaba para hablar.

–¿Hola? –insistió la joven– ¿Hay alguien ahí?

Sandra aguzó el oído por si escuchaba alguna respiración, como ocurría en las películas de miedo, pero no oyó nada. Cansada de esperar, colgó.

Iba a tumbarse de nuevo cuando el teléfono otra vez. Se dio la vuelta y descolgó rápido, casi tratando de que quien llamaba no pudiera escaparse.

–¿Sí?

Silencio en la línea.

–Oiga, si es una broma, no tiene gracia, y si quiere venderme algo, le adelanto que no estoy interesada o tengo una cláusula de permanencia de cincuenta años.

Tampoco obtuvo respuesta. Molesta, y algo inquieta, colgó y descolgó rápidamente. Escuchó en el receptor el tono continuo de invitación a la conexión de línea y lo dejó, descolgado, sobre la mesa. Se lanzó al sillón pensando que estas molestias no ocurrían con los móviles. Si todavía había algún atontado que llamaba desde un número oculto, rechazaba sin más la llamada, y si era un pesado, lo bloqueaba.

Tras unos minutos interminables de anuncios, algunos incluso repetidos, comenzó la película. El protagonista apareció a los treinta segundos, lo que agradeció Sandra. Solo echaba de menos las palomitas del cine, pero no era cuestión de consumirlas todos los días, había que cuidarse.

En ese momento sonó el portero eléctrico. «¿Quién podría ser a aquella hora?», se preguntó. No esperaba visitas. El aparato se encontraba en la cocina, como todos los porteros eléctricos del mundo, por lo que tuvo que levantarse de nuevo y caminar los siete pasos que separaban el sofá de la pantalla adosada a la pared. El portero poseía videocámara, lo que siempre era una ventaja. Sandra pulsó el botón de activación de imagen y apareció ante ella su portal. No vio a nadie esperando frente a la puerta, como era lo normal. Apretó otro botón, el del sonido.

–¿Sí? ¿Quién es?

No detectó la menor actividad en el acceso al edificio. Algo irritada, se olvidó del portero y volvió a la sala de estar. Se detuvo antes de echarse entre los cojines, casi como esperando que volviera a sonar el timbre del aparato. Y volvió a escucharlo. En un segundo y en tres pasos se abalanzó sobre el botón de la videocámara. No vio a nadie. Activó la voz.

–¡Ya está bien! ¡Haga el favor de dejar de molestar!

Su exhorto no recibió respuesta. Se quedó un minuto observando la imagen, por si aparecía alguien, pero nada ocurrió. Aburrida de mirar fijamente la puerta de entrada al edificio, se volvió al sofá.

Y sonó el timbre de la puerta de la vivienda. El sonido, oído mil veces, la sobresaltó esta vez, y de modo desagradable.

Se levantó despacio, casi no se atrevía a mirar hacia la puerta. Observó con alivio que la llave estaba puesta y girada en la cerradura y la cadenita superior enganchada en su presilla. Se acercó silenciosamente, sin saber muy bien por qué actuaba de esa manera.

–¿Quién es? –preguntó en voz alta.

No hubo respuesta.

Si aquello era un juego o una broma, su autor se iba a acordar de ella toda su vida. Sacó el valor de algún lugar remoto y se asomó a la mirilla de la puerta. Una imagen ovalada ofrecía una vista deformada de la puerta de la vivienda de enfrente, pero no vio a nadie dentro del campo de visión. Se mantuvo con el ojo en el círculo de cristal un par de minutos, pero no pasó nadie.

Algo más tranquila, o medio autoconvencida de que estaba más tranquila, se apartó de la puerta y se dirigió hacia la sala – sofá – televisión. Se estaba perdiendo la película, pensó indignada. Se giró una última vez hacia la puerta y vio cómo un sobre pequeño se deslizaba por debajo de ella.

Un escalofrío recorrió su espalda. Allí había alguien.

Dudó si abrir la puerta de golpe y encararse con quien estuviera al otro lado, pero ese pensamiento se fue más rápido de como vino. «Ni de coña abro la puerta», se dijo.

De puntillas, se acercó y cogió el sobre del suelo. Estaba abierto y dentro había una cuartilla doblada por la mitad. La sacó y la desdobló. Contenía una única frase escrita en ella:

*Deja en paz a los muertos.*

Sandra se percató de que estaba aguantando involuntariamente la respiración. Inhaló y miró de nuevo a la puerta, como esperando algo más de información. La frase sonaba como una orden, o lo que podía ser peor, como una amenaza.

Disgustada e inquieta por la situación, pensó qué respuesta podía dar a aquello. La aprensión que había sentido fue dando paso a una creciente indignación. ¿Cómo se atrevían a intimidar a una periodista? Si alguien pensaba que ella iba a abandonar por una nota amenazante, estaba muy equivocado. Seguiría adelante en su investigación, por supuesto. Pero eso no quería decir que lo hiciera sola. Necesitaba un protector, una especie de guardaespaldas.

La persona que necesitaba surgió en su mente de inmediato.

Estaba segura de que aceptaría, y sí, él era el mejor para eso.



–Esta es la casa, Inspector –indicó Olegario.

Galán reconoció el edificio al instante, a pesar de lo avanzado de la noche.

–Casa Tere, he oído hablar de este tugurio, pero nunca he entrado.

–Debe usted de ser de los pocos policías que no lo han hecho. Aquí se les ve de vez en cuando, ya como clientes, ya haciendo alguna redada.

–Esto no es una redada, Olegario. Se trata de localizar a la tal Casiana, a ver si tiene alguna noticia de Petrescu. Y estoy de acuerdo en que es más probable que le diga algo a usted que a mí. ¿Existe la posibilidad de que el rumano esté aquí?

–Yo no descartaría nada, inspector. Normalmente los clientes no pasan más de un par de horas en los reservados, pero, si media dinero por medio, se puede pasar la noche sin firmar registro de entrada.

El subinspector Morales apagó el motor del coche policial. Un segundo automóvil que los seguía de cerca, ocupado por Hauser y Leclercq, aparcó al lado e hizo lo mismo.

–¿Cree que puede ser peligroso, inspector? –preguntó el francés–. ¿Acompaño al señor Olegario?

–Déjeme entrar solo. Si tengo algún problema, les avisaré de inmediato –propuso el chófer.

–Tenga cuidado, Olegario –advirtió Galán–. Petrescu es un tipo muy peligroso. En cuanto conozcamos su paradero hay que preparar un operativo de los grandes, con el Grupo de Operaciones Especiales en primera línea.

–Pierda cuidado.

Olegario abrió la puerta trasera del coche y descendió. La cerró con suavidad y se encaminó al garito. Se preguntó si a las cuatro y media de la mañana le abriría alguien. Llegó a la puerta principal y tocó el timbre. No hubo respuesta. Insistió pulsando de nuevo el botón. Tampoco sintió el menor movimiento dentro de la casa. Olegario le hizo una seña a los policías, que le vigilaban desde los coches, explicándoles lo que ocurría. «Tal vez no haya nadie», pensó. Decidió dar una vuelta a la casa. Al doblar la esquina derecha de la fachada, vio que algunas ventanas superiores daban al exterior. Todas ellas estaban cerradas. El febrero de Tacoronte era un detalle a tener en cuenta. Llegó a la parte trasera de la casa. Una huerta abandonada hacía las veces de trastero, a juzgar por varios enseres allí depositados, lavadora vieja incluida. Olegario descubrió la otra puerta –aquellos establecimientos siempre tenían dos puertas–, también cerrada.

Iba a golpearla con los nudillos cuando oyó un siseo en la parte de arriba. Miró y vio a la Casi, arrebujada en una bata, asomándose por una ventana.

–¿Qué haces por aquí a estas horas, Ole? –dijo en voz baja.

–A verte venía –respondió el chófer.

–¿Quieres recordar viejos tiempos, granuja?

–Algo así. ¿Me abres?

La mujer pareció pensarlo un instante.

–Un momento, que bajo.

Olegario caminó hasta la siguiente esquina y se dejó ver a los policías, indicándoles con el pulgar hacia arriba que existían progresos. Volvió a la puerta en el momento en que esta se abría.

–Es muy raro que aparezcas así, después de tantos años, y a estas horas –le dijo la Casi–. El otro día no me pareció que tuvieras mucho interés.

–Tienes razón. No vengo como cliente, sino como amigo.

–Eso no me va a dar de comer, cariño.

–Pero puede hacer que gracias a eso sigas comiendo el resto de tu vida.

–Me imagino que vas a explicarme mejor eso. Entra.

Olegario cruzó el umbral de la puerta. La temperatura era muy superior allí dentro. La mujer lo condujo por varios pasillos hasta llegar a una pequeña cocina. La casa estaba a oscuras.

–Si vienes como amigo tomaremos un café –anunció, y le indicó que se sentara.

El chófer esperó a que el café estuviera hecho y la Casi se sentara al otro lado de la mesa.

–Venga, desembucha eso que llevas dentro –le dijo.

–Casi, yo no soy nadie para decirte con quién tienes que estar o no, pero tengo que advertirte sobre ese cliente tuyo, el de los cuadros. Creo que es extranjero, rumano, ¿no?

–Sí, creo que es de un país de esos. ¿Qué pasa con él?

–Pues que es sospechoso de asesinato. Y toda la poli de la isla está detrás de él en estos momentos.

–¡Vaya! Si parecía un angelito. Ya lo noté un poco distraído esta noche.

–¿Esta noche?

–Sí, ha pasado la noche aquí.

–¿Y dónde está ahora?

–Pues se fue hace un rato. Y sin despedirse, el muy maleducado. Menos mal que había pagado por adelantado.

Olegario no logró distinguir si la sensación que tuvo en ese momento era de alivio o de tensión.

–Mala y buena suerte. Mala porque podría haberlo pescado, y buena, porque has salido de esto bien, sin sufrir daño alguno.

–¿Por qué tienes tú que pescar a nadie? ¿No dices que puede ser peligroso?

–Tienes razón, tal vez estoy metiéndome donde no me llaman. ¿Sabes a dónde ha ido?

–Querido, yo no pregunto esas cosas a las amistades que frecuentan este local.

–¿Te ha contado alguna confidencia? ¿Algo sobre los cuadros?

–¿Sabes lo que es la protección de datos, guapo?

Olegario sacó un billete de veinte de su cartera.

–Seguro que de algo te acuerdas –le dijo a la mujer.

La Casi cogió el billete y lo hizo desaparecer en un bolsillo de la bata en unas décimas de segundo.

–Estuvimos hablando de una amiga mutua. Una cubana que limpia casas.

–¿Una cubana? –preguntó Olegario, sorprendido.

–Sí, por lo visto, el rumano estaba muy interesado en ella, o tal vez en las casas en las que trabajaba. Por lo visto, quienes la emplean, tienen muchos cuadros en su casa, y eso le interesa mucho.

–¿Cómo se llama esa mujer?

–Tiene un nombre raro, como les gusta a los cubanos. Belkis se llama.

–¿Te dijo algo más?

–Me preguntó detalles sobre las señoras para las que trabajaba. Debes saber que la Belkis es algo chismosa y a mí me lo cuenta todo. O casi todo.

–¿Y qué te había contado?

–Que las dos eran viudas. Una vivía en La Laguna y otra en Santa Cruz. Que ambas tenían las casas llenas de cuadros, y que no sé por qué motivo, la de Santa Cruz le había regalado un cuadro importante a su sobrino, que vive cerca de ella. Fíjate que hasta la policía estuvo preguntando por él. Por el cuadro, no por el sobrino.

Olegario se quedó estupefacto. ¿Cómo era posible que aquella información hubiera llegado tan

lejos?

–¿Y le dijiste los nombres de las señoras?

–Claro. Y hasta la dirección del sobrino. Pagó, como tú, por saltarse la protección de datos.  
¿Hice mal?

Ariosto se había despertado debido a la sed. El revuelto de espinacas y gambas le había salido un poco salado. Ocurría a veces las noches en que Fidela libraba. Era buen cocinero, pero no dominaba los toques de sal.

Miró el reloj electrónico silencioso que tenía en la mesita de noche, única concesión a la modernidad de todo el dormitorio: las cinco de la mañana. Se puso el batín –en febrero hacía fresco por la noche hasta en Santa Cruz–, pasó por el cuarto de baño y decidió bajar a la cocina a tomar un vaso de agua. En lo que bajaba las escaleras, rememoró la conversación que había tenido horas antes, cuando estaba anocheciendo, con su viejo amigo Vincenzo Cavalcanti, compañero de fatigas –muchas– y de juergas –algunas– en la época en que hizo estudios postdoctorales en Bolonia, y ahora convertido en catedrático de Arte en la Universidad de Roma.

–Querido Enzo, ¿cómo estás?

–*Ciao*, Luis, estoy *benissimo*. Espero que sigas con la buena costumbre de escuchar ópera italiana.

–¡Cómo no! Es un elixir para el espíritu, amigo mío.

–*L'elisir spiritoso*, muy operístico.

Ambos rieron el chiste musical.

–Enzo, te llamo porque sé que eres uno de los principales expertos del mundo en restauración de obras de arte antiguas.

–Exageras, pero me halagas –repuso el italiano–. Así que sigue halagándome.

–Me ha surgido aquí, en Tenerife, un enigma en forma de pintura y necesito de tu consejo.

–¿Me estás proponiendo unos días de vacaciones en Canarias?

Ariosto sonrió. Cavalcanti siempre había sido rápido.

–Eso mismo. ¿Podrías venir?

Se hizo un silencio que duró un par de segundos.

–Perdona, estaba recordando mi agenda, y tengo libres un par de días dentro de dos semanas.

–Enzo, esto puede ser importante. Te estaría enormemente agradecido si vinieras mañana.

–¿Estás loco? Tendría que suspender un par de clases.

–¿Te acuerdas del malvasía de Lanzarote que probamos junto con las lapas, el pulpo y el mero en aquel restaurante al lado del mar?

–Imposible olvidarlo. En la costa de Buenavista. Eres perverso, Luis. Pensándolo bien, tengo profesores ayudantes que me pueden cubrir un par de días. A estos trenes hay que subirse cuando aparecen.

–¡Espléndido! Me he permitido adquirir los billetes de avión a tu nombre. Hay una conexión vía Madrid gracias a la cual estarás aquí al mediodía.

–¡Vaya! Eso es adelantarse a los acontecimientos. ¿Y si no hubiera estado disponible?

Ariosto volvió a sonreír.

–Conociéndote, sé que nunca rechazarías una invitación como esta. El malvasía atlántico es mucho malvasía.

La conversación se ocultó en la mente de Ariosto en cuanto llegó a la cocina. Sacó de la nevera una botella de agua fresca y se la sirvió en un vaso. Satisfecha la sed, volvió a su dormitorio tratando de hacer el menor ruido posible. Aquella noche Sebastián, el chófer, por aquello de la seguridad, se había quedado a dormir en el cuarto de invitados, y no quería despertarlo.

Subió los dos tramos de escaleras con facilidad y se dirigió a su habitación. Echó una ojeada al pasillo y descubrió que la puerta del dormitorio de invitados se encontraba abierta y la luz

apagada. Desde donde estaba comprobó, en la penumbra que aportaban las luces de la calle, que la cama estaba vacía. Extrañado, se acercó y comprobó que, en efecto, nadie ocupaba la habitación. ¿Estaría en el baño? ¿O en la biblioteca, en una crisis de insomnio? Descartados ambos lugares por la falta de luz, Ariosto se asomó al distribuidor en que desembocaba la escalera. Ya no era necesario el silencio.

—¿Sebastián? ¿Está usted por ahí?

La quietud de la casa se mantuvo exactamente igual.

«Habrás tenido que salir por alguna razón», se dijo. No le dio más importancia y se dirigió a su cuarto. Dejó la puerta abierta, estaba solo y quería oír los ruidos de la casa, y se metió en la cama.

Estaba tratando de conciliar el sueño, pensando en que al día siguiente, al mediodía, había conseguido hora para hacerle al famoso cuadro de Martín González unas pruebas espectrográficas y de otro tipo indicadas por Cavalcanti, favor que había conseguido del director del Parque Científico y Tecnológico InTech, unas instalaciones nuevas de carácter científico que se habían levantado a medio camino entre Santa Cruz y La Laguna provistas de todo tipo de aparatos de última generación. El director era uno de los ocupantes de su exclusiva agenda, a la que echaba mano en casos como este. La promesa de un abono de asiento para dos personas, en segunda fila en el Auditorio para todo el Festival de Música de Canarias, había sido suficiente reclamo.

El dueño de la casa entró en la fase duermevela, en la que Morfeo comenzaba a hacer de las suyas, cuando escuchó un ruido en el piso bajo de la casa. No era la puerta de entrada. Ese era otro tipo de sonido. Y sabía que la puerta trasera, la de la cocina, estaba bien cerrada desde dentro. No podía abrirse desde la calle. Extrañado, el sueño se disipó como por encanto. Se mantuvo en completo silencio, esperando que el ruido volviera a repetirse. No lo hizo, pero escuchó otro, algo parecido al rodamiento de un mueble, de nuevo en la planta baja. No era uno de los sonidos típicos nocturnos de una casa antigua como aquella.

Se levantó de la cama, se calzó las zapatillas, se puso de nuevo el batín y, sin encender luz alguna, se asomó al hueco de la escalera. No vio ni escuchó nada. Escamado por los ruidos, bajó despacio por la escalera, sin hacer ruido. Llegó a la planta baja y se detuvo a escuchar. En el silencio de la casa, unos leves sonidos provenían del salón azul. Sonaba como el filo de un cuchillo de sierra cortando cartón o algo similar. Ariosto se acercó a la puerta de la sala y pulsó el interruptor de la luz.

Estupefacto, vio a un hombre vestido de negro, con pasamontañas incluido, que estaba cortando la base trasera de uno de sus cuadros con un cúter afilado. El intruso quedó igual de sorprendido.

—Me imagino que tendrá una buena razón para estar en mi casa haciendo lo que hace —le dijo Ariosto, con aplomo.

El hombre cambió la expresión de sorpresa a la de estudiar profesionalmente a quien había entrado en el salón. Le pareció poco peligroso.

—Una razón muy poderosa —le contestó.

Ariosto también sopesó a su oponente. Salvo el cúter, no parecía armado, al menos no con armas de fuego.

—El cuadro que busca no está aquí. Así que haga el favor de no deteriorar mi patrimonio artístico.

La noticia y la forma de hablar del dueño de la casa impactaron en el extraño. Allí ocurría algo extraño. El hombre de negro sacó un cuchillo de grandes dimensiones de su cinturón.

—Pues me va a decir dónde está —le conminó.

Ariosto dio dos pasos a su derecha en dirección a la pared más cercana, y de un escudo colgado a media altura con la imagen de las armas de la familia delante de cuatro espadas de esgrima

colocadas en espas, a modo de decoración, extrajo una de ellas. No tenía punta, que era roma como todas las deportivas, pero era algo con lo que defenderse. Se puso en guardia frente al cuchillo y lanzó un molinete al aire que silbó, a modo de advertencia.

–Pierde usted el tiempo en tratar de hacerse con ese cuadro –le dijo–. Y no tengo inconveniente en decírselo: en la comisaría de policía.

–Miente –respondió el hombre de negro, que lanzó un ataque con el cuchillo directo al vientre.

Ariosto no tuvo el menor problema en echarse a un lado esquivando la hoja del cuchillo y, a pesar de la diferencia de peso de las armas, logró desviarlo con una parada de sexta, devolviendo el golpe con un giro de muñeca que provocó un latigazo de la punta de la espada en el rostro del intruso.

El hombre de negro se llevó la mano a la cara de modo automático para comprobar si había sangre. No la había, pero la puntada le había dolido.

–Corre el riesgo de que le saque un ojo –le advirtió Ariosto.

El agresor intentó un nuevo ataque con finta a la izquierda para atacar a la derecha. Ariosto saltó de un lado a otro esquivando la punta afilada del cuchillo y aprovechó para darle otro latigazo con la hoja y el extremo de su espada en los dedos de la mano que aferraba al arma. En el movimiento, una de las butacas cayó de espaldas y una mesilla lo hizo de lado, con el jarrón que portaba, que no se rompió gracias a la alfombra. El hombre de negro se dolió de nuevo, lo que se notó en su mirada, ahora feroz, y se pasó el cuchillo de una mano a otra.

–También puedo acertarle en la otra mano –volvió a advertir.

En ese momento, se escuchó en la calle el chirriar de los frenos de varios vehículos que se detenían llegando a toda velocidad. Varias puertas se abrieron y unos pasos corrían hacia la puerta principal.

El hombre de negro no se lo pensó dos veces. Aprovechando que tenía el paso franco, se dio la vuelta y salió corriendo del salón azul con destino a la habitación cuya ventana había forzado.

A Ariosto no le dio tiempo a reaccionar. En menos de un segundo, el tipo había desaparecido. Instantes después aparecieron Olegario y Galán en la puerta del salón y se quedaron anonadados al contemplar el desorden de la estancia y a Ariosto con la espada en la mano.

–¿Está usted bien, señor? –preguntó el chófer.

–Perfectamente –respondió Ariosto–. Me he visto obligado a la práctica de la esgrima de modo inesperado, pero por lo demás, todo bien.

Miró a Galán.

–Una persona vestida de negro ha irrumpido aquí. Ha escapado en esa dirección –le indicó con el dedo índice dirigido hacia la puerta.

Galán asintió y salió corriendo hacia el lugar mientras se avisaba a sus compañeros por el micro incorporado a su chaqueta.

En cuanto el policía salió, Ariosto colocó correctamente la silla y la mesilla y depositó con suavidad el jarrón de porcelana china en su parte superior. Luego esbozó una mueca de contrariedad al comprobar los destrozos en uno de los cuadros.

–¿Y qué hace con esa espada sin punta en la mano? –preguntó Olegario.

Ariosto se fijó en que no había soltado el arma deportiva.

–Eso, amigo mío, es una historia que le contaré con gusto en la cocina, si me hace el favor de acompañarme a tomar un buen gin tonic de Citadelle. Creo que nos hace falta. Por lo menos a mí.



Rosenberg, el exterminador, comprendió que aquella era su oportunidad. Se la habían puesto en bandeja. El localizador móvil imantado que había instalado en los bajos del coche de los policías de la Interpol comenzó a emitir en cuanto el automóvil se puso en marcha, con cierta sorpresa para él, a eso de las tres y media de la madrugada.

El trasponedor, un aparato Hitachi C-245E de última generación, recibía y transmitía amplificadas las señales electromagnéticas de localización a través de un satélite de comunicaciones común. En aquel caso, uno de la Agencia Espacial Europea. El receptor de la señal se encontraba integrado en su teléfono móvil, con GPS, como si de una aplicación normal se tratara.

Rosenberg, en cuanto recibió la alarma en el móvil, se había levantado rápidamente de la cama y se había vestido con el traje de motorista negro que llevaba en su equipaje. Bajó al garaje y arrancó la motocicleta BMW 1200 GS, –un pura sangre de marca alemana, como había exigido–, y salió en seguimiento de la señal.

La ruta había terminado en un lugar anodino en una población del norte de la isla. Apagó las luces un kilómetro antes de llegar al lugar donde había estacionado el coche de los policías. Desde la distancia, comprobó que se había juntado a otro coche, posiblemente de los camuflados de la policía de Tenerife. Estaban aparcados al lado de una casona con varios estacionamientos a su alrededor, tal vez un restaurante, aunque por la falta de letreros publicitarios del local, muy bien podía ser otra cosa, mucho más lóbrega.

Le extrañó que solo descendiera un hombre de los automóviles. El resto quedó a la espera. Al cabo de quince minutos, volvió corriendo al coche de la policía tinerfeña y se subió a él. Le pareció que se comunicaban alguna noticia de gran interés, ya que arrancaron de inmediato y tomaron la carretera de vuelta a Santa Cruz a una velocidad superior a la normal. Rosenberg esperó unos segundos y les siguió, manteniendo la distancia.

Poco antes de entrar en la capital, Rosenberg aceleró hasta localizar visualmente a los automóviles policiales, aun a riesgo de ser visto, dado el poco tráfico que existía a aquella hora en las calles. Siguiendo a los miembros de las fuerzas del orden, entró por la Avenida La Salle, cruzó el puente Galcerán, la plaza Weyler y subió por la calle 25 de Julio. Para no ser detectado, Rosenberg se desvió por una calle perpendicular, Robayna, y luego tomó la primera a la derecha, Jesús y María, comprobando en el móvil que seguía una ruta paralela a los vehículos que perseguía. En unos segundos se percató de que se habían detenido en una plaza circular. Detuvo la moto y se subió a una de las aceras.

Entonces lo vio. Un hombre, vestido de negro, quitándose un pasamontañas, pasó por el cruce de la siguiente manzana. Caminaba a toda prisa, casi corriendo calle arriba. Rosenberg había memorizado las facciones de su objetivo y no le cupo la menor duda. Era Petrescu.

En la siguiente esquina lo vio subir a un coche pequeño. Esperó a que arrancara para encender su moto y seguirlo, sin luces, a distancia. Miró hacia atrás y no vio a ningún perseguidor. Los policías lo habían perdido. «Mejor», se dijo.

En uno de los semáforos en rojo de la Rambla, de los que era famosa su descoordinación, se acercó al automóvil de Petrescu y pegó otro trasponedor imantado en el capó trasero. Cuando la luz se puso en verde, arrancó rápidamente, adelantando al automóvil. El casco integral negro lo hacía irreconocible.

Esperó un par de cruces más allá, a la altura de la plaza de la Paz. Cuando pasó el coche de Petrescu, lo dejó avanzar treinta segundos, y comenzó a seguir la señal. De nuevo recorrió la



salida de la ciudad y su desembocadura en la autovía del Norte. Se desvió en la salida del Hospital Universitario y tomó la carretera de la Cuesta a Taco. Por allí ya había más tráfico, era un lugar con varias industrias, y algunas furgonetas se movían por la zona. Al terminar la larga recta con los inseparables raíles de tranvía en medio, siguió adelante por un barrio de calles estrechas que parecían calcadas unas a otras. Rosenberg aceleró para no perderlo de vista y apagó de nuevo las luces de la moto. Petrescu aparcó en una calle muy parecida a las demás. El alemán detuvo su vehículo de dos ruedas y observó, oculto desde una esquina, lo que hacía el rumano. Este se acercó a una de las casas, miró a ambos lados, y abrió la puerta con una llave que extrajo de su bolsillo. Entró y cerró detrás de él con rapidez. Rosenberg se percató de que no se encendió ninguna luz dentro de la casa.

El alemán estacionó la moto entre dos coches y se acercó caminando a la casa. Estudió la cerradura y comprobó que era muy simple. Podría abrirla en un abrir y cerrar de ojos. Dudó un momento si convenía esperar a que saliera Petrescu o entrar a por él. Decidió que el tiempo era importante y la policía, con toda seguridad conocedora de este domicilio, podía presentarse allí en cualquier momento.

Rosenberg sabía que Petrescu era un enemigo formidable que le podía ofrecer resistencia seria. Por eso venía preparado. Era increíble lo que se podía enviar por correo urgente en cualquier agencia de mensajería dentro de Europa. Por ejemplo, una caja con las piezas desmontadas de un par de granadas sónicas de diseño rectangular, cuyo estallido dejaba paralizada a una persona durante varios minutos, embaladas junto con una cafetera desmontada, por si a alguien se le ocurría abrir el paquete. Le habían llegado en doce horas desde Alemania. Un servicio excelente. Y el montaje le había tomado apenas diez minutos. Como primer plan frente a la previsible resistencia de Petrescu, ahora las llevaba en los bolsillos de la chaqueta. También portaba la pistola, pero trataría de no utilizarla.

Tras colocarse unos taponos especiales de látex en los oídos, Rosenberg trasteó con un par de minúsculas ganzúas en la cerradura de la puerta. No trató de disimular el ruido, quería que el rumano lo oyera. El alemán estaba seguro de que el sonido de la cerradura al abrirse atraería al ocupante de la casa a la zona de la entrada. Antes de dar el último giro para que se abriese, sacó una de las granadas, con la apariencia inofensiva de una pequeña batería, quitó su seguro y apretó el botón que iniciaba la cuenta atrás de cinco segundos. Contó hasta cuatro mentalmente, abrió la puerta y lanzó la granada al interior de la casa. Acto seguido la cerró.

Una pequeña explosión se escuchó en la calle. Sonó como si hubiera estallado un globo. Rosenberg no se entretuvo, volvió a abrir la cerradura y entró en la casa, cerrando la puerta tras de sí. A dos metros, tirado en el suelo, se encontraba Petrescu, desvanecido. A su lado, en el suelo, a ambos lados, aparecían un cuchillo de grandes dimensiones y una navaja abierta. Como había previsto, el rumano le estaba esperando tras la puerta. Aprovechando los minutos de efecto de la granada, el alemán arrastró a Petrescu hasta el dormitorio, lo echó en la cama y le ató las manos y los pies con bridas de plástico a las cuatro patas de la cama. A continuación, lo amordazó, cuidando de dejar las fosas nasales libres.

Tras comprobar las ataduras, se sentó en una silla a una distancia de un par de metros, a esperar, con el enorme cuchillo de su ponente en el regazo.

A los siete minutos Petrescu volvió en sí. Rosenberg se levantó y se acercó un metro, no demasiado, no se fiaba del rumano ni reducido como estaba.

–*Herr Petrescu* –dijo en alemán, jugando con la hoja del cuchillo–. Le voy a dar una oportunidad de seguir viviendo. Pero solo una. Me va a contar todo lo que sabe sobre la propiedad de Herr Von Strondheim. Si no lo hace, le mataré. ¿Lo ha entendido?



–Tendremos que hacer nosotros las funciones de los peones –dijo Marta–. Tampoco es tan difícil.

Era temprano por la mañana y los tres ayudantes arqueólogos habían decidido proseguir la excavación después de la espantada de los obreros de la tarde anterior.

–De cualquier manera –prosiguió–, tenemos trabajo técnico por delante para catalogar todos estos huesos.

Y tenía razón. Les llevó casi tres horas fotografiar, describir y medir todos y cada uno de los ciento treinta y dos huesos existentes en el sepulcro, que, *a grosso modo*, parecía corresponder a una docena de individuos de ambos sexos. Cada uno de ellos recibió un número correlativo y acabaron en fila sobre un lienzo de tela con una etiqueta identificativa. También se colocaron al lado los distintos restos de tela y otros pequeños objetos como hebillas, alfileres y botones.

Avanzada la labor de catalogación, aparecieron por la iglesia el alcalde Perdomo y la jefa de prensa. Marta dejó lo que estaba haciendo para recibirlos.

–Creo que tenemos una cuadrilla algo impresionable –dijo el alcalde.

–Eso parece –respondió Marta–. Pero no nos hace falta en estos momentos. No obstante, convendría reunir otro equipo para los próximos días.

–Lo haremos. ¿Ha encontrado algo interesante?

–Apenas hemos empezado. Ha aparecido un osario dentro de un sepulcro. No es lo normal, pero a veces se ha dado el caso. Dataremos los huesos con las técnicas de laboratorio usuales. En principio, todo lo que hay aquí debe remontarse al siglo XVIII, no creo que haya nada más antiguo. Como ya sabe, la iglesia fue remodelada por completo a finales de ese siglo.

–Sí, ya se lo he escuchado –dijo Perdomo, temeroso de que Marta entrara en detalles–. Pues sigan adelante, solo venía a darles mi apoyo.

–Muchas gracias –dijo Marta, y sonrió–. Ya lo teníamos, ¿no?

–El alcalde se refiere a lo que se comenta por la ciudad –aclaró Emeteria Afonso.

Marta miró extrañada a los dos.

–¿Se refiere a lo que me dijo ayer, señorita Afonso?

–Habladurías sin fundamento –respondió el alcalde.

–Se dice que la iglesia está encantada –añadió Emeteria con aire cómplice–. Me encanta la publicidad gratuita que nos genera. Se asegura que hay un fantasma en ella que protesta por la intrusión de los vivos.

–Pues ya son varios los que protestan –comentó Marta con sorna–. Parece que está de moda protestar por el hecho de que estemos aquí. Tal vez a alguien le interese por alguna razón que las cosas sigan como están.

–Ya sabe que los laguneros son siempre algo reacios a los cambios, aunque luego los agradezcan –concluyó Perdomo–. Por nuestra parte, ni caso. Seguiremos como estaba previsto.

–Hay que inaugurar esto antes de las elecciones –recordó Emeteria.

Perdomo echó una mirada a su jefa de prensa en la que le indicaba que no le hacían falta esos recordatorios delante de terceros.

–Nos vamos –anunció–. Sigán con lo suyo.

Marta se despidió de la pareja y volvió al trabajo. Debían enfrentarse a otra losa. Tras limpiar con detalle las juntas de tierra y polvo, aplicaron la palanqueta y la levantaron de la misma manera que la anterior. El nicho inferior conservaba un solo esqueleto, como era esperable. Marta echó un vistazo profesional y concluyó que era el de una mujer que murió en edad avanzada, dado

el tamaño y disposición de la pelvis y por el estado de la dentadura. Tras la correspondiente sesión fotográfica y hecho el pertinente dibujo, Marta bajó al hueco para disponerse a retirar los huesos y otros restos anejos. En cuanto puso el pie en el fondo del agujero, a metro y medio de profundidad, se desmoronó sobre sus botas de trabajo una parte de la pared lateral de ladrillo y tierra. La caída del trozo de muro de mampostería deshecho por la humedad y por el tiempo no le causó ningún daño, salvo la necesidad de sacudirse bien las perneras y el calzado.

Lo que llamó la atención de los presentes es que se abrió un hueco vertical por el que se podía ver el contenido de la tumba contigua, la correspondiente a otra losa.

–Esa tumba es de las que no se pueden tocar –indicó uno de los ayudantes.

Marta asintió y echó un vistazo alrededor. Desde la calle, nadie observaba lo que estaban haciendo.

–Volveremos a colocar el muro como estaba –anunció–. Pero antes, echaremos un vistazo al interior. Mirar no es entrar.

La arqueóloga y sus compañeros sacaron la tierra y piedras del fondo del sepulcro y a continuación terminaron la labor de retirada de los huesos de la anciana. Cuando quedó limpio el hueco sepulcral, Marta volvió a bajar, armada con una linterna y la cámara de video. Se arrodilló frente al hueco y miró al interior.

–¡Qué curioso! Está vacío –comunicó a sus colegas.

–No es nada normal que esté vacío. Sabes de quién es esta tumba, ¿verdad? –preguntó uno de los ayudantes desde arriba.

Marta afirmó con la cabeza.

–De la familia Salazar de Castro, del quinto marqués. Todos los documentos de la época indican que el cuerpo estaba enterrado aquí.

–¿No será el del fantasma, que anda por ahí dando paseos? –dijo otro, medio en broma, medio en serio.

–Si este dato de que la tumba está vacía se supiera, alimentaría la leyenda, sin duda –convino la arqueóloga.

–Pues no es la única lápida de esa familia. Un par de losas más allá hay otra tumba. De las que no se tocan –insistió el ayudante.

Marta introdujo la cabeza por el hueco de la pared. El ambiente dentro del nicho era opresivo, cargado de polvo y de olor a humedad. Registró el suelo y las paredes de la tumba. En una esquina, introducido en el hueco existente entre dos ladrillos, descubrió un trozo de cuero enrollado. La arqueóloga dirigió el haz de la linterna al objeto, lo grabó en video, lo fotografió y luego alargó su mano enguantada para cogerlo. Cedió con facilidad a la presa y Marta lo sacó del hueco, a la luz del día. Acto seguido lo enseñó a sus ayudantes.

–He encontrado esto. Parece una bolsa de cuero.

Marta desenrolló el paquete y encontró el cierre en uno de sus extremos.

–Es una bolsa de cuero –afirmó–. Y tiene algo dentro.

Con extremo cuidado, extrajo un trozo pequeño de pergamino escrito por una cara.

–Si hubieran metido papel aquí, se habría podrido. El pergamino ha aguantado.

–¿Qué dice, profesora? –preguntó uno de los arqueólogos–. ¿Puedes leerlo?

Marta trató de que la luz solar no le cegara al proyectarse sobre la superficie del pergamino. Hizo sombra con su cuerpo sobre el texto. Se trataba de una frase breve, de letra del siglo XVIII, legible con algo de dificultad.

–Dice así: «Anno domini 1789, traslado del marqués a la bóveda».

Los ayudantes se miraron entre sí.

–¿Qué bóveda? –se preguntó uno de ellos–. No hay bóvedas en esta iglesia.

–Se refiere a una cripta, y es cierto que no las hay en este templo, pero en el convento adyacente sí que existen. Al menos una –respondió Marta–. Y tal vez en ella encontremos la explicación al enigma de por qué esta tumba está vacía.

–Entonces, ¿Luis está bien?

Sandra se había encontrado con Olegario en la terraza del café Atlántico, una de las cafeterías más conocidas del centro de Santa Cruz, un sitio tranquilo donde los santacruceros se tomaban los cafés de media mañana o de media tarde y que iba siendo invadido poco a poco por los turistas. Olegario le había relatado los acontecimientos de la pasada noche.

–Perfectamente, aunque, como todos, con algo de sueño atrasado –respondió el chófer–. Ya no pegamos ojo lo que quedaba de noche.

–Me imagino. Vaya experiencia. Y ese tipo, Petrescu, ¿es un hombre peligroso?

–Por lo que me ha dicho Galán no es un angelito. Tiene un historial militar bastante oscuro, y todo apunta a que es el asesino del hombre que apareció muerto en su casa.

–Lo que me preocupa es que siga libre.

–Anoche se escapó de la policía por los pelos. Pero estoy seguro de que darán con él muy pronto –el tono de Olegario era de lo más tranquilizador–. Pero hablemos de lo suyo, Sandra. ¿No llegó a ver en ningún momento a la persona que la molestó anoche?

Sandra volvió a sentir nerviosismo al recordar su propia vivencia nocturna.

–No, por desgracia. Quien fuera, se ocultó muy bien. Y eso que tenemos video portero en el edificio.

–Eso es bueno. ¿Podría echarle un vistazo?

–Claro, ¿has terminado el café?

–Terminado. Y yo invito, por favor.

Sandra iba a protestar, por aquello de la igualdad, pero Olegario ya se había levantado y pagó en la caja del establecimiento, vigilado de cerca por un cuadro descomunal de un paisaje del Teide. Se reunió con Sandra en la puerta del establecimiento, sin dejar de mirar el inmenso mural.

–Me suena este cuadro –dijo el chófer.

–Es una pintura de Martín González, uno de mis pintores preferidos –respondió la joven.

–Entonces ya sé de qué me suena.

Sandra lo miró extrañada. Olegario se explicó:

–El cuadro que trataron de robar en casa de don Luis es de ese pintor.

–Curiosa coincidencia –concluyó Sandra.

Del bar Atlántico a la casa de la periodista eran cuatro pasos. Subieron por la calle San José y en cinco minutos se encontraban ante el portal del edificio de seis alturas donde vivía Sandra. Olegario examinó el portero y dirigió su inquisitiva mirada alrededor. Sandra no sabía qué buscaba, pero no preguntó. No hizo falta, la respuesta a su curiosidad llegó pronto.

–Enfrente hay una tienda de artículos electrónicos y a la derecha un banco. Vamos a hablar con ellos.

–Pero, Olegario, era de noche. No había nadie en esos negocios.

El chófer sonrió.

–Siempre hay algún ojo vigilando. ¿Viene?

Sandra lo acompañó a Sobho, un establecimiento regentado por un hombre de origen indio, de la India, pero de los de segunda generación, nacidos y criados en la isla, y que hablaban con acento canario.

–Buenos días –dijo Olegario al entrar. En aquel momento había salido el cliente que se encontraba dentro. El propietario del local saludó con cortesía.

–Ashok Melwani, para servirles.

Olegario y Sandra estrecharon la mano que se les ofrecía.

–La señorita vive enfrente y anoche fue molestada por alguien que estamos tratando de identificar.

El comerciante asumió que el chófer era policía o algo así. Alguien que podía sacar una placa en cualquier momento.

–Lo siento mucho –dijo–. Ya no se está tranquilo ni en el centro. ¿En qué puedo ayudarles?

–Estoy seguro de que tiene un dispositivo de video vigilancia en el negocio, ¿verdad?

La expresión del hombre pasó de la solidaridad vecinal a la de curiosidad.

–Sí señor. En casa del herrero, cuchara de plata, en este caso –bromeó.

–¿Tiene acceso a la grabación de anoche?

–Claro que sí, pero me temo que lo que centra el interés de la cámara es el interior de la tienda, no el exterior.

Olegario no se desanimó.

–¿Podríamos verla un momento? Son unos minutos en torno a la una de la madrugada –preguntó Sandra.

–Por supuesto. Acérquense, por favor.

Sandra y Olegario pasaron al otro lado del mostrador, de cara a la pantalla de un ordenador. El dueño del negocio manejó el teclado con destreza y en pocos segundos apareció la imagen de un video que recogía dos rincones de la tienda desde distintos lugares. Uno de ellos enfocaba el escaparate y una vista parcial del exterior. El video comenzó a correr a toda velocidad.

–Vamos a buscar la hora exacta –anunció.

El contador minuterero del video llegó a las 01.00.

–A partir de aquí veámoslo en tiempo real –indicó Olegario.

La atención de los tres se dirigía a la imagen del escaparate. No hubo movimiento alguno en la grabación hasta que pasó un grupo de jóvenes, charlando animadamente. No se detuvieron en el portal de Sandra.

–Estos no son –dijo ella.

Otro minuto pasó sin nada de que reseñar. Al inicio del siguiente, cruzó por delante de la cámara una mujer mayor, que no se detuvo.

–Esa tampoco –dijo Olegario–. Aunque me parece un poco tarde para llegar a casa.

–Las mujeres de hoy están muy liberadas –comentó la periodista.

El chófer asintió sin dejar de mirar la pantalla. Al par de minutos apareció la figura de un hombre que se detuvo en el portero, estudió los botones y pulsó uno. A continuación, se desplazó rápidamente a la derecha.

–Ese debe de ser –dijo Sandra.

–Anota la hora, por favor –pidió Olegario–. Sigamos con el video.

Al minuto, el hombre volvió a aparecer en el encuadre. Se giró y miró a ambos lados de la calle.

–Ahí tenemos su rostro –indicó Olegario, permitiéndose pulsar él mismo la detención del video–. ¿Puede hacer una captura de pantalla? –le preguntó al comerciante.

–Claro que sí.

–Pues hágalas de las ocasiones en que se vea la cara de ese hombre, por favor.

A Olegario el rostro capturado le era vagamente familiar, aunque era incapaz de ubicarlo en algún contexto concreto. Siguieron mirando el video. El hombre que aparecía en la pantalla sacó de su bolsillo una ganzúa o una llave maestra, no se veía bien, y abrió la puerta del edificio. Antes de entrar, tocó de nuevo un botón del portero eléctrico, y a continuación se introdujo en el portal

cerrando la puerta tras él.

–Es la segunda llamada –dijo Sandra.

–El resto podemos imaginarlo –añadió Olegario–. Ese tipo subió a su piso, tocó el timbre y le dejó el recadito–. Se volvió al dueño de la tienda–. ¿Puede avanzar unos cinco minutos en modo rápido?

Las imágenes volvieron a pasar ante sus ojos a toda velocidad hasta que se abrió la puerta de nuevo. El movimiento se detuvo, avanzó hacia atrás hasta el momento en que se abría el portón. El mismo hombre salió de él.

–Otra imagen de frente del sujeto. La copio –dijo Melwani.

El video continuó unos segundos más. El intruso de la casa de Sandra desapareció del recuadro y no volvió a aparecer.

–Con esto es suficiente –dijo Olegario–. ¿Podría imprimirnos las capturas de pantalla, por favor? ¿Y enviar las imágenes a esta dirección de correo electrónico? Ponga como destinatario: Inspector Galán, Policía Nacional.

–Encantado de colaborar con las fuerzas del orden –dijo el dueño de la tienda, aprestándose a cumplir con lo solicitado. Olegario no le sacó de su error. Tendría que dar demasiadas explicaciones.

Con varios folios impresos en la mano, y tras despedirse del propietario del negocio agradeciéndole el tiempo y la amable disposición, Olegario y Sandra salieron a la calle. La periodista miró varias veces el rostro del hombre grabado en el video. No era una imagen perfecta, la resolución era algo granulosa, pero podía identificarse al individuo.

–¿Lo conoces?

Olegario no miró la fotografía impresa, ya la había memorizado.

–Me suena algo, pero creo que no. Tendremos que buscar quien lo conozca.

Sandra lo miró con curiosidad. El chófer había hablado con una seguridad pasmosa.

–¿Y a quién hay que acudir?

Olegario se detuvo para dar mayor énfasis a lo que iba a decir.

–Vayamos por partes: En primer lugar, hay que acercarse a la comisaría para denunciar los hechos y poner a Galán al tanto de todo esto. Yo le llevo.

–¿Y en segundo lugar?

–Eso, Sandra, me tiene que disculpar, pero es cosa mía.



–¡Qué alegría verte de nuevo, Enzo!

Ariosto esperaba al profesor italiano en la sala de llegadas del aeropuerto Tenerife Norte, y en cuanto le vio se acercó a darle un abrazo.

–¡Estás muy bien, Luis! Por ti no pasan los años.

–Sí que pasan, Enzo. Te lo puedo asegurar. Veo que has traído solo equipaje de mano. ¡Perfecto! Sebastián nos espera fuera en el coche. No perdamos ni un minuto.

Cavalcanti fue llevado casi en volandas al exterior del aeropuerto, donde el italiano se topó con un clima fresco que no esperaba.

–Pues no hay mucha diferencia en la temperatura entre Tenerife y Roma –bromeó.

–Aquí, en Los Rodeos –replicó Ariosto mientras entraban en el coche–, lo raro es que no haga algo de frío. En Santa Cruz es otra cosa.

Olegario saludó al recién llegado y arrancó el automóvil.

–Vayamos al Parque Tecnológico de La Cuesta, Sebastián. Haga el favor –indicó Ariosto.

El coche salió del aeropuerto por la autovía en dirección a Santa Cruz con la intención de llegar a su destino tomando por el sistema de rotondas de Guajara en dirección a Finca España.

–Por lo que me has contado, Luis –dijo Cavalcanti–, se trata de comprobar la autenticidad de una obra de arte.

–Así es. En concreto, un cuadro. Tiene una dificultad añadida, y es que se trata de una pintura debajo de otra.

–¿Repintaron una sobre otra? ¿Te refieres a modificaciones sobre el dibujo inicial? –preguntó el italiano.

–No. Me refiero a que sobre un retrato dispusieron una capa de blanco y sobre ella se pintó un paisaje.

–¡Qué extraño! Ese detalle sugiere que trataron de ocultar deliberadamente la pintura original.

–Eso mismo pienso yo –afirmó Ariosto–, pero no quiero que mi opinión pueda influenciarte. En todo caso, lo que necesito es comprobar si la obra es auténtica o no. Ya he hablado con mis amigos del Parque Tecnológico y nos están aguardando para hacer las pruebas que pediste en cuanto lleguemos. Espero que la policía ya haya hecho el traslado tal como el subinspector Ramos me prometió.

–Muy bien. Espero que terminemos pronto, me sigue seduciendo tu propuesta de vino y pescado fresco.

Ariosto y Olegario sonrieron. A ellos también les seducía.

–Enzo, me intrigan tus métodos de comprobación científica de la autenticidad de una pintura –Ariosto estaba realmente interesado–. ¿Cómo se puede distinguir un cuadro verdadero de uno falso?

Cavalcanti se estiró inconscientemente en el asiento, señal de que iba a soltar una disertación relativamente larga.

–Hay varios métodos para lograrlo. El primero es la experiencia del investigador. De un solo vistazo un ojo entrenado puede saber si la obra es falsa o no. Hay copias bastante burdas. Cuando existen dudas, entra el método científico. Me imagino que no tenemos documentación del origen de la obra, tal como me has contado, con lo que tendremos que hacer dos tipos de estudio: uno de imágenes y otro de muestras.

Ariosto temía que llegara ese momento.

–¿Es imprescindible hacer las pruebas de muestras? No quisiera estropear el cuadro.

–Primero haremos las de imágenes con los métodos que te indiqué. Y, si no estamos seguros, pues habrá que extraer algún pedacito pequeño de una esquina. Las muestras de pinturas dan una información excelente sobre los materiales empleados. Determinados pigmentos no se utilizaron en una época determinada y en otras sí. Si encontramos uno moderno en una obra supuestamente antigua, salta la falsificación.

–¿Cómo son las pruebas de imágenes?

–Más que de imágenes, son el resultado de la aplicación de fuentes de luz sobre el cuadro. Con los rayos ultravioleta podremos ver si existen repintes y añadidos posteriores. Si los materiales no son de la misma época, se verán con distinta fluorescencia. Con la Luz de Wood y con luces monocromáticas podremos constatar si la obra fue retocada o restaurada, ya que reconoce las sustancias fosforescentes. Con la reflectografía infrarroja podemos examinar el dibujo original de la obra, sus correcciones o añadidos. Con los rayos X, a una radiación muy baja durante una serie de minutos que dependerán del tipo de obra que sea, apreciaremos la técnica del artista, sus pinceladas y cómo distribuyó la pintura. Y con el análisis espectroscópico IR veremos si existe compatibilidad histórica en los elementos del cuadro: los pigmentos, los pegamentos y las lacas. Aunque los pigmentos utilizados en las pinturas son a menudo inorgánicos, los aglutinantes utilizados para mezclar las pinturas son con frecuencia orgánicos.

–¿Orgánicos?

–No sabes la cantidad de claras de huevo que utilizaron los pintores a lo largo de la Historia.

Ariosto asintió. La verdad es que no podía imaginárselo. A continuación le hizo la pregunta que no deseaba hacer.

–¿Y las pruebas de muestras?

–Los estudios de muestras se dirigirán tanto a la pintura como al lienzo. Para los de pintura, se toman muestras microscópicas de cada color y se someten a un análisis por láser que determina como están confeccionadas. El estudio de las grietas de la pintura y de los pigmentos utilizados es básico para distinguir una obra auténtica de otra falsa. El envejecimiento artificial es detectable.

–¿Y cómo se estudia el lienzo?

–La tela nos da muchísima información. Hay una buena bibliografía sobre las clases de telas utilizadas en cada época, en que se describen las tramas del lienzo, qué tipo de elementos utilizaba cada escuela. El deshilachado característico de un lienzo viejo es muy difícil de falsificar.

A Ariosto todos aquellos datos comenzaban a marearlo. Su rostro debió evidenciarlo.

–Finalmente, si tenemos una fotografía del cuadro original, a través del análisis estático digital se puede dividir una imagen en miles de imágenes básicas a las que se asigna una frecuencia cada una. Con la comparación digital saltan las diferencias enseguida.

–Creo que podremos salir de dudas, por lo que me cuentas.

–Por supuesto. Y no te preocupes. Si con cualquiera de los primeros métodos que te he contado detectamos la falsificación, no tendremos necesidad de seguir al siguiente.

Olegario, que escuchaba en silencio la conversación, no pudo reprimir hacer un comentario.

–Dios le oiga, porque si no, no llegamos al pescado ni para la cena.

Hauser detuvo el coche de alquiler en seco. Leclercq notó el golpe del cinturón de seguridad en el pecho.

–¿Qué ocurre? ¿Por qué frenas de ese modo? –preguntó el francés.

–El precinto judicial de la casa –respondió el alemán–. Está roto.

Leclercq tuvo que hacer un esfuerzo para comprobar la veracidad del detalle. En efecto, el sello oficial –una pegatina amplia–, estaba rota, aunque habían tratado de que no se notara.

–Hicimos bien en venir a echar un vistazo. Alguien ha entrado en la casa de Petrescu –concluyó el policía galo.

Hauser no respondió, solo enarcó una ceja, a modo de asentimiento, ante una evidencia tan clara. El alemán condujo el coche calle abajo buscando un aparcamiento, que encontró en la siguiente manzana. Cada vez le resultaba más difícil estacionar en aquel barrio, aunque sospechaba que ese era un problema que se extendía a toda la isla. La superpoblación automovilística era manifiesta.

Los policías prepararon sus armas antes de bajar del automóvil, lo que hicieron a continuación. Sabedores de que se había violado un precinto judicial, ya no era necesario pasar desapercibidos. Podían entrar en la casa con la ley de su parte.

Ambos se acercaron y echaron un vistazo al conjunto de fachadas. No se veía movimiento y no había nadie en la calle en aquel momento.

–No nos fiemos –dijo Hauser en voz baja.

Leclercq señaló la cerradura.

–¿Patada o ganzúa? –preguntó.

–Mejor en silencio.

Hauser sacó un juego de láminas de metal enganchadas a un aro y comenzó a trastear. Lo intentó con una primera, pero no obtuvo resultado. Luego con la segunda, y tampoco. Leclercq notó que su compañero comenzaba a ponerse nervioso. Se preguntó cuánto le duraría la paciencia.

Hauser resopló, se guardó las ganzúas, se echó atrás un paso y asestó una violenta patada a la puerta con el talón del zapato. Con un crujido lastimero, se abrió. El francés, que ya había salido de dudas, no comentó nada, no creía que su colega apreciara un rasgo de humor sobre el tema del silencio.

–Adentro –dijo el alemán y sacó su pistola de debajo de la chaqueta.

Leclercq admiró la decisión con la que Hauser entró en la casa con el cañón de su pistola por delante. Asíó su arma y esperó unas décimas de segundo, por si su compañero era recibido a tiros desde dentro de la casa, pero no escuchó ningún disparo. Raudo, cruzó el umbral de la puerta.

Sus ojos se acostumbraron con rapidez a la penumbra interior del domicilio. Todas las cortinas estaban corridas, como si se buscara la mayor privacidad posible.

–No hay nadie en la planta baja –dijo Hauser, volviendo de la cocina.

–¿Has visto lo que hay en la entrada? –preguntó el francés, señalando un objeto en el suelo.

–Sí, luego, lo vemos. Subamos.

Con las armas en ristre, ascendieron la escalera despacio, dejando una separación de seguridad de un par de metros entre ambos, como mandaban los cánones policiales. Al llegar arriba, Hauser se asomó con rapidez a las dos habitaciones y al baño, el mismo donde encontraron el cadáver de Mainz.

–Nadie –dijo Hauser.

Leclercq subió la mitad del siguiente tramo de escaleras y contempló la puerta de acceso a la

azotea, cerrada con llave desde dentro.

–Aquí tampoco –anunció.

Bajó y se reunió con su compañero, que había entrado en el dormitorio principal. Las sábanas estaban revueltas y unas manchas de sangre destacaban en ellas.

–¿Qué crees que ha pasado aquí? –preguntó el francés.

Hauser se acercó a la cama, examinó las sábanas, luego los pilares de madera que aguantaban el lecho y el cabecero y, finalmente, la disposición de los muebles. Miró debajo de la cama y recogió varios restos de tiras de plástico.

–En primer lugar, aquí han estado dos personas. A una la ataron a la cama. –Exhibió los restos de las bridas–. El agresor trajo esa silla del comedor de abajo y la colocó a un par de metros para vigilar al que estaba tumbado en el lecho.

–La víctima debió de estar sin conocimiento durante un tiempo. Si no fuera así, el otro no hubiera tenido necesidad de sentarse –añadió el francés.

–¿Viste el objeto de la entrada? Es una granada sónica. Quien entró le lanzó la granada al que estaba dentro y lo dejó inconsciente. Lo subió aquí arriba, lo ató a la cama y luego trató de sonsacarle información con algún tipo de tortura que explique la sangre.

Leclercq admiró las dotes de deducción de su compañero. El relato de los posibles hechos era plausible.

–¿Y quiénes crees que estaban aquí? –preguntó a Hauser.

–Uno de ellos debió de ser Petrescu. Apuesto a que es el que estaba dentro de la casa.

–¿Y el otro, el que entró después?

–Ese tipo de granadas no se vende en las ferreterías. Tuvo que ser un profesional. Es el exterminador, con total seguridad. Ya está aquí.

Leclercq le dio vueltas a la afirmación de su colega. Ahora tendrían que enfrentarse a dos tipos igual de peligrosos.

–¿Y por qué no se deshizo de Petrescu? ¿No es lo usual en estos casos?

Hauser meditó su respuesta antes de contestar.

–Porque lo necesita. Petrescu debe de poseer algo que busca el exterminador. Pero ten por seguro que, cuando lo encuentre, lo liquidará de inmediato.

–O Petrescu a él, si tiene la oportunidad.

–O Petrescu a él –repitió Hauser, reconociendo la posibilidad.

–¿Y dónde están ahora?

Hauser volvió a pensar en la cuestión. Llevaba minutos haciéndolo.

–Petrescu entró anoche en la casa del señor Ariosto. Según su declaración, le preguntó por un cuadro. Eso es lo que busca el exterminador. El cuadro. Donde esté el cuadro, allí estarán Petrescu y su captor.

–El cuadro estaba depositado en la comisaría ¿Crees que se van a atrever a entrar en un edificio policial?

–No hace falta. Si te acuerdas, hoy llevaban el cuadro a un instituto tecnológico para hacerle unas pruebas.

Leclercq pensó también en la hipótesis de su colega. Era muy posible que acertara.

–¿Nos acercamos a ese instituto?

–Estamos tardando.



–Gracias por venir, señor alcalde –dijo Marta, estrechándole la mano.

–La veo más a usted que a mi mujer, pero no me importa –Perdomo estaba de buen humor.

La arqueóloga y el mandatario se encontraban en el primer claustro del convento de San Agustín. Justo enfrente de la puerta del salón de actos, una joya de sabor decimonónico extraordinaria, cerrada al público más tiempo del que merecía. El alcalde, por expreso deseo de Marta, había llegado solo. En el interior del recinto solo se encontraban, en la esquina norte, dos de los ayudantes de la profesora. Todavía no había llegado la hora de la apertura al público del recinto.

–Entiendo que esté extrañado de que le haya pedido que acudiera sin su séquito natural, pero lo que voy a proponerle lo exige.

El alcalde sonrió con complicidad.

–He tenido que darle el esquinazo a Emeteria, que me sigue a todas partes como una sombra, salvo al baño de caballeros, el único lugar donde estoy a salvo. No sabe que tiene una puerta trasera.

Marta agradeció la disposición del político con otra sonrisa.

–Le cuento: en la tarde de ayer, descubrimos accidentalmente que la tumba del quinto marqués de Salazar de Castro está vacía. Y eso no es lo que dicen los documentos.

El alcalde hizo memoria.

–Pero esa es una de las tumbas que no se podían tocar, ¿no?

Marta admiró la capacidad de retentiva del alcalde. La práctica política desvelaba cualidades insospechadas en algunas personas.

–Sí, por eso le he pedido que acudiera con discreción. Una parte del muro cayó accidentalmente y pudimos echar un vistazo. No se preocupe, que lo restauraremos y quedará perfecto. Dentro del sepulcro encontramos un documento que nos abre una nueva vía de investigación.

Marta, como esperaba, estimuló la curiosidad de Perdomo.

–Pues usted dirá.

–Se trata de un pergamino donde se hacía constar que el cuerpo del marqués se trasladaba a una bóveda, es decir, a una cripta.

–¡Ah! ¿Y eso es importante?

A los ojos de Marta, la puntuación del alcalde volvió a bajar al nivel en que estaba previamente.

–Los Salazar de Castro no tenían bóveda en la iglesia, pero sabemos que existe una en el convento. Me refiero a la cripta que se halló en 1993. Si se acuerda, dentro de ella, aparecieron los restos de dos individuos de la familia, muertos en el siglo XVIII.

–Sí, me acuerdo –mintió a medias el alcalde. Se acordaba de la cripta, pero no del detalle de los apellidos de los cadáveres.

–Estupendo. Pues le he pedido que venga para que baje conmigo a esa cripta, que está aquí mismo, a unos pasos de donde estamos.

El alcalde pareció dudar un segundo. Miró su traje de Armani.

–Lo último que esperaba esta mañana era meterme en una tumba.

Marta comprendió la aprensión de Perdomo.

–No se preocupe, la cripta está vacía y, si no toca nada, no se ensuciará.

El alcalde indicó con el brazo a Marta que le mostrara el camino. Doblaron la siguiente esquina

del claustro y, al fondo, descubrió que los ayudantes de Marta habían levantado una losa del suelo. Era la entrada a la cripta, que se encontraba señalada con un cartel.

La arqueóloga tomó una linterna y entregó otra al alcalde. Sin ningún preámbulo, comenzó a bajar los escalones que llevaban al espacio subterráneo. El alcalde, tras conseguir que la linterna se encendiera a la tercera, la siguió.

Los escalones desembocaban en una estancia cuadrada de techo abovedado. Las paredes estaban construidas con sillares de piedra perfectamente tallada, salvo el muro del fondo, levantado con piedras irregulares unidas por argamasa. La cámara se examinaba en diez segundos.

–No sabía que estuviera completamente vacía –confesó el alcalde.

–Los restos se trasladaron para su estudio y luego tuvieron un entierro digno en suelo sagrado –informó la arqueóloga.

–Me alegro de que se haya tenido esa consideración con ellos.

–Sus incondicionales de la asociación *Pax Mortuis* estarán tranquilos en este caso –dijo Marta con ironía.

–No me hable.

Marta se giró e iluminó la pared del fondo.

–Todo esto está en conexión con la figura del quinto marqués. El que dicen los iluminados que se pasea por la iglesia en las noches de luna llena.

–¿Es en las noches de luna llena? –preguntó el alcalde, incrédulo.

Marta se percató que Perdomo no había captado la broma.

–No se pasea ninguna noche –respondió–. Es lo que dicen algunos chiflados. La cuestión es que el marqués no está en su tumba, lo que daría pie a más rumores y habladurías si fuera del dominio público. Esa es una de las dos razones por la que le he pedido que viniera solo.

–Entiendo. ¿Y la otra?

–La otra es que tengo fundadas sospechas de que el marqués pueda estar al otro lado de ese muro. Como ve, su modo de construcción es completamente distinto a las otras tres paredes, mucho más burdo, casi como un añadido posterior.

–Ahora que lo dice, lo veo claro.

–La otra razón de que hablaba es que quiero pedirle permiso para abrir ese muro y ver lo que hay al otro lado. Pero debe hacerse de modo reservado.

–¿Y por qué? Me parece un notición fabuloso. Es de los que le gustaría dar a conocer a nuestro común amigo Miguel Ángel Clavijo. Ya sabe que todo lo que sea patrimonio es su debilidad.

Porque si los detalles salen a la luz pública, los de la asociación van a poner el grito en el cielo. Si encontramos algo que valga la pena publicar, entonces usted se apuntará el tanto, pero si no, será un arma arrojadiza contra usted.

Marta sabía que había tocado el lado sensible de Perdomo. No le gustaba nada ser impopular.

–Comprendo. Le agradezco su preocupación por mi posición política, profesora Herrero. No lo olvidaré. Por mi parte, puede usted abrir ese muro ahora mismo, yo la respaldo. Pero con dos condiciones.

Marta se imaginaba que aquello no le iba a salir gratis.

–Diga usted, señor alcalde.

–La primera, que si no hay nada relevante detrás de esa pared, todo volverá a su estado original tras el examen arqueológico.

–Cuenta usted con ello. Yo trabajo así. ¿Y la segunda?

–Tiene usted veinticuatro horas. No crea que Emeteria va a tardar más en saber lo que está ocurriendo aquí. Si lo cree, es que la está subestimando peligrosamente. Y muchas horas me

parecen, si le digo la verdad.



Ariosto, en presencia del director del Parque Tecnológico, Gerardo Molina, del profesor Cavalcanti y de Félix Herrera, uno de los técnicos del laboratorio, sacó el cuadro de su envoltorio de papel y cartón.

–Aquí lo tienen –dijo, con cierto orgullo.

El aire acondicionado de aquel laboratorio del edificio Nanotec del InTech, el Parque Científico y Tecnológico de Tenerife, acentuaba aún más el fresco que hacía en el exterior aquella mañana de febrero en la zona de La Cuesta.

–Un paisaje magnífico –dijo Molina al contemplar el motivo pictórico–. De algún lugar del macizo de Anaga, si no me equivoco.

–Así es –contestó Ariosto–. Por lo que sé, el autor solo estuvo en ese lugar en una ocasión, por lo que se trata de un cuadro único.

Cavalcanti se adelantó y se acercó a la pintura. Con una lupa grande que traía consigo, examinó la superficie con atención. Los otros asistentes guardaron silencio.

–A primera vista, es pintura del siglo XX, no hay duda –dictaminó.

–En eso estamos todos de acuerdo. El pintor del paisaje es de esa época.

–Tendremos que separar el lienzo del marco –dijo el italiano.

–Proceda, Herrera –solicitó el director al técnico.

El especialista del laboratorio utilizó unas herramientas mecánicas especiales que extrajeron unos casi invisibles clavos finos que unían las diversas partes de madera del cuadro. El trabajo se hizo a conciencia y el daño que sufrió la enmarcación fue mínimo. En unos minutos, sobre una superficie plástica, la tela con la pintura quedó libre y expuesta a las miradas de los allí congregados.

Cavalcanti se puso unos guantes de seda y, con sumo cuidado, cogió con los dedos una esquina de la tela y la volvió del revés. Se acercó con la lupa a apenas unos centímetros. Ariosto se percató de que la nariz tocaba el cristal de aumento.

–La tela parece antigua. Tendremos que hacerle las pruebas de datación –dijo el italiano–. Pero antes hagamos las pruebas de rayos X, que quiero ver qué hay detrás del paisaje.

Herrera trajo una bandeja metálica del tamaño del lienzo y lo depositó en ella. Todos se trasladaron a una sala contigua provista de aparatos de radiología. Cavalcanti y Herrera calibraron la intensidad de los rayos y el tiempo de exposición. Una vez preparado, todos pasaron a un laboratorio anexo para no verse afectados por la radiación. El resultado de la prueba radiológica se pudo ver prácticamente al instante en un monitor. El profesor italiano se dispuso a examinar la imagen.

–¡Madre di Dio! –exclamó a los diez segundos de estudiar la pantalla.

Ariosto se acercó a su lado, con una leve sonrisa en los labios.

–¿Ves algo fuera de lo normal, Enzo?

El italiano se volvió hacia él, con expresión de desconcierto en su rostro.

–No puede ser. Y es imposible. Todo está fuera de lo normal, Luis. ¿Reconoces el dibujo original? ¿El que está debajo de la capa de blanco?

–Sí. Es fácil de reconocer.

Cavalcanti movió la cabeza de un lado para otro.

–Para salir de dudas, me temo que habrá que hacerle las pruebas de muestras. Extraeremos un pedazo muy pequeño de la tela y de la pintura. La gravedad del asunto lo exige.

Ariosto sintió que sus temores se hacían realidad.

–Si no hay más remedio –se rindió.

Herrera trajo de vuelta el lienzo al laboratorio y Cavalcanti eligió del instrumental de la sala un extractor de muestras y lo utilizó sobre la esquina inferior izquierda de la tela. Un leve chasquido confirmó que la extracción se había realizado con éxito.

En ese momento la puerta del laboratorio se abrió y un desconocido entró en él.

–Perdone, debe de haberse equivocado de lugar –dijo el director Molina, dirigiéndose al recién llegado.

Este respondió sacando de debajo de la chaqueta una pistola.

–Estoy seguro de haber acertado –dijo, con mirada de determinación y un acento extraño–. Ahora, quietos todos y nadie resultará herido. No les sirve de nada gritar, me he encargado de la pareja de policías que había en la entrada, así que no me obliguen a aumentar la violencia. –El cañón del arma se dirigió a Herrera, el único que vestía bata blanca–. Usted, enrolle el lienzo.

El asombro de los reunidos dio paso a un temor indignado. ¡Era un robo!

El hombre de la pistola colocó el arma en la sien del director.

–¡Enrolle el lienzo ahora mismo o le vuelo la cabeza!

Ariosto se sintió impotente y, como propietario del cuadro, algo responsable, por lo que decidió reforzar la orden.

–Haga lo que le dice, por favor.

El técnico sopesó la situación un instante y comenzó a enrollar con cuidado la pintura sobre sí misma. Ariosto y Cavalcanti estaban estupefactos con el trato tan rudimentario que se estaba dando al lienzo. Cuando terminó, Herrera colocó una goma elástica alrededor del cilindro de tela y lo depositó sobre una mesa.

–Ahora, todos al suelo –ordenó el asaltante–. Tumbados boca abajo y con los brazos abiertos. ¡Vamos!

Los cuatro cumplieron el requerimiento. Ariosto escuchó como el intruso se hacía con la pintura. Buscó los pies del atacante, por si veía alguna opción de sorprenderlo.

–Ni se le ocurra –escuchó muy cerca de su oído. Ariosto se quedó quieto–. Ahora, no se van a mover en cinco minutos. Si veo a alguno de ustedes en pie, le dispararé sin dudarle.

Tras la frase, escucharon la puerta abrirse y cerrarse de modo inmediato. Ariosto levantó la vista. El hombre había salido de la sala. Se levantó despacio y acercó la cabeza al borde inferior de la ventana para atisbar a través de ella. No se veía rastro del malhechor. Se puso en pie.

–Ya se ha ido –anunció, con algo de alivio.

Los tres hombres se levantaron con el susto todavía en el cuerpo. El director Molina todavía permanecía pálido.

–Pero, ¿qué diablos contiene ese cuadro para que alguien esté dispuesto a matar por él?

Ariosto y Cavalcanti se miraron, pero no respondieron.

Tras la instalación de un foco de luz LED, que generaba poco calor, la cripta quedó lo suficiente iluminada para trabajar. Un equipo de grabación en video fue colocado en la esquina, a la izquierda del comienzo de la escalera y Marta, junto con Enrique, su ayudante más corpulento, se dispusieron a abrir un boquete en el muro.

–En primer lugar, vamos a numerar las piedras con pintura plástica, fácil de eliminar –indicó Marta.

Tras ella se encontraba otro ayudante, Roberto, que se encargaría de sacar las piedras y escombros de la tumba para que no estorbasen. La tercera ayudante estaría fuera, ordenando y custodiando lo que saliera de la cripta. La numeración de un grupo de las piedras que ocupaban un perímetro de un metro de alto por noventa centímetros de ancho se realizó en apenas un minuto.

–Ahora, con el martillo eléctrico, desgastaremos la unión de las piedras de la hilera superior.

El material se fue deshaciendo con facilidad ante el empuje de la broca del taladro y las piedras se perfilaron con la oscuridad proveniente del interior del hueco, al otro lado del muro.

El repaso a la primera piedra por tres de sus lados obtuvo su premio. Marta trató de extraerla y salió a la primera, arrastrando polvo y restos de mortero. Con cuidado, utilizando ambas manos, la sacó de su lugar de descanso centenario y se la pasó al segundo ayudante, que la esperaba.

–Piedra número uno –anunció.

Se volvió al muro y trató de echar un vistazo a través del hueco.

–La linterna, por favor –solicitó.

El primer ayudante se la entregó.

Ante la mirada expectante de los que la rodeaban, Marta introdujo el haz de luz en el agujero y se dispuso a mirar más allá del muro.

–No me digas que ves cosas maravillosas –bromeó Roberto, recordando el primer vistazo que echó Howard Carter a la tumba de Tutankhamon.

Marta sonrió un décimo de segundo y se concentró en enfocar su vista en el interior.

–Veo un espacio estrecho. Tal vez un tercio de este en que estamos. Hay un fñetro en medio. Está totalmente desvencijado.

El relato de lo que veía mantenía a sus ayudantes en vilo. Guardaron silencio, esperando a que Marta prosiguiera.

–Distingo restos de un esqueleto entre los trozos de madera –Se volvió hacia Enrique y Roberto–. No hay duda, es un enterramiento.

Los jóvenes asintieron con ojos sonrientes y ganas de aplaudir.

–¿Seguimos entonces? –preguntó el primero.

–Seguimos. Claro que sí.

El entusiasmo se apoderó de los cuatro y siguieron sacando piedras del muro hasta que el espacio de pared a retirar estuvo expedito. Todos se acercaron a mirar por el agujero, un habitáculo cerrado desde hacía siglos por aquel muro de piedras y argamasa.

El espacio del fondo de la cripta ahora descubierto era simple, una continuación del anterior, con las paredes labradas con el mismo esmero. No había ningún adorno en los muros, ni huecos ni hornacinas. El principal objeto era un ataúd descompuesto, que ocupaba la mayor parte del suelo disponible. A su lado, en la cabecera, destacaba un pedestal de piedra, vacío, con una inscripción en su base.

–Parece que se llevaron la imagen que ocupaba la peana –dijo Enrique–. A esa plataforma le falta una estatua.

–Lo estudiaremos a su debido momento –dijo Marta–. ¿Quién entra el primero?

Los arqueólogos se sorprendieron de la pregunta.

–Tú, por supuesto –contesto María, la tercera ayudante.

Marta se encogió de hombros y pasó una pierna por el hueco. Agachó el torso y pasó al otro lado del muro, al mismo tiempo que la otra pierna. Una vez de pie dentro del espacio cerrado, se arrodilló junto al féretro destartado.

Sus dedos enguantados levantaron el tablón de madera más largo que cubría los restos. Lo aferró y lo retiró a un lado.

–¿Estás grabando, Enrique? –preguntó.

–Grabando –respondió el aludido.

–Y yo fotografiando, añadió María.

Marta asintió satisfecha, y retiró otra plancha de la tapa de la caja de un tamaño similar. A sus ojos apareció el esqueleto en toda su longitud.

–Son los restos de un hombre. Estaba vestido completamente cuando fue enterrado. Hay vestigios de una chaqueta con galones, varios botones metálicos, un cinturón con una hebilla llamativa, y zapatos con tacón medio. Era un noble o un hombre rico, que es igual pero no es lo mismo.

–¿Alguna pista sobre su identidad?

Marta volvió la cabeza.

–Más que pista, tenemos una carretera. En la parte superior del féretro, escrito a mano, pone: «quinto marqués».

–Identificación positiva entonces –comentó Roberto.

–No hay que dar nada por sentado –repuso Marta–. Pero es un buen comienzo.

–Bueno, por lo menos, sabemos que ese marqués está ahí, y no vagando por la iglesia de noche –dijo María.

–Lo que vaga no es su esqueleto, sino su fantasma –acotó Enrique.

Marta frunció el ceño.

–Chicos, estamos en una intervención arqueológica, por favor –les amonestó.

Los ayudantes callaron y miraron a su jefa, que prosiguió.

–Pasemos a la descripción detallada del hallazgo, con dibujos y registro fotográfico. No tocaremos los huesos hasta hablar con el alcalde.

–¿El alcalde? –preguntó María.

–Fue lo acordado. Si hay foto, el señor Perdomo debe salir en ella.

Los ayudantes se conformaron con la explicación. Eran conscientes de quién financiaba los trabajos.

–¿Puedes examinar el pedestal vacío? –preguntó Roberto–. Parece que tiene una inscripción.

Marta se acercó al monolito de piedra y enfocó la luz de su linterna en su pared frontal. Un bajorrelieve contenía cuatro frases cortas en caracteres latinos. La arqueóloga las leyó en voz alta:

*Santa Barbara protegit me.*

*In hac vita et in altera.*

*Malum sit*

*qui praeter eam a me*

– «Santa Bárbara me protege. En esta vida y en la otra» –tradujo de inmediato–. Se entiende perfectamente, está casi en castellano.

–Una Santa Bárbara –destacó Roberto–. Estamos debajo de la capilla de Santa Bárbara del

convento.

–Ese detalle es muy interesante –señaló Marta–. Tomo nota.

–¿Y lo que está escrito después? Yo no lo veo tan claro –opinó María.

–Es algo poco frecuente –adujo Marta–: «Maldito sea el que la aparte de mí».

–Es como una maldición egipcia –dijo Roberto–. El que se llevó la imagen debe estar ardiendo en el infierno.

–O ha creado un problema que todavía no se ha resuelto –añadió Enrique.

–¿Eran normales ese tipo de maldiciones en el siglo XVIII? –preguntó María.

–No, esta es extraordinaria –respondió la profesora–. Ese tipo de oraciones admonitorias no se estilaban por entonces.

–Salvo que el marqués insistiera en ello –replicó la ayudante–. Tal vez fuera un tipo rarito.

–Podrían ser ambas cosas, pero de la primera no es lo usual, y de la segunda no tengo datos.

Habría que estudiarlo –sentenció Marta.

–Entonces, debió de haber una Santa Bárbara en esa plataforma. ¿Dónde habrá ido a parar? – se preguntó Enrique.

Marta miró a su ayudante y contestó con una leve sonrisa.

–Tal vez, a ese enigma, yo tenga la respuesta.

–Ese coche ha salido demasiado rápido –indicó Hauser, justo cuando su automóvil estaba a punto de entrar en el recinto del Parque Científico y Tecnológico. Un BMW oscuro se les había echado encima a toda velocidad al abandonar el estacionamiento y el alemán se había visto obligado a dar un frenazo.

–No hay nadie en la garita de seguridad –observó Leclercq a su vez.

–No me gusta. Averigüemos por qué tiene tanta prisa –dijo Hauser, y dio un volantazo a la izquierda y enfiló tras el vehículo que se dirigía a la avenida de Los Menceyes.

–Un solo ocupante –comprobó el francés–. ¿Llamo a Galán?

–Espera un poco –propuso el alemán.

El BMW se topó con una cola de tres vehículos en el acceso a la rotonda de la estación de servicio de La Higuera. La solventó adelantando por el carril contrario y entrando en el cruce casi sin mirar. Un par de coches tuvieron que desviarse.

–Eso ha sido una ilegalidad en toda regla con riesgo grave para las personas –dijo Hauser–. Podemos actuar.

El alemán realizó la misma maniobra que el automóvil que les precedía, aprovechando que los vehículos estaban detenidos por la sorpresiva maniobra del primer coche. El BMW aceleró por el carril de la izquierda, giró igual de rápido por la siguiente rotonda, la del acceso a Finca España, en dirección a la autovía. Los policías de la Interpol hicieron la misma maniobra, a una velocidad algo más reducida.

La subida hacia los edificios del campus de Guajara de la universidad también estaba bloqueada en el carril derecho, tras pasar las vías del tranvía. El BMW se desplazó por el carril izquierdo, que estaba libre, a toda velocidad. Apenas frenó un instante antes de incorporarse a la siguiente rotonda. Esta vez dos coches chocaron entre sí al frenar ante la brusca incorporación del coche oscuro.

–Ya no es riesgo grave, ahora hay daños reales –dijo Hauser, casi maquinalmente.

El coche de los policías europeos siguió la estela del vehículo perseguido sorteando como pudo los automóviles implicados en el choque. Tras la rotonda, enfilaron por el puente que cruzaba la autovía.

–¿Has anotado la matrícula? –preguntó Hauser.

–No la he visto nítidamente, pero creo que tengo todos los dígitos.

En la rotonda en que desembocaba el puente, el BMW se topó con el tráfico intenso usual en aquel lugar y no tuvo tanta suerte. Al integrarse de modo temerario en el enorme círculo distribuidor del tráfico hacia los grandes centros comerciales, una furgoneta blanca lo embistió de lado. El coche alemán derrapó sobre sus ruedas traseras y la parte posterior del coche chocó con un pequeño turismo blanco, que se desplazó a su derecha, alcanzando a otro más grande de color rojo. Todos los coches de la rotonda se detuvieron.

–¡Ya es nuestro! –exclamó Hauser.

El coche de los policías de la Interpol se acercó en zigzag adelantando a los que estaban parados, y se detuvo a unos metros del BMW. De este vehículo descendió un hombre con una chaqueta negra y expresión de determinación. Empuñaba una pistola en su mano derecha.

–¡Tiene un arma! –advirtió Leclercq.

El hombre de la pistola esquivó los automóviles implicados en el accidente y se dirigió al de los policías.

–¡Bajemos del coche! –gritó Hauser al tiempo que abría la puerta y se echaba al suelo.

El conductor del BMW apuntó al coche perseguidor y disparó contra el parabrisas dos veces, alojando dos balas en el mismo centro de los asientos del conductor y del copiloto, ahora vacíos. A continuación, hizo lo mismo apuntando a las ruedas delanteras, que se desinflaron de inmediato al ser alcanzadas. Las personas que habían comenzado a descender de sus vehículos se agacharon instintivamente o se lanzaron al asfalto en cuanto comenzaron a escuchar los disparos.

Aprovechando el desconcierto general, el hombre de la pistola volvió a su coche, comprobó que la abolladura de la puerta trasera izquierda no afectaba a las ruedas y se montó de nuevo en él. Introdujo la primera marcha y el vehículo salió despedido, chirriando ruedas. El BMW tomó la primera desviación a la derecha, en dirección a Santa Cruz, y se perdió de vista.

Hauser y Leclercq, con sus pistolas desenfundadas que no habían tenido tiempo de usar, se incorporaron para contemplar cómo el automóvil que perseguían había desaparecido. Observaron los agujeros del cristal delantero y de los asientos.

–Ha sido por un pelo –dijo el francés.

–No me imaginaba que fuera a dispararnos –respondió el alemán. Miró el caos circulatorio que se estaba formando por la retención en uno de los lugares de tráfico más concurridos de la isla, y dijo, casi con un suspiro:

–Ahora sí puedes llamar a Galán.

–¿Cree que ese cuadro puede ser el original, Luis?

El inspector Galán le hizo la pregunta a Ariosto en el laboratorio en que se había producido el robo. A instancia del primero, las demás personas reunidas allí habían salido, salvo Cavalcanti.

–Existe esa posibilidad –respondió el interpelado.

–Al menos no es *La Gioconda*.

Ariosto, dentro de su gravedad, se permitió esbozar una sonrisa.

–*La Gioconda*, o *La Mona Lisa*, está pintada sobre una tabla de madera de álamo, no sobre tela.

Galán se acercó a un monitor de ordenador donde una imagen fija le estaba esperando. Se trataba de una placa de Rayos X. El policía identificó varios dibujos entrelazados. Detrás de un paisaje montañoso de Tenerife, con el sol zambulléndose en el mar, distinguió el retrato de una mujer, vestida al estilo medieval, volviéndose y mirando al espectador. Reconoció la imagen que le habían mostrado Hauser y Leclercq.

–Me recuerda a *La joven de la perla* –dijo Galán.

–Exacto –convino Ariosto–, también conocida como la Mona Lisa holandesa, un cuadro pintado por Johannes Vermeer entre 1665 y 1667. Es uno de los óleos sobre lienzo más famosos del mundo.

–Pero no puede ser el mismo. El original está en el museo Maurithuis de La Haya, en Holanda –repuso el policía.

–Eso creemos todos –dijo Cavalcanti–. Estábamos tratando de determinar su autenticidad cuando tuvimos esa desagradable interrupción. ¿Han podido detener al asaltante?

–Cuando llegamos, ya había desaparecido. Gracias al vigilante de seguridad, que encontramos inconsciente en su garita, tenemos la descripción del automóvil. Está siendo enviada por radio a todos los coches patrulla.

–¿Y la pareja de policías que trajo el cuadro de la comisaría? –se interesó Ariosto.

–Están libres y sin daño alguno. El agresor los había desarmado a punta de pistola y esposado en una de las salas de la planta baja. Por fortuna, nadie ha resultado herido.

–Es la mejor noticia. Deseo que las pesquisas policiales lleguen a buen término y consigamos la recuperación de la obra sustraída –concluyó el amigo tinerfeño de Galán.

–Me gustaría que se pasasen por la comisaría a hacer una declaración oficial con todos los detalles –pidió el inspector.

–Por supuesto, Antonio. Pero, si no le importa, permítanos terminar de hacer un experimento que fue interrumpido de esa manera tan violenta.

Galán miró a Ariosto extrañado.

–Tenemos una muestra de la pintura –aclaró el profesor Cavalcanti–. Vamos a hacerle varias pruebas. ¿Se une a nosotros?

El policía rechazó el ofrecimiento con un gesto amable.

–No, gracias, tengo varios frentes policiales que cubrir. Si resulta algo interesante, les agradecería que me lo comunicaran.

–Así se hará, amigo mío –prometió Ariosto.

Galán se despidió de ambos y estos salieron de la estancia donde se encontraban rumbo a otro de los laboratorios. Allí les esperaban Herrera y Molina, ya repuestos del sobresalto.

La pequeña muestra de tela recubierta de pintura fue colocada en un portaobjetos y sometida a diversas pruebas. Tras un estudio microscópico, una mínima parte de los pigmentos fue extraída



con una lanceta similar a un bisturí y luego colocada en un cristal. Allí fue de nuevo observada por varios aparatos y se le aplicó una sustancia disolvente.

–Creo que ya puedo llegar a una conclusión, Luis –anunció Cavalcanti, al cabo de unos minutos de observación insistente.

Ariosto, Molina y Herrera le invitaron a proseguir, mirándole con curiosidad.

–La pintura es falsa –sentenció–. La tela es antigua, tal vez del siglo XVII. Es muy difícil conseguir lienzos en blanco hoy día, pero quien pintó el cuadro pudo disponer de una. Sin embargo, la pintura aplicada, hecha con las mismas técnicas que en el pasado, con pigmentos naturales, es del siglo XX. De mediados de la centuria, diría yo. Y eso que se le dio un tratamiento de envejecimiento muy logrado. El falsificador era todo un artista.

Los que le rodeaban expresaron al mismo tiempo perplejidad y alivio.

–No te voy a preguntar si estás seguro, porque lo estás –dijo Ariosto–. Pero, evidentemente, el hombre armado que se ha llevado el cuadro no lo sabe.

–Eso parece.

–¿Qué precio puede tener en el mercado el original? –preguntó Molina.

–No tiene precio –respondió Cavalcanti de inmediato–. Y es invendible en los circuitos legales. Solo podría comprarlo, en el mercado negro, algún millonario excéntrico para su disfrute personal, que también los hay. Se podría pedir por *La joven de la perla* entre quinientos y mil millones de euros, por decir una cifra.

Herrera silbó.

–Es como para pagar esa cantidad y que después resulte que es falso –dijo.

–Ese es el riesgo del mercado negro. Pero, si eso ocurre, tenga por seguro que el comprador tendrá los medios para resarcirse de la persona que le engañó –comentó el italiano.

–Me imagino cuáles son esos medios –añadió el técnico, tragando saliva.

–Tengo una sensación agridulce –intervino Ariosto–. Por un lado, me produce alivio no ser el poseedor de la pintura, porque habría que entregarla a sus dueños, ya que su origen tuvo que ser un robo. Y por otro, indignación por haber sido objeto del hurto del Martín González, que también tiene su valor.

Cavalcanti puso su mano en el hombro de Ariosto.

–Pierde cuidado con eso, Luis. El Martín González también era falso.

A media tarde, Olegario dejó a Ariosto y a Cavalcanti en casa del primero, dispuestos a tomar un licor digestivo. Se encontraban satisfechos con la sama y el bocinegro de los que dieron cuenta con un malvasía de Bodegas La Morra, de Lanzarote, en «La Pimienta», un restaurante de La Matanza, famoso por su pescado fresco y por las guindillas verdes que hacían las delicias de los aficionados al picante, pero que podían estropear la tarde a quien no estuviera avisado.

Olegario, dispensado de su trabajo, estacionó el Mercedes 300D del 60 en el garaje de la casa y se subió al Opel Corsa de Emelina, vehículo que utilizaba para desplazarse de modo privado. Y es que al sitio al que pretendía ir no se le ocurriría ir nunca con el coche de Ariosto.

Salió de Santa Cruz y se perdió en el laberinto de calles existente en la línea divisoria, a veces algo difusa, que limitaba los términos municipales de Santa Cruz y La Laguna. Encontró un hueco en un solar convertido en aparcamiento gracias a un gorrilla que cuidaba los coches y que cobraba por adelantado el euro que esperaba de los conductores. Olegario sabía que en aquella zona tener complicidad con el vigilante era algo indispensable. Por eso lo dio una moneda de dos euros.

Desde allí se dirigió a pie, recorriendo un par de manzanas hasta que llegó al lugar que buscaba. La puerta del «Bar Yoni» se encontraba abierta, aunque la oscuridad del interior era tan poco atractiva como el dueño del local y la clientela que lo frecuentaba. Olegario entró en el bar y echó una ojeada rápida. Dos tipos, los únicos clientes, cuchicheaban sospechosamente en una mesa al fondo. El chófer se acercó a la barra y se sentó en un taburete. El dueño del establecimiento se acercó, al otro lado del mostrador.

–Dicen que un día te van a cerrar al local, Yoni –dijo Olegario con tranquilidad–. Esto no cumple con ninguna ordenanza.

El rostro de Juan Delgado, alias «El Yoni», se abrió en una sonrisa que reveló que le faltaban ambos premolares.

–Tengo renovada la licencia con el visto bueno de la poli, del alcalde y de todos los cabrones que hacen inspecciones de lo que sea –respondió.

Olegario contempló al Yoni. De unos cincuenta y pocos años, su silueta delgada se perdía en una ropa que le quedaba algo grande, dándole el aspecto de un demandante social de Cáritas o de un fanático de las dietas milagro. Viejo conocido de la comisaría, había cambiado una vida peligrosa comprando y vendiendo todo tipo de productos peligrosos –incluyendo armas, pero nunca droga–, por la apacible vida de barman en un establecimiento de características algo sórdidas comprado con unos ahorrillos de origen más sórdido aún. Esa sordidez, más toda la experiencia y los contactos acumulados a lo largo de su carrera es lo que hacía que Olegario se hubiera acercado hasta allí.

–Te veo más viejo y más calvo –apreció el chófer.

–Y tú más gordo. Seguro que tienes mujer –replicó el barman.

–En eso aciertas. Como y ceno caliente todos los días.

–Siempre has tenido suerte, Olegario. ¿Qué te trae por aquí? Hace mil años que no te veo.

–Ayer me acordé de ti y me dije: ¿Por qué no hacerle una visita al bueno de Yoni?

El dueño del establecimiento sacó dos vasos pequeños y vertió en ellos el contenido de una botella de vino tinto de la tierra, sin etiqueta.

–Suena a frase de los polis cuando quieren buscarte problemas –dijo–. Ya sabes que llevo retirado de mis errores de juventud hace mucho tiempo.

Olegario echó un vistazo alrededor del local.

–¿No me digas que con esto vives bien? –le preguntó.

El barman probó el vino con un sorbo. Lo paladeó y, con gesto aprobatorio, dejó el vaso sobre la barra.

–Siempre surge alguna cosilla para complementar gastos, pero nada serio. Echar una mano a algún amigo de vez en cuando.

Olegario sonrió, aquel hombre no iba a cambiar nunca.

–Pues justo eso es lo que me hace falta.

El Yoni miró de arriba abajo a Olegario.

–¿Echarte una mano a ti? Seguro que es más fácil que tú se la echas a alguien.

El chófer sonrió la broma, y acto seguido se puso serio.

–Explosivos plásticos –dijo, bajando la voz–. Quién los vende y dónde.

El Yoni miró a Olegario fijamente, como dudando de si le hablaba en serio. Se bebió el resto del vaso antes de contestar.

–No sé nada.

El chófer asintió, esperaba una contestación así. Sacó la fotografía del hombre que molestó a Sandra en el video portero y la colocó sobre la barra. El Yoni la miró de soslayo.

–No sé quién es –insistió–. No sé nada.

–Vale. No sabes nada. ¿Dónde se pueden comprar?

–Estoy retirado, ya te lo dije. Nada de armas, y de explosivos, menos.

Olegario guardó la foto, acentuó algo más su seriedad, y la cambió por un billete de cincuenta euros, que depositó en la barra.

–¿Dónde? Es importante –insistió.

–Yo no sé nada, ya lo sabes –repitió el Yoni, esta vez con mirada cómplice–. Pero podrías pasarte por el Colombiano. Tiene de todo, aunque vende solo a clientes escogidos. La isla es pequeña, y aunque hay poca demanda de esos artículos, todo se compra, o puede llegar a comprarse.

–De acuerdo. Gracias por no saber nada.

Olegario dejó el billete de cincuenta euros sobre la barra, saludó con la mirada y salió al exterior. Anotó en su cuenta particular el nuevo gasto. Aquella investigación estaba comenzando a salirle un poco cara.

La Comisaría de Tres de Mayo, en Santa Cruz, sufría un inusitado trasiego de coches policiales llegados desde todos los puntos de la isla. El patio interior que hacía las veces de aparcamiento estaba abarrotado de vehículos. El comisario Blázquez había convocado a una reunión urgente a todos los mandos de la Policía Nacional existentes en los diversos municipios de la isla. También había representantes de la Guardia Civil, la Policía Canaria, y de la Policía Local de las principales poblaciones de Tenerife. En suma, todo aquel que tenía una parcela de competencia policial, aunque fuera limitada, estaba allí.

Se habilitó la sala más grande de la comisaría para albergar a los convocados. No había sillas para todos, por lo que muchos tuvieron que permanecer en pie. A las doce en punto, apareció por la puerta el comisario, seguido de cerca por el inspector Galán y los policías de la Interpol, Hauser y Leclercq. El jefe se detuvo en el centro justo de la pared del fondo, donde pudiera ser visto. Sus acompañantes se colocaron a su lado.

–Señores, nos encontramos ante un problema serio. –Blázquez se detuvo un par de segundos, siempre le gustaba crear expectación, a veces exagerada. Se comentaba que en su juventud hizo teatro–. Dos criminales europeos muy peligrosos andan sueltos por la isla. Tenemos constancia de que se han cometido dos homicidios en los últimos días y un robo a punta de pistola hace apenas unas horas. Al parecer, el objeto robado es muy valioso. Los inspectores Galán y Hauser les darán más detalles.

Blázquez descansó e hizo una señal al inspector lagunero. Se reservaría la arenga final en cuanto sus colegas informaran de los detalles. Galán tomó la palabra.

–De uno tenemos la filiación: Amadeu Petrescu, rumano, sospechoso principal de dos muertes. Una por envenenamiento y la otra con arma blanca. Del otro solo sabemos que es un asesino profesional. Ambos han sido enviados a Tenerife para hacerse con una pintura, al parecer muy valiosa. Y esa es la razón por la que dos inspectores de la Interpol estén hoy aquí con nosotros.

Galán hizo una seña a Hauser para que continuara. El alemán dio un paso al frente y se dispuso a hacer gala de su castellano, de acento tan extraño.

–Son tipos duros y entrenados. Proviene de las fuerzas especiales del ejército alemán y serbio, por lo que no hay que subestimarlos. En dos palabras: son asesinos profesionales. Por ello, si se les localiza, que nadie se haga el héroe, capturarlos o neutralizarlos debe ser una cuestión de equipo.

A los presentes la palabra «neutralizarlos» les sonó inusual, pero todos la entendieron. Leclercq quiso tener su cupo de protagonismo.

–Yo aún diría más –dijo, rememorando a un par de policías gemelos de sus lecturas de juventud–. Si alguien se los encuentra, que nos llame de inmediato. Nosotros conocemos a esta clase de tipos y sabemos cómo tratarlos.

La frase también sonó extraña, y todos la entendieron también, sobre todo porque conllevaba un mensaje implícito: que cargasen con el problema el francés y el alemán, si tanto interés tenían. Galán decidió que debía intervenir para evitar malentendidos.

–Utilizaremos los protocolos de actuación de siempre –aclaró–. La jurisdicción es nuestra, que no se nos olvide. Pero, si aparecen, yo mismo o el comisario debemos ser los primeros en ser informados. Nuestros colegas europeos intervendrán cuando sea el momento.

Blázquez era perro viejo y vio que se podía montar una trifulca con los agentes de Ginebra, por lo que hizo un gesto con el brazo, indicador, sin duda alguna, de que sería el siguiente en hablar.

–Somos los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado –recalcó–. Todos estamos en el mismo

barco y juntos remaremos en la misma dirección. Los delincuentes tras los que estamos ya tienen lo que buscaban, por lo que ahora van a intentar escapar de la isla. Nos toca a nosotros evitarlo. Quiero que se controlen todas las salidas, por cualquier medio que sea: mar o aire, pero que no escapen. Y espero que no lo hayan hecho ya. Todos sabemos que de nuestros aeropuertos sale un avión cada diez minutos, pero confiemos en las dificultades que conlleva comprar un billete de avión sobre la marcha. Como no se haya reservado con semanas de antelación, o no hay plazas, o te sale un ojo de la cara.

Los agentes asintieron de modo unánime. No era fácil salir rápidamente de Tenerife en temporada alta, a menos que se dispusiera de una Visa Oro que soportara los abusos de las compañías aéreas. Uno de los asistentes, el teniente Silvestre, de la Guardia Civil, levantó la mano. El comisario hizo el ademán de pasarle la palabra.

–Tengo una cuestión que me tiene en vilo –planteó–. ¿De qué pintura se trata para que estén aquí los colegas de la Interpol y haya habido dos homicidios?

Blázquez no dejó que los demás contestaran.

–Me da igual la pintura que sea. El hecho es que el ministro tiene mi móvil, no sé quién se lo ha podido haber dado, y anoche me llamó a las tres de la madrugada. Y si el ministro es capaz de despertarme a esa hora, pueden imaginar lo que yo seré capaz de hacer para que no vuelva a hacerlo. ¿Queda entendido?

El Guardia Civil no se quedó muy conforme con la respuesta. Se le notó en el rostro. Galán, tratando de que todos hicieran grupo, salió al quite.

–Los dos sospechosos han robado un lienzo. O lo que es lo mismo, una pintura en una tela.

–¿No será la Gioconda? –preguntó Silvestre.

Galán contestó de inmediato. La respuesta se la habían puesto en bandeja.

–La Gioconda está pintada sobre una tabla de madera de álamo. Por lo que no se trata de ese cuadro.

El inspector sonrió. Nunca había quedado tan bien.

Petrescu cerró los ojos con fuerza cuando la luz invadió sin miramientos su retina. Llevaba varias horas maniatado y con una capucha gruesa sobre la cabeza. Además, los vaivenes en el portamaletas del coche de su secuestrador no le habían ayudado a pasar un rato confortable. Todo lo contrario. Se sentía molido.

El captor le había quitado la capucha de golpe, signo nada bueno, y la claridad le hirió en todos sus sentidos. Olía con fuerza a pino y a bayas silvestres. Cuando pudo ver algo el paisaje se lo confirmó. Estaban en un bosque. Signo menos bueno todavía.

El rumano no lo sabía, pero se encontraban en una de las incontables pistas forestales del vértice de la isla. Cerca de la confluencia de los términos municipales de El Rosario y El Sauzal, en los límites del monte de La Esperanza, un lugar poco frecuentado a juzgar por la cantidad de pinocha existente sobre las rodadas del suelo.

–Sal del coche –ordenó Rosenberg en alemán, apuntándole con su pistola.

Petrescu, tumbado en el maletero, no se movió. No iba a ponerle las cosas fáciles a su raptor.

–¿Conseguiste el cuadro? –preguntó.

El alemán sonrió.

–Por supuesto. Fue muy fácil. Ahora toca devolvérselo a su dueño.

–¿A Strondheim?

–Strondheim pagó una cantidad muy importante a tu padre por hacer el trabajo que le encargó. Tu padre aceptó el dinero y luego no cumplió con su parte del contrato. Eso no está bien.

–¿Para qué pierdes el tiempo? Conozco a un par de compradores árabes que te pagarían una fortuna por el cuadro. Podrías retirarte para siempre.

Rosenberg no se inmutó antes de contestar.

–Ya podría haberme retirado hace tiempo. Este trabajo me gusta, y no deseo para nada estar toda la vida huyendo de alguien, como te ocurre a ti. Tarde o temprano te atrapan, deberías saberlo.

–Eres estúpido. Ese viejo no se merece nada.

–Cada uno es fiel a sus principios. Yo tengo los míos. Y ahora, baja del coche.

Petrescu fingió que intentaba incorporarse, sin conseguirlo.

–No puedo sin ayuda. O me desatas, o me sacas tú.

Rosenberg valoró la situación. Siempre era mejor sacar a Petrescu del coche antes de liquidar el problema. Las huellas en el vehículo serían muy evidentes y difíciles de borrar. Se acercó con el arma en ristre.

–Voy a sacarte –anunció–. No se te ocurra intentar nada.

El alemán cogió al rumano por un hombro y lo incorporó. Ciertamente, era complicado sacar a un hombre con las manos atadas a la espalda de un espacio tan reducido. Petrescu, ya sentado, sacó una pierna por encima del borde del bastidor trasero del coche. Rosenberg, impaciente, se acercó a ayudarlo a desembarazar la otra pierna. Era el movimiento que esperaba el rumano. Veloz como un rayo, en cuanto el alemán se colocó a la distancia correcta, le propinó una fortísima patada en el estómago con su bota reforzada de acero que lo lanzó un par de metros atrás, haciéndole perder el equilibrio. Petrescu, con un tremendo golpe de riñones saltó del coche en un instante y se acercó en dos pasos al alemán tendido. En un movimiento perfectamente coordinado, con un pie pisó la mano que aferraba la pistola y estrelló con brutalidad la punta de su otra bota en la boca de Rosenberg. Se escuchó un quejido y el típico sonido de varios dientes al romperse. El rumano aprovechó el momento de desconcierto de su oponente para patearle la

cabeza una decena de veces con saña salvaje. A partir de la octava patada, el alemán dejó de moverse. El último puntapié lo dedicó a apartar la pistola varios metros del lugar donde se encontraba.

Petrescu se detuvo a recuperar el ritmo normal de respiración. Seguro de que Rosenberg no se movía se sentó junto a él y registró sus bolsillos. Un cúter de dimensiones respetables le sirvió para cortar las bridas de plástico que lo aprisionaban, Tras masajearse las muñecas y estirar los brazos, el rumano no se detuvo a pensar sobre lo que debía hacer. Se agachó y con la hoja afilada despachó a Rosenberg de la misma manera que lo había hecho con Mainz. Sin esperar un segundo, se dio la vuelta y se subió al automóvil. Estaba en camisa y se había enfriado en el portamaletas. Localizó la chaqueta de cuero de Rosenberg y se la colocó.

Una vez dentro del vehículo, concentró su atención a la tela, que se encontraba en el asiento del copiloto, enrollada sobre sí misma. Petrescu se maravilló de la falta de profesionalidad del alemán, la pintura podía haber saltado en algún lado por la torsión a que había sometido al lienzo. Con mucho cuidado, lo abrió y contempló el paisaje canario plasmado en su superficie. Reconoció que Saqueti había hecho un trabajo espléndido ocultando la pintura original con ese panorama. Le dio la vuelta al lienzo para examinarlo por detrás y descubrió, en su esquina inferior derecha, una frase escrita a mano con tinta negra. Se acercó para leerla mejor. Estaba en italiano.

*Questa è la prima copia*

Esta es la primera copia, tradujo. ¿Copia? ¿Cómo que copia? ¿No se trataba del original? Una fría sospecha invadió su ánimo. Saqueti pudo hacer varias copias para despistar. Era un maestro de las falsificaciones. Debía de asegurarse de que la pintura que tanto trabajo le había costado encontrar era la auténtica, sin ningún género de dudas.

Reflexionó unos instantes y decidió qué hacer. Enrolló de nuevo la pintura, arrancó el automóvil, y condujo de vuelta por la pista por donde habían llegado hasta allí, en busca de una carretera asfaltada. Sabía que tarde o temprano la encontraría. Debía andarse con cuidado, a esas horas toda la policía de la isla estaría buscándole a él y a Rosenberg. Pero ese pensamiento no era de gran preocupación. Sabía muy bien cómo pasar inadvertido. Llevaba años haciéndolo.

Olegario unió los dedos de ambas manos y, con las palmas de las manos hacia abajo, hizo sonar los nudillos. Era su sistema para despojarse de los nervios. A continuación, tocó en la puerta de la casa de dos plantas que le habían indicado. La tarde caía sobre un callejón solitario sin asfalto ni tráfico rodado. Se trataba de uno de los lugares más deprimentes que el chófer hubiera visitado, y había estado en muchos. Varias casas aparecían con las ventanas y puertas tapiadas, solo una farola conservaba el cristal que recubría la bombilla y, sobre la única acera sucia y con las losetas rotas, el contenedor de basura lucía desvencijado, sin tapa, al lado de dos amasijos de plástico verde derretido, productos de la visita periódica del pirómano del barrio.

La parte trasera de las casas daba al abismo del barranco de Santos, en su parte alta, y formaban parte de un lugar poco recomendable, y menos de noche, el ideal para que el colombiano instalara allí su cuartel general.

Una pequeña mirilla rectangular se abrió en la puerta y unos ojos oscuros lo observaron.

–¿Qué quieres? –recibió a modo de saludo, en un profundo acento sudamericano.

–Quiero hablar con el colombiano –dijo Olegario con aplomo.

–Aquí no se viene a hablar –le respondieron con sequedad–. ¿Quieres comprar algo?

–Al colombiano le interesará lo que voy a decirle –replicó–. Dile que soy un cliente del Yoni.

–Voy a preguntar –y la mirilla se cerró.

Olegario sabía que lo difícil era pasar aquel primer filtro. Esperó con paciencia delante de la puerta, echando de vez en cuando un vistazo a la calle. Nadie apareció.

La mirilla se abrió de nuevos y otros ojos, más oscuros todavía, lo escanearon desde el otro lado de la puerta.

–No es poli –oyó comentar–. Abre.

El sonido de tres cerrojos abriéndose uno detrás de otro se escuchó en el silencio del callejón. La hoja de la puerta giró hacia dentro y Olegario entró en la casa. En un recibidor, tres hombres mal encarados le esperaban. Dos delante, uno corpulento y otro muy delgado, y el último, también delgado, a un par de pasos detrás. Debía de ser el jefe. Olegario no vio armas en sus manos, pero debían tenerlas ocultas, apostaba por eso.

–No te muevas –le dijo el más próximo–. Y levanta los brazos.

Olegario obedeció y el sicario colombiano le cacheó rápidamente y comprobó que no llevaba armas.

–Está limpio –anunció.

Los tres sudamericanos se relajaron.

–¿Qué querías hablar conmigo? –preguntó el hombre de detrás.

Olegario bajó los brazos.

–Quiero que sepas que no tengo nada contra ti, Colombiano. Solo busco un poco de información.

El aludido sonrió con una mueca cruel que dejó ver un diente de oro.

–Aquí no se vende información, amigo –respondió–. Te has equivocado de lugar.

–Es posible –Olegario consideró que era el momento de marcarse el farol que guardaba–. Le vendiste explosivo plástico a un tipo de La Laguna. Sé cosas que podrían hacer que la policía viniera pronto por aquí.

El aludido examinó con detenimiento a Olegario, casi como tratando de leer su mente.

–Yo no vendo explosivo –dijo, por fin–. Y ni la policía va a venir ni tú debías haber venido. Lo mejor es que te vayas.



Los dos tipos más cercanos se tensaron. Olegario lo hizo también, casi inconscientemente.

–La goma que le vendiste estaba adulterada. Por eso no explotó bien. Vas a tener mala propaganda, Colombiano.

La expresión del jefe se ensombreció.

–Todo lo que vendo es de primera calidad, guanajo –le espetó–. Vete o mis hombres te echarán a patadas.

Olegario levantó las manos en señal de rendición.

–No hay que ponerse violentos –dijo–. Ya te dije que no tenía nada en contra tuya.

Los dos hombres se acercaron y el chófer comenzó a girarse hacia la puerta, como si fuera a obedecer. El medio giro le sirvió para tomar impulso y su brazo y puño derechos volaron a toda velocidad para incrustarse en el rostro del primero de los colombianos, el corpulento. El sorpresivo puñetazo lo dejó fuera de combate en el acto. Sin detenerse, Olegario sacó su mejor crochet de izquierda para aplicar el mismo tratamiento al mentón del otro sicario, que también se derrumbó. Antes de que el segundo hombre cayera al suelo, el chófer ya había dado tres pasos y empujó al tercero, que trataba de sacar algo del bolsillo trasero de su pantalón, contra la pared. En esta ocasión le soltó un revés con su enorme mano que le hizo algo de daño en el dedo que lucía el anillo, con piedra engastada, regalo de Emelina. La cabeza del hombre chocó contra la pared y volvió a su lugar para recibir otra bofetada, esta vez a mano abierta. Con la otra mano, Olegario dobló su muñeca en un giro insoportable que le hizo soltar la navaja que había conseguido aferrar.

El colombiano, anonadado, tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había ocurrido. En esos momentos de desconcierto, Olegario aprovechó para propinar otro puñetazo al primer hombre que, medio grogui, trataba de levantarse. Acabó de nuevo en el suelo, inconsciente. El segundo no se movía, tendido junto a la puerta. Se volvió hacia el jefe y levantó la mano, esta vez con el puño cerrado, lo que hizo que se encogiera.

–¡No! ¡Ya basta! –gimió el colombiano–. ¿Quién eres? ¿Qué quieres saber?

Olegario mantuvo la amenaza del puño en alto y con la otra mano empujó al hombre contra la pared.

–Ya te dije que no tengo nada contra ti, pero quiero saber a quién le vendiste la goma explosiva. Contra ese sí que tengo algo.

–Pues que Dios le asista –comentó con sinceridad–. Si te lo digo, ¿me prometes que no dirás nada a la poli ni volverás nunca por aquí?

Olegario bajó el brazo.

–No te mencionaré a la policía. Y no volveré. Lo prometo.

El colombiano, temblando, se llevó los dedos al corte de la cara producido por el anillo y comprobó que un hilillo de sangre salía de él.

–Entonces, podremos llegar a un acuerdo. No hacía falta ponerse así, hombre.

El alcalde Perdomo, sintiendo una mezcla de reverencia y excitación, bajó los escalones que le llevaron a la cripta subterránea del convento de San Agustín. Seguía los pasos de Marta, que había descendido delante de él. Al llegar a la cámara, iluminada por un foco, cuyo cable ascendía como una culebra infinita por la escalera, no pudo evitar soltar un comentario.

–La verdad es que esta cripta es como las de las películas.

Marta se volvió y se rio.

–Señor alcalde, las películas tratan, muchas veces sin éxito, de copiar la realidad.

–¡Solo falta la antorcha adosada a la pared! –insistió el político.

–Y el conde Drácula esperándole en la oscuridad –bromeó la arqueóloga, que indicó con el índice el agujero de la pared–. Acérquese, que esto es lo que quería que viera.

Perdomo dio varios pasos y se asomó al hueco realizado en la pared del fondo. Marta encendió una linterna que estaba allí depositada para iluminar mejor lo que había al otro lado.

–¡Un ataúd! ¿Se llamaban ataúdes en aquella época, profesora? ¡Está hecho polvo!

–Pues ahora que lo pregunta, creo que es una palabra de origen árabe andaluz, *atabút*, que significaba cajón, arca o cofre, que derivó después a caja para enterrar un muerto. Y respecto a su estado actual, es cierto, está hecho polvo. El tiempo no perdona.

El alcalde devoró con su mirada entusiasmada la visión que se le ofrecía.

–Entonces, esos huesos, ¿son los del marqués? ¿El que se pasea por la iglesia?

Marta sonrió con la pregunta del político.

–Nadie se pasea por la iglesia, señor Perdomo. Eso son cuentos de viejas.

El mandatario sonrió para no discutir. En el fondo, no estaba tan seguro como la arqueóloga de la veracidad de aquella frase tan tajante, su tía Maruca le había contado muchas historias de fantasmas en La Laguna. Dirigió su atención a la base de piedra, sin imagen encima.

–Y ese es el lugar donde estuvo la Santa Bárbara, ¿no?

–Eso parece. Y, como ya le dije, la imagen que debió de estar ahí es la que se encontraba en San Agustín en el momento del incendio y que, nadie sabe cómo, está ahora en la comisaría de Policía.

–Es un enigma maravilloso –opinó Perdomo–. Una estatua salvada milagrosamente del fuego, que aparece al cabo de los años al mismo tiempo que el lugar donde estuvo originalmente. ¿No le parece una casualidad extraordinaria?

Marta se detuvo a pensar en el dato.

–Ahora que lo dice, no se lo puedo negar.

–Tal vez no sea casualidad, y que sea la misma Santa Bárbara quien mueve los hilos. O tal vez el fantasma de... ¿cómo era? ¿El caballero Salazar?

Marta miró al alcalde con un punto amable de reprobación.

–Con todo el respeto, déjese de tonterías. Las cosas pasan porque sí, y no hay que darle más vueltas.

Perdomo se quedó un rato extasiado contemplando los huesos del marqués.

–¿Hay algún problema en que convoquemos una rueda de prensa para mañana? ¡Esto es un bombazo!

–Creo que no –respondió Marta, pensando en las preguntas de la prensa–. Es justo que este descubrimiento se haga público.

–Por mí podemos irnos ya –El alcalde se giró hacia la salida–. Esto de las tumbas no es lo mío. ¡Y qué frío hace aquí!

Marta lo miró extrañada.

–Yo no siento nada de frío. Al contrario, esta cámara está mucho más caliente que el exterior.

El alcalde se detuvo y cerró los ojos.

–La Santa Bárbara –dijo–. Hay que traerla aquí.

La arqueóloga alzó una ceja.

–¿Cómo dice?

–Que hay que traer la imagen aquí –repitió Perdomo con los ojos cerrados, como escuchando un mensaje–. Es necesario.

Marta tocó el brazo del alcalde.

–No me gustan estas bromas, señor Perdomo –le dijo en tono afable.

El político no se inmutó. Se mantuvo igual, concentrado.

–El sepulcro –dijo ahora, más excitado–. Hay que sacar a los profanadores. Todo debe volver a la normalidad.

Marta zarandeo con suavidad a Perdomo. Exhibía la misma compostura que el vigilante de la otra noche.

–¿De qué está hablando? Haga el favor de volver en sí.

El alcalde continuó en su trance.

–Usted es quien puede hacerlo, profesora. Si no lo hace, la maldición se abatirá sobre todos nosotros.

Marta no quiso seguir escuchando más y le asestó a Perdomo una bofetada en la mejilla. El alcalde abrió los ojos.

–¿Qué pasa? –preguntó, llevándose una mano al rostro.

Marta reconoció de nuevo la mirada viva e inquisitiva del mandatario.

–Ha tenido una visión. Estaba diciendo tonterías.

–¿Tonterías? Si yo no he dicho nada. Me ha dado como un mareo, pero nada más. –miró a su alrededor con aprensión–. Debe de ser esta cripta. ¡Vaya calor que hace!

Marta miró al alcalde con detenimiento, convenciéndose de que no iba a volver a las andadas.

–Sí que hace calor. Salgamos de aquí.

Cuando Perdomo iba a comenzar a subir los escalones, se volvió hacia Marta.

–Me dijo que la familia del marqués tenía dos sepulcros en la iglesia, ¿no?

–Así es. Están en el listado de los que no se pueden tocar.

Perdomo se rascó la nuca, signo inequívoco de que iba a proponer algo irregular.

–Tengo un presentimiento. Algo me dice que hay que echar un vistazo a esas tumbas. –Se detuvo un instante, tomó aire y declamó en tono político–: La alcaldía vería con buenos ojos que los trabajos de excavación se centraran de inmediato en las tumbas contiguas. –Cambió el tono a cómplice–. Ya sabe.

Marta lo miró escéptica.

–¿Qué tengo que saber?

Perdomo bajó la voz.

–Pues que excave un poquito más de la cuenta, de forma que, accidentalmente pueda abrirse un agujerito, lo suficiente para echar un vistazo.

–Eso iría contra las órdenes que usted mismo me ha dado.

Perdomo sonrió.

–Mirar no es entrar, profesora. Y, ¿todavía se fía usted de los políticos?



Olegario se sentía presa de sentimientos encontrados. Lo último que hubiera pensado era que quien compró los explosivos al Colombiano fuera Gilbertito Rivero, el hijo de Gilberto Rivero, un viejo camarada de navegaciones por los siete océanos, o mares, que era lo mismo.

Gilbertito, ya Gilberto, había cambiado; se había convertido en un hombre, pero seguía siendo un bala perdida. Ya apuntaba maneras de chico: un par de estancias en correccionales para menores indicaban que el camino de la vida para Gilberto sería complicado, por no decir tortuoso.

El chófer se encontraba delante del domicilio familiar. El viejo Gilberto hacía cinco años que había zarpado a mejor vida, y su hijo vivía en la misma casa del barrio de la Candelaria, a medio camino entre Santa Cruz y La Laguna, heredada de doña Servanda, la matriarca a quien todos echaban de menos, incluyendo a Gilbertito.

Pulsó el timbre de la puerta. El edificio tenía la antigüedad suficiente para no disponer de portero eléctrico, por lo que se echó un par de pasos atrás, bajando la acera, para que quien se asomase a la ventana lo viera con facilidad. Una cabeza masculina apareció en una ventana del piso alto.

—¿Quién es? —preguntó.

Olegario levantó el rostro: —Gente de paz —respondió.

—Solo conozco a una persona que responde así —oyó decir desde lo alto. La ventana se cerró.

Diez segundos después, la puerta de la calle se abrió y el rostro de Gilbertito, ya Gilberto, asomó detrás de ella.

—¡Don Olegario! ¡Cuánto tiempo!

El chófer estrechó la mano que se le ofrecía y obedeció los ademanes que le invitaban a entrar en la casa. El pequeño recibidor daba paso a un saloncito que, al primer vistazo, indicó a Olegario que Gilberto vivía solo. Un desorden organizado como aquel sería insoportable para una mujer.

—¿Cómo te va, Gilberto? —el recién llegado recordó que la última vez que había hablado con él lo había llamado Gilbertito.

—Pues batallando, don Olegario —respondió, retirando a toda prisa la ropa tirada en el sofá—. Hay días buenos y días no tan buenos. Siéntese, por favor.

El chófer lo hizo, comprobando antes que el sillón fuera estable. No las tenía todas consigo. Un mueble de estilo castellano años setenta ocupaba el fondo de la pared. Un tresillo y un sofá individual completaban el mobiliario de la sala. Un solo cuadro, una copia barata de un paisaje indefinible, pero verde, pendía triste en una de las paredes.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Gilberto, una vez consideró que había ordenado algo la sala.

—Nada, gracias. Siéntate tú también, haz el favor.

—Claro. —Lo hizo en el tresillo—. ¿Qué le trae por aquí?

Olegario, lejos de acomodarse, se irguió hacia adelante.

—Tengo un problema que tal vez puedas resolver, Gilberto.

—Si está en mi mano, cuente con ello.

—Verás, tengo varios amigos que se sienten un poco molestos últimamente. Se han visto en situaciones incómodas por culpa de alguna gente y me han llamado, comentando lo irritados que están. Y, claro, no me complace que mis amigos estén a disgusto.

Gilberto anotó mentalmente el verbo complacer, no lo había usado en su vida. Quedaría bien soltárselo a su chica.

–Lo entiendo, don Olegario. Yo estaría igual.

El chófer asintió, satisfecho de la comunión de ideas.

–El caso, amigo Gilberto, es que tengo una amiga arqueóloga a la que no le gusta que le coloquen explosivos en la iglesia en la que trabaja. Y otra, periodista, que le disgusta enormemente que le dejen notas amenazantes por debajo de la puerta.

Gilberto dio un respingo que delataba que se ponía en guardia.

–Sus amigas deben de tener razón –dijo, estirándose sobre la espalda en el sofá, a la defensiva.

Olegario notó el cambio de comportamiento en el dueño de la casa, por lo que prosiguió.

–Sí que la tienen. Y tanto es así, que me he propuesto romperle la cabeza al tipo que las está molestando. Cuando lo coja, le voy a abrir en canal y cortarlo en pedacitos para echárselos a las morenas de El Porís, ya sabes, esos pececitos con dientes afilados que tanta hambre tienen.

Gilberto tragó saliva. Conocía desde niño a Olegario, y las historias que contaba su padre sobre él lo habían convertido, a sus ojos, en un ser mítico. Si prometía algo, era muy capaz de cumplirlo.

–Creo que no hace falta llegar tan lejos –dijo, con voz trémula–. ¿Y en qué puedo ayudarle?

Olegario se echó más adelante en el sillón, colocando los codos sobre sus rodillas.

–Gilberto, creo que te hace falta un baño de mar.

El aludido no pudo evitar que un párpado le temblase de nerviosismo. Llegó a preguntarse si el baño sería antes o después del descuartizamiento.

–¿A dónde quiere llegar, don Olegario? –preguntó, compungido.

–Mira, Gilberto: el Colombiano ha cantado y tengo una foto tuya tocando el portero eléctrico de mi amiga. Me has puesto en una situación difícil.

–¿Difícil?

–Claro. Tu padre era compadre mío. El mejor cocinero que hubo en el *Asian Star* en todas sus singladuras. Hasta los filipinos, que se comen cualquier cosa, le rogaban de rodillas que les hiciese papas arrugadas con mojo picón. Lo nunca visto. Un tipo cojonudo, tu padre. Deberían haberle puesto esa frase en la lápida.

–El cura solo nos dejó poner el nombre –respondió Gilberto.

Olegario continuó en su pose indignada.

–Pues lo dicho. Tu padre era un hermano para mí. Y, fíjate, me encuentro con que su hijo, casi mi sobrino, le está haciendo la vida imposible a dos amigas muy queridas. Y eso no puede ser.

Gilberto tenía el corazón en un puño. Lo último que se esperaba al abrir la puerta al amigo de su padre era el rapapolvo que estaba sufriendo. De repente, tuvo un destello de lucidez.

–De acuerdo. Si no me ha partido la cara ya, es que tiene algo pensado. ¿Qué es?

–Un nombre. La persona que te ha contratado para la explosión y para la nota de amenaza. Porque estoy seguro de que es la misma.

Gilberto abrió los ojos. No se esperaba una petición tan directa.

–Don Olegario, que me juego los garbanzos –repuso.

Olegario achinó los ojos, como un leopardo antes de atacar.

–Te estás jugando los dientes, Gilberto. Y las morenas tienen hambre.

–Joder, hubiera preferido que viniera la policía –respondió, antes de rendirse.

Marta se sentía inquieta tras el episodio vivido en la cripta con el alcalde. Nunca había visto así al mandatario. Si creyera en esas cosas, diría que alguien se había apoderado de él y hablaba por su boca. Pero no creía.

Las palabras de Perdomo se habían centrado en dos cuestiones: por un lado, la necesidad de trasladar a la Santa Bárbara –entendía que se trataba de la estatua recién hallada– a la cripta. Y por otro, que había sacar a los profanadores del sepulcro para que todo volviera a la normalidad.

Lo del traslado de la estatua quedaba fuera de su competencia. El juez había decidido que la imagen debía entregarse al obispo, quien decidiría su destino final. Y sobre el tema del sepulcro, bien que le gustaría indagar en el misterio, pero si se trataba de la familia Salazar de Castro, no podía tocar sus tumbas. De hecho, ya había entrado en una de ellas de un modo más o menos casual, pero en la otra no.

Y no podía ni pensar en levantar aquella losa, por mucho que el alcalde le prometiera hacer la vista gorda.

Por ello, decidió centrar su atención en la estatua. Una llamada al vicario bastó para obtener su autorización para llevar la escultura de la comisaría a la sede obispal.

Cuando llegó al cuartel policial ya habían recibido instrucciones del comisario jefe, por lo que le facilitaron el acceso al lugar donde se custodiaba la imagen. Los policías parecían contentos de que se llevara la talla de allí. Un problema menos para ellos.

Marta no vio a ninguno de los detectives. Estaban todos tras los criminales del robo del cuadro, le dijeron. Con sumo cuidado, un agente le ayudó a introducir la estatua en la caja donde vino embalada y pasarla al asiento trasero del coche de la arqueóloga, aparcado en el patio de la comisaría.

Marta salió a la calle del Agua, giró a su izquierda por la plaza del Cristo y se desvió por Tabares de Cala. Antes justo de llegar a la calle San Agustín, se encontró con que la puerta de acceso al patio de aparcamiento situado en la trasera del edificio del obispado estaba abierta. La estaban esperando. Introdujo su automóvil por el hueco y aparcó dentro.

El propio vicario cerró la puerta metálica tras ella, dejando fuera del recinto los ruidos de la vida seglar.

–Bienvenida, profesora Herrero –saludó el religioso.

Don Dionisio, o el padre Dionisio, como le gustaba que le llamaran, era el vicario principal de la diócesis, o sea, el que mandaba en las cuestiones administrativas del día a día. Un hombre pequeño, delgado y vivaracho, vestido siempre de negro, adoraba la eficiencia inmediata, por lo que nunca dejaba en manos de otros lo que podía hacer él en persona, como abrir la puerta al coche de Marta.

–Muchas gracias, padre. No tenía que haberse molestado.

–Nada de molestias. Estoy en ascuas por ver la Santa Bárbara. ¿De verdad es la auténtica?

–Eso parece. Pero creo que sería indicado que le hicieran un examen mucho más profundo del que he podido hacer Pedro Hernández o yo misma.

El cura se colocó al lado de la puerta trasera, ansioso por extraer la caja.

–Dudo mucho de que ese chiquito se equivoque. Nadie sabe más que él de imágenes en esta isla.

Marta abrió la puerta y entre ambos sacaron, muy despacio, la caja del vehículo.

–Llévemola a mi despacho, aquí cerca, en la planta baja.

Cada uno tomó un extremo del embalaje y entraron en el edificio obispal. El vicario había

dejado las puertas abiertas a tal fin. Marta recordó que aquel camino había sido recorrido por los secuestradores del nuncio cuando la crisis de la Cruz Vaticana. Ya había pasado tiempo desde aquello.

Tras pasar por un pasillo corto, llegaron a la oficina vicarial. Depositaron la caja en el suelo y le sacaron la tapa. El vicario no pudo evitar asomarse por encima.

–No sé si la curiosidad es un gran pecado, pero si lo es, tendré que confesarme hoy mismo.

–La curiosidad es la madre de la ciencia, don Dionisio –respondió Marta, riendo la gracia–. No creo que sea pecado.

Con mucho esmero sacaron la imagen de la caja y la depositaron sobre una mesa de reuniones. Ambos se detuvieron a contemplarla.

–Parece la misma –dijo el cura al cabo de unos segundos–. ¡Qué milagro que se salvara del fuego!

–Es un enigma que hay que investigar. Pero aquí la tenemos, gracias a la providencia.

El cura se volvió, con aire falsamente molesto.

–Gracias a Dios, profesora, no me sea hereje.

Marta sonrió, reconociendo el desliz.

–De acuerdo. Gracias a Dios.

El vicario volvió a prestar toda su atención a la escultura.

–Se ha conservado muy bien. Fíjese, los colores apenas sufren algún que otro rasguño, fácilmente reparables.

–Sí. Sea cual sea el lugar donde se haya conservado, la han tratado correctamente.

–Habrá que cambiar la hoja de palma de la mano izquierda, parece un ramo mustio de hojas secas.

La arqueóloga no dijo nada, pero convino con el sacerdote en que tenía toda la razón.

–En sus manos encomiendo el cambio, don Dionisio. Yo ya he cumplido, y ahora tengo que volver al trabajo.

–Muchas gracias, hija. Que Dios te lo pague. Espero que algún día podamos desvelar el misterio que rodea a esta imagen.

–Yo también, y tal vez podamos hacerlo dentro de poco. Pondré todo mi empeño en ello.

Marta miró al rostro impertérrito de la Santa Bárbara y le preguntó mentalmente dónde había estado metida durante más de cincuenta años sin que nadie supiera de ella. La estatua, con la mirada perdida en la lejanía, no le respondió.



Emelina, la pareja de Olegario, se despertó sobresaltada en el sillón de su casa. Había tenido una pesadilla extraña. Delante de ella, el televisor continuaba emitiendo un programa en que los contertulios se despellejaban verbalmente entre ellos, y ¡ay de que aquel que no estuviera presente! El conjunto de víboras y serpientes de cascabel televisivos escupiendo veneno la relajaba, hasta el punto de que se quedó dormida después del almuerzo. El trabajo en la peluquería había sido duro aquella mañana, y esa tarde no le tocaba trabajar.

Comprobó que estaba sola en casa. Olegario debía de tener un día ajetreado, dado que no había vuelto para comer. El mal sueño comenzaba a difuminarse, pero todavía algunas imágenes se mantenían en su mente. La protagonista era Marta Herrero, la amiga arqueóloga del jefe de Olegario, Luis Ariosto.

Se veía envuelta en algo extraño.

Alguien, un ente indefinible, le estaba pidiendo algo de un modo muy insistente. Marta no era consciente de la importancia de la petición.

Emelina cerró los ojos un momento, tratando de mejorar la visión del sueño.

La arqueóloga se encontraba en un templo. Una iglesia en llamas, y caminaba por ella sin pecatarse del peligro. Una figura se encontraba al final del pasillo central, tras el altar. Refulgía de un modo que solo se percibía su silueta iluminada, pero no sus rasgos. Era un hombre, pero poco más podía adivinar. Le hacía indicaciones con el brazo para que se acercara. La mujer lo hizo con paso firme.

Al llegar a varios metros de la figura, comprobó que su iluminación provenía de ella misma. Despedía fuego, aunque no parecía quemarse. Señaló de modo enérgico con un brazo una lápida en el suelo. Marta negó con la cabeza, como desentendiéndose del lugar señalado, se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a la salida. Entonces, la iglesia al completo se vino abajo y las piedras que la conformaban cayeron encima de Marta y de la figura, que desaparecieron en una nube negra de polvo y humo.

Hasta ahí llegaba el sueño.

Emelina, inquieta –no solía experimentar ese tipo de sueños–, resolvió consultar la sabiduría de las cartas del Tarot. Tras tomarse un cortado de leche desnatada sin lactosa con café soluble, se dirigió a su pequeño despacho, donde atendía a las amigas que venían a consultarla, y colocó sobre una mesa redonda un tapete de color morado. Sacó del armario el mazo de cartas y se sentó, colocándolo con reverencia sobre el fieltro. Barajó las cartas con detenimiento y puso el mazo boca abajo. Iba a utilizar el método de la tirada de las tres cartas, que daba acceso al porqué de una situación actual.

Cortó el mazo por la mitad, tomó las tres que habían quedado más arriba y las depositó frente a ella. Pensó en una pregunta antes de levantar la primera: ¿La profesora Marta corre peligro?

Giró la primera carta, la de la izquierda. Era el ermitaño. Representa una persona en soledad y aislada, sin contar con nadie para ser guiada. Emelina interpretó la carta como que Marta debía enfrentarse a un camino sin ayuda. Ella sola debía tomar una decisión importante.

Dejó la carta a un lado y levantó la siguiente, la del centro.

Era la torre, una figura que se asocia con el caos, la catástrofe y la ruina. La torre representa la ira divina con el rayo destrozando lo construido. Vaticina desastres y ruina.

–Mala cosa –se dijo.

Tomó la tercera carta y la giró.

Era el diablo.

–Mal final.

Emelina no necesitó consultar nada más. Se levantó de la mesa y se dirigió a la sala, buscando el teléfono móvil. Debía llamar a Olegario para hacerle partícipe de su preocupación. Marta corría peligro si tomaba una decisión equivocada. Él podría advertirla del riesgo que corría. La conocía bien.

Marcó el número y esperó el sonido repetido de la llamada. Los tonos se sucedieron uno tras otro, de modo exasperante, hasta que una voz femenina le informó de que el aparato al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura.

Lo intentó de nuevo, sin resultado positivo.

Optó por enviar un mensaje de WhatsApp. Tarde o temprano Olegario lo leería. Se sentó a esperar. El programa de televisión le resultó frívolo y vacío. No tenía paciencia para aguantarlo. En realidad, no tenía paciencia para nada. Se levantó, se dirigió a su dormitorio, se vistió, se retocó un par de detalles de maquillaje delante del espejo del baño, cogió el bolso y salió de la casa en busca de Olegario o de Marta.

Le daba igual a quien encontrara primero.

Lecrerq se encontraba algo fuera de juego. Cuando le hablaban de Tenerife, se imaginaba un lugar tropical, lleno de palmeras y de gente tomando el sol en la arena de la playa. Pero nadie le había advertido que en el paquete se encontraba un bosque de pinos gigantesco –daba la vuelta a la isla: corona forestal, lo llamaban– e increíblemente hermoso, donde incluso hacía fresco en aquella época del año.

A partir del kilómetro diecisiete de la carretera que ascendía al Teide procedente de La Laguna, el protagonismo pasó de una sucesión de casas de campo muy prácticas, pero con poco gusto estético a un ejército de miles de coníferas locales, que invadían por completo el paisaje.

El policía francés, una vez que sus colegas tinerfeños le comentaron que el pino canario, aunque sufriera un incendio, se regeneraba y volvía a rebrotar, se preguntó en qué diablos estaban pensando los parlamentarios europeos, incluyendo los canarios, para no proponer que toda Europa, por no decir el mundo entero, se repoblase con pinos canarios. Los pirómanos se rendirían por la inutilidad de sus intentos. Y los políticos se apuntarían un tanto en su haber.

–Queda poco para llegar –anunció Morales, que conducía.

Los policías europeos habían tenido que olvidarse de la independencia que les proporcionaba su coche alquilado y pasar por sentarse en los asientos traseros del coche policial lagunero. Si no lo hubieran hecho, no habrían podido acceder al lugar boscoso donde se había descubierto un cadáver, más que sospechoso, que parecía tener mucho que ver con el caso que llevaban, todos, entre manos.

El asfalto quedó atrás y la comitiva de vehículos: dos todo terreno de la Guardia Civil, seguidos por dos patrulleros de la Policía Nacional, más otro cuatro por cuatro de la Local del municipio de El Rosario, se adentraron por pistas forestales de tierra alfombradas por una pinocha que nadie recogía por orden de los sesudos asesores del gobierno autonómico.

Tras dar mil y una vueltas y tres mil revueltas por un camino que esquivaba con eficacia los pinos, llegaron a un claro del bosque donde se encontraban dos vehículos más de la Guardia Civil. Los policías de la Interpol descendieron del coche patrulla, más molidos que un zurrón de gofio, expresión que adoptaron con gusto del subinspector Ramos, y se encaminaron hacia una figura humana tendida en el suelo cubierta con sensibilidad por una sábana, o algo similar que hacía la misma función.

–Tuvimos suerte de que el perro de un excursionista olfateara el cuerpo. Por aquí no pasa mucha gente y hubiéramos tardado semanas en encontrarlo –informó el subinspector tinerfeño.

Un agente de la Benemérita hacía guardia al lado del cuerpo. Hauser le enseñó su placa de la Interpol, como si fuera el salvoconducto universal, y se arrodilló junto al cadáver. Sin pedir permiso, levantó la tela que lo cubría.

Su compañero, Lecrerq, que seguía sus movimientos a una distancia prudencial de un par de metros, no pudo evitar mostrar una mueca de repugnancia ante lo que vio. El cuello del muerto lucía un tajo horizontal, mortal de necesidad. Y el rostro era un amasijo de hematomas. Nunca llegaría a acostumbrarse.

–Igual que Mainz –comentó Hauser.

–Ya casi firma autógrafos en sus presas –añadió el francés.

–Y este tipo no era un cualquiera. Te apuesto la extra de Navidad a que era un ex combatiente experto.

–No te sigo la apuesta porque la vas a ganar –respondió Lecrerq– El tal Petrescu es un hueso duro de roer.

Hauser asintió.

–Va dejando un reguero que suma ya tres cadáveres.

Uno de los policías nacionales se asomó detrás de ellos y habló con sus compañeros en voz alta.

–Ese es el tipo que entró, pistola en mano, en el Parque Tecnológico y robó el cuadro. No tengo la menor duda.

Hauser y Leclercq se miraron. Ellos tampoco tenían dudas sobre quiénes estaban implicados en el crimen. El francés observó en la tierra las rodadas de un vehículo con el dibujo de unos neumáticos anchos.

–Un coche de alta gama –comentó a su compañero.

Hauser siguió unos pasos las huellas del coche y descubrió un trozo de plástico blanco tirado en el suelo.

–Bridas cortadas –el alemán se agachó para observarlas mejor.

–Y el muerto no tiene marcas en las muñecas –contestó el francés.

Hauser se incorporó y se volvió hacia su compañero.

–Te cuento cómo veo las cosas: El muerto y Petrescu llegaron aquí en un coche grande. El mismo automóvil que nos dio el esquinazo en la rotonda del accidente. El rumano venía con las manos atadas. Tal vez este sitio fue elegido por el que robó el cuadro para liquidarlo, un lugar alejado y sin testigos. Pero algo salió mal. Petrescu fue capaz de sorprender a su secuestrador y dejarlo fuera de combate. El tajo tuvo que venir después, a sangre fría.

–Y luego salió zumbando de aquí con el cuadro.

–Y armado con una pistola, no lo olvides, la que utilizó en el robo.

–Veámoslo desde un punto de vista positivo –dijo el francés–. Ahora solo hay que buscar a una persona.

–Que tratará de huir de la isla lo antes posible. De aquí salen todos los días decenas de aviones repletos de turistas.

–En esta isla hay dos aeropuertos. Ya sabes lo que nos va a tocar hacer.

–Sí. Yo el del sur y tú el del norte.

Leclercq sabía que el aeropuerto del norte tenía mucho menos tráfico internacional que el del sur.

–Como tú prefieras, compañero.

Petrescu había abandonado el vehículo de Rosenberg a las afueras de La Laguna, a donde llegó tomando carreteras vecinales. El rumano había emprendido la ruta hacia el centro de La Laguna a pie. Llegar a su destino no le llevaría más de veinte minutos. Cruzó la autovía por debajo del pasaje y enfiló por la calle San Antonio que, atravesando cuatro grandes manzanas, le llevó directamente a la iglesia de La Concepción. Herminia vivía en una casa de la urbanización Agüere, una zona llena de chalets y de casas unifamiliares ubicadas en el lugar donde existió, siglos atrás, la laguna original que dio nombre a la ciudad.

De La Concepción bajó por la calle de los Bolos, se desvió un poco a la derecha y posteriormente, al llegar a la plaza de la Junta Suprema, giró a su izquierda internándose en el Camino de San Diego. Le llamó la atención la serie de mansiones de estilo victoriano que se encontró al comienzo de la vía. Conocía la dirección de Herminia. Había trabajado para ella durante seis meses y, en una empresa pequeña, todo terminaba por saberse. La casa chalet de la propietaria del negocio del enmarcado —el marido, en realidad, era poco más que un encargado cercano— se encontraba poco después del cruce con el Camino de la Fuente Cañizares, una carretera estrecha donde un novelista podía cometer cualquier crimen cuando menos se lo esperasen los vecinos de la zona.

Petrescu se detuvo a unos treinta metros de la casa. No convenía que lo vieran acercarse, y menos si sus moradores fueran capaces de adivinar lo que tenía en mente. Asaltar casas le trajo viejos recuerdos, de cuando hacía ese tipo de cosas día sí, día no, en la Sarajevo de la guerra balcánica. En aquella isla las medidas de seguridad eran bastante débiles. Los canarios no sabían la suerte que tenían con la paz social que disfrutaban. Poco les duraría, al final, todo lo bueno se acaba.

La casa no resistió un segundo examen a los ojos entrenados del rumano. Había diez sitios por los que se podía entrar con mucha facilidad. No oyó el ladrido de perro alguno ante su cercanía y, además, de regalo, no vio cámaras de video vigilancia, ni siquiera una simple alarma. Por un breve momento, Petrescu envidió la sana confianza de los laguneros.

El rumano inició la aproximación a su objetivo saltando el muro del vecino colindante. La casa estaba a oscuras, signo de que sus habitantes no se hallaban en ella. Tampoco había perro, lo que celebró interiormente. No tendría que usar el cúter para rebanarle el pescuezo. En el fondo, era un amante de los animales. Siempre que no se interpusieran en su camino.

El muro colindante entre casa y casa era sensiblemente más bajo que el que daba a la calle. El intruso no tuvo el menor problema en saltar al jardín de la propiedad de Herminia. Las sombras de la casa y de los generosos árboles plantados en la parte trasera del solar donde estaba enclavada le daban todo tipo de facilidades a la hora de esconderse. El rumano examinó la fachada posterior: había luces encendidas en varias estancias de la planta baja, pero ninguna en la superior. Si pudiera apostar porque Herminia y su marido estaban en el salón principal, a la misma altura que la calle, habría ganado una fortuna. Por ello, decidió colarse por una de las ventanas del primer piso.

A pesar de los años, conservaba esa fuerza inusual en los dedos propia de los escaladores de paredes verticales. Una fachada moderna ofrecía mil resquicios donde meter un dedo o la punta de un pie para auparse a donde se quisiera. En cinco segundos trepó por la fachada, apoyándose de modo inverosímil en cualquier saliente de la pared, y se plantó ante una de las ventanas del piso superior, la que estaba abierta.

«Mejor» —pensó—. «No es necesario romper el cristal». Había llegado a odiar la violencia

innecesaria. Tal vez fuera porque cuando le obligaban a ser salvaje, lo era en extremo.

Petrescu introdujo despacio una pierna dentro de la habitación, luego el torso y finalmente la otra extremidad. Aterrizó en una pequeña habitación que hacía las veces de cuarto de la plancha, a juzgar por la tabla diseñada para ello que enseñoreaba el ambiente. El rumano aguzó el oído. La televisión estaba encendida, lo que era el mejor camuflaje posible para moverse por la casa. Con esa cobertura, asomó la cabeza al pasillo del piso superior. Como esperaba, no detectó ningún movimiento. La pareja residente se encontraba en el piso de abajo y, además, quieta. Con toda probabilidad, sentada en un sofá.

El asaltante localizó y se dispuso a descender, con pies de gato, la escalera que le llevaría al piso de abajo. El sonido reconocible de mil anuncios, uno detrás de otro, evidenciaba que los espectadores debían de estar en un estado de aburrimiento cercano al hastío. «Volvemos en diecisiete minutos. No cambie de canal», había llegado a leer en una emisora española de televisión.

Petrescu sacó la pistola de Rosenberg de su alojamiento en la parte trasera de su cinturón y alargó la hoja afilada del cúter con el sonido mecánico que conllevaba, tan cálido para él. Con ambas armas en mano, comprobó que no había nadie en la cocina ni en la solana; tampoco en una estancia multiusos que seguramente se destinaba a trastero, aunque nunca se le daría ese nombre por sus habitantes, y se encaminó hacia el salón.

Como sospechaba, Barreto y Herminia se encontraban al borde de la exasperación esperando a que se reanudase el programa que estaban viendo interrumpido por la publicidad. No se habían percatado de su presencia hasta que se colocó enfrente de ellos. Como medida disuasoria, exhibió la pistola ante sus sorprendidos rostros y acto seguido golpeó con el cañón del arma en la nariz del hombre. Era el mejor método de lograr una rendición inmediata. Los daños no serían grandes, pero la cantidad de sangre que emitía una nariz dañada bastaba para hacer capitular a la media de la gente normal. Que era mucha media.

—¡Quietos! —les conminó—. Solo vengo a buscar respuestas a algunas preguntas —dijo, más en dirección a la mujer que al hombre, que se debatía en tratar de taponar la hemorragia nasal.

Herminia, tras el susto inicial, permaneció quieta, con apariencia tranquila, esperando acontecimientos.

—La policía te busca por todas partes —le dijo—. No vas a ir muy lejos.

—Todavía no me han cogido —respondió—. Y yo sí que te he cogido a ti.

Petrescu, para dar mayor énfasis a su afirmación, aprovechó para dar otro golpe con la pistola en la cabeza de Barreto, que parecía estar recuperándose del primero. Le abrió una brecha encima de la ceja izquierda, que comenzó a sangrar con profusión. El agredido no tenía manos para contener la sangre.

La mujer miró directamente al agresor.

—Ya basta. ¿Quién eres en realidad? —preguntó— Estoy segura de que el nombre que nos diste era falso.

El rumano se cercioró de que Barreto no era una amenaza antes de fijar por completo su atención en Herminia.

—Mi nombre es Petrescu. ¿Te suena de algo?

La expresión de sorpresa de la propietaria de la casa no pasó desapercibida para el asaltante.

—Claro que te acuerdas —confirmó el rumano—. Mi padre estuvo aquí y desapareció. Igual que tu padre, Saqueti. Me vas a contar lo que ocurrió y dónde está el cuadro. Ya sabes cuál.

Herminia se encogió en su asiento y pareció recordar mil años atrás.

—Es una larga historia —acertó a decir, al cabo de varios segundos.

Petrescu levantó la pistola a la altura de los ojos de Herminia, apuntándola con fijeza.  
—Pues tienes diez minutos para hacerme un resumen. Ni uno más.

Galán había terminado de comprobar que los policías asignados en los aeropuertos y puertos de la isla ya estaban en sus puestos. Todo el personal con competencias sobre el desplazamiento de personas estaba al tanto de la búsqueda de Petrescu y había visto su fotografía. No se le escaparía por barco o por avión.

Se disponía a llamar al comisario jefe para darle cuenta del enorme despliegue que se estaba haciendo. Por decisión del comisario Blázquez aquella tarea había caído en el inspector, y le había mantenido completamente ocupado las horas anteriores. Ni siquiera había podido contestar a una llamada perdida de Marta. Descolgó el teléfono para telefonar cuando apareció Ramos en la puerta del despacho.

–Tenemos algo –anunció–. Puede ser importante.

Galán dejó el auricular en su lugar y prestó atención al subinspector.

–Tú dirás.

–Ven conmigo a ver a Valido, el de informática.

El inspector se levantó y siguió a Ramos. Se le notaba tenso. Todos estaban tensos.

–El muerto del bosque, el tal Rosenberg –dijo Ramos mientras caminaban por los pasillos de la comisaría–, tenía en uno de los bolsillos del pantalón su móvil.

–¿Y nos ofrece alguna ayuda? –preguntó el inspector.

–Sí. No lo sabíamos hasta que cayó en manos de Valido. Contiene una aplicación informática muy especial.

–Al grano, Ramos –pidió Galán.

Llegaron al despacho de los informáticos de la policía, una sala llena de ordenadores. Ramos y Galán se plantaron detrás de la silla de Valido, que les esperaba.

–El móvil dispone de un programa de recepción de la señal de tres trasponedores –informó el especialista–. Ya saben, localizadores de vehículos en movimiento con GPS incorporado.

–¿Y qué nos indican? –preguntó Galán, intrigado.

–Pues que está conectado a tres aparatos adosados a tres automóviles. Poseen un sistema informático muy avanzado, de lo último que ha salido al mercado. Nuestro especialista logró conectarse y entrar en su software. Puede ver sobre un mapa dónde está cada uno de los tres vehículos.

Galán captó al instante la importancia del descubrimiento.

–Espera. Rosenberg estaba haciendo un seguimiento a tres vehículos, ¿no es eso?

–Eso parece –intervino Ramos–. Uno de los coches, no te lo pierdas, es el que alquilaron los colegas de la Interpol. Ese tipo conocía los movimientos de los policías europeos.

–Eso explica algunas cosas –dijo Galán–. ¿Y los otros?

Valido volvió a tomar la palabra.

–El segundo corresponde a un vehículo que está estacionado en la calle donde vivía Petrescu.

–Lógico. Debe de ser el coche del rumano. ¿Y el tercero?

–El tercero es un automóvil que estaba en movimiento hasta hace unos minutos. Lo curioso del caso es que el aparato indica que se sigue moviendo, pero mucho más despacio, aquí mismo, en La Laguna, pero en dirección contraria al sentido del tráfico de las calles.

–Es Petrescu. Ha dejado el coche y va caminado. Debe llevar encima el trasponedor y no se ha dado cuenta. ¿Dónde está?

–En estos momentos acaba de entrar en una casa del Camino de San Diego, cerca de la ermita.

Galán tomó nota mentalmente de la dirección.



–¡Rápido, Ramos! Moviliza a las unidades que queden libres y salgamos para allá de inmediato.

–¿Crees que lo tenemos? –preguntó el subinspector.

–Lo tenemos –respondió Galán antes de salir corriendo.

Petrescu había permitido que Barreto se sentara al lado de su esposa. Así los tenía mejor vigilados. La mujer comenzó a hablar.

–Estoy segura de que sabrás que tu padre, Liviu Petrescu, era socio de un tal Campari. Hablo de los años sesenta –dijo Herminia–. Debías de ser un niño, ya que yo era una joven veinteañera. Esta sociedad de dos buscavidas se dedicaba a hurtar obras de arte y a venderlas en el mercado negro. Por lo visto, les fue bien hasta que se tropezaron con un trofeo de caza excesivamente grande para ellos. No se esperaban las repercusiones que tuvo la última extracción: *La joven de la perla*, del museo Maurithuis.

–Desde entonces, la Interpol está pendiente de cualquier noticia. No lo olvidan.

–En el museo holandés llevan exhibiendo una copia muy buena desde hace cincuenta años. Una copia digna de mi padre, y es muy posible que fuera él quien la hizo. Campari coincidió con él casualmente a finales de 1963 en Génova y, acosado por la policía, le entregó la pintura para que la ocultase durante un tiempo, hasta que el asunto se enfriase.

–Y tu padre la trajo a Tenerife y trató de ocultarla debajo de otra de un paisaje de un pintor local.

–Mi padre estuvo muy entretenido durante varias semanas aquel comienzo de año. Se notaba en mi casa que desplegaba una actividad febril, día y noche.

–Tenía prisa por pintar encima del original. Pero también pintó, al menos, una copia, y pueden ser más.

–Si te soy sincera, no tengo ni idea de qué le ocurrió a la pintura.

Petrescu sonrió forzosamente.

–Eso no me lo creo.

–Aquellos días de finales de mayo fueron confusos. Yo no sabía lo que ocurría. Mi padre tenía un amigo de aquí, Juan Bethencourt, que le había acompañado en su viaje a Italia. No estoy segura de que ese hombre estuviera al tanto de todo, pero fue utilizado por Petrescu padre para forzar la confesión del mío.

–¿Estás diciendo que mi padre secuestró al tal Bethencourt?

–Creo que mi padre no iba a dar el paradero de la pintura a Petrescu. Se lo había prometido a Campari, no al rumano. Este último decidió forzarlo amenazando de algún modo a su amigo, el tal Bethencourt.

Petrescu miró a Herminia con escepticismo. No terminaba de creer aquella historia, pero entraba dentro de lo posible. Su padre muy bien había podido utilizar aquel método, o incluso alguno peor.

–¿Y qué pasó luego?

Herminia tomó aire antes de proseguir. Se le notaba que le costaba continuar con aquel relato.

–No sé por qué, tal vez se le fuera la mano a tu padre o lo hiciera para probar su determinación, pero Bethencourt murió. Mi padre, horrorizado, debió acceder al chantaje del rumano.

–El rastro de mi padre desaparece aquí el 2 de junio de 1964 –dijo Petrescu–. No pudo llevarse la pintura. Yo lo sabría.

–Pues el del mío también desaparece ese día. Nadie volvió a ver ni al señor Saqueti ni a Petrescu ni a Bethencourt.

–Ni al cuadro –añadió el rumano.

–Unos años después, a principios de los setenta, apareció por La Laguna Campari, que había salido de la cárcel y venía buscando la pintura. Vino a verme y le conté lo mismo que te estoy

relatando. Estuvo unos meses en la isla investigando y, al final, no consiguió nada y se marchó.

–Yo vi a Campari antes de que muriese. Me puso al tanto de lo que averiguó. Por eso vine a Tenerife y entré a trabajar en tu taller.

–Siempre me pareció que cobrabas demasiado poco para el nivel de virtuosismo profesional que exhibías. Pensé que huías de algo.

–En la prisión hay tiempo de sobra para aprender determinados oficios. En los papeles de tu padre aparecen las obras en que estuvo trabajando en aquellos días finales: el cuadro de Martín González y la estatua de la santa. Todas las pistas confluían en Saqueti. Y en ti.

–Por eso te llevaste la estatua del taller.

–Fue un error. Una pista falsa. No tardé en deshacerme de ella.

–Y por eso has estado buscando la pintura de Martín González.

–Exacto, pero ahora que la he conseguido, dudo de que sea la auténtica. Tu padre dejó demasiadas pistas falsas. La pintura de la señora de La Laguna resultó ser otra de ellas. Pero no me engañas, tú sabes más de lo que aparentas.

–Es todo lo que sé –repuso Herminia.

–En tu historia hay cabos sueltos. El primero es ¿qué se hizo del cadáver de Bethencourt? ¿Por qué desaparecieron tu padre y el mío aquel día de junio? ¿Dónde están? Y lo que más me importa. ¿Dónde está la pintura auténtica?

–No lo sé.

Petrescu se acercó a Herminia y le colocó el cañón de la pistola en la frente.

–¿Dónde?

Barreto, ya recuperado de los golpes, se movió en su asiento, alarmado.

–Quédate quieto –le conminó el rumano–. ¿Dónde está la pintura, Herminia? ¿Dónde está mi padre?

La mujer se mantuvo en silencio.

–Basta –dijo Barreto, sobrepasado por la situación–. Yo te diré lo que sé.

Petrescu miró alternativamente a ambos.

–No, me lo dirá ella –sentenció, y colocó el cañón del arma en la sien del hombre.

Marta aprovechó su pase de obra para aparcar otra vez al comienzo de la calle Rodríguez Moure, a un lado del Instituto. Ya había anochecido y no quedaba nadie de quienes trabajaban en la iglesia, ni sus compañeros arqueólogos ni los peones a quienes el alcalde había hecho volver amenazándolos con represalias económicas. Solo quedaba el vigilante de seguridad, uno nuevo que se negaba a entrar en el recinto del templo.

También había otra persona que la aguardaba, a pesar del frío, de pie ante la puerta metálica de la calle San Agustín. Marta la reconoció de inmediato.

–¡Emelina! ¿Qué haces aquí?

Las mujeres se saludaron con los besos usuales.

–Tenía que verte, Marta.

–Pues ya me ves. Y yo a ti. ¿No estamos estupendas?

Emelina forzó una leve sonrisa. Se le notaba que una preocupación le embargaba.

–¿Qué pasa? –preguntó Marta al notar el estado de ánimo de su amiga– ¿Ocurre algo malo?

–He venido a advertirte. Es algo serio.

Marta no se esperaba la respuesta de Emelina. Conocía sus inclinaciones por lo sobrenatural y en varias ocasiones había intervenido con acierto en fenómenos de difícil explicación, por lo que presentía que no le iba a gustar nada la explicación.

–Tú dirás.

–He tenido una visión –dijo, con total seriedad–. Ya sabes que a veces me ocurren ese tipo de cosas.

Marta asintió. Su amiga era una experta en cuestiones paranormales, aunque ella fuera completamente escéptica al respecto. Emelina prosiguió:

–Corres un grave peligro. No me preguntes por qué lo sé, pero lo sé.

–No te lo preguntaré –la arqueóloga siempre trataba de no dejarse influenciar por nada de lo que le dijeran–. ¿Y de qué peligro se trata?

–Uno enorme. Unas fuerzas que escapan a nuestra comprensión pueden convertirse en incontrolables.

–Hablas de una manera demasiado vaga. ¿No puedes concretar algo más?

Emelina le pidió calma con la mano.

–El peligro procede de este lugar donde estás trabajando –señaló a la iglesia con un temor reverencial–. Ahí dentro están esas fuerzas que pueden convertirse en malignas.

–¡Ah! Entonces, ¿no lo son todavía? –respondió en tono incrédulo.

Emelina pasó por alto las dudas de la arqueóloga.

–Están esperando a que tomes una decisión. Y no puedes equivocarte.

Marta miró con toda su simpatía a Emelina.

–Querida Emelina, ya sabes que yo no creo en nada de eso. No te lo tomes a mal.

–Que no creas no implica que no me hagas caso. Por lo que puedo intuir, ya te han llegado varios avisos de esas fuerzas. Tal vez a través de terceras personas. ¿No has notado algo extraño en la gente que te rodeaba últimamente?

Marta estuvo a punto de hacer un chiste sobre el revuelo de los cuadros falsos de los últimos días, pero la gravedad de la expresión de Emelina le aconsejó abstenerse de hacerlo. Cambió de registro y recordó lo que había ocurrido con el vigilante y con el alcalde.

–Tienes razón –confesó–. Dos personas que han estado en este edificio conmigo actuaron de un modo extraño.

–Dame detalles, por favor –pidió Emelina–. Es importante.

–El vigilante de seguridad; cayó en trance y habló de un secreto guardado por un tal caballero Salazar.

Emelina reflexionó un momento sobre la noticia.

–¿Es un personaje histórico? –preguntó.

–Al parecer, sí. Un marqués al que se le atribuye la leyenda de haber aparecido después de muerto.

–¿Y la otra persona?

–El alcalde. Estábamos en la cripta del convento, justo donde apareció el cadáver del marqués, cuando también comenzó a decir frases incoherentes.

–¿Te acuerdas de lo que dijo?

–Claro. Que había que llevar una imagen al enterramiento. O sea, a la cripta.

–¿Qué imagen?

–Creo que se refiere a una Santa Bárbara que estuvo en esta iglesia y ha aparecido recientemente.

–¿Y no se quemó en el incendio?

–Exacto. Y es un misterio. Nadie me lo ha podido explicar.

Emelina tomó aire, se notaba cada vez más aprensiva.

–Y el alcalde, ¿dijo algo más?

Marta tuvo la extraña sensación de que Emelina podía leerle el pensamiento.

–Sí. Habló sobre un sepulcro. Que había que echar a unos profanadores y que todo debía volver a la normalidad.

–¿Echar?

Marta trató de recordar la palabra exacta.

–Tal vez dijera sacar.

–Ahí está el fondo del asunto.

–La verdad es que no sé a qué se refiere, Emelina.

–Que los profanadores están dentro. Hay que sacarlos.

–¿Dentro de dónde?

–Del sepulcro, por supuesto.

Marta no entendía nada. Miró a Emelina esperando respuestas, pero esta se mantuvo en silencio unos segundos, dándole vueltas a la información recibida.

–Siento que hay algo que me falta, que no me has contado. Algo que tiene que ver con el lugar donde estaba enterrado el marqués.

–La familia Salazar de Castro era propietaria de dos sepulcros, es decir, tumbas de poco espacio, dentro de la iglesia. Y además, de una bóveda, una cripta más amplia, en el convento contiguo. El sepulcro donde se supone que estaba enterrado el marqués estaba vacío. En algún momento, por la razón que fuera, lo trasladaron a la cripta del convento, que tapiaron con posterioridad.

–¿Y el otro sepulcro de la familia?

Marta suspiró.

–Está sin tocar. Y no se puede hacer nada sobre él por expreso acuerdo entre la propiedad y el ayuntamiento.

–Pues ahí es donde tenemos que mirar.

–Pues no se debe.

Emelina miró dentro de la iglesia.

–No hay nadie. ¿Quién se va a enterar?

Marta la miró alarmada.

–¿Estás proponiendo que echemos un vistazo, ahora?

–Es necesario. Te lo han pedido. Te lo están exigiendo. Aunque no te lo creas, es cuestión de vida o muerte. Tiene que ser ahora.

–De acuerdo, te diré todo lo que sé –dijo Herminia, a su pesar–. A ti te lo puedo contar. Pero quita el arma de su cabeza.

Petrescu sonrió. Su sistema de coacción había funcionado. A veces las personas eran capaces de ponerse duras en lo que respectaba a sí mismas, pero nunca lo eran si quien podía recibir el daño era un tercero muy allegado. Apartó el cañón de la pistola y dio dos pasos hacia atrás. Ahora el arma apuntaba de un modo indeterminado en la dirección del sillón ocupado por el matrimonio. No amenazaba a ninguno directamente, pero tampoco dejaba de hacerlo.

–Empieza –invitó Petrescu.

–Sé dónde están mi padre y el tuyo –confesó la mujer, abatida–. Ha sido mi gran secreto durante más de cincuenta años.

–Has empezado bien. Sigue.

–Como te dije, yo no estaba al tanto de todo lo que maquinaba mi padre. No sabía que había sido el receptor de una pintura robada y que había prometido a Campari custodiarla hasta que volviera. Tampoco sabía que hubiera hecho copias del lienzo original, ni que las hubiera ocultado detrás de una obra, más reciente, de Martín González.

–Cuéntame lo que sabes –ordenó Petrescu–. Ya estoy cansado de que me digas lo que no sabías.

–A eso voy –repuso la mujer–. Tu padre se presentó en La Laguna cuando Campari había sido detenido y estaba a la espera de un juicio por el que le condenaron a unos cuantos años, más de cinco y menos de diez. Por eso él no pudo venir hasta mucho después. Mi padre no debía de tener instrucciones de entregar la pintura a Petrescu, por lo que se resistió a doblegarse a sus exigencias. Eso provocó que tu padre se volviera violento y adoptara la misma técnica que tú. Amenazar de muerte a su amigo.

–El fin justifica los medios. Continúa.

Herminia tragó saliva. No estaba pasando por un buen momento.

–A partir de ahí ya no tengo claros los detalles de lo que ocurrió. Por alguna razón que desconozco, Bethencourt murió, posiblemente a manos de tu padre. El hecho es que mi padre, horrorizado, obedeció a partir de ese momento todas las órdenes que se le dieron.

Petrescu seguía el relato prestando toda su atención, pero sin bajar la guardia.

–¿Y le entregó a mi padre la pintura?

–Estoy segura de que así fue, pero no puedo asegurarlo, yo no la vi.

–¿Y qué viste? –Petrescu volvía a perder la paciencia.

–Había que desembarazarse del cadáver de Bethencourt. Mi padre no sabía qué hacer en un primer momento, pero se le ocurrió esconderlo en un lugar donde nadie lo buscaría.

–¿Qué lugar?

–La tumba que la familia tenía en la iglesia de San Agustín.

El rumano descubrió que consideraba que la idea no era tan increíble.

–¿Una tumba?

–El hueco debajo de una lápida. De las muchas que había en la iglesia.

–¿Y lo hicieron?

–Sí.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque yo estuve allí –concluyó Herminia.

–¿Y qué pasó después? ¿Por qué desaparecieron nuestros padres?

En ese instante, el timbre de la puerta de la casa sonó con fuerza, sobresaltándolos a todos.

Petrescu miró a la pareja con desconfianza.

–¿Esperaban visita?

–No sé quién puede ser –respondió con franqueza la mujer.

Petrescu se acercó a la ventana y, de lado, miró rápidamente a través de una rendija de las cortinas. Comprobó que quien tocaba era el tal Ariosto, con el que tuvo el enfrentamiento en el salón de su casa. Le acompañaban una joven y un tipo no muy alto, pero corpulento y con cara de pocos amigos.

Por un momento, pensó en enfrentarse a los intrusos pistola en mano, pero el sonido de una sirena a lo lejos, le hizo cambiar de parecer. No era una ambulancia, sino la policía. La nueva situación obligaba a largarse de allí. Se plantó en dos zancadas delante de Herminia.

–¿Por qué desaparecieron nuestros padres? –repitió, apuntándola con la pistola.

–Porque murieron allí. Yo los vi.

Petrescu no se esperaba la respuesta.

–¿Murieron? ¿Cómo murieron? ¿Les mató alguien?

Herminia iba a responder cuando se escuchó cómo se abría la puerta de entrada. Alguien había tenido la suficiente destreza como para lograr que la cerradura dejara de resistirse. El tipo ancho asomó su rostro en la puerta del salón. Petrescu disparó dos veces en su dirección, los disparos sonaron como dos cañonazos y el ambiente comenzó a oler a pólvora, pero el tipo fue hábil y desapareció de inmediato. Herminia y su marido se tiraron al suelo. Petrescu no se lo pensó más y corrió en dirección a la parte trasera de la casa. La sirena policial se escuchaba cada vez más cerca. Abrió la puerta, saltó al jardín y en dos segundos se encaramó en el muro que separaba la propiedad de la del vecino, sobrepasó la cima de la pared y se descolgó en la oscuridad del otro lado, dejando tras de sí un mal recuerdo y varios suspiros de alivio.



Marta comprobó que el vigilante de la iglesia no tenía visión directa desde el exterior al lugar donde se encontraba el segundo sepulcro de la familia Salazar de Castro, en la nave del evangelio. No podía ver lo que las mujeres fueran a hacer allí, a menos que entrara en la iglesia, a lo que se negaba con rotundidad.

Emelina se encontraba a su lado, presta para ayudar en lo que fuera, aunque su experiencia en arqueología era prácticamente nula.

–Por lo pronto, mantienes la linterna enfocada hacia el lugar donde yo trabaje –le pidió Marta–. Aunque no lo parezca, es una labor esencial.

–De acuerdo –respondió. Estaba dispuesta a decir a todo que sí.

La arqueóloga había reunido alrededor de la lápida todos los utensilios y herramientas que creía necesitar. «Solo voy a mirar, no voy a tocar nada», se dijo, tal vez para tranquilizar su conciencia. Se enfrentó a una lápida de piedra clara en la que aparecía el escudo familiar y una leyenda:

Aquí están sepultados  
el marqués de Salazar de Castro  
y sus herederos. Año de 1650.

Marta dedujo que la losa había sido recolocada allí procedente de su ubicación original cuando se reformó la iglesia a finales del siglo XVIII, tal como ocurrió con otras tantas cosas en el templo. Los enterrados debajo de ella debían de ser coetáneos o posteriores en el tiempo al marqués que le interesaba, aquel cuyo cadáver fue trasladado a la cripta.

Con una especie de cuchillo fino, casi un bisturí, comenzó a reparar las juntas de la unión de la losa con el pavimento. Le llevó unos minutos limpiar los cuatros costados del sepulcro. Cuando estuvo satisfecha, tomó la palanqueta que había usado para abrir las otras tumbas y la aplicó en el centro del lado derecho de la piedra.

–En cuanto la levante, introduces esa cuña de madera –le dijo a Emelina, señalando la pieza.

Emelina asintió y asió el trozo de leño. Marta hincó la punta en la ranura y aplicó su fuerza sobre el extremo opuesto de la palanca. La losa se movió, pero no llegó a levantarse.

–Casi lo consigues –le animó Emelina–. Prueba otra vez. Que no se diga que necesitamos a un hombre para esto.

Marta lo intentó de nuevo. Le pareció que la lápida se elevaba unos milímetros, pero ahí se quedó. La arqueóloga desistió de su esfuerzo.

–Me parece que no puedo con ella –admitió.

–¿Me dejas que lo intente? –preguntó Emelina.

Marta evaluó el físico de su amiga. Algo más corpulenta, su juventud en el campo la había moldeado con un aura de mujer resuelta, capaz de todo.

–De acuerdo –se rindió–. Yo me encargo de la cuña.

Emelina imitó a la perfección el movimiento que había desplegado antes Marta, solo que la fuerza aplicada a la palanqueta fue mucho más violenta. La lápida se levantó casi diez centímetros antes de que Marta introdujera la cuña en el hueco creado. Una vez asegurada la losa, Emelina retiró la herramienta.

–Estás más fuerte que yo –reconoció la arqueóloga.

–Soy de la generación del Cola–Cao –respondió con una sonrisa–. Y ahora, ¿qué hacemos?

–Hay que levantar el resto de la piedra lo suficiente para retirarla a un lado. Es un trabajo mucho más fácil.

Marta cogió un pequeño gato manual y lo encajó en la apertura. Comenzó a dar vueltas a la manivela y la lápida se levantó unos centímetros más.

Emelina tomó del brazo a Marta.

–Espera un momento –dijo, y cerró los ojos.

–¿Qué ocurre?

–Espera –pidió a la arqueóloga–. He sentido algo.

Marta, algo molesta por la interrupción, se mantuvo a la espera, respetuosa con su amiga, pero diciéndose que su paciencia iba a tener un límite.

–Me dice que sigamos, que vamos bien –dijo al cabo de unos segundos.

Marta miró a su amiga con su vieja expresión escéptica.

–¿Quién te lo dice?

–Es la sombra de mi sueño. Solo que ahora no arde.

–Bueno, ya que tenemos el permiso del dueño, sigamos.

Las dos mujeres levantaron el resto de la losa lo suficiente para empujarla sobre el pavimento. Desplazaron entre ambas la lápida y esta quedó a un lado del hueco recién abierto.

–Apunta con la linterna dentro de la sepultura, por favor –pidió Marta al tiempo que se incorporaba.

Emelina dirigió el haz de luz al interior del sepulcro, que quedó iluminado por primera vez en muchos años.

–¡Dios mío! –exclamó Marta–. ¿Qué es esto?

Olegario presintió que le iban a disparar. Al asomar la cabeza por detrás de la pared vio a un tipo mal encarado y con una pistola en la mano. Tenía el gatillo fácil, podía asegurarlo. Los dos estampidos de los disparos atronaron en sus oídos y en los de todos los presentes. El chófer, por puro instinto, se echó a un lado, lo justo para comprobar que los dos balazos habían impactado en la pared que tenía detrás. Uno dejó un espléndido agujero circular en el papel pintado, y el otro alcanzó un cuadro de un paisaje anónimo, recuerdo de los pinitos del abuelo de Herminia como pintor. El marco con cristal se hizo añicos al caer al suelo, acentuando el ruido.

Detrás de Olegario, Ariosto y Sandra no habían dudado ni una décima de segundo en arrojar al suelo del recibidor de la casa en cuanto escucharon las detonaciones. Ariosto recordó las enseñanzas de su tía Enriqueta: «Es una descortesía pretender entrar en una casa sin avisar previamente de tu llegada», compensadas por la versión de su otra tía, Adela: «Ya que te has molestado en acercarte, insiste en que te abran». En esas dudas estaba Ariosto cuando escuchó que una puerta en la otra parte de la casa se abría y alguien salía por ella a toda prisa.

Sandra levantó la cabeza.

—¿Se ha ido?

Olegario volvió a asomarse por el mismo lugar que instantes antes había sido objeto de puntería por parte del pistolero, y ya no le vio.

—El tipo de la pistola ya no está —anunció a sus amigos.

Los tres se pusieron en pie y entraron en el salón de la casa. Un hombre y una mujer permanecían, estupefactos, sentados en el sofá. El hombre había sido víctima de una agresión.

—¿Están bien? —preguntó Ariosto.

—No se puede imaginar lo bien que estamos —respondió la mujer, aliviadísima. Ariosto reconoció a Herminia por las descripciones de sus amigos—. No sé cómo han entrado, pero se lo agradezco muchísimo.

—Hay quien tiene talentos insospechados —dijo Ariosto, mirando a Olegario.

Barreto y Herminia se percataron de la presencia de Sandra.

—Usted otra vez, señorita periodista —dijo la mujer.

—Y así seguiré hasta que averigüe la verdad —respondió Sandra—. Creo que me han contado una gran sarta de mentiras.

—Si me permiten —intervino Ariosto—; los acontecimientos han llegado a un punto en que los afectados necesitamos saber qué es lo que está pasando.

—¿En qué está usted afectado? —preguntó Barreto.

—He sido víctima de un allanamiento de morada, de un expolio artístico y, además, de un fraude pictórico heredado de la familia. Tengo razones de peso para exigir respuestas.

—Señora, nosotros no somos la policía —dijo Olegario, en tono franco—. Cualquier acto delictivo que se realizara hace cincuenta años está prescrito. Ya no pueden enjuiciar a nadie por él. Usted parece tener la clave de este asunto. La presencia de ese hombre aquí lo prueba.

—¿Qué le ocurrió a su padre, doña Herminia? —preguntó Sandra— ¿Y al amigo, Juan Bethencourt? ¿Por qué desaparecieron el mismo día?

Herminia se encogió en el sofá, pero no se decidió a hablar. Barreto lo hizo en su lugar.

—Ya estoy cansado de este asunto. Es hora de quitarnos un peso de encima —dijo, y miró a los tres visitantes—. Los últimos días de mayo de 1964, un tipo extranjero estuvo acosando a mi suegro, Saqueti. Lo veíamos muy a menudo, tal vez demasiado, rondando el taller. Mi suegro había discutido con él y lo había expulsado a la calle un par de veces, aunque no conocíamos la causa

del enfrentamiento.

–Tenía algo que ver con su último viaje a Italia y el trabajo tan intenso que había desplegado durante las últimas semanas –dijo Herminia, que por fin se decidió a hablar–. Mi padre nunca nos explicó la razón, pero se notaba que era algo turbio. A pesar del acoso, no quería llamar a la policía, y eso era muy extraño.

Ariosto y sus amigos, viendo que la pareja se animaba, los dejaron continuar.

–El 2 de junio, a primera hora de la tarde –continuó Barreto–, Saqueti recibió una llamada telefónica en el taller. No sé con quién ni de qué habló, pero se puso lívido, entró en su gabinete personal y salió a la calle con una bolsa de hule, el plástico de entonces, bajo el brazo.

–¿No le explicó a dónde iba?

–No, pero tenía el presentimiento de que era por causa del extranjero. Llamé a Herminia a su casa para avisarla y salí detrás de mi suegro.

–Deduzco que pudo seguir el rastro –dijo Ariosto.

–Sí, a esa hora había poca gente en la calle y se podía seguir a alguien a distancia. Lo localicé en la calle de San Agustín, me llevaría un par de manzanas de ventaja. En un cruce Herminia se unió a mí.

–¿Y a dónde iba?

–A la iglesia de San Agustín. Lo vi entrar por la puerta lateral. Herminia y yo llegamos allí y nos preguntamos qué hacer. Al par de minutos escuchamos un grito sofocado y decidimos entrar.

–¿Y qué vieron? –preguntó Sandra, que estaba impaciente por conocer el desenlace.

–Lo que vi me causa todavía un tremendo dolor –dijo Herminia–. Al fondo de la iglesia estaba aquel hombre, el extranjero. Había levantado la losa de la tumba familiar y se encontraba trasteando con algo en el interior del sepulcro. No vimos a mi padre.

–Ese hombre estaba tan ensimismado que no nos escuchó llegar –añadió Barreto–. Cuando nos acercamos por detrás, vimos con horror, lo que estaba haciendo.

–Estaba acomodando dentro del hueco los cadáveres de Bethencourt y de mi padre. Los había asesinado.

–Vaya descubrimiento –comentó Ariosto.

–Y yo, presa de la ira, agarré la barra de hierro con la que habían abierto la tumba y golpeé con ella la cabeza del extranjero. Una, dos, tres veces. Hasta que mi esposo me detuvo.

El silencio de la sala se vio interrumpido por la sirena de un coche policial, seguida por el chirrido de los frenos de un par de coches patrulla al detenerse delante de la casa.

–Ya está aquí la policía –dijo Sandra.

–Estábamos en estado de shock –prosiguió Barreto–. No sabíamos qué hacer, así que se nos ocurrió tapar todo aquello de la manera más fácil posible. Colocamos la lápida encima de los cadáveres. Ni siquiera teníamos la seguridad de que el extranjero hubiera muerto, pero lo hicimos.

–¿Qué horror! –dijo Sandra.

–Y luego cometí un error que no me perdonaré mientras viva –dijo Herminia.

–Decidió tapar del todo las pruebas del crimen –se adelantó Ariosto–. El incendio que siguió no fue fortuito, ¿verdad?

Herminia miró a Ariosto completamente compungida. Iba a contestar cuando entró en la casa el inspector Galán pistola en mano, seguido por Ramos y Morales. Al primer vistazo se tranquilizó.

–¿Están todos bien? –preguntó. La respuesta era evidente–. ¿Qué hacen aquí?

–Siguiéndole el rastro a una triste historia, Antonio –respondió Ariosto.

–Petrescu salió por la parte de atrás de la casa –indicó Olegario, a lo práctico–. Va armado con una pistola.

–No se muevan de aquí –dijo Galán y les hizo una seña de salir a sus compañeros. Los policías desaparecieron por la puerta trasera al tiempo que otros agentes de uniforme corrían tras ellos.

–¿Por qué se llevó la estatua?

–No me la llevé. Se quedó en el taller. Mi padre no había terminado con ella y no la había devuelto. Por lo visto, nadie se acordó de que la tenía él. La guardó en un armario y no lo descubrimos hasta varios años después.

–Decidimos no remover el asunto –añadió el esposo–. Plantearía preguntas incómodas.

–¿Y qué pasó con el cuadro? –preguntó Sandra.

–El maldito cuadro que originó todo este embrollo. Nunca lo vi. Mi padre se llevó el secreto a la tumba.

Ariosto se levantó de su asiento como un resorte.

–La cuestión está en el contenido del hule que llevó Saqueti a la iglesia. ¿No les parece que es un buen momento para hacer una visita al templo?

Emelina miró por detrás del hombro de Marta. Un grupo de cadáveres aparecían amontonados en el estrecho hueco de debajo de la lápida. Los jirones de tela y los zapatos revelaban que pertenecían al siglo XX.

–Esto no es lo que me esperaba –confesó Marta.

–No es un enterramiento cristiano –avanzó Emelina–. Los cuerpos están unos sobre otros sin ningún concierto. Parece como si los hubieran tirado allí con prisa. Y sin respeto alguno.

Marta se arrodilló junto al borde de la sepultura. Los restos de piel que aún cubrían los huesos aparecían de un color oscuro.

–El calor del incendio abrasó la parte superior de los cuerpos. Por eso tienen ese aspecto. Tal vez sea la razón de que no se hayan descompuesto por completo a pesar del transcurso de más de cincuenta años.

–Se reconocen las chaquetas y los pantalones –observó Emelina–. ¿Cuántos crees que hay?

Marta se levantó y dio un rodeo al hueco del sepulcro antes de contestar.

–Diría que son tres. Debajo hay un esqueleto, pero mucho más antiguo, sin duda.

–Pues ha tenido una compañía no deseada durante más de medio siglo. Lo que son las cosas. No me extraña que el marqués ande quejándose por las noches.

Marta prefirió no contestar al comentario.

–Para saber más, habría que sacar los restos. Tendremos que llamar a la policía.

–¿Crees que esto es lo que ocultaban los de la asociación *Pax Mortuis*? ¿Un crimen?

–Posiblemente –admitió la arqueóloga–. El asunto es que habrá que comentárselo a las fuerzas del orden de una manera discreta. Se supone que no podemos abrir esta tumba.

–Tienes línea directa con un inspector, ¿no?

Marta sonrió levemente. No sabía cómo se lo iba a decir a Galán sin recibir una reprimenda.

–Tapemos esto y salgamos, Emelina.

–Mejor déjenlo como está –una voz masculina sonó a espaldas de las mujeres. Ambas se volvieron y contemplaron a un hombre que se había acercado pistola en mano.

–Apártense unos pasos –ordenó. Marta y Emelina obedecieron.

–Usted –le dijo a la segunda–, apunte con la linterna al sepulcro.

Emelina lo hizo y el hombre miró al interior.

–Así que este fue el modo en que acabó todo –dijo, más para sí que para las demás–. ¿Han tocado algo? –les preguntó.

–Nada –respondió Marta–. ¿Quién es usted?

El hombre no respondió a la pregunta. Era evidente que estaba decidiendo qué paso dar a continuación.

–Me imagino que es el hombre que busca la policía –continuó la arqueóloga–. Petrescu es su nombre. ¿No es cierto?

–No sea tan curiosa –le apuntó directamente con la pistola–. Me va a hacer un favor. Va a bajar ahí y registrar los cadáveres.

Las mujeres se quedaron petrificadas con la orden.

–¿Cómo dice? –preguntó Marta.

–Estoy seguro de que tenían algo en su poder que se quedó con ellos ahí abajo. Vamos, bajen o les dispararé y lo haré yo mismo.

Emelina dio un paso adelante.

–Lo haré yo.

–Me da igual quien lo haga. Baje.

Emelina tomó aire y se sentó al borde del hueco. Bajó un pie y luego el otro. A cada movimiento se escuchaba un crujido y trató de no pensar en qué sería lo que estaba pisando.

La pista de Petrescu se perdía en los jardines de las casas contiguas a la de Herminia. Con una agilidad sorprendente, el rumano había saltado varios muros colindantes sin que nadie se percatara de su presencia. Solo un perro de una de las viviendas había ladrado cuando pasó al lado de la edificación como una exhalación. Los policías llegaron con un par de minutos de retraso, lo suficiente para perder su rastro y verse acosados por el can.

Galán se llevó el móvil al oído.

–Puede estar en cualquier parte –le dijo a Valido, que seguía en contacto desde la comisaría con los policías que estaban en la calle–. ¿Sigue funcionando el trasponedor?

–He perdido la señal un momento –respondió el policía, que no dejaba de mirar la pantalla de localización del artilugio electrónico–. Pero ha vuelto ahora mismo.

–¿Sigue en movimiento o se ha detenido?

–La señal está quieta. Ha dado un salto desde el camino de San Diego hasta...

Galán dio una indicación a sus hombres para que se reunieran con él en dirección a los coches.

–¿Hasta dónde, Valido?

–Pues es raro, pero, si este aparato no nos engaña, está dentro del perímetro de la iglesia de san Agustín. Pero eso no es posible, ¿no es cierto, inspector? Esa iglesia lleva años cerrada.

Galán sintió un escalofrío. Era el lugar donde Marta llevaba trabajando varios días. ¿Estaría todavía en la iglesia? Esperaba que no.

–Ya no está cerrada, Valido. Vamos para allá. Envía un par de coches más. Hay que atraparlo antes de que salga de allí.

\*\*\*

Ariosto no esperó la vuelta de los policías, por mucho que Galán les hubiera indicado que se quedasen en la casa de Herminia. Cuando Olegario arrancó el motor del Mercedes, Sandra ya estaba sentada en el asiento trasero. Tras dar las vueltas inevitables debido al sentido de las calles de la zona, el chófer introdujo el Mercedes en el camino de San Diego y llegó a la plaza de la Junta Suprema.

–¿Nos bajamos aquí? –preguntó Ariosto. A partir de esa plaza, las calles en la dirección de la iglesia de San Agustín eran peatonales.

–¿No tenemos prisa? –contestó el chófer con otra pregunta.

Olegario introdujo el automóvil en la zona peatonal, sorteando las araucarias, palmeras y dragos que enseñoreaban la plaza y agradeciendo que no hubiera paseantes por allí en aquel momento. Los clientes que se encontraban sentados en la terraza exterior de la cafetería San Agustín contemplaron atónitos cómo el coche pasaba por delante de ellos y se adentraba en la calle principal en dirección al Instituto. En quince segundos llegaron ante la plaza que compartían la iglesia sin techo y el centro de enseñanza. Olegario detuvo el vehículo junto a la verja y los tres bajaron de él. Sandra, en el momento de descender, se percató, como había ocurrido en otra ocasión, hacía ya tiempo, de que el chófer abría la guantera y sacaba de sus profundidades un revólver Smith & Wesson de calibre 38. Sus miradas se cruzaron.

–Nunca se sabe, señorita –le dijo en voz baja.

\*\*\*

–Registre los restos –ordenó Petrescu a Emelina.

–¿Qué se supone que hay que buscar?

–Un paquete o una bolsa alargada –respondió Petrescu.

Emelina removió el torso del cadáver que se encontraba más arriba. Notó cómo los huesos se



movían por debajo de una piel reseca. Lo giró y lo colocó a un lado, notando que le costaba menos de lo esperado. Apenas pesaba. El cuerpo de debajo estaba en mejores condiciones. El cadáver superior lo había protegido del calor y del paso del tiempo. Movi6 a su vez el segundo cadáver. Debajo apareció un envoltorio de un material parecido al plástico.

–Aquí hay algo –anunció.

–¿Qué es? –preguntó el rumano.

–Parece un fardo atado.

–Sáquelo y entréguemelo.

Emelina logró extraer un rollo de hule de debajo del segundo cadáver y se lo dio al hombre. Este lo tomó y lo depositó en el suelo.

–Usted –dijo, dirigiéndose a Marta–: abra el envoltorio, con cuidado.

Marta se acercó y se agachó. Buscó el extremo del rollo y tiró de él hacia un lado. El linóleo se fue desenrollando poco a poco. A la tercera vuelta comprobó que envolvía una tela.

–¿Es esto lo que está buscando? –preguntó la arque6loga.

–Tal vez –respondió Petrescu–. Siga.

Marta continuó desarrollando el hule antiguo y la tela al mismo tiempo. Era una pintura, pero el calor la había destruido por completo. En unos borrones de pintura sobre una tela ennegrecida, a Marta le pareció reconocer lo que había sido el rostro de una joven.

–Maldita sea –juró el rumano en cuanto vio el estado del lienzo– Ahora, baje a la tumba y reúname con su amiga. ¿No había dicho que esa losa no debía abrirse? Va a ser mejor que todo quede como estaba. Con ustedes dentro. Nadie va a mirar ahí, ¿verdad?

\*\*\*

Ariosto, Sandra y Olegario se extrañaron de no encontrarse al vigilante de seguridad en la plazoleta del Instituto. El chófer señaló al fondo, donde, detrás de unos tablonos de obra, se divisaban las piernas de una persona inconsciente.

–Alguien ha llegado antes que nosotros –susurró–. Señorita Clavijo, lo mejor es que compruebe cómo está esa persona.

Sandra captó la maniobra de Olegario para dejarla fuera de la acción.

–Nos ocuparemos de él más tarde –respondió–. Veamos qué pasa dentro de la iglesia.

Los tres se asomaron al hueco de la puerta frontal. El resplandor de una linterna titilaba al fondo, detrás de las columnas. Escucharon unas voces.

–Entremos –invitó Ariosto–. Tenga cuidado con el arma, Sebastián.

–Mi arma no me preocupa, señor, es la del otro –contestó el aludido.

Olegario entró el primero, cuidando de que las columnas lo ocultaran. Sus amigos hicieron lo mismo. Al llegar a la segunda columna, el chófer se pegó a la piedra quemada y miró por un lado. Lo que vio no le gustó nada.

\*\*\*

Los coches policiales llegaron a la calle San Agustín treinta segundos después, sin conectar la sirena, Galán no quería que Petrescu se percatara de su llegada. Sin embargo, se encontró con un automóvil conocido en su puerta.

–¿Qué hace el coche de Ariosto aquí? –se preguntó.

–Si se supone que nuestra presencia debía ser una sorpresa, da la impresión de que llegamos los últimos a la fiesta –comentó Ramos, incómodo.

–Carguen las armas y entremos –ordenó el inspector–. Que los del segundo coche cubran a los del primero.

Se bajó del vehículo policial cuando no se había detenido por completo y comenzó a correr en

dirección a la puerta de la iglesia.

\*\*\*

Marta y Emelina se encontraban de pie en el interior de un sepulcro abierto, y sus torsos sobresalían apenas del agujero. Un hombre, de espaldas a él, las apuntaba con una pistola. ¿Qué diablos hacía Emelina allí?, se preguntó Olegario, angustiado.

–Tranquilo, pensemos qué hacer –musitó Ariosto detrás de él en cuanto vio la escena–. Yo haré una maniobra de distracción por la derecha y usted avanza por la izquierda.

Olegario iba a protestar por la voluntaria exposición al peligro de su jefe cuando este salió al pasillo central de la iglesia. Le pareció escuchar un grito ahogado de sorpresa y de temor de Sandra, más allá, al ver lo que hacía su amigo.

Ariosto avanzó con determinación por la nave y en cinco segundos se acercó al grupo de la tumba.

–No le veo mérito alguno a apuntar a dos mujeres desarmadas –dijo mientras caminaba–. Es, cuando menos, poco caballeroso.

La irrupción del recién llegado sobresaltó a Petrescu, que se volvió de inmediato, apuntándolo. Ariosto temió que fuera a disparar sin previo aviso.

–¡Yo tampoco! –la voz de Sandra se escuchó más atrás en la iglesia, y la joven apareció detrás de una columna, a unos diez metros.

La aparición de la periodista distrajo por un momento al rumano. Aquello se estaba convirtiendo en una multitud.

Marta hizo una indicación a Emelina para salir de la tumba, lo que hicieron aprovechando que Petrescu se había vuelto hacia los recién llegados. Emelina vio llegar por la izquierda a Olegario con un revólver en la mano.

–Al suelo –le indicó en cuanto estuvieron fuera del sepulcro.

–¡Quietos todos! –gritó el rumano, dirigiendo la pistola de un lado a otro.

Olegario se colocó detrás de la columna más cercana en cuanto vio cómo las mujeres salían de la tumba y se alejaban unos pasos antes de arrojar al pavimento.

–¡Suelte la pistola, Petrescu! –le gritó.

El rumano vio de inmediato a Olegario con su arma y disparó contra él. El chofer hizo lo mismo una décima de segundo después.

\*\*\*

Galán y sus hombres se encontraban cruzando el umbral de la iglesia cuando escucharon los dos disparos. El sonido provenía de dos armas distintas, dedujo Galán. Era un intercambio de disparos.

–Hay varias armas –dijo a sus compañeros.

Avanzaron corriendo por la nave central de la iglesia, pegados a las columnas. El inspector vio tumbadas en el suelo de la nave del evangelio a dos personas. En el centro también lo estaba un hombre, Ariosto, a quien reconoció de inmediato, y detrás de dos columnas observó a Olegario y a Sandra. Comprobó que el chófer era quien portaba una de las armas, con lo que solo debían enfrentarse a una persona armada. No vio a Petrescu hasta que fue demasiado tarde.

El rumano, ileso del disparo de Olegario, cuando sintió la entrada de la policía, agarró a Marta por el pelo y la obligó a levantarse. Le colocó un brazo alrededor del cuello y le apuntó a la cabeza con la pistola.

–¡Todos quietos o la mato!

Galán y los subinspectores frenaron su carrera en seco. El inspector se encontró con uno de los peores escenarios posibles. Sus compañeros se percataron de la contrariedad que embargó a su

jefe. Todos se detuvieron apuntando con sus armas al rumano.

–¡Está rodeado, Petrescu! –gritó Galán– ¡No va a salir de aquí! ¡Tire el arma!

Petrescu disparó al aire, demostrando que era capaz de usar la pistola. Todos se agacharon instintivamente. Los oídos de Marta quedaron ensordecidos por el estruendo cercano de la detonación.

–Abran un pasillo –dijo–. Voy a salir con ella por la puerta principal. Y todos se van a quedar quietos donde están.

Los policías se miraron, tensos. Petrescu se enfrentó a ellos llevando a Marta como escudo humano. Avanzó un par de pasos.

–¡Apártense! ¡No lo diré dos veces!

El rumano prestaba toda su atención a sus rivales armados, por lo que no se percató cómo, a su espalda, Emelina se había levantado, asido la palanqueta del suelo y se había acercado a la pareja. Con un movimiento veloz y preciso, descargó la barra de metal sobre la mano armada de Petrescu. Se escuchó el ruido de los huesos de la mano al romperse un instante antes de que la pistola cayera al suelo. En un movimiento casi sincronizado, Olegario embistió contra Petrescu por un lado, llevándose por delante al rumano y a la arqueóloga. Los tres cayeron en el hueco de la tumba, levantando una nube de polvo y provocando un crujido de huesos antiguos que se destrozaban. Los policías volvieron a correr en dirección al sepulcro y se detuvieron al borde. En su interior, contemplaron cómo Olegario propinaba un directo brutal a la nariz del rumano que lo dejó fuera de combate. Marta se irguió y un par de manos la sacaron del agujero. Olegario se levantó, dispuesto a rematar la faena, cuando se percató de que ya no era necesario. Su rival yacía, inconsciente, sobre los restos de su padre, de Bethencourt y de Saqueti. Galán bajó y esposó rápidamente a Petrescu.

Ariosto y Sandra también llegaron a la altura de la tumba.

–¿Nunca les he dicho, Sebastián y Emelina, que siempre me ha parecido que forman una pareja excelente? –preguntó Ariosto.

–Estoy totalmente sorprendida, Luis –dijo Marta, tras escuchar la historia que le había contado Ariosto–. Varias pinturas iguales con el telón de fondo del robo de una obra de arte de importancia internacional.

–Todos los caminos conducían a un especialista en pintar copias que vivió en La Laguna en los años sesenta: Maurizio Saqueti –respondió Ariosto.

–Y que desapareció el mismo día en que se quemó la iglesia de San Agustín.

–Sí, y estoy seguro de que, del examen de los huesos del sepulcro, llegaremos a la conclusión de que uno de los cadáveres es el suyo. Ahora toca comprobar si la pintura que hemos encontrado allí es la auténtica.

Ariosto se dirigía, junto a Marta, al laboratorio del Parque Tecnológico. Al llegar, del Mercedes 300 del año 60 descendieron también el profesor Cavalcanti, Sandra y Olegario, que conducía. Durante el camino, habían puesto a la arqueóloga al corriente.

Por su parte, el director Molina y el técnico Herrera habían accedido, mucho más allá de la cortesía exigible, a abrir de nuevo el laboratorio solo para ellos.

–Esta vez no corremos peligro de que nos asalte alguien, ¿verdad? –preguntó medio en broma, medio en serio, el director.

–Por eso le he pedido a Sebastián que nos acompañe –respondió Ariosto sonriendo–. Con él presente, ese tipo de situaciones suele tener solución satisfactoria.

El italiano se calzó sus guantes de seda y desenrolló con cuidado la tela que le había entregado Marta. Sobre la mesa del laboratorio, a la vista de los siete congregados, comenzó a aparecer de nuevo el motivo de la pintura.

–Esta vez no es *Ocaso en Anaga* –dijo Ariosto–. Es algo muy distinto.

Cavalcanti terminó de desenrollar el lienzo oscurecido por el calor del incendio y le dio la vuelta.

–Le haremos las mismas pruebas que a la otra pintura –anunció el italiano–. Aunque su estado es lamentable y puede que dificulte el examen.

Herrera colocó la tela en la bandeja y se la llevó al otro laboratorio. Allí comenzó con las pruebas radiológicas y de luz. En unos minutos tuvieron en la pantalla de un ordenador los primeros resultados.

–El retrato de mujer que esperábamos. Un trabajo excelente, sin duda.

–Imagino que nada concluyente, todavía. Y habrá que pasar al examen de los pigmentos –aventuró Ariosto.

Cavalcanti sonrió.

–Veo que has aprendido el procedimiento, Luis.

–En esta ocasión, como la pintura no es mía, me duele menos.

El profesor italiano extrajo una muestra de la tela y de las capas de pintura y les hizo las correspondientes pruebas.

–Pintura del siglo XX –anunció, por fin–. Pigmentos de los sesenta. Es una copia, como las otras.

Un sentimiento de asombro y decepción se abatió sobre la sala.

–¿Cómo dice? –preguntaron Sandra y Marta al mismo tiempo.

–Que es falsa –insistió el italiano–. El señor Saqueti era un experto en hacer copias, y esta que vemos aquí es una de ellas.

–No puede ser –dijo Sandra–. Si no es esta, ¿dónde está la auténtica?

–Me temo que el señor Saqueti se llevó el secreto a la tumba –concluyó Marta.

–Perdone que discrepe, querida profesora –intervino Ariosto–. Y no es por hacer un chiste fácil, pero la que se llevó a la tumba es esta, y no es la auténtica.

Todos miraron a Ariosto. Sabían que se estaba guardando algo. Él se percató de las miradas inquisitivas de sus amigos.

–Tal vez pueda estar en otro lado –confesó, al fin.

–¿Dónde? –esta vez la pregunta provino de todos los congregados en el laboratorio.

Ariosto sonrió.

–Es una idea que me ha surgido de repente, tal vez parezca ridícula, pero que podría resolver este misterio. Y la profesora Herrero nos dará la clave.

–¿Yo? –preguntó Marta, asombrada– ¿Cómo?

–Llevándonos a dónde podría estar la pintura original –se volvió hacia Olegario–. Sebastián, si es tan amable, prepare el coche, que nos vamos.

\*\*\*

El vicario, perplejo, se echó a un lado y dejó a pasar al interior del obispado a los siete visitantes que acompañaban a la doctora Herrero.

–Es un asunto de la máxima importancia –había asegurado Marta.

Los condujo, casi a la carrera, por los diversos pasillos y escaleras que les llevaron a la sala donde había depositado la estatua de Santa Bárbara. Todos se acercaron con una mezcla de curiosidad, expectación y ansiedad.

–Aquí la tenemos –dijo Marta–. No sé qué misterio nos puede desvelar. Es una talla de madera, antigua, pero igual que otras muchas de su clase.

–Tengamos fe –dijo Emelina–. El señor Luis tiene una corazonada. Y yo también.

–Es una simple comprobación que necesito hacer –dijo Ariosto–. Si resulta un fracaso, solo habremos perdido el tiempo. Con permiso, voy a examinar la imagen.

Ariosto levantó la estatua en peso y la tumbó boca arriba. Le dio la vuelta y comprobó que la parte trasera estaba en el mismo estado que la otra. No observó ninguna grieta o ranura. Luego la miró por debajo.

–Mire –le dijo a Marta, señalando con un dedo–, la base está reforzada por una tela de fieltro.

Ante los ojos asombrados de sus amigos, y los horrorizados del vicario, Ariosto arrancó la tela verde que cubría la base de la talla. Un círculo redondo marcado en la madera apareció a la vista de los que estaban arremolinados alrededor de la mesa.

–¿Y eso qué es? –preguntó Sandra.

–Vamos a averiguarlo –respondió Ariosto–. Profesor Cavalcanti, haga el favor de continuar.

El italiano se acercó más que ninguno a la estatua y pasó un dedo por el círculo.

–Parece que le hicieron un agujero a la estatua y lo taparon después.

–¿Cree usted que está hueco, profesor? –preguntó Sandra.

–Solo hay una manera de comprobarlo. Pero habrá que traer instrumental apropiado.

–Si me permite, tengo una solución casera.

El vicario salió del despacho y volvió al cabo de treinta segundos, portando triunfalmente en la mano un sacacorchos.

–¿Qué le parece? ¿A que es apropiado? ¿Alguna objeción científica?

Marta, sorprendida, no sabía si llorar o reír. Optó por reír.

–Todas las del mundo, pero usted es el representante de la propiedad.

–Pues no se hable más.

El cura, fiel a su estilo, no se lo pensó un segundo y aplicó la punta del instrumento metálico al

centro del círculo que aparecía en la madera de la base el tornillo y comenzó a darle vueltas.

–Le veo con mucha soltura, padre.

–No te equivoques, hija. Alguien tiene que abrir las botellas de vino de la diócesis, y son muchas parroquias.

Marta nunca se había detenido a pensar de dónde salía el vino de las misas, por lo que dio por buena la respuesta del vicario.

El tornillo llegó a su fin y el religioso hizo fuerza con la palanca lateral del sacacorchos. Marta y sus amigos, fascinados, observaron como el círculo de madera hizo un leve ruido y salió unido al abridor de botellas. Un hueco redondo aparecía en su lugar dentro de la estatua. Todos trataron de acercarse al rostro al agujero.

–Parece que hay algo dentro –dijo don Dionisio.

–Sí, es una tela enrollada sobre sí misma –dijo Cavalcanti.

–¿Otra pintura? –volvió a preguntar Sandra.

–¡Qué excitante! Corro a la cocina a buscar unas pinzas –dijo el vicario, voluntarioso.

Cavalcanti se tomó la libertad de asir, con suavidad, el brazo del cura y detenerlo.

–Perdone padre, pero para sacar esa tela de la estatua, habrá que utilizar el instrumental adecuado, se ponga usted como se ponga. No se preocupe, lo que necesito lo tengo en mi maletín.

En menos de cinco minutos volvió Olegario portando parte del equipaje del profesor italiano. Cavalcanti abrió el maletín sobre la mesa donde se encontraba la estatua y extrajo unas pinzas largas con extremos anchos.

–Es muy parecida a la que iba a coger de la cocina –comentó el cura.

El italiano no le hizo caso e introdujo el utensilio en el agujero de la madera. La tela se encontraba retirada unos centímetros del borde, por lo que no podía aferrarse con los dedos. Abrió todo lo que pudo la tijera para poder atrapar la mayor cantidad posible de tela, no era cuestión de que se desgarrase, e hizo presa. Muy lentamente comenzó a empujar el lienzo hacia afuera. En un primer momento no se movió. Parecía atascado en el interior de la talla. Al cuarto intento consiguió que se desplazara hacia el exterior.

–¡Parece que ya sale! –observó don Dionisio.

La tela apareció por el agujero y Cavalcanti continuó en su empeño hasta que sobresalieron diez centímetros fuera del hueco. Dejó entonces las pinzas y con sus dedos enguantados continuó la labor de extracción. La fuerza ahora era mayor y el lienzo dejó de resistirse.

–¡Ya ha salido! –exclamó Sandra.

El profesor avanzó hasta el otro lado de la mesa, donde había colocado previamente un mantel, y puso el lienzo sobre él.

–¿Lo abrimos? –preguntaron Sandra y el cura, mordiéndose las uñas.

–Un momento –repuso Cavalcanti–. No sabemos cuánto tiempo ha estado la tela dentro de la estatua. Conviene humedecerla un poco antes de trastear con ella.

El italiano sacó un botellín de su maleta y una bolsita de algodones; vertió un líquido incoloro sobre un pedazo de algodón y lo aplicó sobre los bordes de la tela, en círculos cada vez más amplios.

El vicario comprendió que aquello iba a llevar su tiempo. Decidió que tenía que estar ocupado en algo.

–¿Quiéren un café, señoras y señores?

–Mejor una tila para todos, padre –contestó Olegario.

Don Dionisio ignoró la indirecta y se marchó a la cocina, dispuesto a hacer varios cafés bien cargados.

–Póngase unos guantes y fije los extremos de las esquinas con los dedos –indicó Cavalcanti a Marta–. Yo iré desenrollando.

Marta así lo hizo. El italiano comenzó a desplegar el lienzo con mucho cuidado, a un ritmo de un par de centímetros por segundos. Temía escuchar el crujido típico de la pintura al resquebrajarse, pero no ocurrió.

Ante la mirada de los congregados apareció un retrato de una bella muchacha que miraba fijamente al espectador, como volviéndose.

–Me suena un montón –dijo Sandra–. ¿De una película de Scarlett Johansson?

–La arqueóloga y Cavalcanti continuaron extendiendo la tela y aplicando el algodón húmedo a cada vuelta del rollo. En unos minutos la tela estaba completamente desplegada. El cura volvió en ese momento. Se olvidó de inmediato de los cafés y dejó la bandeja con las tazas en otra mesa.

–¿Ya la han abierto? –preguntó.

Marta y los demás asintieron, extasiados.

–Es muy posible que se trate de *La joven de la perla* –conjeturó Ariosto–. De Vermeer, nada menos.

Cavalcanti examinó la tela muy de cerca, tanto por delante como por detrás.

–Y puede muy bien ser lo que estábamos buscando, amigo mío –dijo, señalando una esquina del reverso de la tela–. Este es el sello del Maurithuis, el museo donde se supone que la exhiben.

–Pues de aquí, con el permiso del señor vicario –dijo Ariosto–, nos vamos de nuevo al laboratorio y nos llevamos el lienzo.

Marta se acercó a Ariosto.

–¿Cómo llegaste a la conclusión de que la pintura podía estar dentro de la estatua, Luis? Ariosto sonrió.

–No sabe lo caros que eran los berbiqués eléctricos en los años sesenta, Marta. Eso, unido a la clarividencia de una señora llamada Belkis.

El vuelo de las siete de la mañana con destino a Madrid partió a su hora del aeropuerto Tenerife Norte. En él viajaban por pura casualidad, los inspectores Hauser y Leclercq y el profesor Cavalcanti. En la capital de España cada uno tomaría un rumbo distinto, unos a Amsterdam y el otro a Roma. En el aeropuerto tinerfeño habían coincidido Galán, Ariosto y Olegario, cada cual con la intención de despedir a sus colegas o amigos. Acordaron tomar un café en la cafetería del recinto aeroportuario.

–Muy contentos se han ido los policías de la Interpol –dijo Ariosto–. Se les notaba exultantes.

–Han encontrado lo que querían –respondió Galán–. Tras la verificación del profesor Cavalcanti de que era la pintura auténtica, los inspectores no veían la hora de volver a La Haya con ella. Recuerde que nos han pedido la máxima discreción, Luis.

–De acuerdo. Es una pena no poder contárselo a mis tías, pero cumpliré mi promesa. ¿Qué ha sido de Petrescu?

–Del hospital ha pasado al calabozo de la comisaría central. Esta mañana lo pasarán a disposición judicial.

–Y el juez lo va a enviar a prisión, naturalmente.

–De eso no se va a escapar. Pesan sobre él una infinidad de cargos, además de los tres asesinatos.

Ariosto probó el café. No estaba mal para un aeropuerto.

–¿Y qué cree que le ocurrirá a Herminia, Antonio?

El policía se mojó los labios en la taza y prefirió esperar a que se enfriase un poco.

–No hay forma de comprobar qué fue lo que ocurrió exactamente en la iglesia hace más de cincuenta años. Ella y su esposo ya me han manifestado que no tienen nada que declarar, y solo tenemos lo que les contaron a ustedes, algo que no podemos probar.

–Lo entiendo. De cualquier manera, ha pasado demasiado tiempo para remover esa historia.

–Lo mismo ocurre con el explosivo de la iglesia. Nadie quiere decir nada al respecto.

–Creo que ya no volverá a ocurrir nada semejante, Antonio. Ya no hay motivos.

–Así es. Además, también me han manifestado que los propietarios de las tumbas no van a emprender ninguna acción contra nadie por el hecho de que la losa de la familia Salazar de Castro se haya levantado. Ya hemos retirado los cadáveres, a la espera de lo que decida el juez. Todo lo cual es un alivio para Marta, como puede imaginar.

–Para todos, amigo mío. Al final esa sepultura tenía mucho que contar. Casi como para escribir una novela, si no es mucho fantasear.

\*\*\*

–¿Otra vez por aquí, Emelina? –preguntó Marta en la puerta de la iglesia de San Agustín–. Y tan temprano. ¿No tuviste suficiente con lo de anoche?

La aludida sonrió, con un estremecimiento involuntario, ante el recuerdo de la aventura pasada.

–Solo quería comprobar que tú estabas bien y que todo ha vuelto a la normalidad.

–Volveremos a trabajar en diez minutos, cuando llegue la hora del comienzo de la jornada. No te he felicitado por tu intervención con la palanqueta. ¿Cómo pudiste atizarle al asesino? Yo no me habría atrevido.

Emelina miró a Marta con extrañeza.

–¿De qué me hablas? –le preguntó.

Marta miró a su amiga con un escepticismo cauteloso.

–Pues que le rompiste la mano al asesino con la barra de hierro, justo cuando me estaba



apuntando a la cabeza.

Emelina pareció confundida.

–Yo no hice nada de eso. O al menos, no lo recuerdo. Solo tengo la visión de Olegario embistiendo contra los dos y la caída al sepulcro.

–¿Nada más? –preguntó la arqueóloga, incrédula.

–Nada más. Lo juro. ¿Dices que golpeé al rumano con la palanqueta? No me hubiese atrevido en la vida.

Marta decidió no ahondar en la cuestión, posiblemente incomodaría a Emelina, y lo hecho, hecho estaba.

–Tal vez fue cuando se levantó esa brisa fría que sentimos a la espalda –comentó medio en broma, medio en serio.

–¿Tú también la sentiste?

Marta sonrió y se negó a contestar. Ella también la había sentido en aquel momento.

–¿Qué se va a hacer con la estatua de Santa Bárbara?

–Nuestro amigo el vicario ha convencido al obispo de que se coloque provisionalmente donde estuvo en su origen, en la cripta, en el pilar de la sepultura del marqués. Y, además, que se retire por completo el muro que ocultaba el enterramiento.

–¿Crees que levantaron el muro para evitar que su fantasma vagase por la iglesia?

Marta intercambió una mirada cómplice con su amiga.

–Gracias por venir, Emelina, ahora toca trabajar.

–Muy bien, yo también tengo cosas que hacer.

Marta se dio la vuelta en dirección a la puerta de la plazoleta del Instituto, cuando escuchó una voz a su espalda, profunda, que le sonó impostada.

–Gracias.

La arqueóloga se volvió y miró a Emelina, que parecía ajena al sonido.

–¿Has dicho algo? –le preguntó.

–No, nada –respondió, algo asombrada–. Que tengo cosas que hacer. ¿Por qué? ¿Has escuchado algo?

\*\*\*

Cuando el museo Maurithuis cerró sus puertas, se procedió a realizar el cambio de las pinturas, bajo severas medidas de seguridad. Solo estaban presentes en la sala 15 los inspectores de la Interpol, el director del museo y el jefe de restauración. El técnico avanzó, ignorando los otros dos cuadros de Vermeer, *Diana y sus ninfas* y *Vista de Delft*, y se aupó por encima de la baranda semicircular de madera que tenía la misión de separar al público de la pintura estrella de la sala, y descolgó el cuadro. Sin más ceremonia, colgó el auténtico, con un marco idéntico, en su lugar.

–Es un sueño hecho realidad lo que estamos haciendo –dijo el técnico.

–No saben las noches que he pasado en blanco temiendo que se descubriera nuestro secreto –dijo el director.

–Pues aquí no ha pasado nada –dijo Leclercq.

–Ahora podrán permitir cualquier examen que se solicite de la pintura sin ningún temor –añadió Hauser–. Hasta pueden hacer un espectáculo de ello.

–Es una de las cosas que tengo en mente, inspector –respondió el director.

–¿Y qué hacemos con la copia, señor? –preguntó el restaurador.

–Si me lo permite –dijo el policía francés–, yo me la llevo. Tengo que cumplir una promesa que le he hecho a un colega canario. Tiene un buen amigo con un hueco que cubrir en la pared de su casa. Estoy seguro de que apreciará lo bien que está hecha esta falsificación.

FIN

## NOTA DEL AUTOR

Como ocurre en todas mis novelas, la historia que se relata es pura ficción, aunque casi todos los escenarios donde transcurre son reales.

El cuadro que es objeto de sustracción por unos malévolos personajes es una de las mayores atracciones del museo Maurithuis de La Haya, y nunca ha transcendido que el que se exhibe no sea el original.

La iglesia de San Agustín fue destruida por un incendio en la tarde del 2 de junio de 1964. Aunque nunca se supo cuál fue la causa, se achacó a un cortocircuito, algo habitual en los sistemas eléctricos de aquella época. Desde entonces, el suelo y el subsuelo de la iglesia nunca ha sido tocado, por lo que permanece intacto bajo una capa de tierra y de escombros, como he podido comprobar personalmente.

En la actualidad la iglesia sigue cerrada a los visitantes, aunque existe un plan aprobado por el ayuntamiento de consolidación de las ruinas, por lo menos para abrirlas al público. La siguiente fase, la de la adecuación del espacio para un uso continuado, parece que va para largo.

En el subsuelo de la iglesia existían, ya no se ven, aunque pueden seguir estando ahí, sepulcros de familias laguneras principales cuyo poder económico les permitió ser enterradas en tal lugar. Era una costumbre de exhibición social que terminó a finales del siglo XVIII.

Las salas museísticas del Instituto Cabrera Pinto son como se describen en la novela, y es una necesidad cultural que vuelvan a estar abiertas al público. La sala de las máquinas del siglo XIX, que parece salida de una novela de Julio Verne, es toda una delicia para la curiosidad del visitante. Hay que reconocer y valorar la labor de la Asociación de Amigos del Patrimonio Histórico y Museístico del Instituto Canarias Cabrera Pinto, que la ha conservado hasta nuestros días y que sigue haciéndolo por puro amor a la institución de enseñanza.

El claustro del antiguo convento de San Agustín es uno de los rincones más bellos de todo el archipiélago. Para el que no lo conozca, su visita debe ser de obligado cumplimiento. Y no se olviden de saludar al caballero Salazar, y a Santa Bárbara, por qué no, cuando pasen al lado de la entrada de la cripta, que está convenientemente señalada en el suelo de una de las esquinas.

Bromas aparte, no existió en La Laguna la familia de los Salazar de Castro, aunque sí que las hubo de apellidos similares. La que se refleja en esta novela es pura invención, por lo que nadie debe sentirse señalado y mucho menos ofendido, ya que no es intención del autor referirse a ninguna familia actual o del pasado de la historia lagunera.

Los detalles de la aparición y posterior estudio de la cripta del convento y de lo que se halló dentro son reales, y el lector curioso puede comprobarlo en el estudio que se publicó sobre el hallazgo: *Una cripta del siglo XVI. Investigaciones multidisciplinarias*, de Conrado Rodríguez y otros investigadores, que puede descargarse en PDF en el siguiente enlace:

<https://www.museosdetenerife.org/mha-museo-de-historia-y-antropologia/publication/45>

El Parque Tecnológico de La Cuesta estaba en construcción durante la redacción de *La Mansión* –si se acuerdan, Ariosto y Marta lo visitaron con casco de obra–, y hoy día es una realidad. Deseamos que cumpla con el ambicioso objeto de su creación.

Respecto al pintor al que hacemos referencia de modo continuo a lo largo del texto, Manuel Martín González, nacido en 1905 en Guía de Isora y muerto en La Laguna en 1988, es uno de los mejores referentes de la pintura al óleo sobre lienzo de Canarias en los años cincuenta del siglo pasado. Uno de los mejores paisajistas canarios, su extensa obra se encuentra desperdigada por todo el mundo. En lo que respecta a la novela, que yo sepa, nunca pintó una obra titulada *Ocaso en Anaga*, pero muy bien pudo haberlo hecho, y magistralmente, dicho sea de paso.



## AGRADECIMIENTOS

Como siempre, agradezco en primer lugar a mi familia la comprensión por el tiempo dedicado a escribir esta novela.

A mi padre Eusebio, que lee con crítica cada vez menos feroz los capítulos a medida que se los entrego. A mis amigas Dulce Gutiérrez, Maloli Sánchez, Annabel Novo y Pilar Quintero, que han tenido la cortesía de revisar el texto antes de su publicación, indicándome las cuestiones que les planteaba su lectura y, por qué no decirlo, algún que otro fallo que se deslizó entre sus líneas.

A mi amigo el doctor don Carlos Rodríguez Morales, una de las personas que más saben sobre las antigüedades de La Laguna y la orden agustina en Tenerife, con quien coincidí, a propósito, en el convento de San Agustín, y, por feliz coincidencia, en el Museo del Prado, y que me introdujo en los secretos del Conjunto Histórico Artístico (acabo de bautizarlo así), de San Agustín, en la calle San Agustín. Creo que queda clara su importancia.

Al director del Instituto Canarias Cabrera Pinto, Juan Rodríguez Barroso y al personal de la institución, que amablemente me abrieron sus puertas; y a Felipe Fuentes, que propició la entrada. Deseo que pronto vuelvan esos espacios museísticos maravillosos a abrirse al público.

A los técnicos del Ayuntamiento de La Laguna que me acompañaron en mi visita a la iglesia, Yeray Cejas y María del Cristo González, y que compartieron conmigo su congoja por el estado actual de las ruinas.

A Beatriz González, a quien tuve la suerte de conocer porque el destino lo quiso así, justo cuando tenía dudas sobre los detalles de las tiradas de cartas del Tarot.

Por supuesto, a todos los amigos que de alguna manera han empujado para que mis novelas vieran la luz o se promocionen por esas librerías de Dios, en especial a Doris Martínez, Raquel Gutiérrez, Carlos Castro Brunetto, Jesús Pedreira, Baudilio Marichal, Madi Ramos, Victoria Martínez Lojendio, Luis Adern, Tomás Afonso, Kike Negrín, Adrián Tarjuelo, Josué Ramos, Paco Robayna, Mar Oropesa y Ciro Guerra.

Y también a los profesores y libreros que siguen recomendando mis novelas entre la gente joven y sus clientes, respectivamente.

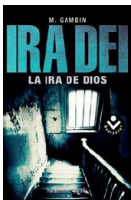
Y a todos mis cómplices de Facebook y de Tusantacruz.

Sigue al autor en

**[www.marianogambin.com](http://www.marianogambin.com)**

Puedes encontrar los libros de Mariano Gambín en

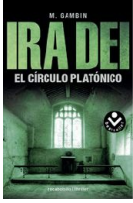
**[www.oristanediciones.com](http://www.oristanediciones.com)**



La Laguna, Tenerife. Hace 250 años un asesino en serie aterrorizó la ciudad.

Hoy... ha vuelto.

Los trabajos de excavación de una obra dejan al descubierto, accidentalmente, una cripta subterránea. En ella se amontona un grupo de cadáveres que presentan una mutilación especial, pertenecen a personas desaparecidas en el siglo XVIII. La policía sigue la pista de otro asesinato ocurrido días antes. El inspector Galán constata que la víctima ha sufrido la misma mutilación que los cadáveres de la cripta. ¿Casualidad?



Una crisis internacional se desata en La Laguna con el secuestro del embajador vaticano. Las negociaciones han llegado a un punto muerto y el plazo se acaba. Sólo una persona tiene la clave para liberarlo.

Luis Ariosto se enfrenta a un intrincado enigma que únicamente podrá resolver contrarreloj con la ayuda de sus colaboradores cercanos.

La arqueóloga Marta Herrero, el inspector Antonio Galán y la periodista Sandra Clavijo aunarán esfuerzos para descifrar un problema insoluble, indagando en los misterios ocultos de la vieja ciudad.

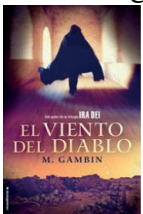


Cuentan que en la casa Lercaro suceden fenómenos inexplicables.

Algunos aseguran haber visto la figura de una mujer joven, de otra época, vagar por los pasillos de la antigua mansión.

Esta leyenda no ha sido obstáculo para que en el caserón se haya instalado recientemente un museo de historia. Ni para que se organice en él una exposición cultural internacional. Ni para que los miembros más selectos de la sociedad sean invitados a la inauguración.

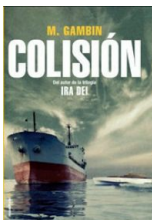
No se imaginan la experiencia que van a vivir.



Una expedición arqueológica internacional en la costa africana del sur de Marruecos se ve sorprendida por un desconcertante hallazgo. Se precisa un especialista en la población canaria prehispanica y la arqueóloga Marta Herrero acude en ayuda de sus colegas.

Ella descubrirá que el misterio que envuelve unos restos humanos de hace quinientos años se mantiene hasta la actualidad, y que la finalidad de la excavación es otra muy distinta de la planeada.

Pendiente del resultado de los trabajos acecha uno de los terroristas más buscados del mundo, con una misión muy concreta, y un comando de marines recibe la orden de eliminarlo, cueste lo que cueste.



El mayor superpetrolero del mundo, el Rossia, propiedad de la compañía rusa Rosfnet, realiza su viaje inaugural desde los astilleros de Shanghái, tras cargar sus tanques en Irán. Tras una parada en Durban, el siguiente puerto de escala es Santa Cruz de Tenerife.

Ese mismo día, un grupo de terroristas chechenos que ha embarcado dos tráileres cargados de nitrato de amonio provenientes de Marruecos en el ferri rápido que une Gran Canaria con Tenerife, tienen previsto secuestrar el barco a mitad de la travesía, lanzarlo a toda velocidad contra el superpetrolero y hacer que la carga de los camiones explote en el momento del impacto.



Un desgraciado incidente provoca la contratación de dos peligrosos asesinos para atacar contra los reyes de España en un plazo prefijado. Ambos decidirán que el lugar adecuado es la ciudad de Santa Cruz de Tenerife.

Un antiguo legado lleva al inspector Galán y a sus amigos

Sandra Clavijo y Luis Ariosto a investigar una trama de espionaje de la Guerra Fría que les guiará por caminos insospechados.

La aparición de un pasadizo subterráneo en el centro de la ciudad conducirá a la arqueóloga Marta Herrero a afrontar un enigmático y amenazador secreto. Para ello deberá enfrentarse a sus propios miedos.

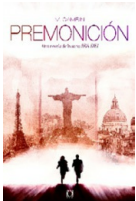


Desde hace más de cien años, un misterio habita en la mansión de los Fitz-Stuart en La Laguna. Tras un incendio devastador, una nueva construcción se superpuso a la antigua, pero no desterró la huella inquietante de quienes vivieron en ella, que vuelve con más fuerza que nunca.

El inspector Galán investiga las circunstancias que rodean la muerte del último propietario, en apariencia natural. Sin embargo, no tarda en descubrir que en torno a él surgen una serie de interrogantes misteriosos que indican que las cosas no son como parecían en un inicio.

Luis Ariosto acompaña a su tía Enriqueta a la lectura de un testamento envenenado. Los herederos deben enfrentarse a un reto complicado de solventar, un quebradero de cabeza con nombre de vino a partir de una variedad muy especial de uva canaria.

La periodista Sandra Clavijo y la arqueóloga Marta Herrero se ven inmersas en la búsqueda de unas joyas desaparecidas a finales del siglo XIX que las lleva de un enigma a otro, en una espiral que les conduce a un secreto oculto en lo más profundo de la vieja ciudad.



La víspera de los carnavales de Rio de Janeiro es un momento en el que solo cabe pensar en

pasarlos bien. Luis Ariosto se reúne con Antoinette de Montparnasse en la ciudad carioca para disfrutar de unas vacaciones merecidas.

Pero sus planes se ven interrumpidos inesperadamente durante la recepción al presidente de Rusia en la ciudad carioca. Un peligro inconcebible es descubierto por la francesa. Ariosto y Antoinette se convierten en poseedores de un secreto vital por el que los servicios secretos de varios países están dispuestos a matar.

Una frenética huida los llevará por los lugares más insospechados de Rio, París y Venecia en su intento de cumplir una misión inevitable que el destino les ha impuesto.



## Table of Contents

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)  
[27](#)  
[28](#)  
[29](#)  
[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)  
[35](#)  
[36](#)  
[37](#)  
[38](#)  
[39](#)  
[40](#)  
[41](#)  
[42](#)  
[43](#)

[44](#)  
[45](#)  
[46](#)  
[47](#)  
[48](#)  
[49](#)  
[50](#)  
[51](#)  
[52](#)  
[53](#)  
[54](#)  
[55](#)  
[56](#)  
[57](#)  
[58](#)  
[59](#)  
[60](#)  
[61](#)  
[62](#)  
[63](#)  
[64](#)  
[65](#)  
[66](#)  
[67](#)  
[68](#)  
[69](#)  
[70](#)  
[71](#)  
[72](#)  
[73](#)  
[74](#)  
[75](#)  
[76](#)  
[77](#)  
[78](#)  
[79](#)  
[80](#)  
[81](#)  
[82](#)  
[83](#)  
[84](#)  
[85](#)  
[86](#)  
[87](#)  
[88](#)  
[89](#)

NOTA DEL AUTOR  
AGRADECIMIENTOS